G.P.
POLICIACA

El caso del marido obsesionado

ERLE STANLEY GARDNER

La aspirante a actriz Stephane Claire sólo quiere aparecer en el cine. Para llegar a Hollywood hará autostop y acabará implicada en un accidente automovilístico con un coche robado a un famoso guionista de cine. Perry Mason deberá encontrar la verdad que esconde el guionista y magnate del cine. En el camino, un ama de casa engañada y un marido muerto.



Erle Stanley Gardner

El caso del marido obsesionado

Perry Mason - 18

ePub r1.0
Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Haunted Husband*
Erle Stanley Gardner, 1941
Traducción: Juan José Mira
ISBN: 03021231955

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo 1

Las manos de Stephane Olger se crisparon sobre el mostrador del guardarropa del «Zander's Tropical Shack». Sintió la piel de sus nudillos ponerse tensa y la sangre agolparse a sus mejillas, en tanto seguía con la vista la figura del gerente, que se alejaba.

A sus espaldas, Emily Carr, una morena de facciones aguzadas, de dedos ágiles y labios finos, prosiguió calladamente su tarea de acomodar los gabanes en las perchas.

—¡Bueno! —exclamó Stephane, sin apartar sus ojos de la espalda del gerente—, eso se llama crudeza.

—El hombre no se distingue por su finura —observó Emily Carr, alisando la cartera de un bolsillo—. Es curioso considerar todo lo que un hombre puede meter en un bolsillo de su abrigo; no, ¡qué diablos!, no lo que puede, sino lo que realmente mete en el bolsillo… ¿Qué piensas hacer?

—Seguir mi camino —dijo Stephane Olger.

Emily Carr se dio la vuelta por entre las filas de colgadores para contemplar la rubia cabeza de Stephane.

—De nada te servirá eso, Stephane. Ese hombre es muy hábil, y tú, demasiado delicada, cosa a la que él no está acostumbrado y que le molesta. ¿No te figuras lo que ha pasado? Se consiguió un par de clientes que pusieran billetes marcados entre las propinas. Tú eres quien anota las cantidades. Las propinas no están aquí. ¿Comprendes lo que esto significa?

—Emily, ignoro lo que habrá pasado con ese dinero. Recuerdo perfectamente las dos propinas. Las guardé en el cajón y…

—Y te mandaron llamar, ¿no es eso?

—Sí. ¿Por qué?

—Oh, por nada. Él mismo retiró los dos billetes, mientras tú estabas ausente, y dejó el resto del dinero. Después hizo el arqueo, y

apareciste como la culpable; te habías embolsado aquellas dos propinas. ¿Qué podrás hacer ahora? Yo te lo diré: exactamente lo que él te diga.

—Me gustaría haberle abofeteado. Todavía puedo hacerlo.

—Te pondrán en la lista negra por tu falta de honradez. El escamotear propinas es lo único que no toleran en este negocio.

—Emily, a ti nunca te pasan cosas así. Yo, en cambio…

—¿Qué hay de malo en ello?

—¿Qué crees que debe hacer una muchacha con un hombre que intenta abusar de ella, aprovechándose de su posición?

—Reírse de él y mandarle a paseo, antes de que empiece su juego.

—Yo no advertí nada hasta hoy.

—Pues yo sí. No hoy, sino ayer, anteayer y durante toda la semana pasada. Hace tiempo salí con un boxeador. Él fue quien me dijo que jamás le permitiese a un contrincante sentirse seguro de sí mismo. Afirmó que debía mantenerlo en constante estado de alarma, porque en cuanto lo dejase tranquilo sería yo la que pagaría las consecuencias.

Stephane replicó:

—Bien, ya estoy cansada de guardar sombreros. Voy a ver si consigo algo diferente. Tengo una amiga en Hollywood. ¿Te acuerdas de Horty?

Emily sacudió la cabeza negativamente.

—La muchacha que vino a visitarme cuando estaba de vacaciones. La traje aquí…

—¿Aquella chica de curvas opulentas?

—La misma.

—Apostaría a que nadie se burla impunemente de ella y que nada le desconcierta.

—Tienes razón. Cosas como ésta las tomaría a título de inventario.

—Escucha, Stephane: usa el cerebro. No dejes que te enreden, sólo porque…

—¿Estoy atrapada? —preguntó Stephane.

—Eso es lo que él aseguró —asintió Emily—. Esas fueron sus palabras, aunque yo bien sé lo que significan en realidad. Pretende que vayas a él, con los ojos llenos de lágrimas, y que, con toda

humildad, trates de convencerle de que fue otra la persona que metió las manos en la masa. Ya te dije que no se caracteriza por su delicadeza, precisamente.

Stephane echó una mirada a su reloj.

—¿Crees que podrás arreglarte sola, Emily? —preguntó.

—Si ése es tu deseo…

—Así es. Si viene a buscarme, dile que ya está decidido… Dile que he resuelto buscar otra colocación.

Los sensibles labios de Emily Carr se distendieron en una rápida sonrisa.

—El hombre comprenderá.

—Así lo espero.

—¿Necesitas algún dinero?

—No. Iré a pie hasta encontrar quien me lleve.

—¿Cuál es tu segundo apellido, Stephane?

—Claire. ¿Por qué?

—Muy bien. Deja el Olger. Suena muy duro. Conviértete en Stephane Claire. Te va mejor. Nadie puede anticipar nada, niña, pero tal vez te den una oportunidad en Hollywood, y, si te la dan, vas a servir. No eres como esas rubias amarillentas que se marchitan en seguida, sino como hecha de metal, y de esa clase de metal que toma el temple y no lo suelta.

—Gracias —dijo Stephane, poniéndose el abrigo y el sombrero.

—No te pareces a la mayoría de las que andamos en este negocio… y andas escapando de algo. ¿De qué? ¿De un marido?

Stephane respondió en tono de queja:

—No; del dinero atado con cuerdas.

—¿Qué dinero y qué cuerdas?

—De un tío rico. Creyó que podría mandarme en todo; hasta en escoger al hombre con quien debía casarme.

Emily la estudió fijamente.

—Mejor sería que te volvieses a tu casa, chiquilla.

—No seré yo quien lo haga. Estoy hecha para ir a Hollywood. Nadie puede saber lo que ocurrirá, pero, a lo mejor, me contratan para alguna película.

—Puede ser. Dale a Sam Goldwyn recuerdos de mi parte y dile a Clark Gable que le mando todo mi amor. ¿No me dejas algún recado para el gerente?

—Sí; uno.

Los ojos de Emily brillaron, regocijados.

—Trataré de decírselo en forma que lo entienda. Adiós, chiquilla.

—Adiós.

—Suerte.

—Gracias.

Capítulo 2

El hombre dijo:

—Allí se divisa Bakersfield. Siento no ir más lejos.

—¿A qué distancia queda Los Angeles?

—A unas cien millas. Podrá recorrerlas en poco mas de dos horas de viaje. Me gustaría que no insistiera en ir allá durante la noche.

—Oh, no hay cuidado. Tengo una amiga en Los Angeles y podré quedarme con ella.

—Si lo desea, trataré de conseguirle una habitación. Hay un hotel bastante bueno por aquí cerca…

—No, gracias. No se moleste.

—Es más bien tarde y…

Stephane sonrió y repuso:

—Escuche: puedo cuidarme sola. Al menos, así lo he hecho ya otras veces.

—Bueno, le diré lo que voy a hacer. Iré con usted hasta un cruce de avenidas que esté bien alumbrado y allí le ayudaré a conseguir un auto que la lleve.

—¡Oh, no se moleste! Puedo conseguir que me lleven en cualquier lugar.

—¡Pero si sólo se trata de un corto recorrido!

—¿Usted vive aquí? —pregunto Stephane.

—No. Vengo por negocios.

Stephane abrió la portezuela del automóvil.

—Está bien; ahora me bajo. Deje de preocuparse por mí.

—Me gustaría que me permitiera acompañarla hasta la parada del bulevar y…

—No, gracias. Créame que le agradezco el favor de haberme traído hasta aquí y todo lo demás. Ha sido usted muy amable.

Le tendió la mano y él la retuvo por unos momentos. El hombre, en los últimos años de la cuarentena, miraba, a aquella joven de veinticuatro con una obsequiosidad que la muchacha juzgaba un poco molesta.

—Me arreglaré perfectamente —repitió la joven, retirando su mano y cerrando la portezuela del automóvil.

El hombre no puso el auto en movimiento y permaneció sentado, como si esperara poder estudiar al individuo con quien Stephane proseguiría el viaje.

Ella regresó basta donde él estaba, riendo.

—Escuche: usted no puede hacer esto. Parece un vigilante. Los automovilistas no se detendrán mientras le vean ahí vigilándome. Lo siento —agregó, al notar la expresión contrariada de su rostro.

El hombre puso el auto en movimiento.

—Trate de conseguir que la lleve una mujer. Es tarde; ya sabe…

Stephane, sosteniendo su maletín en la mano izquierda, contempló la lucecita trasera del automóvil, hasta que la vio desaparecer en lontananza; luego dirigió sus esperanzadas miradas hacia la carretera. Eran las diez y pico. Podría estar en Los Angeles a la una.

Por espacio de un minuto, no se vio ningún automóvil; luego aparecieron cuatro, en una procesión de deslumbrantes focos luminosos. Stephane sabía que los autos que van en cadena raras veces se detienen. Cada conductor va demasiado interesado en guardar su posición en relación a los demás para prestar atención a los peatones que solicitan ser llevados. Retrocedió algunos pasos.

Los autos cruzaban velozmente frente a ella. Sus penetrantes faros la deslumbraron. El primero paró con un fuerte rugido del motor, y el aire que levantó a su paso hizo ondear las faldas de la muchacha. Stephane alzó la mano para sujetarse el sombrero. El segundo, tercero y cuarto cruzaron en torbellino y prosiguieron su veloz carrera. Cuando la joven abrió sus ojos, otro coche, el quinto, ya estaba a la vista. Marchaba haciendo zumbar el motor, en su intento de colocarse a la cabeza de los otros cuatro vehículos anteriores. Cruzó, y la joven vio brillar la luz roja de la parte trasera, en tanto que los poderosos frenos obligaban al auto a detenerse.

Stephane miró hacia atrás hasta cerciorarse de que la carretera

no ofrecía peligro, y corrió hacia el automóvil.

El acto de correr fue instintivo. Stephane confiaba en que el conductor daría marcha atrás, pero no lo hizo. Cuando llegó justo a él, comprobó que no parecía pertenecer a la clase de hombres que brindan tales finezas. El ocupante del automóvil estaba de acuerdo con el detonante lujo del vehículo. Tendría unos treinta años y poseía, unos ojos oscuros e impertinentes, que midieron a Stephane desde el rostro hasta las piernas, cuando ésta ocupó el asiento a su lado. Vestía de etiqueta y llevaba sobre los hombros una capa liviana negra. La mano que se apoyaba sobre el volante era suave y blanca, con uñas perfectamente cuidadas, un anillo de diamantes centelleaba en el dedo anular. Hasta la nariz de Stephane llegó, inconfundible, el olor de «whisky». El hombre tenía un negro bigote recostado y sus ojos aparecían enrojecidos por la acción del alcohol.

El auto, una máquina moderna de gran tamaño y preparada para desarrollar altas velocidades, se diferenciaba grandemente del otro en el cual Stephane hiciera la larga jornada de San Francisco a Bakersfield.

El hombre hizo el cambio de velocidades y el ruido del motor se convirtió en un confortable murmullo, al tiempo que el automóvil cobraba velocidad.

—¿Los Angeles? —preguntó descuidadamente al cruzar por la parada del bulevar.

—Sí. ¿Va usted hasta allá?

—¡Ajá! ¿Frío?

Stephane sabía lo que vendría después y sonrió, a pesar del frío que había estado atormentándola desde el amanecer.

—No, me encuentro perfectamente; gracias.

—Hay un frasco en el compartimiento de los guantes; es algo bueno.

—Estoy perfectamente.

—Mejor será que se eche un trago. Le hará entrar en calor.

—No, gracias.

Se volvió hacia la joven con sus ojos brillantes de soberbia.

—No me resultará una puritana, ¿eh?

Ella rió.

—No soy una puritana; soy lo que soy.

—Está bien, tómeselo como quiera. Ahora voy a ganar tiempo.

Tengo que salirme de este trozo de carretera.

Por espacio de unos minutos dedicó toda su atención a conducir. El auto pasó velozmente a los otros cuatro que se le habían adelantado. Las ruedas parecían devorar las millas del pavimento, arrollarlas dentro del marcador de velocidad para luego lanzarlas hacia atrás, arrojándolas burlonamente. Stephane pensó que deberían ir a sesenta. Miró el marcador de velocidad: la aguja señalaba ochenta y cinco.

—Por lo que veo, usted no cree en las leyes contra la velocidad, ¿no es así? —preguntó, con una ligera risita, para trabar conversación.

—No.

Cuando llegaron a Lebec, Stephane conocía ya a su hombre como a un libro abierto. Ingirió un corto trago del frasco, dándose cuenta de que su acompañante ya había trasegado una buena cantidad del contenido.

Se trataba, evidentemente, de un hombre adinerado. Parecía admitir una intimidad con ella, como algo que no podía fallar. Poseía una mente rápida y cínica. Tras de sus ínfulas se escondía algo frío y despiadado: un notorio desprecio hacia la mujer. En resumen, decidió Stephane, un hombre que sólo podía atraer a cierto tipo de mujeres y que, por el hecho de que sus experiencias anteriores hubieran estado limitadas a un círculo de egoístas y vanas, juzgaba a todo el sexo femenino de acuerdo con ese patrón.

Un aire frío circuló por la espalda de Stephane. El auto tenía un calentador que mandó una corriente de aire tibio que fue a acariciar sus tobillos helados, aliviando el entorpecimiento de sus pies. El hombre era un buen conductor y a lo sumo, dentro de una hora estarían en Los Angeles. Lo mantendría a distancia y seguiría el viaje, hasta su destino, en el auto.

Stephane sólo le dispensaba la atención necesaria para impedir que la dejara abandonada en la carretera, cosa de la cual el hombre parecía perfectamente capaz.

Después de un segundo trago, el hombre volvió a atornillar el frasco y lo guardó en el compartimiento de los guantes. Su mano palmoteó la espalda de la muchacha, deslizándose después a lo largo de su hombro, de su brazo y rozándole suavemente la pierna.

—Bien, chiquilla —dijo—. Vamos hasta Los Angeles, y cuando

lleguemos allá tengo algo que hacer… éste… ah, ¿qué demonios?

Inclinándose hacia adelante, el hombre hizo tomar más velocidad al auto. Una bocanada de viento se precipito contra el automóvil, haciéndole vacilar sobre sus ballestas. La noche era fría e intensamente clara. Los faros del auto proyectaban la luz a lo largo de la ruta, como un abanico luminoso. Algunos motoristas, que venían en dirección contraria, hicieron repetidas señales con sus luces, pero sin obtener respuesta. El hombre no era de los que se molestan en mostrarse corteses con los otros automovilistas. Sus faros eran lo suficientemente potentes como para eclipsar las luces de los demás. Ahora marchaban cada vez más rápidamente. Stephane podía sentir que el auto, a pesar de su bajo centro de gravedad, se balanceaba en las curvas peligrosamente. Ahora comprendía que el último trago que bebiera su compañero le había producido un fuerte efecto. Le lanzaba miradas a cada momento, miradas que revelaban un descarado cálculo apreciativo. Stephane afectó hallarse absorta en el panorama, mirando constantemente por la ventanilla, a fin de evitar que sus ojos se encontraran. Afortunadamente, el asiento delantero era tan espacioso que no podría…

—Acércate para acá, chiquilla.

Ella le miró sorprendida.

—Vamos, no seas tan gazmoña.

Stephane rió.

—Siempre me gustó sentarme en los rincones.

—Bueno, pues ahora olvídate de eso y acércate un poco.

La muchacha se corrió unas cuantas pulgadas hacia el interior del automóvil.

—Demonios, eso no es acercarse.

—Necesita espacio para poder conducir.

—Esto se maneja con un dedo. Ven… A ver, ¿qué pasa contigo? No serás una aguafiestas pasada de moda, ¿eh…? Oh, acércate… Así…

El brazo derecho del hombre enlazó el cuello de Stephane, atrayéndola hacia sí. Echó una rápida mirada a la carretera, y luego, sosteniendo el volante con la derecha, utilizó la izquierda para obligarle a alzar la barbilla.

Stephane vio sus ojos y sintió el contacto de sus labios. A las

ventanillas de su nariz llegaba el penetrante olor a «whisky». Luchó por desprenderse. Inquieta, no tanto por el abrazo como por el peligro de que el automóvil se desviara de su ruta. Con su mano enguantada trató de asir el volante.

—¡Mire por dónde guía! —dijo en un tono cortante.

Él rió y cogió el volante nuevamente. El espacioso automóvil se había desviado hacia la izquierda de la carretera y, ahora, volvían nuevamente a la derecha, ante la indignada insistencia de un automovilista que pasaba haciendo sonar fuertemente su «claxon».

—¿Qué busca? ¿Que nos matemos los dos? —preguntó Stephane.

—Cuando busco algo, lo quiero inmediatamente.

Ella se alejó hasta el extremo más distante del asiento. Estaba temblando.

—¡Basta ya! Detenga su auto. Tomaré un autobús.

—No se puede, hermana. Esto es un vuelo sin aterrizaje.

Stephane estaba atemorizada, pero no quería demostrarlo. Con afectada tranquilidad, abrió su bolso y extrajo de él la polvera y el lápiz de labios. Se sacó el guante de la mano derecha y se aplicó el carmín con el extremo del dedo meñique.

—Aún no hemos terminado —le dijo él.

La joven se volvió hacia el hombre y repuso calmosamente:

—Yo, sí.

—¿Crees que me la puedes jugar?

—¿Hace el favor de detener el auto? Quiero bajarme.

—Esa es la puerta —repuso él burlonamente.

Un manojo de llaves colgaba del tablero. Stephane se inclinó hacia adelante y dio la vuelta a la llave que aparecía puesta, cerrando el contacto. Luego retiró el manojo, que guardó, cerrándolo en su bolso firmemente.

—¡Pequeño demonio! —exclamó el hombre, tratando de arrebatarle el bolso.

Ella luchó, empujándolo con su mano derecha. La pintura de su dedo meñique dejó una huella roja en la camisa del hombre. Este la cogió por la muñeca. El auto, con el contacto cerrado, iba disminuyendo de velocidad: de ochenta a setenta, de setenta a sesenta. Como no lograba arrebatarle el bolso, el hombre retiró su mano izquierda del volante. Los labios de Stephane se aplastaron

contra su camisa.

Alzando una rodilla para tratar de apartar de sí el cuerpo del hombre, la joven logró mirar a través del parabrisas.

—¡Cuidado! —gritó, dejando de luchar.

El hombre se detuvo en su intento y volvió a ocuparse del volante. El auto se había desviado un gran trecho a la izquierda. La carretera era de tres pistas. Frente a ellos dos coches bloqueaban la pista derecha. Un gran camión con remolque avanzaba hacia ellos por la izquierda. El hombre hizo girar el volante hacia la derecha, al tiempo que intentaba abrir la toma de aire. Como el motor no respondiese, apretó el freno.

Un súbito impacto se hizo sentir en la parte trasera del auto por efecto de la rápida acción de los frenos.

Los faros que avanzaban frente a ellos se hicieron más grandes. Alumbraban directamente al rostro de Stephane y su luz parecía penetrar en ella. Nunca supuso que los focos de un auto pudieran ser tan grandes, tan separados uno del otro… y tan próximos.

Una ola de tinieblas lo envolvió todo: focos, auto, carretera. Un sonido penetrante persistió aún después del estampido final. Era extraño, pensó Stephane, que el sonido de los vidrios rotos pudiera hacerse tan persistente. ¿Qué habría sucedido con las luces? La ola de tinieblas se había tragado la carretera, y luego se extendió sobre todo sonido, ahogándolo, para, finalmente, envolver también a Stephane.

Capítulo 3

Stephane tuvo conciencia de una lucecilla vacilante, una luz que se encendía y se apagaba. Sentía dolor en su pecho y luego llegó a sus oídos el gorgoteo de un liquido.

Nuevamente las luces, esta vez dirigidas directamente a sus ojos. Alzó sus párpados con esfuerzo, y tuvo la sensación de que el rayo luminoso atravesaba su cerebro.

Una voz varonil dijo:

—Está viva. Movió los ojos.

Stephane sintió que lo que había bajo ella se movía, como si la estuvieran balanceando. Otro hombre habló, diciendo:

—Podemos levantarla.

Nuevamente, Stephane abrió los ojos. Esta vez, sus sentidos se habían despejado y pudo ver y comprender lo que veía.

Se hallaba detrás del volante del auto. Su enguantada mano izquierda y su derecha desnuda se aferraban firmemente al volante. El auto había dado la vuelta, equilibrándose precariamente sobre una elevación del terreno. El agua corría por el radiador roto, junto con el aceite que fluía del motor. Los faros estaban apagados y el motor no funcionaba.

Alguien dirigió la luz hacia ella nuevamente. Stephane pudo ver el parabrisas resquebrajado en varias partes; fragmentos de vidrios se esparcían por el asiento.

La gente la rodeaba. Brazos se aproximaron a su encuentro a través de la amplia ventanilla del auto. Unos dedos se cerraron sobre su muñeca, impulsándola a incorporarse, al tiempo que una voz masculina le decía:

—Deme su mano. Esto puede incendiarse de un momento a otro. Dése prisa. ¿Puede valerse de sus piernas, hermana?

Stephane trató de incorporarse. Las piernas parecían

enredársele, sin vida. Se sintió caer. Pero la inexorable presión de las muñecas la mantenía en alto. Luego, otras manos la cogieron por los brazos y, poco a poco, su cuerpo fue alzado con suavidad.

La oscuridad la envolvió nuevamente; tenía la sensación de ser transportada. Voces…, voces entremezcladas en una conversación desprovista de sentido. Stephane podía escuchar los sonidos y sabía que correspondían a palabras, pero éstas no cobraban sentido en su mente. Más luces en la carretera… Rechinar de neumáticos.

—¡Apresúrense, ha habido un accidente!

—¡Por aquí!

—Creo que está muerto…

—Le pido disculpas, señora; ha habido un accidente…

Sirenas; ruido de neumáticos que patinaban sobre el pavimento…

Luego, las tinieblas del desvanecimiento.

El doctor volvió a traerla a la conciencia. Bruscos vaivenes, provocados por el veloz avance del automóvil por la carretera. El insistente clamor de una sirena… Ahora estaban rodeados por el tráfico. Stephane podía escuchar el ruido de las señales del tráfico, la algarabía que formaban los demás vehículos. Pero la ambulancia prosiguió su avance, abriéndose paso entre el tráfico con su potente sirena. Stephane podía sentir los vaivenes que se producían en tanto el conductor hacía girar el volante, ora hacia la derecha ora hacia la izquierda, a fin de sortear los obstáculos que se oponían a su avance.

Stephane sintió el contacto de unas manos. Una voz de hombre dijo:

—Cuidado.

A sus oídos llegó ruido de ruedas y se sintió conducida a una camilla. A sus narices llegó el olor del éter; abrió los ojos y vio las blancas paredes de un pasadizo desfilar frente a ella. Luces brillantes alumbraban sus pupilas y hábiles dedos exploraban su cuerpo… Sintió un súbito dolor; escuchó una voz masculina; el crujir de un delantal almidonado; luego, el pinchazo de una aguja hipodérmica… Respiraba con dificultad. Trató de desprenderse de algo que le cubría el rostro, ahogándola; ansiaba el aire fresco. Una enfermera dijo:

—No se resista. Respire profundamente…, profundamente…

Capítulo 4

Horty miró la rubia cabellera de Stephane esparcida sobre la almohada.

—Estás hecha una cataplasma —dijo.

Stephane sonrió.

—Ya lo sé. Me duele todo.

—Tuviste suerte en que no te quebraras nada. Sólo algunos magullamientos y unos cuantos puntos de sutura en la pierna, además de un corte en el hombro, pero todo está ya cosido y remendado perfectamente.

—¿No han quedado cicatrices?

—Donde se puedan lucir, no; a menos que te dediques a bailar la danza del abanico.

—Tal vez lo haga —repuso Stephane—. Siento mi boca como el cuarto de un hotel después de marcharse el ocupante. ¿Qué ha pasado?

—Estás metida en un lío —dijo Horty.

—Ya me lo figuro. Vine aquí en busca de trabajo y ahora me encuentro tendida en esta cama. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que pueda salir, Horty? Dime la verdad lisa y llanamente.

Horty estaba en las postrimerías de la treintena y pesaba unas ciento cincuenta libras. Su figura, ciertamente, dejaba bastante que desear. Pero llevaba su peso distribuido en airosas curvas, que atraían las miradas masculinas. Su bondadosa naturaleza se adivinaba en sus ojos y en la perpetua sonrisa que distendía las comisuras de su boca. Siempre descubría en la vida algo de qué reírse. Su amplitud de criterio, la capacitaba para encontrar en cualquier situación motivos de regocijo. Nunca se escandalizaba ni se preocupaba por nada. Se tomaba la vida con filosofía; comía lo que quería y a la hora que le parecía bien, nadie tenía que

molestarse por ello.

«Ya sé que a los hombres les gustan las siluetas esbeltas y delgadas —solía decir—. Pero también les agrada el buen carácter, y éste sólo va de acuerdo con las líneas opulentas. Y a mí me gusta comer bien. He aquí el resultado». Horty jamás sufrió por la ausencia de amistades masculinas. Los hombres estaban continuamente invitándola a salir. Si bien es verdad que, al principio, lo hacían por mera camaradería, después concluían por quedar fascinados, pareciéndoles ya insípidas las otras mujeres.

—Vamos, Horty —insistió Stephane—. ¿Cuánto tiempo?

Horty la miró. La sonrisa se esfumó de las comisuras de su boca, pero sus ojos siguieron contemplándola de un modo humorístico.

—Estuviste muy atrevida —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Para robar el auto del tipo.

—¡Robar un auto! ¿De qué estás hablando?

—¿No te apoderaste del zumbador ese?

—¡Santo cielo, no! Yo sólo iba de pasajera.

—Tu aliento olía a alcohol.

—Sí; insistió hasta que tomé un trago.

—Pero tú ibas guiando el auto.

—Yo no iba haciendo tal cosa, Hortense Zitkousky.

Los ojos de Horty se tornaron graves.

—No irás a engañar a una vieja amiga, ¿eh?

—Por supuesto que no.

Horty miró en derredor, y dijo bajando el tono de su voz:

—¡Vamos, Stephane! La enfermera está fuera del cuarto.

—¡Te he dicho que yo no iba guiando el auto!

—Cuando te encontraron estabas aferrada al volante.

De pronto los acontecimientos de la noche volvieron a la mente de Stephane.

—Sí, ahora lo recuerdo —admitió—. ¿Y —qué sucedió con el hombre?

—¿Qué hombre?

—El que iba conmigo: el que guiaba el auto.

Horty movió la cabeza.

—¿Hubo algún herido? —preguntó Stephane.

—Montones de personas. Algunas de ellas muy graves. Te

precipitaste de costado hacia un auto que iba en dirección opuesta; chocaste contra él y lo mandaste por la derecha, luego te fuiste contra otro que marchaba a la otra pista de tránsito. Fue un golpe de rebote. Después te lanzaste contra el bordillo que bordeaba el camino; el auto dio tres o cuatro vueltas y al fin se detuvo al borde del precipicio. Ha sido un milagro que no hayas ardido toda entera.

—¡Pero si yo no iba guiando el auto! ¿Quién es el dueño?

—Un potentado de Hollywood. Se lo habían robado ayer por la tarde.

—¿Ayer? ¿Qué día es hoy?

—Jueves.

—¿Fue robado, en realidad, Horty?

—Naturalmente.

Stephane trató de incorporarse, y al sentir sus músculos doloridos se dejó caer nuevamente sobre la almohada.

—¡Qué lío! —se quejó.

Horty le dijo:

—Oh, no es tan terrible. No pueden detenerte por robo del auto si te aferras a tu historia. No podrían tampoco demostrar que fueses embriagada. Lo peor que puede suceder, es que te acusen de exceso de velocidad, a menos que… Mira, Stephane, ¿es verdad que no perdiste la cabeza y quisiste robar el auto?

—No seas tonta. Iba haciendo mi camino, como podía, desde San Francisco. Puedo probar que estaba en San Francisco ayer por la mañana. Me recogieron en Bakersfield.

—¿El sujeto había estado bebiendo?

—Sí.

—¿Mucho?

—No, no mucho.

—¿Intentó manosearte?

—Eso precisamente es lo que trataba de hacer. Por ahí empezó todo el jaleo.

—Mira, Stephane, no trates de engañarme. No creo que viendo que estaba bebido, hayas dejado que te llevara. ¿No estarás protegiendo a alguien?

—No, honrado indio.

Los ojos de Horty perdieron su brillo.

—Bien —dijo—; parece que vas a necesitar un abogado.

Capítulo 5

Della Street, la secretaria de Perry Mason, escuchó atentamente el relato de Horty, y luego dijo, excusándose:

—El señor Mason no tiene tiempo para atender asuntos de poca monta y…

—Y yo soy una muchacha que trabaja —le interrumpió Horty—. Tengo algún dinero ahorrado y estoy dispuesta a meterlo en esto. Y lo que es más, gano un buen sueldo. Soy secretaria. Trabajo para un hombre que es corto de vista —agregó con un estallido de risa—, y que no cree que yo sea un simple adorno en la oficina. En consecuencia, puedo darme el gusto de comer tres veces al día. Dígale al señor Mason que pediré un anticipo y…

—No creo que eso sea necesario —repuso Della Street, con una sonrisa—. El señor Mason es generalmente muy liberal en lo que se refiere a honorarios. Se trata sólo de que tenga o no tiempo para dedicarse a estos casos de poca importancia. ¡Un momento, por favor!

Caminó a través de la biblioteca, y penetró en el despacho privado de Mason. Perry Mason, sentado en su confortable sillón giratorio, estaba examinando unos papeles. El escritorio aparecía atestado de legajos y libros de leyes encuadernados en cuero.

Alzó los ojos al entrar la secretaria.

—¿De qué se trata?

—No creo que el asunto pueda interesarle, pero la mujer, sí.

—¿Qué mujer?

—La que me ha expuesto el caso.

—¡Cuénteme! —dijo Mason, apartando el sillón, que después hizo girar para disponer sus pies sobre un cajón abierto—. Páseme un cigarrillo de esa caja y dígame de qué se trata.

Della Street le alargó el cigarrillo, que Mason encendió.

—Bien; parece que es polaca. Los polacos siempre se ayudan unos a otros. Tiene una amiga, una tal Stephane Claire Olger, de la cual dice que es muy hermosa y que ha decidido adoptar el nombre de Stephane Claire.

—¿Quién es la que está aquí? —interrumpió Mason.

—Hortense Zitkousky. Aparentemente, todos la llaman Horty. Le haría bastante efecto. Posee una figura de abundantes curvas, tan abundantes como su buen carácter y su lealtad. Esta es mi impresión. Tendrá alrededor de unos veintiséis años, y dice que es secretaria de un hombre corto de vista, por lo que no necesita pasar por un simple ornamento de oficina.

—Y ¿cuál es el caso?

—Stephane Claire venía viajando, gratuitamente, desde San Francisco. Logró que la llevara en el coche un hombre que, según ella, iba bebido. Hubo un choque y, cuando volvió en sí, se encontró tras el volante. No había rastro del hombre. El auto pertenece a un individuo llamado Homan, un famoso productor de Hollywood. Le fue robado ayer por la tarde.

—¿A qué hora sobrevino el accidente?

—Alrededor de las once y cuarto de la noche.

—¿Dónde está la señorita Claire?

—En el Hospital de Urgencia. Magullada, con un ligamento roto, unos cortes y unos cuantos puntos de sutura. El accidente fue bastante grave. Tengo entendido que uno de los accidentados se encuentra muy mal. Tres autos estuvieron envueltos en el choque. Hay la evidencia de que la chica estuvo bebiendo. Ella admite que, en efecto, echó un trago. Dice que el frasco lo llevaba el hombre que conducía el auto. La Policía no cree en la existencia de tal individuo y opina que ella robó el coche. Por lo demás, ya había sido robado dos veces.

—¿Cómo es eso? —preguntó Mason.

—Por lo visto, el auto fue robado de Hollywood ayer por la tarde. Alguien lo condujo hasta Bakersfield y allí lo abandonó. Esta joven venía de San Francisco, en donde la habían atrapado por hacer ciertos manejos con las propinas. Debió ver el auto con la portezuela abierta, la llave de partida en el tablero y, al darse cuenta de que era de Hollywood, decidiría reintegrarlo a su punto de origen.

—¿Qué dice de todo esto la señorita Zitkousky?

—Que es absurdo… Sólo que ella lo dice empleando un lenguaje mucho más pintoresco.

—¿Nadie vio rastros del hombre en el lugar del accidente?

—Nadie.

Mason frunció el ceño y luego dijo:

—Hablemos con la joven y veamos qué aspecto tiene. Hágala entrar.

Della Street condujo a Hortense Zitkousky al despacho privado de Mason. Este escuchó atentamente su relato y luego, dijo:

—Me gusta su lealtad para con su amiga. Tal vez más tarde pueda hacer algo por ustedes. Dudo que ahora sirviese para mucho mi intervención. Lo que ustedes necesitan es un buen detective. La agencia de investigación Drake tiene sus oficinas en este mismo piso. Solicite hablar personalmente con Paul Drake. Dígale que yo la envío y que no le cobre demasiado. A ver si puede averiguar algo más sobre el auto. Si logra encontrar al hombre que lo conducía, su amiga quedará en libertad incluso sería suficiente que consiguiese localizar algún testigo que asegurara que había dos personas en el auto. Es muy probable que alguien de los que han intervenido en el accidente haya visto, efectivamente, que en el coche viajaban dos personas.

—Si usted lo cree así… —admitió Horty con incredulidad.

—Dígale también a Drake que me envíe el informe y ya veré lo que se puede hacer.

—Eso sería lo mejor, señor Mason. En cuanto a los honorarios… —Horty abrió su bolso.

Pero Mason apartó el dinero con un ademán.

—Olvídese de esto. Drake necesitará algún dinero para los gastos. No creo que su tarea se prolongue más allá de dos o tres días.

Hortense repuso:

—Es usted muy espléndido, señor Mason. Una amiga suya de San Francisco sabía que Stephane tenía el proyecto de caminar hasta conseguir que alguien la llevara. ¿Ayudaría en algo su testimonio?

—No mucho. Según tengo entendido, la Policía cree que su amiga cogió el auto en Bakersfield. Dígale a Drake que concentre

toda su atención en este lugar. Si ella pudiera demostrar la hora en que llegó a Bakersfield, quizá el detalle nos sirviese de algo. La Policía difícilmente creerá que su amiga haya robado el auto, a menos que hubiese estado algún tiempo en Bakersfield. Tal vez el hombre que la llevó hasta Bakersfield pueda serle útil a este respecto.

—Está bien —dijo Horty—. Le preguntaré por él. Stephane dijo que parecía una buena persona. Él debe saber algo.

—Esa es una buena idea. Drake sabrá cómo encargarse del resto. Lo que ahora urge es aclarar los extremos que le he indicado. Si se logra este objetivo, su amiga no tendrá necesidad de un abogado. En caso contrario, no habrá abogado que pueda hacer nada. Y, ahora, despidámonos, señorita.

Cuando salió la mujer. Mason descolgó el auricular del teléfono, estableciendo comunicación con Drake, a quien le dijo:

—Te mando una muchacha y un caso, Paul. Creo que se trata de algo que puede interesarme, pero no se lo digas. Investiga los hechos y luego infórmame de ellos.

Capítulo 6

Paul Drake acomodó su larga figura en el confortable sillón de cuero, reservado a los clientes de Perry Mason, y cruzó las piernas.

—El caso del choque de automóviles, Perry —anunció, sacando un cuaderno de anotaciones de su bolsillo.

—¿Te refieres a ese asunto de que nos informó aquella muchacha de curvas peligrosas?

—A ese mismo.

—¿Has encontrado algo?

—Trabajé durante dos días y ahora ya no sé qué hacer. Cuento con un par de buenos ayudantes aquí y un socio en San Francisco.

—Perfectamente, Paul. Oigamos eso.

—Te diré, Perry, para empezar, que cada vez que pienso más en este asunto, más turbio lo veo. Esa Stephane Claire es un hueso duro de roer. Tuvo una pelea con su tío, se separó de él y, desde entonces, aprendió a caminar por su cuenta. Dicho sea de paso, se trata de una belleza arrebatadora, el prototipo de la rubia platino.

—Y de Horty, ¿qué me cuentas de malo? —preguntó Mason.

Drake esbozó una mueca.

—Pues que si consiguieses disminuir su peso en treinta libras podrías…

—¿Acabar con su buen carácter? —Interrumpió Mason.

—Tal vez —admitió Drake—. No cabe duda de que la mujer da una plena sensación de seguridad. Se siente segura y le hace a uno sentirse igual. La señorita Claire me ha dicho que el amigo de Horty ya le habla de matrimonio.

—Apostaría algo a que es una excelente cocinera.

—Lo mismo creo yo. Bueno, y ahora vayamos al asunto, Perry: La Fiscalía del distrito; está desarrollando una gran actividad. El hombre que fue herido murió. Esto significa que van a presentar

contra la muchacha un cargo por homicidio.

—¿Están tratando de comprobar su declaración?

—La Fiscalía del distrito ni se ocupa de eso. Ellos se aferran a la teoría de que ella guiaba el auto cuando ocurrió el choque. Admiten que la chica haya llegado hasta Bakersfield como ella dice, pero creen que el hombre que la llevó hasta dicho lugar tenía un frasco y que Stephane Claire no puso poco de su parte para ayudar a vaciarlo. Cuando llegó a Bakersfield ya estaba bien animada. Se dio de manos a boca con el auto que el otro ladrón había abandonado y, al comprobar que era de Hollywood, se subió a él sin pensarlo mucho y arrancó.

—Suena harto mal —dijo Mason.

—No peor que su propia historia. Bueno, de cualquier forma, los hechos son los siguientes: El auto pertenece a Jules Carne Homan, pez gordo, productor de Hollywood. Probablemente, no tan gordo como él se cree, pero si lo suficiente como para levantar una gran polvareda. Se peleó con su compañía aseguradora hará un par de años y, desde entonces, decidió correr él con los riesgos. Ahora, escucha esto, Perry: En esta situación, si el auto iba conducido con su permiso, ya sea expreso o implícito, será demandado por perjuicios que rebasarán los diez mil dólares. Si Stephane Claire iba guiando el auto, él alegará que no es responsable de nada, puesto que el auto ni iba conducido con su autorización. Por el contrario, de ir conducido por algún agente suyo, por alguien que trabaje a sus órdenes, entonces tendrá que responsabilizarse de todo el lío. Ya ves, pues, lo que esto significa para Homan. De un lado, no le puede costar nada; de otro, diez mil dólares. Y si la última teoría fuera exacta, le podría costar incluso más.

Las pupilas de Mason se estrecharon.

—¿A cuento de qué esa idea de que fuese guiado por alguien al servicio de Homan, Paul?

—Creo que hay una buena posibilidad de que así fuera, en efecto.

—Veámosla.

—Bueno. Fui a ver a Homan y no saqué nada en limpio. Se mostró tan asquerosamente amable conmigo, que aquello me escamó. Su relato de cómo le fue robado el coche, en primer lugar, no me convenció. Parecía muy bien desde su punto de vista, pero

cuando yo me colocaba en el lugar del ladrón y miraba las cosas desde este ángulo, todo sonaba a hueco. Si el auto no le fue robado, él debería saber el nombre del conductor. Y lo que es más, el robo tuvo lugar hacia el mediodía y, según la narración de Stephane, el conductor llevaba una capa.

Los ladrones de automóviles no suelen lucir capas de etiqueta cuando se disponen a limpiar autos ajenos, sobre todo a plena luz del día. En vista de ello, hice una pequeña labor detectivesca, basada en la teoría de que Homan me hubiese estado mintiendo. Mandé un hombre a la compañía de teléfonos, haciéndose pasar por el mayordomo de Homan para decirles que había un error en la cuenta de conferencias interurbanas, y que Homan no estaba dispuesto a pagar algunas que, indebidamente, se le habían anotado. Yo buscaba encontrar alguna llamada de Bakersfield. Por supuesto, la telefonista le dijo a mi hombre que si las llamadas habían sido hechas por el teléfono de Homan, éste tendría que hacerse responsable de los gastos, aunque él no hubiera llamado. Mi hombre se enredó en una discusión y, finalmente, logró que le enseñaran la lista de conferencias solicitada. No había ninguna con Bakersfield; pero, el día anterior al accidente, Homan había estado llamando a San Francisco y San Francisco le había estado llamando a él.

—¿Tienes los números? —preguntó Mason.

—Claro.

—¿Cuáles eran?

—Las llamadas procedían de una pensión barata. El teléfono está registrado a nombre de L. C. Spinney, y hay mucho misterio en torno a este Spinney.

Los ojos de Mason evidenciaron interés.

—Continúa, Paul.

—Spinney tiene alquilado un cuarto en una pensión barata de un distrito pobre. El número del teléfono no figura en la guía. Spinney se deja caer por allí alrededor de una vez al mes. Posee una máquina de escribir portátil, con la que escribe y despacha cartas. Hace llamadas a números que aún no hemos podido localizar y, según parece, se trata de conferencias interurbanas, porque sus vecinos le han oído repetidamente solicitarlas. También le han escuchado escribir a máquina. Spinney recibe el correo una o dos

veces al mes. Recoge su correspondencia a intervalos regulares. En ocasiones, las cartas permanecen en el buzón dos o tres —semanas antes de ser retiradas. Pero, y atiende a esto, Perry: nadie ha visto jamás a Spinney.

—¿Qué?

—Es un hecho. Arrendó el cuarto una noche, por mediación de un chófer de taxi, a quien envió con algún dinero y con su equipaje de mano. El cuarto posee una puerta de acceso privada. Llega por la noche y se marcha también de noche. Nadie puede saber sí viene una noche para partir al día siguiente de madrugada o si permanece tres semanas seguidas sin salir de su cuarto, escribiendo a máquina, para desaparecer nuevamente después. Por supuesto, la gente lo ha visto, pero sólo muy fugazmente, sin el detenimiento necesario para poder describirlo bien. Se trata de un individuo entre los veinte y los cincuenta, ni muy gordo ni muy delgado. Usa un gabán y un sombrero de fieltro y, a menudo, se le ha visto vestido de etiqueta. ¿Te das cuenta? El hombre vive en una pensión barata y usa ropas de etiqueta.

Los ojos de Mason estaban entornados en señal de concentración.

—Había una carta en su buzón —prosiguió Drake—. Mi agente tuvo miedo de abrirla al vapor, pero mantuvo el sobre frente a un foco de luz muy potente y pudo ver que contenía un cheque y una carta. Logramos fotografiar la carta sin abrir el sobre.

—¿Como? —preguntó Mason.

—Oh, es una treta muy simple. Basta adherir al sobre una placa ultrasensible y revelarla después de haber expuesto la otra cara del sobre a un potentísimo foco de luz. Cuando la carta está plegada, sólo se obtiene un revoltijo de líneas inconexas, pero con paciencia puede reconstruirse lo que dice el texto. En la carta se leía: «Le envío quince dólares, que es todo lo que puedo disponer este mes. Me gustaría que él me escribiera. Dígale que me estoy arreglando como puedo, pero que me sentiría mucho más feliz si me escribiera».

—¿Quién firmaba la carta?

—Lois, simplemente.

—¿De quién era el cheque?

—De Lois Warfield.

—¿Averiguaste algo de ella?

—¡Claro! ¿Para qué crees que me pagan?

—¡Al demonio si lo sé! Vamos, continúa.

—Se asustó terriblemente cuando mi corresponsal en Nueva Orleans se puso en contacto con ella. No quería hablar. Trabaja en una cafetería. Una de las chicas de la cafetería le proporcionó algunos informes a mi agente. La señorita Warfield sólo llevaba en Nueva Orleans un corto periodo de tiempo. Su marido la abandonó hará un par de años… Parece que surgieron dificultades al creer el hombre que ella iba a tener un bebé; finalmente, resultó que no lo tuvo. Estuvieron separados un año, y luego ella le dijo que aun le amaba y que estaba ahorrando dinero para ir a reunirse con él. Suponía que su marido estaba en Hollywood. La próxima noticia que tuvo de él fue una carta de un amigo en que le comunicaba que Warfield se había metido en un lío y que ni siquiera podía ponerse en contacto con ella. Evidentemente, andaba huyéndole a los «polis», y temía que descubrieran su escondite por la correspondencia. Por entonces, ella se encontraba en Ridgfield, Connecticut. Le escribió al amigo, diciéndole que partía para el Oeste con la esperanza de poder serle útil. Cuando llegó a Nueva Orleans recibió una carta, comunicándole que el marido ya estaba en la cárcel. Había hecho algo muy reprobable y deseaba que le olvidara y que no pensase más en él. Pero ella se mantuvo firme. Y, así, ha estado mandando dinero a un abogado para que éste gestione la reducción de la pena a unos diez años, o algo por el estilo. Mi agente tuvo que obtener todos estos datos de segunda mano, pues la señora Warfield rehusó hablar.

—¿Cuánto ganará Homan de sueldo?

—Probablemente, tres o cuatro mil semanales: tal vez más, tal vez menos. Uno no puede estar seguro. Estos salarios de Hollywood son una cosa para la publicidad y otra para el fisco.

Mason echó atrás la silla giratoria y se incorporó, comenzando a pasear por la habitación.

—Detesto haber ido tan lejos en este asunto —se lamentó Drake —. La chica de las curvas exuberantes no debe de tener mucha pasta, y los telegramas y todo lo demás cuesta dinero.

—¿No has podido seguirle la pista a Spinney?

—Hasta ahora, no. Está yendo y viniendo constantemente.

Cuando se marche, desaparecerá por completo. Recibió un telegrama hace unos días.

—Puedes conseguirte una copia de él.

—Es ilegal…

—¡Bah!… ¿No has intentado nada para lograr esa copia?

—En lo posible, sí.

—¿Y crees que podrás conseguirla?

—No lo sé. No es fácil. Alguien tendrá que ir a la oficina de telégrafos, decir que es Spinney y…

Della Street llamó a la puerta y, luego, entró en el despacho, diciendo:

—Hola, Paul. Espero no molestar. Tengo un mensaje para usted que acaba de llegar de su oficina.

Así diciendo, le tendió a Drake un pliego de papel. Drake lo abrió y, después de leerlo, lo pasó, a su vez, a Mason.

—La copia del telegrama —dijo.

Mason leyó:

EMPLEADA EN LA CAFETERÍA DE RIGLEY, EN LOS ANGELES. QUIERO ESTAR CERCA DE ÉL. EXPLICARÉ CUANDO LLEGUE. VIAJARÉ A PIE. LOIS.

Mason rompió el papel en trocitos, los dejó caer en el cesto de los papeles y, mirando a Della Street, dijo:

—Localíceme al jefe de Personal de la cafetería Rigley, Della. Dígale que se trata de algo importante.

Della Street asintió en señal de comprensión y marchó a su despacho para cumplimentar la orden de su jefe.

Drake dijo:

—Hablando claro, Perry, detesto ver a esa pobre chica envuelta en un caso por homicidio.

Mason esbozó una mueca.

—Al final te saldrás con la tuya, Paul.

—¿Te vas a encargar del caso?

—Quiero ver si esa chica es digna o no de que la descubra algún productor de Hollywood.

—Tal vez sea una buena idea que te entrevistes con ella, Perry. Se encuentra bastante alicaída y no parece ser de esa clase de

muchachas acostumbradas a verse metidas en honduras.

—¿Se ha formulado ya oficialmente cargo contra ella?

—Está en curso. La chica se encuentra en el hospital. Los de la Fiscalía andan tras ella armados con dientes y uñas. No puedo comprender su empeño, a menos que se esconda algo detrás de todo esto.

Della Street entró en aquellos momentos.

—Aquí está su comunicación. Un tal señor Kimball aguarda al teléfono.

Mason cogió el receptor, diciendo suavemente:

—Señor Kimball, habla Perry Mason, el abogado. Estoy interesado en obtener cierta información sobre una mujer a quien usted le acaba de prometer una colocación.

La voz de Kimball tenía un tono cordial:

—Me alegra extraordinariamente, señor Mason, podar serle útil. Escuché su defensa ante el Tribunal en aquel famoso caso del perro. Fue un discurso magistral. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Desearía saber algo sobre la señora Warfield, que viene desde Nueva Orleans.

—¡Oh!

—¿Qué sucede?

Kimball tuvo una risita, excusándose.

—No creo que pueda ayudarle mucho en este sentido, señor Mason. Esa mujer tiene una amiga que trabaja aquí. La amiga trató, de conseguirle un empleo, y yo, bueno, pues di mi conformidad.

—¿Cuándo llegará a la ciudad?

—Ya no viene.

—¿No?

—No.

—¿Y por qué?

—Voy…, bueno…, cambié de idea.

—¿No puede decirme el motivo?

La voz de Kimball se tornó vacilante.

—Siento que me pregunte eso, señor Mason. Podría responderle francamente a casi todo lo que me preguntara, pero no estoy en condiciones de discutir este asunto… Esto… el puesto de que yo esperaba disponer no quedó libre, y tuve que decirle a su amiga que lo sentía mucho. ¿Podría decirme cuál es su interés en el asunto?

Mason rió.

—Estoy más confundido ante su pregunta que usted ante la mía. No puedo discutir los asuntos de mis clientes. ¿Es esto todo lo que puede decirme?

—Lo siento, señor Mason. Esto es todo.

—¿Le hizo cambiar de opinión algo que averiguó sobre ella?

—No… Creo que tendremos que dejar las cosas como estaban, señor Mason. La vacante que yo esperaba no se produjo.

—Está bien, gracias —dijo Mason, colgando el auricular.

—¿No marcha el asunto? —preguntó Drake.

—No. Debió de suceder algo que le indujo a dejarla caer como si hubiese cogido un hierro al rojo.

—Me pregunto —comentó Drake— si no habrá sido por algún murmullo proveniente de Hollywood.

—O estás leyendo en mi mente o te estás volviendo endiabladamente hábil —repuso Mason. Caminó hasta el ropero, de donde cogió su sombrero y su abrigo—. ¡Venga, Della! —dijo—. Vamos a echarle una mirada a Stephane Claire. Quiero ver cómo reacciona usted.

—La chica es un bombón —opinó Drake y, después de unos momentos, añadió—: Y su amiga tiene, por lo menos, una yarda de ancho.

Della desdeñó el comentario de Drake.

—Oh, no lo tome muy en serio. Se trata de una rubia platino y usted ya sabe cómo es Paul —le dijo Mason con una sonrisa.

Drake insistió:

—Con sinceridad, Della, es una buena chica.

—Yo lo veré —respondió lacónicamente la secretaria.

Mason le preguntó a Drake:

—¿Tienes una vacante en tu oficina para una auxiliar?

—¿De qué estás hablando? Yo no…

—Necesitas una auxiliar —le interrumpió Mason—. Por lo menos, temporalmente. Comunícale a tu corresponsal en Nueva Orleans que aconseje a Lois Warfield que venga a la costa, en donde podrá encontrar un empleo. Dile que le adelante el dinero del billete para el autobús. Por el momento, ya tengo bastantes preocupaciones con esos peatones que se hacen llevar por los coches particulares. Quiero estar seguro de que llegará hasta aquí

sana y salva.

—¿Te encargas de la parte económica del asunto? —le preguntó Drake.

—Sí —repuso Mason—. Yo me encargaré de eso, y Hollywood pagará los gastos.

—Lo digo porque a esa Horty la veo irse a pique.

—Pero yo estoy muy a flote. Si en un juego como éste no logro que Hollywood corra con todos los gastos, será cuestión de ir pensando en renunciar a la carrera de leyes.

Drake suspiró.

—Esperaba que terminarías por tomarte así el asunto —dijo, alzando su larga figura del sillón que ocupaba.

Mientras se colocaba el abrigo. Mason le dijo:

—Sería una estupenda idea. Paul, conseguirse una fotografía de Jules Carne Homan.

—Ya lo he estado intentando durante las últimas veinticuatro horas —respondió Paul—. Pero no lo he logrado.

Mason se detuvo junto a la puerta, del ropero, mirando al detective.

—¿Quieres decir que un productor de fama no tiene sus fotografías desparramadas por todo Hollywood?

—Eso mismo. Homan es uno de esos niños tan tímidos ante las cámaras fotográficas.

—Ve a «Photoplay». Tienen los mejores fotógrafos. Nada hay que se les escape, si ellos se lo proponen.

—Buena idea —aprobó Drake.

—¡Andando, Della! —invitó finalmente Mason—. Vamos a hincarle el diente al pastel.

Capítulo 7

El inmenso autobús trascontinental llegó a su destino final. Los pasajeros, fatigados del largo viaje, salieron a través de la puerta y se dirigieron hacia el despacho, a fin de aguardar allí la distribución del equipaje.

Con la habilidad del detective profesional, Drake observaba atentamente cada fisonomía, sin que, en apariencia, pareciese prestarles la menor atención.

—Está bien, Perry —dijo, hablando por un lado de la boca—. Esa debe de ser la que buscamos. La que lleva el abrigo y el sombrero de color café.

Mason estudió a la mujer, en tanto ésta avanzaba hacia ellos. Debería tener alrededor de treinta años. Era muy delgada, aunque no esquelética, de pómulos algo prominentes; la piel de su frente, tirante, y unos ojos que denotaban cansancio. El cabello, de color castaño oscuro, evidenciaba la ausencia de los cuidados de un peluquero competente, y asomaba por los bordes de un diminuto sombrero, ofreciendo, después del largo viaje, un aspecto lacio y polvoriento.

La señora Warfield miraba en torno de ella, como si esperara que alguien acudiese a recibirla.

Drake dijo:

—No sería mal parecida si se echara encima trapos vistosos y se pasase por un salón de belleza.

—Incluso si ahora enderezase más los hombros —opinó Mason —. Da la impresión de sentirse atrozmente cansada. Bien, Paul, vamos allá.

—Está mirando hacia nosotros.

Mason avanzó, examinando con descaro a cada pasajero del autobús. Dejó que su mirada se posara en Lois Warfield, para,

luego, apartarla de ella. Finalmente, tras un momento de vacilación, alzó su sombrero.

La mujer sonrió y Mason se acercó a ella.

Mason miró a Drake y, entonces, se dirigió a la mujer:

—¿Es usted la señora Warfield? —preguntó.

Asintió la mujer con un súbito brillo de animación en sus cansados ojos azules.

—¿Usted es el hombre que… tiene un empleo para mí?

—Tal vez.

Hubo una sombra de desencanto en su rostro.

—¡Cómo! Yo creí que ya estaba todo perfectamente arreglado.

—No se preocupe, señora Warfield —sonrió Mason—. Espero que todo marche a la perfección. De todas formas, yo me encargaría de pagarle los gastos de regreso en el autobús.

—¡Pero si yo no quiero volver! Dejé mi empleo para venir aquí. Necesito esa plaza. No puedo permitirme el lujo de estar sin hacer nada. Tengo obligaciones que atender.

Mason respondió:

—Quiero que conozca al señor Drake… ¡Eh! ¡Paul! Aquí la tenemos.

Drake se volvió hacia la mujer. Alzó su sombrero, murmurando unas palabras de bienvenida.

—¿Cenó? —le preguntó de pronto Mason.

—Yo… este…

Mason rió.

—Venga. Podemos hablar y comer al mismo tiempo.

Ella vaciló unos momentos y, luego, sonrió, diciendo:

—Muy bien. Hay un mesón por aquí cerca.

Mason señaló a Paul Drake con un ademán, al tiempo que le decía a la mujer:

—Nosotros, los hombres de piernas largas, necesitamos más espacio para poder gozar de los placeres de la comida. No podemos comer a gusto en locales tan reducidos. ¿Conoces algún sitio por aquí cerca, Paul?

—Sí, en esta misma manzana hay un restaurante.

—¿No le importa caminar un poco?

Ella rió.

—¡Santo Dios, si estoy de pie todo el día! Podría andar millas.

Bajaron hasta el restaurante. Una vez instalados en un reservado protegido por una cortina. Mason dijo:

—Yo fui quien le sugerí la idea del empleo al señor Drake.

—¿Qué clase de empleo? Tengo entendido que es de auxiliar en una oficina.

—Exactamente.

—Y el salario es de ochenta dólares, ¿verdad? —preguntó ansiosamente.

Mason denegó lentamente con la cabeza.

—No. Temo que haya comprendido mal.

Un relámpago de cólera se encendió en los ojos de la mujer, para, después, apagarse, dando paso a la desilusión.

—¡Ya comprendo! —exclamó con la voz de quien esta acostumbrado a soportar desgracias—. Sin embargo, creí entender bien que… Bueno, no importa. Dígame lo que están dispuestos a pagar.

—El salario es de cien dólares —repuso Mason, observándola atentamente—. Drake necesita que su auxiliar vista bien, y no podría hacerlo con un salario de ochenta.

La señora Warfield le miraba absorta.

—Ahora tenemos que saber algo más sobre usted —continuó Mason.

—Creí que ya sabrían lo suficiente.

—Sólo que usted era atractiva, de buena voluntad y que ansiaba conseguir un empleo en la costa. ¿Es usted casada?

—Sí.

—Su marido, ¿vive?

—Sí —confirmó, tras unos momentos de vacilación.

—¿Está divorciada?

—No.

—¿Separada, entonces?

—Bueno, no estamos juntos… temporalmente.

—Eso ya no me gusta. Yo creí que usted sería viuda o divorciada. Los maridos, a veces, resultan molestos.

—El mío no le causará ninguna molestia.

—Bueno, usted ya sabe cómo son las cosas. Alguna vez tendrá que quedarse a trabajar por la noche hasta tarde y…

—Cumpliré con todo lo que exija mi empleo —le interrumpió

ella.
Mason intervino.
—Tendrá, como es lógico, que firmar su contrato de trabajo y el Sindicato querrá saber algo sobre su marido.
—¿Qué tiene que ver él con mi contrato?
La risa de Mason fue alegre.
—Maldito si lo sé, pero lo cierto es que el Sindicato meterá las narices en sus asuntos privados.
Drake preguntó:
—Pero ¿en qué puede influir que el marido sea lo que sea o esté donde esté?
—Bueno, tal vez en algo, si así lo aconsejan ciertas circunstancias. Suponte que tuviese antecedentes criminales. ¿Dónde está su marido, señora Warfield?
La camarera vino en aquellos momentos para recibir órdenes.
—¿Un cóctel? —le preguntó Mason a la señora Warfield, y como ella titubease, añadió—: Creo que lo necesita. Tráiganos unos «martinis» secos.
La camarera anotó el pedido y se retiró.
—Bueno, a lo que íbamos —prosiguió Mason.
—¿Alude a mi marido?
—Eso es.
—Él… est… Mire…, no creo que a él le interese que le informe a nadie de su paradero.
—Creo que estamos confiando demasiado en usted —le dijo—. Nuestro amigo de Nueva Orleans parecía tan ansioso de que usted consiguiese este empleo y nos hizo un elogio tan vivo de usted, que creímos…
—¡Oh, lo siento! —le interrumpió la mujer—. No sé como… Bueno, no puedo explicarles lo que pasa.
La voz de Mason cobró un tono frió.
—Está bien. Si usted adopta esta actitud, señora Warfield…
—¡Oh, pero si no quisiera…! ¿Es que no lo comprenden? Se trata de algo que no puedo decirles.
—¡Cómo guste! —exclamó Mason, encendiendo un cigarrillo—. ¿Fuma, señora Warfield?
Ella denegó con la cabeza, esforzándose por retener las lágrimas.
—No, gracias.

Los ojos de Drake contemplaban a la mujer con simpatía. Mason frunció el ceño.

Se produjo un silencio molesto, al cabo del cual la señora Warfield dijo:

—¿Supongo que esto me costará el empleo?

Mason miró a Drake. Se encogió ligeramente de hombros y continuó fumando su cigarrillo.

—¡Está bien! —exclamó la mujer con tono dolorido—. Hagan lo que quieran. Me siento ya enferma y cansada hasta la muerte con todo este asqueroso asunto de los empleos. Sé trabajar como la primera y, sin embargo, siempre que solicito una plaza me tratan como si pidiese una limosna. Y no es justo. Ofrezco «mi trabajo» a cambio de un «salario» para que el hombre que me paga obtenga «su provecho». ¡Guárdense su empleo!

Con estas palabras echó atrás su silla y se dispuso a ausentarse. En aquel momento, la camarera venía con lo solicitado.

Mason se dirigió a la mujer, diciéndole:

—No hay razón para que no podamos convidarla a una cena, señora Warfield. Tome un cóctel. Le hará bien.

—No, gracias.

—Será mejor que espere un momento —insistió Mason—. Lamento mucho lo sucedido. Además, queda la cuestión de su viaje de regreso.

La camarera paseó sus miradas por los clientes y, silenciosamente, dispuso los cócteles sobre la mesita. La señora Warfield titubeó unos momentos, luego cogió el suyo y lo bebió de un trago, sin detenerse a paladearlo.

—Siento que las cosas hayan llegado a este extremo —dijo Mason—. En mi opinión, le habría gustado el empleo.

La mujer le miró, luchando por retener las lágrimas de indignación que acudían a sus ojos.

—¡Está bien! —dijo—. Mi marido es un delincuente. Se encuentra en la cárcel. Ni siquiera sé en cuál. No ha querido que yo lo sepa. Desea que nos divorciemos alegando que es indigno de mí. No quiere tener ninguna comunicación conmigo, a no ser por mediación de un amigo. Por eso no podía sincerarme con ustedes. Comprenderán ahora que, de llegar esto a oídos del Sindicato, mis oportunidades de obtener un contrato de trabajo serian bien

escasas.

—¿Es ésa la verdad? —preguntó Mason.

Ella asintió.

Mason cambió una mirada con Paul Drake e hizo con la cabeza una seña disimulada. Drake, en respuesta, extrajo la cartera de su bolsillo.

—Eso es diferente, señora Warfield —dijo—. Usted no tiene por qué responsabilizarse de las acciones de su marido, y creo que sus esfuerzos para salir adelante son dignos de todo elogio.

La mujer le miró con incredulidad, demasiado sorprendida para poder hablar.

Drake sacó cincuenta dólares de la cartera.

—La plaza que quiero que usted ocupe no está aún vacante, si bien lo estará dentro de unos días. Aquí tiene dos semanas de sueldo.

—Apostaría algo a que su marido es el Warfield que fue detenido por falsificar cheques en San Francisco —le dijo Mason de pronto.

—Ignoro por qué le condenaron. No me lo dijo nunca. Sólo recibí una carta suya en la que me decía que estaba metido en un lío y que durante bastante tiempo no tendríamos otro contacto que el que nos proporcionase un amigo suyo de San Francisco, del cual me remitía las señas. Un tal señor Spinney.

—Ah, entonces está claro que su marido debe ser el Warfield que procesaron por lo de los cheques. Personalmente, creo que le encerraron de acuerdo con un plan previsto. ¿No le ha dicho nada a usted?

—Nunca me contó de qué se trataba.

La señora Warfield cogió su polvera y se contempló en el espejo, empolvándose luego la nariz.

—Casualmente, yo soy abogado y estoy trabajando en ese caso —le dijo Mason—. Si mis conclusiones son ciertas, no me extrañaría nada que su marido pisara otra vez la calle dentro de unos treinta días. Dígame, ¿es éste su marido?

Mason saco de su bolsillo un retrato de Jules Carne Homan. La fotografía original le incluía entre algunas de las más notables celebridades cinematográficas, con la siguiente leyenda a su pie: «El productor y las estrellas discuten el nuevo film, entre botellas de

champaña, en uno de los lugares de moda de Hollywood».

Mason había recortado cuidadosamente el resto de la fotografía, dejando solamente la figura de Homan.

La señora Warfield dijo:

—Oh, me alegra tanto que usted trate de ayudarle. Siempre supe… —interrumpió bruscamente la frase.

—¿Qué pasa? —preguntó Mason.

—No he visto a este hombre en mi vida.

Mason la estudió detenidamente, sin poder apreciar la menor señal de simulación en su rostro, y sí sólo la expresión de quien ha sufrido un desencanto. La mujer mantuvo, por breves segundos, la fotografía en una mano, en tanto sostenía la polvera con la otra. Finalmente, se la devolvió a Mason, que le dijo:

—Tal vez sea este el retrato de Spinney.

—No he visto jamás al señor Spinney.

—¿Fue su marido quien le habló de él?

—Sí. Mervin me dijo que podía confiar en Spinney ciegamente. Lo que no logro comprender —prosiguió, pensativamente— es por qué Mervin no quiso dejarme saber dónde está. ¿Es que no puede recibir cartas una persona que está en la cárcel, señor Mason?

—Cumpliendo ciertos requisitos, claro que sí. Tal vez su marido no quiso que usted supiera que estaba en la cárcel.

—El sólo me dijo que estaba metido en un lío y yo le escribí a su amigo pidiéndole detalles, hasta que éste me informó que Mervin había sido encarcelado. Creí que estaría en algún lugar de California. Le escribí a Folsom y San Quintín, pero las cartas me fueron devueltas.

—Por que el amigo… Lo siento, pero creo que es mejor que dejemos de hablar de esto.

—Tal vez sea una buena idea —convino Mason—. Le va a quitar el apetito y ya traen su sopa de mariscos.

Durante la cena, la señora Warfield trató de averiguar pormenores sobre su empleo y dónde trabajaría. Drake satisfizo sus preguntas. Le explicó que su auxiliar dejaba el puesto porque se casaba. La boda había quedado fijada para, el veinte de aquel mes, pero ciertas circunstancias habían postergado la fecha. Entretanto, ella quería seguir trabajando hasta el último momento.

Mason sugirió que la señora Warfield debería alojarse aquella

noche en el Hotel Gateview, y, a la mañana siguiente, salir en busca de un sitio donde vivir. Tal vez pudiera encontrar alguien que quisiera compartir un departamento con ella y, de este modo, conseguir algo mejor por una módica mensualidad. Después de la cena, ambos hombres la condujeron hasta el Hotel Gateview, y allí le proporcionaron una confortable habitación.

—¿Y cómo les haré saber dónde estoy?

Fue Drake quien respondió:

—Lo mejor será que no vaya ni telefonee a la oficina, porque si mi auxiliar se entera de que ya tengo contratado a alguien, a quien pago para hacer su trabajo, se marchará inmediatamente. Ella no desea irse sino cuando sea necesario, y como ha estado conmigo durante muchos años, me gustaría que trabajase hasta el último instante. Le diré lo que puede hacer: En cuanto encuentre un sitio donde alojarse definitivamente, me lo comunica. Dejándole al conserje del hotel una nota a nombre de Paul Drake. Yo pasaré a recogerla, y le avisaré en cuanto el puesto quede libre.

La mujer le tendió la mano.

—Ha sido muy bondadoso conmigo, señor Drake.

—Olvídelo —repuso Paul, evitando mirarla a los ojos.

Ambos hombres se despidieron de ella y regresaron al automóvil.

—Me siento un canalla —dijo Drake.

—Todo esto lo hacemos por su propio bien —indicó Mason.

—Pero, ¿qué hay efectivamente de ese empleo?

—Cebémosla por una temporada. Págale su sueldo y déjala que descanse. El descanso le hará bien. Se la ve muy fatigada. Dile que se tome unas cortas vacaciones y que se vaya a la playa.

—¿Hasta cuándo vas a seguir pagando sus gastos?

—Pues hasta que le encontremos un empleo.

El rostro de Drake se iluminó de satisfacción.

—Eso es un gesto magnífico, Perry.

Mason pasó por alto el elogio y preguntó:

—¿Crees que mentía sobre la fotografía?

—Que me emplumen si lo creo. Se la veía demasiado desilusionada.

Mason repuso:

—Me gustaría que estuviera Della aquí. Ignoro qué

complicaciones intuyó desde el momento en que brindó el caso.

—¿Cuál es tu opinión, Perry?

—Todo señala hacia Homan. Basta considerar el modo como se va desenvolviendo el asunto. Sin saber por qué de pronto la cafetería decidió soltarla como si se tratara de un hierro ardiendo. Te aseguro, Paul, que detrás de todo esto hay un personaje muy influyente y, en esta ciudad, la influencia es capaz de hacer que el fiscal del distrito pase por el aro y vaya a una cafetería para ordenar que ciertas personas no puedan cubrir una vacante.

—¿Hollywood? —preguntó Drake, mirando significativamente a su interlocutor.

—Hollywood.

Drake repuso:

—Por supuesto, Perry, que si su marido ha sido apresado en California podemos ver los registros y…

—No olvides que ella ya ha consultado a Folsom y San Quintín. No te engañes a ti mismo, Paul. Supongamos que Warfield vino a la costa y que consiguió un empleo, probablemente en los estudios de cine. Empezó a hacer fortuna. Tuvo oportunidad de encontrarse con mujeres hermosas. Para abrirse camino en el mundillo cinematográfico hace falta cierto temple, y las mujeres impersonales y abúlicas nunca triunfan en Hollywood; tienen que poseer auténtica personalidad. Bueno, suponte que Warfield se enamoró de una de estas muchachas. Al principio, seguramente, la cosa no pasó de un alegre devaneo, pero después se sintió enamorado de veras y creyó que era llegado el gran momento. Quiso casarse y, por lo tanto, necesitó que su actual mujer se divorciara de él. No trató de solicitar el divorcio, porque sabía que su esposa le amaba demasiado para dejarle escapar. De haber averiguado su paradero, se habría reunido con él inmediatamente. El hombre se veía convertido en un pez gordo y, a la vez, perseguido por un pasado que no podía revelar a nadie. Trató de solucionar el problema haciéndole ver a su mujer que estaba metido en un atolladero y que, de resultas de él, le encerraban en la cárcel. Le dijo que no viniera a California y, para estar más seguro de mantenerla alejada, le obligó a que le enviase hasta el último céntimo que pudiese ahorrar.

—¿Crees que fue tan canalla como para llegar a ese extremo? —

preguntó Drake.

—Seguro —respondió Mason—. Esta es la razón de los envíos de dinero a Spinney.

—¿Y por qué supones que el marido sea Homan?

—Muy sencillo; sabemos que el intermediario del marido es Spinney, en quien confía ciegamente. Spinney va a San Francisco; allí recibe la correspondencia de la mujer y, cuando comprueba que los acontecimientos siguen su curso normal, se lo comunica al marido, que reside en Los Angeles.

—Sí, es razonable —admitió Drake.

—Pues bien; recuerda ahora que Spinney se relaciona telefónicamente con Homan.

—¡Demonios! Cuando presentas así las cosas todo parece matemático. Sí; Homan tiene que ser Warfield. Por supuesto, está también el hermano menor de Homan, que vive con él. Este individuo no estaba en la casa el día del accidente ni en la fecha anterior.

—Sería conveniente que me dijeras algo más sobre él —dijo Mason—. ¿Qué sabes del hermano?

—Su nombre es Horace. Es siete u ocho años menor que Jules. Siente una gran predilección por la pesca y el juego de golf. Es todo un deportista.

—¿Cómo trabaja?

—Como trabaja todo el mundo en Hollywood. De un modo intermitente. Jules le consigue pequeños trabajos, aquí y allá, como escritor. Trata de que el hermano haga carrera… Jules es miembro de un club de golf y posee un pequeño yate, un caballo de carreras y todo cuanto en Hollywood constituye señal de prosperidad. Horace trábala una temporada y luego se dedica a usufructuar los entretenimientos del hermano, yéndose de pesca, a jugar al golf y…

—¡Espera un momento! —le interrumpió Mason—. Horace no estaba en Hollywood el día del accidente, ¿no es así?

—No; se encontraba en el yate, en una excursión de pesca.

—Él puede ser Spinney.

—Es posible.

—O tal vez sea Horace el marido y Jules trate de protegerle.

Drake frunció el ceño.

—No pensé en eso. Pero el pez gordo es Jules; el hermano sólo

vive a su sombra. Claro que, siendo él el marido, pudo escribirle una carta a la mujer, diciéndole: «Escucha, chiquilla. Estoy en Hollywood. No me va muy bien, pero me mantengo porque me respalda mi hermano. Lo malo es que me mandará a paseo si sabe que estoy casado. ¿Por qué no te olvidas de mí? Te mando una pensioncita y quedas en libertad para hacer lo que te parezca».

Mason reflexionó sobre la observación de Drake.

—No puedo olvidarme de cómo reaccionó la señora Warfield cuando le enseñamos la fotografía de Homan. ¿Estás seguro de que el retrato era de él, Paul?

—Sí; he estado hablando con Homan y te aseguro que la fotografía está bastante bien tomada.

—Bueno, pensaré sobre esto más adelante. Veré a Stephane Claire esta noche. Le diré que espero tener buenas noticias. Detesto tener que informarla del lío en que se ha metido.

—¿Crees que podrás engatusarla?

—No sé. Ahora pienso que lo mejor será entrevistarme inmediatamente con Homan, Paul.

—Será difícil que lo encuentres a estas horas de la noche.

—Tan difícil como verlo en pleno día, ¿no crees tú?

—Tal vez.

—¿Dónde vive?

—Tiene una mansión en Beverly Hills.

—Su teléfono, ¿no figura en la guía?

—Claro que no.

—Pero tú debes haberlo conseguido cuando le jugaste la treta a la compañía de teléfonos.

Drake asintió, buceo en sus bolsillos y, finalmente, extrajo una libreta de notas, que tendió a Mason. El abogado copió el número del teléfono.

—Es raro que ese Spinney, huésped de una miserable pensión de San Francisco, tuviera el número privado de un magnate del cine —comentó Mason.

—No es un magnate, Perry; sólo un pobre esclavo que gana tres mil dólares a la semana: tiene que pagar un sinnúmero de seguros sociales…

Mason esbozó una sonrisa.

—Bien, voy a hablar con él.

—No sacarás mucho —le previno Drake—. Representa muy bien su papel.

—Si no estoy equivocado, Paul, a ese hombre le obsesiona algún fantasma del pasado. Esto debe de tenerle bastante nervioso y yo no voy a ser, precisamente, un calmante para sus nervios.

Capítulo 8

Las luces de la calle iluminaban la blanca fachada de estuco de la casa de estilo español. Las rojas tejas parecían casi negras en la penumbra.

Un muchacho filipino, de chaqueta blanca, acudió a la llamada de Mason.

—Telefoneé al señor Homan —dijo Mason—. Soy…

—Sí, señor Mason —respondió el muchacho—. Por aquí, Señor. ¿Su abrigo y sombrero, por favor?

Mason se quitó su abrigo, entregándoselo, junto con el sombrero, al muchacho, y luego siguió a éste a lo largo de un corredor, cuyo piso era de encerada madera rojiza, hasta un gran recibidor iluminado con luz indirecta. Después de cruzarlo, entraron en un despacho cuyos ventanales daban a un jardín. Homan aparecía sentado, tras de la mesa, enfrascado en el examen de un escrito mecanografiado con numerosas enmiendas a lápiz. Al entrar Mason alzó la vista, sosteniendo el lápiz entre sus dedos; luego lo dejó sobre una página y dijo:

—Siéntese y no hable, por favor.

Durante breves segundos, Mason se inmovilizó, contemplando a la figura sentada frente al escritorio. Finalmente, tomó asiento en uno de los confortables sillones, observando a su hombre como el jugador la carta en donde ha puesto su dinero. Se habían descorrido los cortinajes y por los amplios ventanales se divisaba el jardín con sus palmeras, sus fuentes iluminadas por luces de colores y, al fondo, la piscina de natación. La casa denotaba prosperidad y hacía pensar que no había sido construida solamente para vivir en ella, sino también para que la admirasen.

Homan se inclinaba sobre el escrito con tal aire de concentración que parecía haberse olvidado por completo de cuanto

le rodeaba en aquel momento. Tal actitud daba a entender un completo olvido de la persona del visitante, o bien una «pose» destinada a impresionar a éste.

El hombre, sentado al escritorio, habló para decir:

—Disculpe. Sólo se trata de unos momentos para concluir de revisar esta escena; luego hablaremos.

La falta de expresión de su voz le prestaba un matiz inconfundible.

Homan era, evidentemente, un «poseur». Un círculo de cabellos crecía alrededor de la calva coronilla de su cabeza. No hacía ningún esfuerzo para disimularla. Un par de grandes gafas de concha cabalgaba sobre su nariz. Sus patillas le oprimían las sienes grisáceas. Mantenía la cabeza ligeramente inclinada y sus ojos se fijaban, con inmensa concentración, en el escrito. Repentinamente, cogió un lápiz de la mesa e inició un frenético asalto al texto, tachando palabras y haciendo inserciones y anotaciones al margen. No tenía ni un instante de vacilación. Parecía, incluso, no poder adaptar la mano al rápido ritmo de sus ideas. Bajo este ataque, la mitad inferior de la página se convirtió en un verdadero revoltijo de anotaciones. Por último, soltó el lápiz tan súbitamente como lo había cogido, puso a un lado el escrito y dirigió hacia Mason sus enrojecidos ojos castaños.

—Siento haberle hecho esperar. No creí que llegara tan temprano. Quería terminar de revisar esta escena, ahora que mi ánimo se muestra propicio a ello, y su visita me ha frustrado el propósito. Ese detective ya fue bastante enojoso en este sentido, e intuyo que usted no lo será menos. Detesto todo este asunto, pero como, por lo visto, no puedo rehuirlo, aspiro a terminar con él de una vez. ¿Qué desea usted saber?

Mason consideró oportuno deslizar unas observaciones preliminares, antes de abordar el tema.

—No creí que trabajara hasta tan tarde —le dijo.

—Trabajo todo el tiempo, y cuanto más tarde, mejor. Se rinde mucho más cuando los que nos rodean están durmiendo —describió un círculo con su brazo al tiempo que añadía—: Me refiero a la gente de la ciudad. Hay una especie de telepatía, no tanto individual como colectiva, que nos envuelve y encadena a un mundo utilitario.

—¿Y mi presencia le ha quitado el humor para seguir trabajando? —preguntó Mason.

—No el humor para trabajar, sino el necesario para seguir interesándome por el manuscrito. Hay en él personajes que encarnan momentos dramáticos de sus vidas. Nada auténtico puede llevarse a la pantalla cuando los personajes carecen de realidad, y esto no se puede saber sin simpatizar previamente con ellos, sin franquear la puerta que nos lleva a adentrarnos en sus existencias. Llámelo subjetivismo, intuición, adivinación; lo que usted quiera. Ahora, de pronto, usted interrumpe la tarea y se presenta ante mí. Usted, para mí, es un fenómeno objetivo, y como tal tengo que tratarlo. Según parece, precisa de ciertos informes míos. Probablemente intentará tenderme un lazo y debo estar alerta para poder medir bien mis palabras.

—Y ¿por qué? —inquirió Mason—. ¿Para evitar algún desliz involuntario?

—No, no; para evitar decir algo que usted pudiera interpretar torcidamente, dándole pie a lanzarse después contra mí.

—No soy tan mala persona —sonrió Mason.

—Su detective lo fue. Me tuvo fuera de quicio durante casi todo el día. ¿Qué es lo que quiere saber?

—Si usted respalda su propio seguro de auto.

—En efecto. Si es que esto es asunto suyo, que no lo es.

—Las repercusiones del accidente pueden afectar de muy distinto modo a su responsabilidad —apuntó el visitante.

—¿Cómo?

—Según que el automóvil fuese usado con su consentimiento expreso o implícito.

—Pues no lo fue.

—Sin embargo, usted puede apreciar cierta diferencia legal.

—Está bien. Hay una diferencia legal, ¿y qué?

—Ahora bien —prosiguió Mason—, si la persona que guiaba el auto era agente suyo…

—No tengo agentes.

—Eso es lo que el profano siempre cree, pero si usted le pide a un hombre que tome su auto y vaya a echarle una carta al correo, este hombre se convierte automáticamente en su agente.

—Ya comprendo. Me alegro de que me lo haya dicho. Lo tendré

bien presente. ¿Qué más?

Mason prosiguió:

—Piense ahora que envía a un hombre a San Francisco su auto, con la misión de hacer algo para usted. En este caso, usted será tan responsable como si hubiese ido guiando el coche.

—Bien; usted quiere llegar a alguna parte. Continúe.

—Soy abogado, señor Homan, y represento a Stephane Claire. Tengo interés en encontrar cualquier dato que pueda librarla del cargo de homicidio por imprudencia.

—Es muy natural.

—Usted está interesado en reducir al mínimo su responsabilidad legal. Una cosa es que alguien robara el auto, otra que lo guiara con su permiso y otra muy distinta que esa persona fuese agente suyo. Usted, naturalmente, está interesado en presentar el asunto de forma provechosa a sus intereses, en busca de la mínima responsabilidad legal.

—Eso es obvio.

—Por lo tanto, nuestros intereses son adversos.

—Naturalmente. Eso lo supe desde que usted entró por esa puerta. Dígame algo nuevo.

Mason añadió, como al descuido:

—Se me ocurre de pronto, señor Homan, que usted debe de ser muy hábil para los peniques y tonto para las libras.

—¿Por qué lo dice?

—En un intento para salvar unos cuantos miles de dólares, puede exponerse a que alguien le ataque de flanco.

—¿Quién?

—Yo.

Los ojos castaños de Homan contemplaron fijamente a Mason, tras los lentes de concha.

—Siga —dijo al cabo de unos minutos—. ¿Qué más, tiene que decirme?

—Quiero demostrar que Stephane Claire no iba guiando su auto. Antes tengo que probar quién lo conducía, y para ello me veré en la necesidad de escarbar en sus asuntos privados. Y cuando escarbo lo hago a conciencia.

—¿Es esto chantaje?

—Es una advertencia.

—¿Ha terminado?

—No. Estoy sólo empezando.

Homan cambió de posición en la silla giratoria.

—Me temo —dijo— que esto sea peor de lo que pensé.

Pronunciadas estas palabras, comenzó a tamborilear nerviosamente sobre el borde de la mesa con sus cortos y bien cuidados dedos. Un anillo de diamantes que lucía en su mano derecha reflejó la luz, despidiendo vivos destellos a cada movimiento de la mano.

Mason prosiguió:

—Como es lógico, para mí sería una gran ventaja, y para usted una desventaja, probar que el auto iba guiado por uno de sus agentes.

—¿Cree que le miento cuando le digo que el auto me fue robado?

—Cuando represento a alguien, me inclino a pensar que todo el que sostiene algo opuesto a los intereses de mi cliente está mintiendo.

—No puedo culparle por eso. Así son los negocios. Continúe.

Mason se inclinó hacia adelante y, señalando con su dedo en dirección a Homan, dijo:

—Si por algún motivo no le interesa que salgan a la luz ciertos hechos relacionados con un tal señor Spinney, será mejor para usted que lo diga inmediatamente.

El rostro de Homan permaneció inalterable. Ni siquiera pestañeó.

—¿Quién es ese Spinney? —preguntó.

—Un caballero de San Francisco.

—Ni le conozco ni me importan los hechos de que me habla.

—Perfectamente. También me interesa advertirle que si desea que no airee el asunto de cierta camarera de una cafetería de Nueva Orleans, será mejor que lo diga ahora; es el momento apropiado.

—¿Me amenaza con mujeres?

—Con una mujer.

—¡Siga adelante! ¿Qué demonios puede importarme? Soy soltero. Todos me califican de mujeriego y libertino. No pretendo ser otra cosa. No va a asustarme ni aun cuando desentierre a cien mujeres. Nada pueden hacerle a un hombre en ese terreno mientras

no lo acorralen y, afortunadamente para mí, gozo de plena libertad y…

—Usted me interpreta mal —le interrumpió Mason—. No me refería a ninguna de las mujeres con quienes haya podido intimar…

—¿De que se trata, pues?

—Se trata de una mujer que sigue fiel al hombre a quien no ha visto desde hace bastante tiempo; una mujer que ese hombre quiere hacer permanecer en Nueva Orleans porque no desea que ella sepa su paradero ni lo que está haciendo.

—¿Por qué? —indagó violentamente Homan.

—Porque aspira a que ella pida el divorcio.

—¿Con qué finalidad?

—Probablemente porque, habiendo alcanzado una buena posición, desea casarse con otra.

Los ojos de Homan se estrecharon.

—Ha tenido una excelente idea, Mason. Creo que podría aprovecharse, sacando algo bueno de ella. Posee interés humano esa actitud de renunciamiento; patetismo y…, todo lo demás. Procuraré cultivar los rasgos de mansedumbre y bondad del personaje, pero sin exagerarlos, convirtiendo a la mujer en una infeliz. Vamos, continúe; desarrolle su idea.

—Eso intento hacer.

Homan describió un movimiento con su enjoyada mano y añadió, riendo:

—¡Excelente materia para un guión! Perdóneme, Mason, pero estoy tan habituado a que vengan personas a pedirme opinión sobre sus argumentos, que, por un momento, creí que usted me proponía el asunto de una película.

—Yo me refiero a realidades.

—Realidades que nada significan para mí. ¿Tiene algo más que decirme?

—Sí. Usted tendrá que declarar desde el banquillo de los testigos. Cualquier falsedad que deslice en su declaración será considerada como perjurio. Tal vez usted crea que puede eludir la verdad y seguir tranquilamente su vida. Se engaña por completo, señor Homan. Usted trata de meter en la cárcel a una joven; pero, como yo le coja en perjurio, el que irá a la cárcel será usted. ¿Está claro?

Mason se había puesto en pie. Homan le dijo:

—Tranquilícese y tome asiento por unos momentos. Quisiera pensar un poco.

Mason obedeció, sin quitar sus ojos de Homan. Este se mantenía inmóvil con la cabeza baja, sin que en su rostro se manifestase la menor alteración. Sólo el nervioso tamborileo de los dedos de su mano derecha sobre el tablero de la mesa subrayaba el curso de sus pensamientos. Finalmente, cesó el tamborileo y Homan alzó la cabeza.

—Lo que le he dicho lo mantengo —declaró—. Expongo la verdad y nada podrá usted contra ella. Lo siento por esa señorita. No creo que ella haya robado el auto, sino alguien que se le adelantó. Por lo demás, maldito si me importan sus amenazas, Mason. Si dispusiese de tiempo, tal vez simpatizase con esa joven que se encuentra en un hospital sola, quizá sin recursos ni amigos y asustada ante la amenaza de afrontar un proceso que la Prensa se encargará da airear. Una situación dura. Lo reconozco. Soy capaz de hacerme cargo de la tragedia, pero no tengo tiempo para pensar en ella. Por ahora, los Estudios me pagan para que concentre mi atención en el problema de un hombre enamorado de una mujer que, desgraciadamente, está casada con otro. El esposo se niega a concederle el divorcio porque vive a expensas de ella. La equivoca situación se prolonga hasta que un buen día el marido sorprende a los amantes. Sobreviene el escándalo, con su cortejo de injusticias, maliciosas interpretaciones, etcétera. He aquí lo que me preocupa, Mason: el problema de esta mujer, forzada a vivir una existencia ficticia, a…

Mason se puso en pie y retiró la silla.

—Ese problema no me afecta para nada, señor Homan. Me pagan para que libre a una joven de ir a la cárcel y me siento endemoniadamente capaz de cumplir con la misión.

—Sí, ya me hago cargo. Creo que vuelvo a estar de humor para reanudar el trabajo interrumpido. ¡Buenas noches, señor Mason! Trate de no venir por segunda vez.

—Yo sólo hago «una» advertencia —respondió Mason—. No me gusta insistir.

—Ya es suficiente —admitió Homan, alcanzando el original sobre el que trabajaba a la entrada del visitante.

Mason se dirigió hacia la puerta, pero, de pronto, retrocedió para volver a encararse con Homan.

—Disculpe —le dijo—. ¿Le importaría, a título de curiosidad, decirme el nombre del argumento en que está trabajando? Me gustaría ver más adelante la película para comprobar si mi interrupción ha dejado huellas…

Homan cogió distraídamente una de las hojas del guión y habló:

—Se trata de la adaptación de una novela cuyos derechos adquirieron los Estudios para un par de años. El título del libro es «Donde caen las virutas». Está inspirado en el viejo refrán: «Cepilla a conciencia y deja que las virutas caigan donde quieran». Un titulo horrible. Lo cambiaremos. Tal vez esté bien para un libro, pero para una película es pésimo. A la gente que va al cine le gustan los títulos sencillos, al alcance de su mente, y, al mismo tiempo, que despierten su atención; algo tan simple y emotivo como los grandes titulares de primera página de un periódico… Pero ¿por qué diablos le estoy hablando de esto ahora?

—Tampoco yo lo sé —le respondió Mason.

Y, acto seguido, salió del despacho, cerrando con cuidado la puerta.

El joven filipino estaba esperándole en el vestíbulo con el abrigo y el sombrero.

Mason dejó que el criado le ayudara a ponerse el gabán y, después de coger el sombrero, permaneció por breves momentos contemplando un gran aparato de radio que en aquel instante transmitía, a medio tono, música de órgano.

—¿Le permite su amo tocar la radio? —le preguntó al filipino, fijando su mirada en él.

Los blancos dientes relucieron en una desvergonzada sonrisa.

—No, señor. Pero como cuando trabaja no oye nada, yo me entretenía un poquito. Tenía que esperarle a usted y estaban tocando mi programa favorito.

—¡Ya comprendo! —exclamó Mason, caminando en dirección al aparato—. Me interesa este tipo de radio —dijo, en tanto la contemplaba.

El filipino parecía sentirse vagamente inquieto.

—Es muy bueno. Por favor, no la ponga más fuerte, porque el señor se enojaría.

Mason se inmovilizó frente a la radio, escuchando.

De pronto, la suave armonía, del órgano fue interrumpida por un zumbido seguido de un «clic». Por seis veces se repitió el mismo zumbido con distinta duración, como si alguien de la casa estuviera marcando el número de un teléfono.

Mason se dirigió hacia la puerta.

—Gracias —le dijo al criado—. Buenas noches.

El filipino le miraba pensativamente.

—Le diré al señor Homan…

—¿Qué piensa decirle? —le interrumpió Mason.

—Pues que usted esperó hasta ver si usaba el teléfono.

Mason sonrió.

—Muy bien. No se le olvide, por favor.

Mason se encontraba ya muy cerca de la puerta. Se percibieron apresurados pasos al otro lado y el filipino franqueó la salida bruscamente. Mason intentó avanzar y tropezó con un bronceado joven, que había subido los escalones y que, por lo visto, trataba de introducir una llave en la cerradura.

—¡Caramba! —exclamó el joven—. No era mi intención zancadillearle. Lo siento.

Mason se percató de unos ojos oscuros, hundidos en un rostro de facciones acusadas, y espaciosa frente. El recién llegado, que venía sin sombrero, lucía una negra cabellera ondulada, peinada hacia atrás.

—No habrá venido a verme a mí, ¿verdad?

—¿Es usted Horace Homan?

—Sí.

—Me gustaría cambiar con usted unas cuantas palabras.

—¡Oh! Ahora llevo una prisa del demonio. ¿No podríamos aplazarlo?

—No. Soy Perry Mason, abogado. Represento a Stephane Claire.

—¡Dios mío, otro pleito por ruptura de promesa matrimonial! Bien, dígale que si lo lleva al tribunal diré que sí y me casaré. ¡Oh, espere un momento! ¿Stephane Claire? ¡Ahora caigo!

—Sí; esa joven acusada de haber robado el auto de su hermano.

—Ya entiendo.

—Según mis noticias, cuando ocurrió el hecho, usted estaba pescando.

—Así es. En un balandro.

—Le acabo de decir a su hermano que el asunto es cosa seria y que no se puede solucionar contándole a la Policía lo primero que se le ocurra. Tiene que sentarse en el banquillo de los testigos y, cuando esté allí, pienso preguntarle sobre todo cuanto pueda aclarar completamente este negocio.

—No le culpo a usted. Apostaría que a Jules no le gustó nada el asunto, si es que dejó de trabajar unos momentos para escucharle.

—Dejó de trabajar y escuchó, pero no estoy seguro de que me haya prestado la debida atención.

El hermano menor esbozó una mueca.

—Tal vez sea así. Pero si usted se lo advirtió, ya cumplió con su deber. No se preocupe por Jules. Sabe cuidarse perfectamente de sus asuntos y no creo que usted logre que modifique sus planes.

—Yo lo único que digo —replicó Mason— es que me parece una estupidez empeñarse en salvarse de toda responsabilidad en el accidente, a trueque de arriesgarse a correr en peligro mucho mayor.

Horace Homan consultó su reloj de pulsera.

—Escuche: tengo una prisa endemoniada, pero todavía puedo disponer de cinco minutos para que hablemos… ¡Felipe!, marcha de aquí y vete al infierno.

—Bien, señor. Estaré por aquí cerca para despedir al señor Mason.

—No te preocupes. Yo le acompañaré.

—Disculpe, señor, pero las órdenes del amo son ésas.

—Está bien, Felipe. Te avisaré cuando hayamos terminado.

—¿Desea sentarse? —le pregunto a Mason.

—No perdamos el tiempo. Podemos hablar aquí mismo.

—Muy bien.

—¿Qué sabe usted de un tal Spinney?

—¿Spinney? —preguntó a su vez Horace, frunciendo el ceño—. Me parece haber oído ese nombre en alguna parte. Espere un momento. Spinney… ¡Lástima! Creo que no me acuerdo. ¿Qué más?

—Tal vez sepa algo de cierta dama de Nueva Orleans.

—¿Nueva Orleans? No me explico qué tiene que ver con todo esto y, por otra parte, usted no me da la impresión del tipo que intenta acorralar a Jules, desenterrando las mujeres que hayan

podido desfilar por su pasado.

—En efecto, no soy de ésos.

—Según tengo entendido, el nudo del problema radica en saber con certeza quién guiaba el auto.

—Así es.

—¡Oh, no puede figurarse cómo le agradezco a mi buena estrella no haber sido yo el personaje que iba tras el volante! ¿No sabe lo que me ocurre, Mason? Me he hecho el firme propósito de no conducir cuando me encuentre en estado de embriaguez. Esto lo decido siempre que tengo el cerebro claro. Pero cuando estoy bebido me creo lo suficientemente sereno como para conducir y, en último extremo, mareado ya por completo, no sé si pienso que estoy en perfectas condiciones para sentarme al volante o tan borracho que me hago a la idea de que la vida es alegre y efímera y que, en última instancia, lo que importa es pasarlo bien, sin pararse a meditar en las consecuencias. Este es mi drama y nada puedo hacer para evitarlo.

—Podría dejar de beber —apuntó Mason con una sonrisa.

—¡Oh, esperaba un consejo más práctico!

—¿Y por qué, cuando empieza a beber, no coge las llaves del coche y se las envía a usted mismo por correo?

—¡Demonio! Me gusta usar el coche y no verlo parado frente a cualquier club nocturno.

Mason rió.

—Mucho me temo que no podré ayudarle. Ignoro si usted podrá prestarme ayuda a mí.

—¿Qué clase de ayuda?

—No creo que Stephane Claire fuese guiando el auto Tampoco creo que éste haya sido robado.

—Jules asegura que lo robaron. Por lo general, es muy fidedigno en sus informes, si bien terriblemente distraído cuando se sume en algún trabajo y, últimamente, ha estado muy ocupado. ¿Supongo que proyecta marearle a preguntas?

Mason asintió con un ademán.

—No creo que eso le guste mucho a mi hermano. Se pone muy nervioso cuando alguien se encara con él. ¡Bueno!, me alegro de no saber nada de este asunto. Lo lamento por la chica. Iré a verla. No es que crea que pueda hacer algo por ella, pero quiero que sepa que

siento lo que le ha sucedido y todo lo demás. Opino como usted: que ella no ha robado el coche.

—¿Y quién lo hizo, entonces?

—¡Oh!, cualquier granuja que pasase por el lugar donde Jules lo dejó estacionado.

—¿Y no podría hacer alguna suposición sobre la identidad de ese «granuja»?

Los ojos de Horace Homan se entornaron. Bajó la voz y le dijo:

—Bueno, si usted se pone en ese plan… —se interrumpió de pronto y continuó, ya en tono normal—: ¡Espere un momento! Ahora caigo que en esta casa usted viene a ser algo así como el lobo feroz. «¡Qué dientes tan grandes tienes, abuelita!…». No, señor Mason. No puedo suponer nada. Además, dentro de veinte minutos estoy citado con una chica estupenda y todavía tardaré diez en cambiarme de ropa. Así, pues, amigo, lo siento. Ya me pasaré a ver a la señorita Claire.

—Perfectamente, siempre que no aspire a sacarle alguna información. Lo digo, porque ya está convenientemente instruida en este sentido.

—Nada más justo, si se piensa que usted tampoco ha sacado mucho de mí, ¿verdad?

—Nada —respondió Mason.

—Bueno, pues, entonces, estamos empatados. ¡Mucho gusto en conocerle, señor Mason!

Unos dedos morenos y delgados estrecharon la mano del abogado.

Horace Homan alzó la voz:

—¡Felipe!, el señor Mason ya está listo para marchar, y la vajilla de plata de la casa sigue intacta.

El criado filipino alzó una cortina que cubría una entrada en arco y avanzó silenciosamente. El visitante tuvo la viva sospecha de que el fámulo había estado escuchando toda la conversación.

El criado franqueó la puerta, y Mason abandonó la casa, para internarse en la oscuridad.

Capítulo 9

Un hombre delgado y de cabellos grises, con ojos que brillaban tras los lentes, estaba en el escritorio del hospital cuando Mason entró. A poca distancia de él aparecía un joven vestido con un abrigo gris. Mason tuvo la impresión de unos hombros anchos, una cabellera negra como el carbón y un mentón pronunciado.

La mujer sentada frente a la caja se dirigía al hombre de los grises cabellos.

—No tenemos autorización para dejar que nadie vea a la señorita Claire sin previo permiso de la Policía.

Mason avanzó hasta la puertecilla barrera, en donde se detuvo para no importunar.

—¿Trasladaron a la paciente a un cuarto privado? —preguntó el hombre canoso.

—¡Oh!, ¿es usted el señor Olger?

—Sí.

—Sí, señor Olger. Seguimos sus instrucciones al pie de la letra. Usted nos dijo por teléfono que era el tío de la señorita Claire, ¿verdad?

—Esto es.

—Como paciente, creo que le permitiría verla. Voy a averiguarlo. Espere un minuto, haga el favor.

—Y el señor Sterne también —dijo Olger—. Este caballero que viene conmigo.

—¿Es también pariente?

—Bueno, en cierto modo, sí.

La enfermera sonrió.

—Lo siento, pero tengo que saberlo. ¿Lo es o no?

El joven del abrigo gris se removió inquieto y dijo:

—No creo que esté bien que yo entre, Max.

—¿Por qué no? —masculló el hombre de más edad, casi mordiendo las palabras.

—Se molestaría. Pensaría que trato de acercarme a ella ahora que está en un apuro y… Bueno, no sé. Tal vez sería mejor esperar un poco.

—¡Tonterías!

—Podría aguardar aquí unos minutos mientras usted entra a verla.

—¿No es pariente de ella? —intervino la enfermera.

—Están prometidos —respondió Olger.

—¡Oh!

—Lo estuve…

—¡Cállate! —le interrumpió Olger, quien seguidamente volvió sus ojos hacia la enfermera. Mason observó que sus movimientos semejaban los de un pájaro, por su rapidez y seguridad. Era un enjuto hombrecillo, pero, a pesar de sus sesenta y tantos años, daba más impresión de fortaleza que aquel joven Sterne, de porte atlético y aire encogido.

La enfermera, percatada de la presencia del abogado, se dirigió a éste:

—¡Muy buenas, señor Mason! Puede entrar. He recibido órdenes especiales sobre usted.

Mason murmuró las gracias, percatándose de que su nombre, aparentemente, no significaba nada para los dos visitantes, que permanecían frente a la entrada mirando a la enfermera, mientras ésta marcaba un número en el teléfono.

Mason caminó por un corredor, cubierto de linóleum, que olía a antisépticos, hasta detenerse frente a la puerta de la enfermera de guardia. Esta, vestida con blancas y almidonadas ropas, le sonrió, diciéndole:

—Trasladaron a su paciente, señor Mason.

—¿Adónde?

—Al cuarto privado número sesenta y dos. Le acompañaré.

Mason siguió a la enfermera. Sus pasos resonaban sobre el linóleum, contrastando con el silencioso caminar de su acompañante sobre las suelas de goma.

La enfermara llamó suavemente a la puerta y se oyó la voz de Stephane Claire diciendo:

—¡Adelante!

Mason abrió la puerta y entró, después de dar las gracias a la enfermera.

Stephane Claire estaba sentada en el lecho.

—¿Quién es Santa Claus? —preguntó—. ¿Qué significa este cuarto privado, las flores…?

—¿Cuándo ocurrió el cambio? —indagó Mason.

—Hará unos cuantos minutos. Me sacaron de la sala y me hicieron cambiar el camisón por esta preciosidad. ¿Nota usted la diferencia, señor Mason?

Mason sonrió contemplando los encajes que cubrían los hombros de la joven y la seda celeste que dibujaba el contorno de su busto.

—Le sienta muy bien —opinó—. ¿Y las flores?

—Me las acaban de traer.

—Por lo que yo sé. Sansa Claus es un caballero llamado Max Olger. Está ahora… —se interrumpió al ver el cambio de expresión que experimentaba el rostro de la muchacha.

—¡El tío Max! —dijo—. ¿Cómo pudo saber que me encontraba aquí?

—Aparentemente, usted olvida que la historia es muy apropiada para figurar en la primera plana de los diarios. «Auto perteneciente a un productor de Hollywood envuelto en un accidente. Hermosa rubia acusada de robo; ella insiste en que iba de simple pasajera. Hombre misterioso recoge a la rubia y, después, desaparece». ¿Por qué se opone a que la vea su tío?

—¡Oh!, es una excelente persona, pero pretende dominarme. No le puedo meter en la cabeza la idea de que yo ya soy mayorcita.

—¿Cuándo le vio por última vez?

—Hace poco más de un año.

—¿Quiere contarme algo de él?

—No me agrada hacerlo, pero supongo que no tendré más remedio.

Mason se sentó al borde del lecho.

—Creo que le tendremos aquí dentro de unos minutos; por eso, lo mejor será que se dé prisa. Ahora se encuentra en el despacho del hospital.

—¿Está… solo?

Mason la miró escrutadoramente.

—No. Hay con él un joven apuesto y viril; pero, según parece, apocado de carácter…

—Debe de ser Jackson. Es muy característico del tío Max haberle traído con él.

Mason la interrumpió.

—Hablemos del tío, primero.

—Es hermano de mi padre, bastantes años mayor que él. El tío Max hizo fortuna. Cuando papá y mamá murieron, el tío Max me llevó a vivir con él. Mis padres no me dejaron nada. Por lo demás, yo no estaba acostumbrada a tener mucho. Al principio, el tío Max debió temer que yo me creyera una niña rica y quisiera hacer demasiados gastos. De aquí su empeño en hacerme saber que me concedía un favor dejándome vivir con él.

—Y a usted no le gustó el plan, ¿verdad?

—Me burlé. Todo marchó bien mientras duró mi independencia. Tenía un empleo, y me sentía libre. Pero, más tarde, el tío Max se sintió aquejado de complejos paternales y quiso convertirse en mi padre y madre al mismo tiempo. Empezó a gastar en mí el dinero sin tasa. Vivía rodeada de criados y me pasaba casi todo el tiempo probándome vestidos. Entonces, mi tío trató de convencerme de que dejara mi empleo, diciéndome que quería llevarme con él a Palm Beach. Trataba con ello de apartarme del trabajo, para que pudiese llevar la clase de vida que según él me correspondía.

—¿Y Jackson Sterne? —preguntó Mason.

—Jacks —dijo ella, sonriendo— era, precisamente, una de esas cosas que el tío Max creía que me convenía. Él…

En aquel momento se escuchó un golpe en la puerta y la joven se interrumpió, mirando al abogado.

—¡Entre! —autorizó, tras corta vacilación.

Una enfermera de aspecto impecable, con su almidonado vestido azul y blanco, abrió la puerta para dejar paso a Max Olger, quien entró en el dormitorio, avanzando a menudo; y ligeros pasitos, con ojos que miraban por encima de sus lentes de cristales semicirculares.

—Bien, bien. ¿De modo que ésta es mi pequeña fugitiva?

—Esta misma —confirmó Stephane.

—¿Cómo estás? No te encontrarás herida de consideración, ¿verdad?

—Me siento perfectamente, aunque un poco envarada y dolorida todavía. Con algunas moraduras en mi cuerpo, pero capaz de abandonar el hospital ahora mismo.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí?

—Me lo ha recetado la Policía. Tío Max, éste es el abogado Perry Mason. Mi abogado.

—¿Mason? —dijo Olger, alargando su mano derecha, mientras sus brillantes ojos observaron al abogado atentamente por encima de los cristales semicirculares.

Mason estrechó la mano del nervioso hombrecillo.

—No quisiera ser descortés —dijo Olger—, pero, desde este instante, queda relevado de sus responsabilidades, señor Mason. Envíeme la cuenta y yo le mandaré el cheque.

—¿Qué se propone? —preguntó Mason.

—¡Tío Max! —exclamó Stephane.

—Si quiere franqueza la tendrá, señor Mason. Seré franco completamente franco. Deseo que Stephane tenga el mejor abogado que se pueda comprar con dinero. Conozco bien estos asuntos, y sé que el abogado que una niña sin un céntimo pueda tener…

—¡Tío Max, cállese! Usted no entiende.

—Entiendo perfectamente, Stephane. Sé hacerme cargo de todo. Para mí tú significas mucho y no quisiera que…

—¡Pero tío Max, si el señor Mason es famoso! Es el mejor abogado de este estado.

Max Olger ladeó la cabeza para observar mejor a Mason.

—¡Hum! —murmuró. Se dirigió al teléfono, cogió el auricular y dijo—: Habla Max Olger. Yo pago los gastos. Póngame con el despacho de la firma Pitcairn, Roxi y Hungerford, en Chicago. Pero no, espere un momento. La oficina estará cerrada; no había pensado en esto. Póngame con Alexander Pitcairn. Si, el señor Alexander Pitcairn, en su residencia… No, con nadie más, en caso de que él no esté.

Colocó el auricular en la horquilla.

Stephane Claire le decía a Mason:

—Tendrá que resignarse, señor Mason. Se derrochan mas energías discutiendo con él que dejándole que haga lo que quiera. No le importa, ¿verdad?

—En absoluto —dijo—. ¿Qué piensa hacer, Olger? ¿Llamar a su

abogado para que se encargue de esto?

—Probablemente. Ignoro la trascendencia que puede tener este asunto, pero no consentiré que nadie atropelle a Stephane.

—Sería muy desagradable —admitió Mason.

—Aprecio lo que usted ha hecho. No interprete mal mi actitud. No pienso ser mezquino con los honorarios.

—Tampoco lo seré yo —le replicó su interlocutor con una sonrisa.

El hombrecillo movió su cabeza.

—Hum, le advierto que si se excede, no soy hombre que pase fácilmente por el aro.

—Ni yo tampoco. Me interesa demasiado este caso para dejar que cualquier abogado del Colegio haga con él un desaguisado.

Olger respondió:

—¿Olvida que soy yo quien paga las cuentas?

—Usted no tiene que pagar mi cuenta —respondió Mason.

—¿No? ¿Pues, entonces, quién?

—El hombre que guiaba el auto… cuando lo encuentre.

Los ojos de Olger centellearon.

—Tal vez pueda sacar algo por ese lado. Le preguntaré a Pitcairn. Yo…

Sonó el timbre del teléfono y Olger alzó el auricular.

—Oiga, Pitcairn, creo que me puede prestar un buen servicio. Tal vez le necesite. No puedo decir nada ahora. Ya hay un abogado en el asunto. Un hombre llamado Mason, Perry Mason. Dice que no piensa soltar el asunto. ¿Qué le podría hacer para obligarle a ello? Stephane no quiere ayudarme. No puedo contar con ella. Siempre ha sido muy testaruda. ¿Cómo? ¿Está seguro? Bueno, eso es diferente… ¿Qué dice…? Medianoche. Son sólo las diez. Está bien, envíeme la cuenta de la llamada. Hasta luego.

Colgó el receptor y avanzó hacia Mason.

—Pitcairn le conoce. Dice que es usted uno de los mejores criminalistas de este país; que podría hacer una verdadera fortuna si se dejara de monsergas, dedicándose a la práctica decente de su profesión.

—Gracias —respondió Mason secamente—. No me interesa esa práctica decente, como la designa el señor Pitcairn.

—¡Oh!, él no la calificó así. Pero su idea era esa.

—Bueno, tampoco me importan sus ideas.

—¡Está bien! Le daremos gusto, y puesto que usted empezó con el asunto, siga adelante. Necesitará dinero para los gastos. No se preocupe, y en cuanto le haga falta cualquier cosa, llámeme. Pero especifique sus gastos, señor Mason. Los quiero bien especificados. Lamento insistir en el tema, pero es justo que…

Stephane Claire interrumpió a su tío, lamentándose:

—¿Se da usted cuenta, señor Mason? Imagínese lo que será vivir así las veinticuatro horas del día. Una se siente estrujada como las manzanas en una prensa de hacer sidra.

—¡Yo no estrujo a nadie! —salto Max Olger—. En vez de criticar a tu tío, ¿por qué no me explicas lo que pretendías con el cambio de nombre, Stephane? Conseguiste engañarme hasta que vi tu retrato. ¿Y qué diablos significa eso de emplearte en el guardarropa de un club nocturno de San Francisco?

—Eso es poco comparado con otras cosas que me callo.

—¡Hum! De todas formas, debiste mantenerlo en secreto. ¿Te parece bonito? ¡La sobrina de Max Olger como chica de un guardarropa!… ¡Hum…!

—¿Dónde se encuentra Jacks? —indagó Stephane para eludir el tema. Olger cesó en su reprimenda y consideró en silencio a su sobrina antes de responder:

—¿Cómo diablos puedo yo saberlo?

—¿Cuándo lo vio usted por última vez? —interrumpió la muchacha, cambiando una significativa mirada de soslayo con el abogado.

—Pues… veamos… Siempre me confundo con las fechas. Creo… —miró a Mason y se interrumpió de súbito torciendo el gesto—. Bueno, supongo que el señor Mason ya te lo habrá dicho. Ahora recuerdo que no te sorprendiste al verme. Seguramente, oyó pronunciar tu nombre y siendo tu abogado… Bien; no creo asombrarte si te digo que Jacks está ahí fuera esperando. Creyó que sería mejor que tú y yo tuviéramos un rato de charla antes de entrar él.

—¿Y llegó a esa conclusión de una vez o poco a poco?

—¡Vamos, Stephane, deja de burlarte de Jacks! Él siempre está pensando en lo que te conviene, y es un muchacho muy prudente.

—Es un rancio y un pelícano disecado —juzgó Stephane.

—Bueno, Jacks no es de esos que andan por donde los ángeles temerían encontrarse y tampoco le gusta dar tropezones en la oscuridad. Pero es un muchacho correcto, de buenos modales, buena posición, educación excelente, buen carácter, perseverante y digno de toda confianza. La clase de inversión que jamás puede llevar a la inflación.

—Está bien. Y, puesto que se encuentra aquí, creo que podré verlo. Vaya y tráigalo. Pero aguarde abajo unos diez minutos, porque tengo que hablar con el señor Mason.

Los ojos de Max Olger brillaron recelosos.

—¿Es que hay algo sucio en el asunto y no quiere que yo lo sepa? ¡No me oculten nada! Contrataré los servicios de buenos detectives y descubriré lo que sea…

—¡No es eso! —le interrumpió la muchacha—. Es que el señor Mason no puede perder el tiempo. Está cansado después de todo lo que ha hecho por mí, y quiero hablar en seguida con él para que pueda marcharse a su casa a descansar.

—No interrumpiré, entonces. Alzaré el vuelo.

Stephane se echó a reír.

—Muy bien; alce el vuelo de una vez. Y dígale a Jacks que quiero verle, pero sin hacerle creer que me moriré si no viene.

—¡Stephane! Piensa en su inquietud durante todo el camino hasta aquí. Vinimos en avión y…

—Sí, ya lo supongo.

—No puedes imaginarte el desespero que le entró al creer te había pasado algo… Cuando te marchaste jamás vi a nadie tan apesadumbrado como a él…

—Ya lo comprendo…

—Tú lo «comprendes» —dijo Olger irritado—, pero «no simpatizas» con él. No aprecias lo que esto significa para un muchacho que aspira…

—¿A qué? ¿A mi nariz?

—¡No hables así! Quiero decir para un muchacho que piensa en ti como él lo hace.

—Está bien. Vaya a llamarlo y déjeme hablar ahora con el señor Mason.

Olger se alzó, dispuesto a ausentarse, y se dirigió hacia la puerta con pasos rápidos y nerviosos. Pero antes de salir, se volvió hacia

Mason, diciéndole:

—Siento lo de Pitcairn, Mason, pero Stephane tenía que tener el mejor abogado. Por eso tuve que informarme sobre usted. ¡Hasta la vista!

Cuando, por fin se cerró la puerta, Stephane suspiro con alivio.

—¿No aspiró nunca, señor Mason, a una vida tranquila; a poder leer descansadamente el diario con un manso cachorro a los pies?

El abogado sonrió.

—¿No la dejaba su tío Max tranquila?

—¡No dejaba tranquilo a nadie! Es incorregible. Pero hábleme de esos asuntos.

—¿Qué asuntos?

Stephane se sentó más erguida en el lecho, envolviéndose los hombros con un gran pañuelo de seda.

—¿No me dijo que tenía que comunicarme algunas noticias?

—Creí poder hacerlo.

La muchacha fijó sus escrutadores ojos en el rostro de Mason. De súbito retiró de él la mirada exclamando:

—Bien. No importa.

—Creo pisar buen camino —explicó Mason—; mejor dicho, estoy seguro de pisar buen camino, pero la pista no me ha conducido a donde yo me suponía.

—¿Por qué?

—No lo sé. Voy marchando a toda prisa y, de pronto, tropiezo con un letrero: «Prohibido el paso por reparaciones». Me desvío, y la maldita desviación ya no me reintegra al primitivo camino, llevándome por otra ruta completamente opuesta.

—¿Tan mal ve el panorama?

—Por ahora no es muy alentador, pero aspiro a que mejore. Tiene que informarme de cuantos detalles conozca; cualquiera de ellos puede ser el indicio que nos proporcione la clave. Piense minuciosamente en todo lo sucedido, y vea si hay algo de que se olvidara hablarme. ¿Recuerda algo significativo sobre el coche o el hombre que la nevaron hasta Bakersfield?

—No creo. El individuo tendría unos cuarenta años. El auto era un Ford viejo; tal vez el modelo del treinta y cuatro o del treinta y cinco. Tenía ya sus años de uso. El motor funcionaba bien, pero la carrocería estaba deteriorada y las piezas chirriaban por falta de

ajuste.

—¿No le dijo el hombre cómo se llamaba?

—El apellido no me lo dijo. A su pregunta, yo le respondí que Stephane y él me informó que se llamaba Jim. Es todo lo que sé. Usted ya debe figurarse lo que es eso de viajar de «paquete». Se va en un auto con un hombre al que nunca se ha visto y al que ya no se volverá a ver. Dada la situación, parece un poco tonto tratarse de «señor» y «señorita», y tampoco está bien decirse simplemente «¡oiga!». Por esto, siempre que un hombre me lleva en su coche y me pregunta cómo me llamo, yo le doy mi nombre de pila y él me dice el suyo. De esta forma, se establece cierta intimidad y, al mismo tiempo, se mantiene una en el anonimato.

—¿Y no se propasan?

—Algunos sí.

—¿La mayoría?

—No. En general, suelen conducirse decentemente. Usted ya sabe que cuando un hombre entra en contacto con una mujer, casi siempre es ésta la que, con su conducta, da la pauta en el desenvolvimiento de las relaciones. La mayoría sabe respetar una actitud seria y reservada.

—¿Y qué me dice del individuo que la recogió en Bakersfield?

—Venía en un auto que pasó después de otros cuatro.

—Usted esperaba pasado el cruce de carreteras, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y cree que el coche procedía de Bakersfield?

—No creo que viniera de allí; por lo menos esa fue mi impresión.

—Homan —opinó Mason— es perfectamente capaz de estar mintiendo. Si es así, tenemos que atraparlo sobre la hora en que el coche le fue robado. Ahora, dígame algo respecto a aquel individuo.

—Tendría unos treinta y uno o treinta y dos años y se conducía con una seguridad e insolencia, ofensivas. Creo que hay muchachas que se enamoran de este tipo de hombres. Yo nunca pude. Pasó de largo y, luego, se detuvo. Pero no dio marcha atrás. Cuando subí al coche me miró las piernas. A juzgar por su aspecto y conducta, debe creer que todas las chicas tienen la obligación de enamorarse de él. Usted ya debe conocer a esta clase de sujetos.

—Me lo sé de memoria —confirmó Mason—, pero quisiera que

me diese más detalles. ¿No le informo sobre cuales eran sus ocupaciones?

—Pues, no. Todo lo que sé es que ansiaba llegar cuanto antes a Los Angeles, en donde, por lo visto, esperaba hacer algo. Sus ojos eran oscuros, ignoro si negros completamente. En realidad, no me fijé bien. Poseía un pequeño bigote negro y vestía de etiqueta, con una capa sobre los hombros. Cuando me cogió la primera vez, se manchó la cara con mi lápiz de «rouge». La segunda, al apoderarme de las llaves, le dejé una raya de carmín en la pechera de la camisa con mi dedo meñique, además de una mancha también de carmín al aplastar mis labios contra ella.

—¿Dónde quedó su lápiz de los labios?

—Lo tengo en mi bolso. Usted ya sabe como las mujeres nos aplicamos la pintura. Después de pintada la boca, extendemos el «rouge» con el dedo meñique, a los hombres no les gusta, cuando nos besan, quedar embadurnados de pintura y como aquel individuo se estaba poniendo cada vez más pesado, me puse en los labios una capa de «rouge» lo más gruesa que pude. El dedo meñique lo tenía totalmente cubierto.

—¿Y se guardó el lápiz antes del accidente?

—Sí, antes del accidente.

—¿Cogió las llaves del contacto del auto?

—Así fue.

—¿Y qué hizo con ellas?

—Me… parece que las guardé en el bolso.

—¿Dónde está su bolso? —preguntó Mason.

—Ayer mismo me lo devolvió la enfermara. Hasta entonces debió retenerlo la policía.

—¿Ha mirado en él?

—Sí, pero sólo para buscar algunas cosas que necesitaba; mi polvera y…

—¿Dónde está?

—En el cajón de ese tocador.

El abogado abrió el cajón indicado, sacando de él una cartera negra bastante usada ya, que entregó a la joven. Esta rebuscó en su interior y, como no encontrase lo que pretendía, lanzó una exclamación de contrariedad, al tiempo que volcaba todo el contenido sobre la colcha.

—¡Aquí las tiene! —dijo de pronto alzando el manojo.

Mason examinó las tres llaves que aparecían sujetas al llavero.

—Esta debe ser la del auto; las otras dos parecen de un piso.

—Es verdad.

—¿No es suya ninguna de ellas?

—No.

—¿Le ha hablado a la policía de la existencia de estas llaves?

—No les dije que las tuviese; les informé solamente de que las había cogido después de cerrar el contacto.

—¿Y no le preguntaron qué había hecho de ellas?

Stephane se echó a reír.

—Nada de eso. Por lo visto, no creían una palabra de cuanto les decía, y sólo me escuchaban en cumplimiento de su deber, para cubrir el expediente.

Mason guardó un corto silencio meditando y, de pronto, interrogó:

—¿Qué tal actriz es usted?

—No lo sé. ¿Por qué lo pregunta?

—Figúrese que yo coja estas llaves y se las entregue ahora a la policía. Esto se les antojaría sospechoso.

—¿Por qué?

—Se preguntarían por qué no les informó usted antes de que obraran en su poder.

—Pero, señor Mason, yo no sabía bien… Además, estaba bastante magullada entonces para…

—¡Sí, lo sé! —le interrumpió el abogado, calmándola con un ademán—. Ahora supóngase que esperamos hasta que usted se siente en el banquillo de los testigos. Le hago relatar los hechos acaecidos en la noche del accidente y, al llegar al episodio de las llaves, le pregunto si no las habrá perdido. Usted entonces podría componer la misma expresión de concentración de hace poco, y deducirme que le parecía tener la vaga idea de haberlas guardado en su bolso. Yo le instaría a registrar su bolso y, de esta forma, usted encontraría las llaves en las mismas narices del jurado. ¿Sabría desempeñar bien este papel?

—No sé… A mí me parece que sí. Al fin y al cabo, no creo que se puedan conseguir fácilmente esos empleos vistosos sin saber hacer un poco de teatro.

—¿Qué entiende usted por empleos vistosos?

Mason sonriendo.

—¡Oh!, me refiero a vender cigarrillos en su club nocturno o a estar empleada en el guardarropa como yo estuve, y cosas por el estilo. En estos puestos, tiene una que trabajar y, al mismo tiempo, ofrecerse como espectáculo. Los clientes se sienten con derecho a ciertos atrevimientos, y una tiene que trastearlos. Y para esto hace falta poseer ciertas dotes de actriz. ¿No cree?

—Es posible —rió Mason, al tiempo que reintegraba las llaves al bolso—. Podemos hacer un ensayo más adelante, para evitar la excesiva teatralidad. Deseo que dé la impresión de natural y espontánea. Ahora, continuemos; trate de recordar algo más de aquel individuo que pueda servirnos de clase.

—No se me ocurre nada.

—Por ejemplo: ¿No le explicó el motivo de ir vestido de etiqueta?

—No; no habló de eso para nada.

—Este extremo puede tener mucha importancia si conseguimos saber su exacta significación.

—Ir vestido de etiqueta no es una cosa tan rara, señor Mason.

—Detenga a los cinco primeros automóviles que sorprenda por la carretera de la costa, a las diez de la noche, y compruebe cuántos conductores van vestidos así, con una capa sobre sus hombros.

Las cejas de Stephane se enarcaron y, durante unos segundos pareció reflexionar.

—Tiene usted razón. En realidad, el hecho no es frecuente.

—En estos hechos infrecuentes se esconde a menudo la solución de muchos crímenes —afirmó Mason—. Por eso hay que fijarse en los detalles desacostumbrados, en cuanto se aparte de lo normal o del término medio.

—Ya comprendo lo que quiere decirme, pero no creo poder ayudarle. El no me habló, para nada de por qué vestía así.

—¿Serían las diez, aproximadamente, cuando subió usted al coche?

—Sí.

—¿De dónde cree que vendría él? ¿Quizá de algún lugar al norte de Bakersfield?

—No puedo estar segura. Tenía la atención puesta en todos

cuantos coches pasaban.

—¿Notó algún equipaje en el auto?

—No creo que lo hubiera —declaró Stephane, tratando de recordar, con las cejas fruncidas—. Claro que podía ir en la maletera, pero en el interior del coche, que yo recuerde, no había nada.

—¿Y qué opina? ¿Guardaría algún equipaje la maletera?

—¡Y yo qué sé, señor Mason!

—Piense en la dificultad de abrir la maletera después del accidente. Además, usted guardaba las llaves en su bolso.

—¡Es verdad!

—¿Lucia alguna sortija?

—Sí. En la mano derecha llevaba un anillo de diamantes. Recuerdo habérselo visto en el instante de arrancar el coche. Los dedos eran gruesos y cortos, con las uñas muy bien cuidadas. Se notaba el trabajo de una manicura.

—¿No llevaba guantes?

—No.

En aquel instante sonaron unos golpes en la puerta.

—Deben ser ellos —le dijo Stephane a su acompañante y, luego, en voz más alta, agregó—: ¡Adelante!

Max Olger empujó la puerta y avanzó, en tanto que el joven permanecía a la retaguardia, Stephane le llamó:

—Entra, Jacks, que no muerdo.

—¡Hola, pequeña! —exclamó el mozo una vez dentro, cogiendo tímidamente la mano de Stephane, que retuvo por unos instantes en una de las suyas, mientras que con la otra le propinaba ligeros golpecitos en el dorso—. ¿Cómo te encuentras?

—Estupendamente.

—No quise que te figuraras que te estaba siguiendo. Sólo deseo que sepas una cosa; que he venido para ayudarte. Nada más. Tu tío se puso al habla con una agencia de detectives para que te localizaran, pero yo no intervine en el asunto. No porque no deseara saber de ti, sino porqué pensé que si te habías marchado era porque ese era tu deseo y yo, pues, no quería hacer nada que… Bueno, ya me entiendes.

—Te lo agradezco, Jacks.

—Ahora sólo he venido para ver si puedo ayudarte en algo. Eso

es todo. No seré una molestia. Le dije a tu tío que me alojaría en otro hotel y que…

—Está bien, Jacks —le interrumpió la muchacha retirando su mano—. Te presento a mi abogado, el señor Mason.

El recién llegado se volvió hacia Mason. Era casi tan alto como éste; pero le debería sobrepasar en unas treinta libras de peso a pesar de su esbelta cintura. Su ancha mano se cerró sobre los finos dedos del abogado.

—¿Cómo está, señor Mason? El señor Olger ya me ha hablado de usted. Haga todo lo que pueda por ella. ¿Cómo anda el asunto?

—Todavía no puedo decir nada —respondió Mason, correspondiendo a su apretón.

—Pero, ¿cuál es su impresión?

—Por ahora el panorama es bastante turbio. Claro que, en todos los casos, esto es lo que ocurre al principio.

—¿Y no estamos ya lejos del principio?

—Y también del fin —comentó Mason—. Bien, caballeros, ¿les importaría que la señorita Claire les relatase, al mismo tiempo a los dos, lo sucedido? No quisiera que contase la historia tantas veces, que sonase después a ensayada, cuando la repita en el banquillo de los testigos.

—¡Magnifica idea, Mason! —aprobó Max Olger con vehemencia —. Es una estrategia espléndida. He asistido a algunos juicios y muchos de los declarantes daban la impresión de llevarse la historia aprendida de carrerilla.

—Probablemente, así era. Bueno; y, ahora, me marcho.

—Oiga, Mason —le atajó Max Olger—. ¿Y no podría llevarme de aquí a mi sobrina?

—Desde luego; siempre que disponga de diez mil dólares en efectivo o de veinte mil en valores.

—¡Santo cielo, señor Mason! —exclamó Stephane Claire—. ¿Pero soy tan criminal como para eso? ¿Cuándo fijaron esa fianza?

—Esta tarde, a última hora.

—Pues dentro de treinta minutos haré el depósito —declaró Max Olger—; ignoraba la cantidad que haría falta y me traje diez cheques avalados, de diez mil dólares cada uno.

—¡Caramba! —exclamó Mason—. Por lo que veo, ya pensó que la fianza sería subida.

—No pensé nada. Simplemente vine preparado para hacer frente a cualquier contingencia.

—¿Desea salir de aquí esta misma noche? —le preguntó a Stephane el abogado.

—¡Naturalmente! Si no he dicho nada hasta ahora, es porque nada podía hacer yo para impedirlo, pero ya estoy harta de esta pesadilla de mi detención.

—Bien. Pague la fianza y podrá sacarla de aquí —le dijo Mason al viejo—. ¿Dónde se aloja usted?

—En el Adirondack. Allí estaremos todos.

Pero Jackson Sterne se apresuró a intervenir, diciendo:

—Yo iré a otro hotel, Stephane. No quiero estorbar. ¿Podría recomendarme algún otro hotel cercano, señor Mason?

—Vaya al Gateview —apuntó el abogado—. Está a tres manzanas del Adirondack. Es pequeño, pero confortable.

—¡Jacks! —dijo en aquel instante Stephane con acento irritado —. Si no fueses tan endemoniadamente tímido, me gustarías mucho más. ¿Es que no piensas besarme?

—¿De veras lo deseas? —indagó ansiosamente el mozo—. ¿Me lo permites…?

—¡No! —declaró secamente la muchacha, volviéndole la cabeza con brusquedad.

Mason salió sin hacer ruido, dejando la puerta abierta y avanzó rápidamente por el pasillo del hospital. Un viento frío empezaba a soplar y Mason abotonó su abrigo. Después de asegurarse de que nadie le seguía, entró en una droguería, desde donde telefoneó a la oficina de Drake, quien acababa de llegar de la calle.

Mason fue el primero en hablar:

—Oye, Paul, creo que nos hemos olvidado de alguien.

—¿De quién?

—De la señora Warfield.

—¿Qué pasa con ella?

—¿No andará demasiado suelta?

—Bueno. Podemos vigilarla, si quieres.

—Creo que es mejor. Instala a dos hombres en el hotel. Pueden alquilar un cuarto y turnarse en la vigilancia.

—Estarán allí dentro de media hora.

—Llámame a mi departamento. Y antes de que empiecen su

trabajo, haz que averigüen si la señora Warfield se encuentra en su cuarto.

—Bien.

Mason colgó el receptor y marchó a su departamento. Allí se desprendió del abrigo, poniéndose una chaqueta casera y calzándose unas zapatillas. Estaba encendiendo una pipa, cuando le sorprendió el repiqueteo del timbre del teléfono.

—Habla Drake —dijo el detective—. Por ahora todo va bien en el Gateview.

—¿Se encuentra en su cuarto?

—Sí. La luz aún está encendida.

—¿Y tus hombres en sus puestos?

—Claro. Pero he descubierto algo que no me gusta.

—¿Qué?

—Ella subió a su cuarto y, después de unos pocos minutos, volvió a bajar al vestíbulo. La chica del puesto de revistas estaba justamente cerrando. La señora Warfield trató de conseguir unos ejemplares atrasados del «Photoplay».

Mason silbó.

—¿Tenía algunos la chica?

—No.

Mason frunció el ceño.

—¿Esa fotografía de Homan fue publicada en el «Photoplay»?

—Creo que sí.

—¿Sabes con seguridad cuándo?

—En un número del verano pasado.

—¿Solicitó la mujer algún número determinado?

—No. Solamente pidió ejemplares atrasados del «Photoplay».

—Pues tendremos que restar unos cuantos puntos favorables en nuestra opinión sobre la señora Warfield.

—Desde luego. ¡Qué astutamente actuó! Daba la impresión del jugador, en mala racha, que ya está resignado a verse siempre malas cartas.

—El hecho de desprenderse de su salario para enviárselo mensualmente a Spinney así parecía indicarlo.

—Pues ahora desconfío, Perry, y temo que eso sea una trampa. Si mandaba dieciocho dólares mensuales, al año serán doscientos dieciséis, un precio bastante barato para conseguir algo que importe

mucho.

—No tan barato para una persona que trabaja en una cafetería de Nueva Orleans —repuso Mason—. Mantén tu ojo alerta. Paul, tengo la impresión de que estamos caminando a oscuras y de que hay cáscaras de plátanos en las aceras.

—Bueno, ya he puesto en la tarea a dos nombres que no se chupan precisamente el dedo.

—Mantenlos allí —dijo Mason, y cortó la comunicación.

Capítulo 10

A las siete y media ya estaba Mason de pie. Cerró las ventanas, dio la vuelta a la llave del calentador, pasó revista a los titulares del periódico y tomó una ducha tibia.

Una vez vestido, se dirigió a la librería y cogió un volumen de lomo blanco, que abrió depositándolo sobre la mesa, frente a la ventana.

El volumen ofrecía una copiosa información sobre cuantos personajes podían considerarse importantes en relación con la industria cinematográfica. Mason comparó los datos que Drake le había proporcionado referentes a Jules Carne Homan, con los que del mismo sujeto aparecían en el libro. El productor contaba treinta y cuatro años de edad; había recibido educación secundaria completa y cursado dos años en un colegio graduado. El libro traía una larga lista de los originales que el hombre había escrito para la pantalla y de los «films» llevados a cabo bajo su supervisión. Aunque el volumen no lo dijera, se deducía fácilmente que las actividades cinematográficas de Homan sólo podían ocupar un período de poco más de dos años. Había empezado como simple escritor y Mason intuía que, tras aquel avance meteórico en su carrera, había algo oculto, aunque no pudiese adivinarlo.

Mason sacó de su cartera la fotografía de Jules Carne Homan que le mostrara a la señora Warfield. Le dio la vuelta y leyó las dos palabras que aparecían estampadas en el reverso: «Revista Photoplay». Seguidamente corrió las persianas, encendió la luz del escritorio y trató de comprobar si aquellas palabras podrían transparentarse a través de la efigie de Homan, acercando el retrato al potente foco eléctrico. Pronto se convenció de que la estampilla no podía transparentarse. La comprobación de este hecho no pareció alegrarle mucho.

Cuando hora y cuarto más tarde penetraba en su despacho, todavía parecía sentirse preocupado. A los pocos momentos Della Street le llevaba el correo de la mañana.

—¿Qué tal la entrevista con la viajera? —preguntó la secretaria.

—No sacamos nada en limpio —respondió Mason.

—¿No quiso hablar?

—Por lo visto, no sabía nada que pudiera interesarnos. Pero, después, sí ha sabido plantearnos un enigma muy curioso.

—¿Cuál?

Mason, por toda respuesta, le tendió la fotografía de Homan, y cuando la secretaria la tuvo en su poder, le dijo:

—¡Mírela! ¡Mírela sin darle la vuelta! Ahora, dígame: ¿cómo pudo adivinar esa mujer, al mirar la foto como usted la ve ahora, que la hizo un fotógrafo de la revista «Photoplay»?

—Imposible. No pudo adivinarlo.

—¡Pues lo adivinó!

—¿Está seguro?

—Ya ni sé de lo que estoy seguro. Va uno muy tranquilo, siguiendo una pista tan ancha como un bulevar y, de pronto, ésta se volatiliza en el aire y nos vemos en medio de una laguna cenagosa…

—¡Aguarde un momento! —exclamó Della Street, disponiendo la fotografía cerca de la lámpara, que encendió, e intentando mirar al trasluz.

—No se moleste. Ya he tratado yo de hacer eso mismo. El papel es demasiado grueso y no deja pasar la claridad. Además, en la mesa del restaurante no había ninguna luz.

—¿No le daría disimuladamente la vuelta al retrato?

—No. No le quité el ojo de encima. Sostuvo la fotografía, siempre de frente, en su mano derecha y luego me la devolvió.

—¡Qué raro que no la cogiese con las dos manos! —observó la secretaria.

—Al parecer, la izquierda la tenía ocupada, enredando en su bolso, o algo por el estilo.

A Della Street le brillaron los ojos.

—¿No se estaría empolvando la nariz?

—Pues, sí, creo que eso era precisamente lo que estaba haciendo. ¿Por qué lo pregunta?

—¡Simple!

—¿Qué pasa? —indagó Mason todo absorto.

Por toda respuesta, la secretaria cogió su bolso y extrajo de él la polvera. Después le dijo:

—Sostenga la fotografía.

Mason hizo lo que se le pedía y mantuvo en su mano el retrato, en tanto Della abría la polvera.

—¿Se da cuenta?

—¿Cuenta de qué?… ¡Oh, caramba!

—Debió haberme llevado con usted —le dijo Della con aire de reproche—. Para estas cosas hace falta perspicacia femenina.

—Yo sólo soy un simple abogado; es Paul Drake el que presume de detective.

—Pues, espere que me oiga.

En aquel momento alguien llamó a la puerta y la secretaria volvió la cabeza.

—Debe ser Paul —dijo.

Mason esbozó una sonrisa.

—Abra la puerta, Della. Creo que nos vamos a divertir.

Drake penetró en el despacho contoneándose, con aire satisfecho. Se dirigió a un gran sillón de cuero y se dejó caer en él, al tiempo que exclamaba:

—¡Hola, pandilla! ¿Qué tal?

Mason lo consideró con fijeza y, después, le dijo en tono zumbón:

—¿Cómo se encuentra esta mañana el gran detective?

El rostro de Drake cobró una repentina seriedad y miró atentamente a Mason.

—¿Qué sucede? Esto tiene todo el aire de los preliminares precursores de un gran puñetazo en la nariz.

—Sucede, Paul, que tú y yo necesitamos un guardián.

—¡Eh!

—Sí. De habernos acompañado anoche Della, nos hubiésemos evitado hacer el ridículo.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Ahora lo comprenderás. ¿Qué estaba haciendo anoche la señora Warfield, en el restaurante, cuando le mostramos el retrato de Homan?

—Estaba sentada a la mesa con nosotros.

—Aguda observación. ¿Le dio la vuelta a la foto? ¿Miró su dorso?

—No. La sostuvo por unos momentos en su mano y, luego, nos la devolvió.

—¿Y no recuerdas lo que hacía cuando se la enseñé?

—Que me ahorquen si lo sé. ¿Fue antes o después de los cócteles?

—Se estaba retocando la cara.

—Ahora que lo pienso bien, creo que tienes razón.

—Seguro. Hágale una demostración, Della.

El abogado sostuvo la fotografía frente a Drake y Della Street abrió su polvera. SI detective se inmovilizó con aire perplejo. Luego, cuando se percató de los manejos que llevaba a cabo Della con el espejito, la luz se hizo en su cerebro y emitió un prolongado silbido.

—¿Te das cuenta al fin? —le dijo Mason—. Esa mujer puede ser tonta al extremo de enviarle todo su dinero al hombre a quien ama, pero no tanto que le impida reírse de dos infelices en sus propias barbas, sin que éstos se enteren. Aunque bien pensado, no hay que juzgarla tan simple. Tuvo que leer la estampilla al revés, y, no obstante, no hizo el menor gesto que la delatara.

—Bueno, pero ahora no nos tragaremos más mentiras. Le sentaremos bien la mano.

—Es hábil, Paul —le previno Mason.

—No lo niego. Supo disimular a la perfección su interés por la fotografía y desplegó su endiablada astucia para leer eso «de izquierda a derecha», mientras pensaba que resolvería el asunto por su cuenta consultando en los números atrasados del «Photoplay», sin necesidad de preguntarnos nada.

—Bueno. ¿Listos para la marcha? —indagó Mason.

—Desde luego.

—Coja sus cosas, Della. Necesitamos su preciosa colaboración.

Mientras Della Street se colocaba el abrigo y el sombrero. Mason le decía a Drake:

—Otra cosa. Paul. Estuve informándome sobre la carrera de Homan en Hollywood, y saqué la consecuencia de que no pudo encumbrarse tanto en tan poco tiempo sin que alguien le haya sostenido la escalera.

—¿Quién?

Mason le hizo un guiño, diciéndole:

—Creo que soy yo el que pago para que tú descubras estas cosas.

—¡Cuando ustedes quieran! —invitó Della Street, apareciendo por la puerta.

—Antes me pasaré por mi despacho para recoger el abrigo y el sombrero —dijo Drake—. Bueno, ya estoy mucho más tranquilo. No me sentía muy bien últimamente. Tenía la impresión como si estuviese sacándole los peniques a una pobre mujer.

—Cuando la realidad era que «la pobre mujer» te estaba registrando los bolsillos con vistas a engrosar su peculio particular —completó Mason.

—Así parece. ¿Vamos en tu auto o en el mío, Perry?

—Cogeremos un taxi y, de esa forma, ganaremos tiempo.

En menos de diez minutos llegaban a la entrada del hotel Gateview. Una vez en el vestíbulo, Mason le dijo al detective:

—Vamos a ver si hay algún mensaje para ti Paul.

—Aguarda un momento, Perry. Hablaré antes con uno de mis muchachos y así sabremos si ella ha bajado al «comptoir».

Drake se apartó a un lado. Tosió ligeramente y un hombre, al parecer absorto en la lectura de su periódico, bajó un poco éste, hizo a Drake una señal casi imperceptible con la cabeza y prosiguió su lectura.

Drake se dirigió a Mason.

—Está en su cuarto.

Della Street les dijo:

—Si quieren seguir mi consejo, no le avisen por teléfono. Ella no les espera, ¿verdad?

—No.

—¿Por qué no sorprenderla, entonces?

Mason miró a Drake.

—Vamos. ¿Sabes el número del cuarto?

—Seis, veintiocho.

Mason consultó su reloj.

—Puede que no esté aún vestida. De ser así, Della tendrá que romper el fuego…

—Una mujer que ha trabajado en una cafetería de Nueva Orleans —opinó Della—, ya estará levantada a las nueve y media.

Subieron en el ascensor y caminaron silenciosamente por el alfombrado pasillo. Mason encontró la puerta y llamó a ella golpeando el panel.

Pasaron unos segundos y, como nadie respondiese, volvió a llamar con mas fuerza.

—Parece que se ha equivocado —le dijo a Della—. Debe de estar durmiendo aún.

Mason intentó abrir girando el pomo de la puerta, pero ésta estaba cerrada con llave. Golpeó con renovada energía, sin que el menor sonido se dejase oír en el interior de la habitación.

Drake se dio la vuelta hacia Mason.

—No puedo ver nada, salvo que la luz está encendida tanto que… ¿tal vez, desesperada…?

—Levántame por las piernas —dijo Mason.

Drake cogió a Mason por las rodillas y lo alzó a fin de que éste pudiera alcanzar el montante. El abogado trató de mirar por la estrecha rendija.

—No puedo ver nada, salvo que la luz está encendida. Lo mejor será hablar con el conserje.

El conserje no parecía inclinado a prestarles mucha atención y Mason se esforzó en disipar sus recelos. Le explicó que se trataba de una cuñada suya, recién llegada a la ciudad. Había quedado con él en acudir a su despacho aquella mañana, a las ocho, para dar una vuelta en automóvil, y no se había presentado. Su cuñada padecía de una enfermedad cardíaca y se encontraba sola. No era probable que le hubiese ocurrido nada, pero, de todas formas, Mason se sentía intranquilo y quería asegurarse.

Finalmente, el conserje llamó a un botones y le dijo:

—Ve y échale un vistazo al cuarto seis, veintiocho —y como Mason y sus acompañantes diesen señales de querer marchar tras el muchacho, atajó—: Ustedes quédense aquí, señores. Será mejor.

Drake se separó del grupo y tosió por dos veces. Entonces, el hombre que seguía sumido en la lectura del periódico bajó éste un poco, y el detective le hizo una seña, indicándole al botones que ya aguardaba la bajada del ascensor. El lector dobló su diario, se desperezó, bostezó y se puso en pie en el preciso momento en que el ascensor se detenía y que el botones se disponía a entrar en él.

—¿Arriba? —indagó el hombre, avanzando perezosamente, a lo

largo del vestíbulo, en dirección al ascensor.

Cinco minutos más tarde, el botones regresaba con su informe.

—La puerta estaba cerrada desde afuera —explicó—, y tuve que usar la llave maestra. En el cuarto no hay nadie. La cama se encuentra sin deshacer y las toallas no han sido usadas. Tampoco se ve por allí rastro de equipaje. Pero la luz está encendida y las cortinas echadas.

Las noticias no parecieron alegrar mucho al conserje, que miró a Mason con frialdad.

—Creo recordar haberle oído decir que se trataba de su cuñada. ¿Supongo que, si surgiera alguna dificultad con la cuenta…?

—No se preocupe. Me pasaré por la Caja y arreglaré ese asunto inmediatamente. Probablemente, habrá sufrido algún ataque y la habrán llevado al hospital.

—¿Durante la noche? —inquirió el conserje escamado—. ¿Sería antes de pensar en acostarse?

Mason respondió en un tono ligero:

—Sí; me dijo que saldría a tomar una taza de té. ¡Pobre muchacha! Espero que no sea nada serio. Llamaré al hospital…, Della, ¿le molestaría acercarse a la Caja y cancelar la cuenta…? Si regresa, dígale por favor que se ponga inmediatamente en contacto con su cuñado. ¿No se le olvidara?

—Descuide. Pero tengan la bondad de aguardar un momento.

Cogió el teléfono y habló por él:

—Busque el registro del seis, veintiocho, y vea el equipaje que figura en él. Espero en la línea.

Se sentó con el auricular pegado al oído mientras examinaba con ojos críticos a los visitantes que aguardaban. Pasados unos segundos, se inclinó sobre el aparato, diciendo.

—¡Ya…! Pero ¿está seguro…? Bien, bien…

Abandonó el teléfono y se encaró con Mason para decirle:

—Su cuñada registró una maleta y una sombrerera, que ahora no está en el cuarto. ¿Supone que se las llevó para ir a tomar una taza de té?

—¿Qué insinúa —replicó Mason con indignación—, que mi pariente es capaz de marcharse subrepticiamente del hotel para no tener que pagar la cuenta?

Ante la actitud del abogado, el conserje trató de recoger velas.

—Yo no digo nada de eso, sino que el hecho es extraño.

—En eso tiene razón. Tan extraño como sus insinuaciones. Se trata de una mujer inexperta, sin pizca de malicia, que se aloja en el hotel de una gran ciudad. Desaparece misteriosamente, y usted, en vez de ayudarme, empieza a alborotar, hablándome de la cuenta. Ya está cancelada. La he pagado, y estoy dispuesto a responder de cuanto puedan reclamarle a mi cuñada. ¿Qué tiene, entonces, que decir?

—¡Disculpe, señor! Considerando cierta circunstancia…

—¿Qué circunstancia?

—Su cuñada no puede haber retirado su equipaje haciéndolo pasar por el vestíbulo. Los empleados ya están instruidos en que ningún huésped puede descender al vestíbulo con su equipaje. Siempre es un mozo el que se encarga de llevarlo hasta la Caja. Allí es donde el huésped puede hacerse cargo de él.

Mason le dio disimuladamente a Drake con el codo y dijo:

—No veo qué tiene esto que ver con el asunto.

—¿Padecía su cuñada de ataques de amnesia?

—Jamás supe que tuviese tales ataques. ¿Por qué?

—Era una pregunta —se disculpó el conserje.

—¿No tiene el hotel otra salida?

—Sí; desde la sala de equipajes.

—¿Comunica con la calle?

—Sí, pero por medio de un ascensor de carga, y éste no puede funcionar sin que lo sepa el que lo maneja. El ascensorista tiene órdenes de notificar inmediatamente a la Caja cualquier salida de equipaje y de no dejar viajar en su ascensor a ningún huésped.

—Entonces queda claro que, para marchar a la calle, los huéspedes tienen necesariamente que pasar por este vestíbulo.

El conserje tosió con embarazo antes de responder:

—Está también la salida de incendios.

Mason irguió la cabeza con dignidad.

—¿Es que se imagina a mi cuñada trepando por una ventana para ganar la escalera de incendios?

—No, desde luego que no —se apresuró a decir el empleado—. Yo sólo lo dije por si usted podía ver alguna posibilidad… Por esto le hablé también de lo de la amnesia…

—¡Gracias! —le atajó Mason secamente—. Creo que mi

secretaria ya ha pagado la cuenta. ¡Buenos días!

El conserje se inmovilizó mirando a los tres personajes que ya se alejaban del «comptoir».

—Como niñitos perdidos en el bosque —gruñía Mason al oído del detective, avanzando por el vestíbulo.

Capítulo 11

Franck Russell, de la oficina del fiscal del distrito, era hombre de carácter apacible, pero terco.

—Nos gustaría ver en marcha el caso de Stephane Claire. ¿Qué le parece fijar la vista para el viernes?

—No hay ningún cargo contra ella —dijo Mason.

Russell rehusó verse envuelto en una discusión y repuso:

—No sé mucho del asunto. Yo no voy a encargarme de él, e ignoro lo que la oficina piensa concretamente. ¿Qué me dice del viernes a las diez?

Mason guardó silencio y Russell continuó:

—Claro que podemos dejarlo y que el asunto se vea en el Tribunal, en la fecha y hora que el juez determine. Según he oído, su defendida se encuentra en libertad bajo fianza. Si usted, Mason, piensa oponerse a nuestra propuesta, tendrán que aumentar la fianza.

—Bien —concedió Mason—. El viernes, a las diez.

—Gracias —respondió Russell con la afectada cortesía del ayudante de un fiscal de distrito que considera seres perversos a todos los abogados defensores.

Mason sintió que cortaban la comunicación y dispuso el auricular en la horquilla, al tiempo que se dirigía a Della Street, diciendo:

—¡Que me ahorquen si logran meter a esa chica en la cárcel para que pague las culpas de algún capitoste de Hollywood!

—¿Se le ha ocurrido alguna idea? —indagó Della.

Mason apartó unos cuantos libros hasta un extremo de la mesa y se sentó en el lugar así despejado. Sus cejas estaban fruncidas.

—Creo que ese maldito traje de etiqueta tiene algo que ver con todo esto, Della.

—No le entiendo.

—A un hombre jamás se le ocurre vestirse de etiqueta para el solo propósito de conducir un automóvil. Este individuo esperaba asistir a alguna fiesta en Los Angeles o bien tuvo alguna razón que le impulsó a vestirse así con anterioridad a emprender el viaje. Hagamos cábalas sobre el tiempo. A Los Angeles habría llegado después de medianoche, hora ya poco propicia para concurrir a alguna fiesta. Por otra parte, a eso de las diez salía de Bakersfield, no se sabe si procedente de este sitio o de la carretera que viene de San Francisco. Piense ahora que las reuniones a las que se concurre de etiqueta, generalmente, no terminan tan temprano.

—¡Siga! —le animó Della—; lo va haciendo muy bien.

—Bakersfield no es tan grande como para que no podamos enterarnos, por la lectura de los diarios, de todos cuantos actos, fiestas, etcétera, se hayan celebrado ese día y que requieran de sus asistentes galas extraordinarias. Conseguido esto, hay la posibilidad de pasar lista a los invitados que se hayan retirado prematuramente.

—¡Magnífico! —exclamó Della.

—Tome nota y que Paul Drake se ponga en seguida al trabajo.

—¿Alguna otra idea? —inquirió la secretaria, dibujando en su «bloc» unos cuantos signos taquigráficos.

—Pienso ahora en el resorte que haya podido empujar a Homan. Se ha elevado como un cohete.

—En Hollywood no suele ocurrir eso.

—Ocasionalmente, sí. Cuando alguien le empuja a uno, o cuando se saben pulsar con arte ciertas cuerdas. Supóngase a Fulanito de Tal, que lleva ya varios años tratando inútilmente de conseguir un buen empleo. Bueno, pues, de pronto, un buen día, en el curso de una fiesta, se dice que la Metro Goldwyn Mayer está a punto de firmarle un contrato a largo plazo. No pasarán veinticuatro horas sin que Fulanito de Tal reciba cuatro o cinco llamadas telefónicas, haciéndosele sendas proposiciones.

—Pero ¿qué tiene que ver esto en el caso de Homan, a menos que pueda probar algo sobre lo del auto? Él no lo conducía, ¿verdad?

—Según todas las apariencias, no. La descripción del conductor no concuerda con él.

—No veo cómo el enigma de su rápido encumbramiento en

Hollywood pueda serle útil.

—Yo tampoco lo veo todavía —admitió Mason—. Pero me gustaría saber detalles sobre Homan, conocer las diferentes facetas de su personalidad. Entonces contaría con excelente material para mi trabajo. Claro que mi máximo interés lo acapara Spinney, pero todo parece indicar que para llegar a él tengo que hacerlo a través de Homan. Si pudiera encontrar la forma de sacarle de su escondrijo… Mason guardó silencio, contemplando pensativamente la alfombra.

—¡Oh! Creo que se me ha ocurrido una idea —exclamó de súbito Della.

—¡Suéltela ya!

—Si su teoría es exacta, Spinney es para Homan el hombre-comodín, encargado de resolverle los negocios sucios, ¿no?

—¡Siga!

—Pues bien, Homan debe de saber que usted anda buscando a Spinney.

—Probablemente. No estará informado con exactitud de lo que sabemos sobre Spinney, pero sí lo suficientemente como para procurar que su hombre de confianza se mantenga oculto por un tiempo prudencial.

—Pero si Homan se viese de pronto metido en algún lío, no dudaría en recurrir de nuevo a Spinney, ¿no cree?

—Tal vez. ¿Por qué me lo pregunta?

Los ojos de Della Street brillaban, al tiempo que decía:

—¿Y no podríamos nosotros provocar esa situación inquietante?

—No creo que lo lográsemos, Della —replicó Mason—. Homan tendría que verse enfrentado con un conflicto mucho más grave del que nosotros pudiésemos plantearle para decidirse a sacar a Spinney de su escondite.

—Bueno, ¿y no se le ocurre algo…?

—Estudiemos el problema desde el punto de vista de Homan. Intuyo que si está asustado es porque sabe que de alguna forma es posible asociar su nombre con el de Spinney.

—¿Y qué me dice de la señora Warfield? ¿Qué cree que le ha podido suceder?

—Debe de haber huido voluntariamente. Todo él mundo asegura que no pudo escapar del hotel, llevándose su equipaje, sin ser

detenida. La idea no es disparatada. Si cualquiera pudiese marcharse de un hotel con el equipaje por el vestíbulo formarían legión las personas que no se tomarían la molestia de abonar la cuenta. Algo inexplicable hay en este asunto que se nos escapa.

—Tiene usted razón. La mujer no estaba en su cuarto y, sin embargo, no pudo haberse marchado. Ella…

Mason saltó de la mesa, exclamando:

—¡Dio en el blanco, Della! ¡Una diana impecable!

—¿Quéee…? —indagó la secretaria, toda absorta.

—La solución; ha dado con la solución. ¿Es que no lo ve?

—Oh, sí; claro como la tinta del calamar. Perdóneme si no comparto su entusiasmo.

—¡Búsqueme en seguida a Drake! —le dijo Mason, excitado—. No se entretenga en telefonear. Corra a su oficina y tráigamelo aquí. ¡Por Júpiter, que ya lo tenemos!

Esta vez, Homan ha sacado el pescuezo y vamos a… ¡Dése prisa, Della!

—Parto como un rayo. El récord mundial en la prueba de las cincuenta yardas. Consulte el cronómetro, jefe.

Della salió precipitadamente por la puerta y Mason pudo oír el furioso taconeo que denunciaba su rápida marcha por el pasillo.

El abogado se dedicó a dar cortos y nerviosos paseos por el despacho hasta que Drake, en compañía de una Della sin aliento, penetró en él, diciendo:

—Pero ¿qué demonios pasa para toda esta excitación, Perry?

—Della dio con la solución de la desaparición de la señora Warfield del hotel.

—He aquí una forma de dar lo que no tiene —le explicó Della a Paul Drake—. De este modo deben de financiar sus armamentos los países en bancarrota.

—Se trata de algo tan condenadamente simple como atrevido —dijo Mason, sin parar mientes en las palabras de Della, dirigiéndose al recién llegado.

—¿A qué te refieres, Perry?

—¡Diablo, si está claro! Tus hombres se encontraban en el vestíbulo y ella no pudo salir por allí. Ni siquiera asomó por el vestíbulo para hablar con alguien, ni aun con el conserje. Y, sin embargo, ni la mujer ni su equipaje aparecen. Según el conserje, es

imposible que se haya marchado por la salida trasera. Nos habló de la escalera de incendios, pero fugarse por ella es algo disparatado, que se convierte en imposible cuando se piensa que tenía que hacerlo con el equipaje.

—Y bien; no comprendo…

—¡Claro como el agua, Paul! Esa mujer está todavía en el hotel. ¿No lo comprendes?

—¡Que me arrastren cien caballos desbocados si lo entiendo! Registraron su habitación. Mis hombres afirman…

—Al diablo todo eso, y escúchame con atención, Paul: Te diré lo que pienso. Cuando los tres salimos del restaurante, alguien nos siguió por la calle. Después que dejamos instalada en su cuarto a la señora Warfield, ese alguien se introdujo en el hotel y pidió una habitación. Una vez en ella, poco después de habernos ausentado nosotros, el personaje se dirigió al cuarto de la mujer, a quien debió informar de algo que para la señora Warfield significa mucho más que el empleo que tú le habías brindado, y que la decidió a apartarse de nosotros para irse con el visitante.

—¡Aguarda! Tú quieres indicar que la mujer se mudó de cuarto.

—¡Exacto! Se limitó a trasladarse al cuarto de aquel individuo, llevándose el equipaje.

Drake silbó unos cuantos compases de una canción popular, antes de decir:

—Tienes razón. La solución era tan simple que ni nos pasó por la cabeza. Pero merecería que me dieses un puntapié, Perry. Pensar que presumo de ser un buen detective y habernos seguido los pasos ese tipo sin que yo…

—Las calles estaban llenas de gente —dijo Mason— y, en estas condiciones, nadie puede evitar ser seguido impunemente.

—Bueno, pero si, por lo menos, hubiese tenido una pizca de imaginación, figurándome lo sucedido, cuando fuimos al hotel esta mañana, algo habríamos descubierto ya.

—Todavía estamos a tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Muy sencillo: la señora Warfield abandonó su cuarto para ir a otro, de grado o por fuerza. Supongamos que lo hizo voluntariamente. En este caso, sólo dos personas la habrían decidido a ello: su marido y Spinney. Pero su marido se ha estado

manteniendo oculto de ella, confinado en la cárcel, o bien tomándose una serie de molestias para inculcarle esta idea a la esposa. Por lo tanto, el personaje sólo puede ser Spinney.

—Haces sonar la campana cada vez que aprietas el gatillo —opinó Drake—. ¡Vamos, sigue disparando!

—Ahora hagamos conjeturas sobre la segunda versión, admitiendo que la mudanza de cuarto no fue voluntaria. Alguien pudo llamar a la puerta de la habitación de la señora Warfield para decirle que tenía que transmitirle un recado. La llevó a su cuarto y la mujer ya no pudo salir de él. Después, el hombre regresó para hacerse cargo del equipaje, cerrando la puerta por fuera y marchando a su habitación, donde ya tenía a la señora. Warfield.

—Pensándolo bien, Perry, creo que esta última teoría es la que más se acerca a la realidad. El detalle de que las toallas no ofreciesen señales de haber sido usadas… no me gusta nada.

—Bueno, Paul, atiende ahora a esto: tenemos que descubrir quién nos siguió hasta el hotel y para ello tienes que hacerte con los nombres de las personas que se hayan inscrito en el Gateview después de nuestra llegada. Recuerda que, en principio, ignorábamos al hotel que nos dirigiríamos, lo que indica que tiene que tratarse de una persona llegada inmediatamente después de nosotros.

—¿Por qué inmediatamente?

—Pero ¿no lo comprendes, Paul? Todo ocurrió con suma rapidez. La mujer ni siquiera tuvo tiempo de usar las toallas No creo que estuviese en el cuarto más de diez minutos; probablemente, no pasaron de cinco… Aguardó a que nos fuéramos, y luego bajó para preguntar en el puesto de revistas por los ejemplares atrasados del «Photoplay». Después regresaría y…

—Ya entiendo. Bueno, Perry, mis muchachos deben seguir en el hotel. Habían pagado el cuarto y, cuando les dije que no se preocupasen más del asunto, decidieron echar un sueñecito. Les puedo telefonear y…

—¿Qué demonios esperas, entonces? Date prisa.

—Lo haré desde mí despacho.

—Está bien. Quiero esa información lo más pronto posible. ¡Lárgate!

No habían pasado diez minutos, cuando Drake ya estaba de

regreso.

—¡Bueno, Perry, lo tenemos! —anunció, franqueando la puerta.

—¡Magnifico! ¿Cómo lo conseguiste en tan poco tiempo?

—Resultó que, cuando lo llamé, uno de mis muchachos todavía estaba en el vestíbulo conversando con el cajero. Ha podido localizar al personaje, gracias a lo siguiente: Se inscribió a los diez minutos de la señora Warfield, sin que se registrase otra inscripción hasta pasado un cuarto de hora. Esta fue la de una mujer que no da lugar a sospechas. Posteriormente entró una pareja.

—¡Al diablo esa pareja! —exclamó Mason con impaciencia—. ¿Dónde está ese tipo ahora?

—¡En su cuarto! —anunció Paul Drake con aire triunfal.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. Se inscribió en el registro como Walter Lossten, de Los Angeles, explicando que acababa de salir de una reunión de accionistas y que había decidido quedarse en la ciudad por esa noche. Pagó por adelantado y subió a su cuarto.

—¿Qué cuarto?

—El cinco, veinticinco.

—¿Y por qué piensas que todavía está en él?

—Porque en la puerta hay un letrero que dice: «No molestar».

—¿No trataste de que le telefonearan?

—No. Ordené a un agente que se mantuviese simplemente a la expectativa.

Mason se inmovilizó por unos momentos de pie, con las manos en los bolsillos de los pantalones y la cabeza inclinada.

—¡Por Júpiter, Paul! —exclamó de pronto—. El asunto no me gusta nada. Olfateo sangre. La señora Warfield está en ese cuarto y el rótulo «No molestar» puede muy bien traducirse por «Asesinato».

—¡Canastos! —exclamó Drake—. Pues sí que…

—Lárgate ahora mismo al hotel, Paul. Entretanto, yo iré a ver al teniente Tragg. Ya hemos descubierto muchos cadáveres juntos.

—¡Aguarda, Perry! ¿Has pensado que si llevas al hotel a Tragg, éste puede figurarse que…?

—No te preocupes —le tranquilizó Mason—. Ya me encargaré yo de prepararle el cebo que lo lleve allí sin que después pueda entrar en sospechas. Además, es posible que no haya ocurrido nada y que todo se deslice normalmente, en cuyo caso, descubriremos

por fin quién es Spinney y quién el que conducía el auto la noche del accidente.

—¿Y no crees que esos dos personajes puedan integrarse en uno solo?

—Tal vez.

—Tragg nos hará pasar un mal rato. Recuerda que fuimos nosotros los que llevamos a la señora Warfield al hotel, y que si ella…

—Te repito que Tragg corre de mi cuenta. ¡Marcha ya al hotel!

Capítulo 12

El teniente Tragg alzó los ojos y dio la bienvenida al visitante con un ademán. Más tarde despidió al detective que concluía de informarle de un asunto.

—Bueno, Mason. Es un placer saludarle.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Tragg tenía, poco más o menos, la edad de Mason. Su estatura era un poco menor que la del abogado, quien también le aventajaba en una o dos libras de peso. Pero existía cierta semejanza que hubiese advertido cualquier observador atento. La alta frente de Tragg, su ondulado cabello negro, sus acusadas facciones y la pensativa mirada de sus ojos, se ofrecían en vivo contraste con la obesa figura de cuello de toro del sargento Holcomb, a quien había venido a sustituir en la Brigada de Homicidios.

—¿Ha descubierto usted un nuevo cadáver? —le preguntó Tragg.

Mason se limitó a esbozar una sonrisa y, a continuación, le dijo:

—Usted, teniente, siempre se está quejando de que en todas las ocasiones, juegue yo la baza sin dejar que la policía meta mano. Hoy quiero sacarle de su error y enseñarle las cartas.

—¡Oh, muy bien! Pero, siéntese. ¿De qué se trata?

Mason se dejó caer en una silla, junto a la mesa de Tragg y encendió un cigarrillo.

—Del caso por supuesto homicidio de Stephane Claire.

—¡Ah, ya! No sé mucho de él. Del asunto se encarga otro de los muchachos. Según tengo entendido, es el fiscal del distrito quien atiza el fuego. No creo que sea de mi incumbencia.

—Pero usted siempre estará interesado en servir a la justicia, ¿no es cierto?

La sonrisa de Tragg era un poco burlona cuando repuso:

—Le diré, Mason… El Departamento ya tiene ideas propias en este sentido. Si descubrimos algún hecho que vaya en apoyo del caso en manos del fiscal, servimos, sin duda, a la justicia. Si, por el contrario, nuestro descubrimiento no… Bueno, usted ya sabe cómo son las cosas.

—No muy bien. ¿Qué pasará si usted descubre algo que cargue la culpa en alguien que no sea mi defendida?

Tragg se pasó la mano por la cabeza, alisándose el cabello y después se entretuvo en rascarse la nuca con el índice.

—Tenemos un tiempo hermosísimo para lo avanzado de la estación, ¿no cree?

Mason torció el gesto y, pasando por alto la observación meteorológica, planteó el asunto sin más rodeos:

—Óigame bien, teniente: Stephane Claire no conducía el auto, sino un individuo que ahora se encuentra en el hotel Gateview bajo el nombre de Walter Lossten. Me dispongo a ir a verle para inculparle de la conducción del coche. Creo que tengo bastantes pruebas contra él y que no tendrá más remedio que admitir que él era quien lo guiaba.

—Bueno; puedo hacerle comparecer en el juicio —propuso el teniente Tragg—. Si logra hacerle confesar lo que usted afirma, el caso estará resuelto. Pero, por ahora, tal como se presentan las cosas, el asunto está en manos del fiscal.

—Y usted no se interesa por él, ¿verdad?

—Oh, yo no diría tanto, Mason. A mí siempre me interesan estas cosas, pero debe comprender que tengo otros motivos de preocupación y que su caso, en cierto modo, cae fuera de mi jurisdicción. Estoy trabajando en varios casos de homicidio que aún no se han resuelto y no creo que el departamento quisiera dejarme… Bueno; usted ya sabe…

Mason se alzó bruscamente del asiento, que empujó hacia atrás.

—¡Está bien! Pero luego no vaya diciendo por ahí que yo trato de esquivar la intervención de la policía, negándole toda oportunidad para que coopere en mis asuntos.

Tragg se pasó nuevamente la mano por el cuello y arrugó el rostro. Dudaba y parecía sentirse incómodo.

—Esa Stephane Claire parece una buena chica, ¿verdad?

—Lo es.

—En cierto modo, yo tampoco me la puedo imaginar robando un auto. ¿Dice que el hombre está ahora en el Gateview?

—Sí, y, lo que es más, también en el Gateview se encuentra una tal señora Warfield que probablemente identificará a ese Lossten con un individuo llamado Spinney, a quien, según creo, tendrá mucho interés en conocer la policía de San Francisco.

Tragg se alzó impulsivamente de su sillón, diciendo:

—¡Usted gana! Quizá me meta en la misma boca del infierno, pero le voy a dar una oportunidad, Mason. Usted sabe que cuando el fiscal del distrito acusa a alguien de un delito, hay que encontrar las pruebas de convicción y que nuestro deber es ayudar en la tarea. No verán con muy buenos ojos que yo ande por ahí con el abogado defensor tratando de minar su trabajo. Me entiende, ¿verdad?

—Puedo apreciar la reacción de los interesados en acusar a mi cliente —admitió Mason.

—Bien. Veo que me ha entendido. Yo sólo me comprometo a mantener el cuello bien estirado y si logra obtener una prueba convincente a su favor, yo actuaré de testigo. Pero será usted quien tenga que ponerla de relieve.

—Tengo un taxi esperando —indicó Mason.

—¡Al diablo con el taxi! —exclamó el teniente—. Con mi auto podemos llegar en la mitad del tiempo que emplearía el taxi.

Tragg condujo al abogado hasta el «coupé», equipado con un faro rojo y una sirena.

—Suba y agárrese el sombrero —le dijo el teniente.

Tragg dio el contacto y puso en marcha el motor, dejándolo por breves momentos que se calentara. Luego arrancó, doblando por la primera esquina de la izquierda. A medida que ganaba velocidad, el coche se abría paso por entre los demás vehículos gracias a la luz roja y a la sirena, que aullaba sin cesar.

Mason se echaba hacia atrás en el asiento, mientras Tragg maniobraba con la habilidad de un consumado artista. Sus manos no parecían asir el volante, sino acariciarlo. Se tenía la impresión de que auto y conductor formaban una indivisible unidad.

Menos de cuatro minutos transcurrieron desde que Tragg hiciera funcionar la sirena hasta su detención frente a las puertas del hotel Gateview.

—Bueno, recuerde que la exhibición corre de su cuenta y que yo

vengo de simple espectador —advirtió el teniente cuando abría la portezuela del auto, disponiéndose a salir.

—No lo olvidaré —le respondió Mason.

Drake y uno de sus agentes les esperaban en el vestíbulo.

—¿Sigue arriba? —indagó Mason.

El rostro de Drake cobró una expresión de alivio.

—Sí. Creí que no llegaban nunca.

—¡Hola, Drake! —saludó Tragg—. No podíamos venir más aprisa sin destrozar el pavimento.

—Bueno, subamos —propuso Mason.

Un empleado del hotel les contemplaba con ojos curiosos y alarmados.

—Recuerden, caballeros, que el hotel ha tratado de cooperar —dirigió a Tragg una mirada significativa y continuó—: Nosotros teníamos entendido que se trataba de un asunto privado y…

—No se preocupe —le interrumpió Mason—. El teniente Tragg es sólo un espectador.

El cuarteto se detuvo frente a la puerta, de cuyo llamador colgaba el rótulo en donde se leía: «No molestar».

Mason se dirigió al teniente, diciéndole:

—Creo que aquí tenemos al hombre que guiaba el auto de Homan cuando ocurrió el accidente. Si usted, Tragg, se decidiese a correr con el interrogatorio, lograríamos mejor que…

—¡Nada de eso! —le interrumpió el teniente—; yo me limitaré a escuchar. El caso está en manos del fiscal y por lo que a mí respecta, es «tabú».

—Como guste —le dijo Mason—, pero esté atento a lo que escuche.

—¿Para qué diablos cree que tengo los oídos? ¡Adelante!

Mason llamó a la puerta y, al no obtener respuesta, el teniente golpeó con más fuerza.

—¿No tendrá el cuarto otra salida? —preguntó Tragg.

Mason miró a Drake y éste movió la cabeza negativamente.

—Tiene que estar dentro… a menos…

—Bien, pidamos al conserje la llave maestra.

Pero Tragg sacó de su bolsillo un llavero de cuero, diciendo:

—Creo que nos podremos evitar la molestia. Una de estas llaves nos servirá para abrir…, extraoficialmente, por supuesto.

Metió la llave en la cerradura y, durante breves momentos, manipuló sin el menor resultado. En vista de ello, probó con otra y la cerradura cedió con un chasquido.

Mason empujó la hoja y se adentró en el cuarto para detenerse súbitamente a los pocos pasos. Drake, que lo seguía, miró por encima de su hombro y lanzó una exclamación.

—¿Qué pasa? —inquirió Tragg, que había permanecido a la retaguardia.

Mason y Drake se hicieron a un lado y los ojos del teniente descubrieron el cuerpo de un hombre que yacía boca abajo sobre la colcha de la cama.

—¡Maldita sea, Mason! Si esto fue un plan para…

—¡No diga tonterías! —lo interrumpió el abogado—. Yo no tenía la más remota idea de que este hombre estuviese muerto y sólo pretendía arrancarle su confesión.

Tragg dijo sombríamente:

—Me gustaría creer en sus palabras, aunque fuese el único del Departamento que lo hiciese.

Avanzó hasta el lecho, que bordeó para observar bien la posición del cuerpo.

—¡No toquen nada! —añadió irritado—. Lo mejor será que salgan al pasillo y esperen allí.

Drake retrocedió unos pasos, pero Mason no hizo al menor movimiento.

El cadáver yacía boca abajo, sobre el lecho, con los zapatos puestos. La colcha cubría completamente la cama y una de las almohadas. La otra aparecía tirada en el suelo. El cuerpo se extendía diagonalmente sobre el lecho con el brazo derecho colgando por uno de sus bordes. El índice de la mano correspondiente lucía un anillo de diamantes. En la base del cráneo se veía una mancha oscura y un siniestro reguero corría a lo largo del cuello hasta manchar la cama. Pero, a pesar de todo, había poca sangre.

Tragg se detuvo a examinar el orificio dejado por el proyectil.

—Una bala de pequeño calibre —dijo, como si pensara en alta voz—. Dispararon con el cañón apoyado porque hay señales de quemadura producida por la pólvora. La almohada del suelo le debió servir al asesino para ahogar el disparo. También hay señales

de pólvora en ella.

—¿No le va a dar la vuelta? —preguntó Mason.

—No tocaré maldita la cosa hasta que llegue el «coroner». Ustedes dos lárguense ya y esperen en el vestíbulo. Y tengan la absoluta seguridad de que el negocio no acaba aquí. Lamentarán las consecuencias.

—Le repito que no tenía la menor idea de que este hombre estuviese muerto —reiteró Mason—. En realidad yo sólo pensé…

—Pero los muchachos de la Prensa no van a pensar la mismo y temo que el jefe tampoco —le interrumpió Tragg—. Ustedes han pretendido hacerle una jugarreta al Departamento, pero yo les aseguro que éste será el último cadáver que desentierren.

—¡Es inútil! —comentó Mason dirigiéndose a Drake—. Vámonos, Paul.

—Mientras aguardan en el vestíbulo, telefoneen al Departamento, diciendo que estoy aquí y que envíen el coche de la Brigada de Homicidios. ¡Ah!, y no se vaya a la calle, Mason, que usted y yo tenemos que cambiar unas cuantas palabras.

En el pasillo se les unió el agente de Drake, que aguardaba, y Mason dijo intencionadamente:

—Oye, Paul, ¿no sería una buena idea que tu hombre tratase de engatusar, a la chica de la centralilla a fin de comprobar si Lossten llamó anoche a alguien por teléfono?

—¡Canastos, Perry! Bien sabes que no pudo hacerlo. El hombre subió en seguida al cuarto y…

Un codazo disimulado del abogado cortó el discurso. Mason prosiguió:

—Me refiero a alguna conferencia interurbana. Te consta perfectamente, que pudo solicitarla y, como es lógico, figurará en su cuenta. Piensa que una vez avisada la Brigada de Homicidios, ya no podremos obtener la menor información por cuenta propia.

—Comprendo —asintió Drake, captando la intención. Después se dirigió a su agente—: ¿Lo has entendido?

—Perfectamente. Ahora que no va a ser fácil porque la chica que está de servicio no es la misma de anoche.

—Usted haga lo que pueda —le dijo Mason—. Pero dese prisa, y baje ahora. Nosotros lo haremos dentro de unos minutos y así tendrá tiempo. Telefonee también lo ocurrido al Departamento,

cerciorándose de no informarle a nadie que no sea la policía.

—Descuide.

Cuando la puerta del ascensor se cerró tras el agente, Mason comentó en voz baja:

—Creí conveniente desembarazarnos de él mientras hablábamos. Lo que no sepa no le hará daño. ¿Qué te parece el cariz que ha tomado el negocio?

—A nosotros nada nos puede pasar.

—Estás listo si lo crees así.

—¿Que hay de malo en él?

—En primer lugar, el equipaje. ¿No lo viste en un rincón del cuarto?

—No.

—Pues, yo sí. Una maleta y una sombrerera, pertenecientes, sin duda, a la señora Warfield. Tragg pensará que es el equipaje del muerto, pero cuando el «coroner» lo registre…

—¡Atiza!

—Sí. Tendremos que informarle a Tragg de lo que estábamos haciendo aquí. Se nos ha visto demasiado en el hotel con motivo de la desaparición de la señora Warfield y todo lo demás.

—Ya comprendo —admitió Drake sombríamente—, pero él no puede…

—Claro que puede. Ese equipaje de la señora Warfield en un rincón del cuarto, le dará pie…

—¿Por qué diablos no se lo llevaría? —exclamó Drake colérico.

—¡Cálmate! —le aconsejó Mason—. Nos conviene pensar fríamente. Esa mujer nos debió tomar por un par de niños de pecho.

—¿Qué crees que sucedió?

—Me imagino que el hombre que nos siguió hasta el hotel se encaminaría al cuarto de la señora Warfield para decirle que tenía un mensaje de su marido, o bien informarle de que él era Spinney. Luego, le diría que estaba haciéndole el juego a los enemigos de su esposo; que tú eras un detective privado y yo un abogado y que en cuanto su marido se enterase sufriría un síncope o poco menos. Por eso le aconsejaba que recogiese inmediatamente su equipaje y le acompañara hasta su cuarto.

—Hasta aquí todo va bien —admitió Drake—, pero ¿qué demonios pasó después para…?

—Sólo hay un modo de explicárselo —aseguró Mason.

—¿Cuál?

—Ella debió darse cuenta de que Spinney la estaba engañando y de que su marido llevaba a cabo un doble juego. Y esto sólo lo pudo averiguar viendo el número atrasado del «Photoplay», que incluye la fotografía de Homan. Entonces fue cuando supo que su marido trabajaba y triunfaba en Hollywood. ¿Lo comprendes ahora?

—Demonio, creo que sí —dijo Drake avanzando el labio inferior.

—Ahora —prosiguió Mason—, consideremos el problema desde el punto de vista de Tragg. Creerá que estamos protegiendo a la señora Warfield, que la avisamos para que escapara y que la historia que le contamos al conserje sobre su desaparición, fue una simple treta.

—¡Maldición! —exclamó Drake con el rostro contraído.

—Vigila, pues, bien tus pasos. Paul —advirtió Mason—. Y, ahora, bajemos al vestíbulo.

Al salir del ascensor, el agente de Drake se dirigió precipitadamente al encuentro de los dos hombres para decirles que la mujer que buscaban, la señora Warfield, había sido vista por uno de los empleados, después de su «desaparición».

—¿Qué?

—Precisamente, ahora me estaba explicando el cajero que salió pocos minutos después de que el señor Mason pagara la cuenta. El hombre la detuvo, rogándole que aguardara unos momentos porque el conserje tenía que transmitirle un recado que había dejado su cuñado.

—¿Y qué pasó?

—Lo natural. El empleado avisó al conserje y, entonces, la señora Warfield alzó altivamente la barbilla, declarando que ella no se llamaba así, que no tenía ningún cuñado y que si trataban de detenerla demandaría al hotel por los daños que le ocasionasen. Y dicho lo cual, salió del hotel. El conserje no podía correr tras ella y atraparla. Su cuenta estaba cancelada y tuvo que dejarla marchar.

Mason cambió una mirada de inteligencia con Drake, y le dijo:

—Bueno, ya lo has oído, Paul. Si ahora persistes en creer que estamos sobre un lecho de rosas, es que no conoces al teniente Tragg.

El aludido compuso una expresión sombría y, luego, declaró con

énfasis:

—¡Que me ahorquen si vuelvo a compadecerme de alguna mujer de hombros abatidos y mirada triste! ¿Recuerdas su abultada cartera de mano? La «pobrecita» ya guardaba en ella el revólver.

—Maldito si me importa quién mató a ese individuo, Paul. Ese rompecabezas que lo resuelva Tragg. Mi tarea es probar que el auto lo conducía él. Cuando lo haya conseguido, habré terminado con el asunto.

—¿Y no puedes traer a la señorita Claire para que lo identifique?

Mason se echó a reír con sarcasmo.

—Claro que puedo traerla y, sin duda, ella lo identificará; pero, ¿quién corroborará sus palabras? El interesado no se delatará, yéndose de la lengua, porque está bien muerto y el testimonio de Stephane Claire no servirá de nada. Si cualquiera pudiese liberarse de un cargo por homicidio impremeditado señalando un cadáver y diciendo: «Este es el hombre que iba guiando el auto», su abogado, de ser un poco listo, siempre podría tener a mano un cadáver en buen uso.

Drake se inmovilizó pensativo, con la vista clavada en el suelo.

—Por ahora —prosiguió Mason—, nuestra única esperanza consiste en encontrar al marido de la señora Warfield y obligarle a dar la cara con el testimonio de que este hombre es Spinney, el mismo que guiaba el auto.

—¡Un trabajito! —suspiró Drake.

—Exacto; algo…

—¡Buenos días, señor Mason!

El aludido se interrumpió, dando la vuelta. Jacks Sterne avanzaba hacia él con la diestra extendida.

—¿Cómo se presentan las cosas esta mañana? —indagó el recién llegado al tiempo que estrechaba la mano del sorprendido abogado.

—¿Qué hace usted aquí? —reaccionó Mason.

—¿Es que no recuerda que fue usted mismo el que me recomendó este hotel cuando la otra noche…?

—¡Váyase de aquí lo antes posible!

—Pero… no comprendo…

—No necesita comprender. Suba a su cuarto, líe sus bártulos y lárguese.

—¿Y adónde voy a ir?

—No se preocupe. Lo importante es que se largue de aquí en seguida. Pague la cuenta y váyase al Adirondack.

—Pero a Stephane no le gustará…

—¡Vaya al Adirondack! Es el sitio donde debe estar. Actúe como si llevase allí parando todo el tiempo.

—Pero yo…

—¡Váyase! Coja su equipaje y desaparezca cuanto antes.

Sterne daba señales de sentirse profundamente desconcertado.

—Iba a ver a Stephane, señor Mason. Le había telefoneado…

Mason cogió al joven del brazo y le obligó a caminar hacia el ascensor.

—¡Oiga, Sterne! —le dijo—. No tengo tiempo de explicarle nada, pero tiene que obedecerme. Suba a su cuarto, prepare su equipaje y avise a un taxi. Después marche a la estación Unión, aguarde media hora en la sala de espera, y en otro taxi se hace conducir al Adirondack. ¿Entendido?

Un ascensor que acababa de descender abría sus puertas y Mason empujó al absorto joven dentro de él.

—Ahora, haga lo que le he dicho. Si cuando baje, me encuentra en el vestíbulo, no me dirija la palabra ni dé la más mínima señal de conocerme.

—Pero, ¿qué le diré a Stephane?

Mason le volvió la espalda sin responder. Se cerró la puerta del ascensor y éste inició la subida.

—¿Quién era ese individuo? —inquirió Drake cuando el abogado tornó junto a él.

—El pretendiente de Stephane Claire. Deseaba un lugar tranquilo y yo le aconsejé que viniese a este hotel porque quedaba cerca del Adirondack.

—Pues como Tragg descubra que se aloja aquí, no se andará muy remiso en colgarle el crimen a Stephane Claire.

—¿Y me lo dices a mí? —Interrogó irritadamente Mason mientras consultaba su reloj de pulsera—. ¡Vámonos, Paul! Volvamos arriba y aguardemos en el pasillo. No quisiera estar hablando con Tragg cuando ese simple baje nuevamente.

—¿No le advertiste que no te hiciera ninguna seña ni…?

—¡Claro que se lo advertí! Pero es del tipo de esos que podrían decir: «Señor Mason, ¿por qué me dijo que no le hablara cuando nos

viésemos?».

—Tienes unos amigos encantadores, Perry.

—No lo sabes bien. ¡Venga, vamos!

Todavía transcurrió media hora antes que el teniente mandara llamar a Mason.

Los miembros de la Brigada de Homicidios seguían trabajando, revelando las huellas dactilares, tomando fotografías del cadáver y dibujando un plano de la habitación.

—Espero —le dijo Tragg, cuando al fin se encaró con el abogado, con un brillo de burla en sus ojos— que habrá tenido tiempo suficiente para preparar su historia.

—Tal vez —replicó Mason evasivamente.

—Si necesita más, dígamelo e interrogaré antes a Drake.

Mason guardó silencio y Tragg abandonó el tono irónico, diciéndole:

—Creo que se dará cuenta de la postura en que me ha colocado. El jefe pensará indudablemente que ustedes se han valido de mí para que les saque las castañas del fuego.

—¡Ya estoy hasta la coronilla de oír siempre la misma monserga! —protestó Mason—. Si busco su colaboración es para aprovecharme canallescamente de ustedes y si no la busco, entonces me convierto automáticamente en un ser esquinado y sospechoso.

—Lo malo para usted, Mason, es que descubre demasiados cadáveres…

—No. Lo malo es que yo no me quedo en mi despacho esperando que la gente vaya a verme, como ustedes parecen figurarse. Yo tengo que salir a la línea de fuego, y cuando se hace esto, hay que moverse de un lado para otro y…

—Y encontrar muchos cadáveres, ¿no? —completó Tragg.

—Iba a añadir —explicó Mason con dignidad— que cuando un hombre se convierte en un buen abogado criminalista, los delitos de sangre tienden lógicamente a gravitar en su dirección.

—¡Ya…! ¿Quién es este individuo? —gritó de súbito Tragg señalando con su cabeza el lecho.

—No lo conozco.

—¿No lo conoce? Me pareció entender que sí.

—Sólo sé que se inscribió en el hotel como Walter Lossten. Nada más.

El teniente le miró desconfiadamente.

—¿Le vio la cara cuando entró?

—No.

—Entonces, ¿por qué asegura que no le conoce?

—Si es el sujeto que me figuro, no lo he visto en mi vida.

—¿Y quién se figura que pueda ser?

—El hombre que iba guiando el auto de Homan.

Tragg frunció el ceño.

—Oiga, Mason, ¿por qué se empeña en enredar a Homan en este asunto? Hollywood tiene invertidos unos cuantos millones de dólares en esta ciudad. Allí vive el grupo de hombres y mujeres mejor pagados del mundo, reunidos en unas pocas millas cuadradas. Naturalmente, se trata de un magnífico campo de operaciones para el chantajista. El fiscal del distrito, perfectamente informado del negocio, trata de ponerle freno. Usted lo debe saber tan bien como yo.

—Desde luego —admitió Mason—. Pero siento no poder aludir a Homan como a un ciudadano cualquiera. Por otra parte, yo me limité a contestar a una pregunta suya en la creencia de que mi respuesta podría interesarle.

—¡Pamplinas! —exclamó el teniente.

—Quizá será mejor que le eche un vistazo al cadáver.

—Tal vez.

Mason avanzó hasta el lecho pasando sobre una cinta métrica de la que se servían dos de los ayudantes de Tragg que estaban midiendo la distancia del lecho a la ventana.

El cadáver había sido colocado de espaldas. Mason contempló atentamente aquellas facciones que concordaban a la perfección con la descripción que hiciera Stephane Claire de las del hombre que guiaba el coche. Por un momento tuvo la impresión de haberlo conocido íntimamente.

Cuando dio la vuelta, Tragg lo miró interrogativamente, enarcando las cejas.

—Creo que éste debe ser el hombre de que me habló la señorita Claire —le dijo Mason.

El teniente se dirigió a sus hombres.

—¿Terminaron con el teléfono, muchachos?

—Sí. Sólo hemos podido revelar unas huellas bastante borrosas

que no pueden ser recientes. No creo que lo haya usado nadie en las últimas veinticuatro horas.

—Bien.

Cogió el auricular y comunicó con la Jefatura, diciendo:

—Habla el teniente Tragg, de Homicidios. Me encuentro en el cinco, veinticinco del hotel Gateview trabajando en un caso. Stephane Claire, que fue detenida por el accidente automovilístico de la costa, puede identificar a la víctima. Tráiganla con un par de oficiales. Se hospeda en el hotel Adirondack.

Colgó el receptor y Mason le dijo:

—De modo que sabe dónde se encuentra, ¿eh?

—No sea usted suspicaz —respondió Tragg—. Le repito que el caso está en manos de la Fiscalía. Sólo que, cuando la chica salió en libertad bajo fianza… bueno, pues, solicitaron nuestra colaboración. Al fin y al cabo, se trataba de un homicidio.

—¡Ya! No sabía que trabajasen ustedes en una armonía tan conmovedora.

—Ordenes superiores —apuntó Tragg secamente.

Mason esbozó una sonrisa. Después, comentó:

—Bueno, habrá que convenir que Hollywood puede mucho.

Tragg se hizo el desentendido y desvió el tema de la conversación.

—Según parece usted buscaba a este hombre, ¿verdad?

—Naturalmente. Es el que conducía el auto de Homan.

—¿Por qué nombre dijo que le conocía?

—Yo no le dije que lo conociese.

—Me refiero al nombre que le dio su cliente.

—No me dio ninguno. Ella lo ignora. El accidente ocurrió antes de que pudieran trabar cierta amistad y se dijesen cómo se llamaban.

—Le veo muy hermético, Mason.

—Sincero solamente.

—Cuando me hizo venir aquí, me habló de un tal Spelley, Semley, o algo por el estilo.

—No recuerdo.

Tragg torció el gesto, y cambió de táctica:

—¿Cómo se le ocurrió buscarlo precisamente en este hotel?

—Muy sencillo. Los muchachos de Paul Drake andaban haciendo

pesquisas para tratar de localizarlo. Entraron en este hotel; le preguntaron al conserje si se alojaría aquí un hombre de tales y cuales características y se encontraron con que así era, en efecto.

Tragg frunció el ceño y consideró a su interlocutor con expresión irritada.

—¡Muy bonito! Es decir, lo sería si yo me tragase esa fábula.

—Puede comprobarlo —insinuó Mason.

—¿Cómo?

—Confrontando lo que acaba de oír con lo que le diga el conserje.

—No dudo de que el conserje confirme sus palabras. Es usted demasiado astuto para apuntar una pista falsa que no tenga ciertos visos de verosimilitud. Lo que me interesa saber es cómo los chicos de Drake localizaron este preciso hotel.

—Ya le digo que andaban a la busca del conductor del coche.

—Que usted identifica con el cadáver, ¿no?

—Así es.

—¿Y por qué diablos indagaron «aquí»? —repitió Tragg inquisitivamente.

—Hacían pesquisas en diferentes hoteles y le llegó el turno a éste.

—¿Cuántos habían revisado ya cuando entraron en éste?

Como Mason guardara silencio, el teniente Tragg torció el gesto francamente irritado.

—Es usted un hueso duro de roer, Mason. Conoce sus derechos y sabe cómo valerse de ellos. Pero, si lo considero necesario, ya me encargaré yo de que Paul Drake me informe. Explota una agencia de detectives privados y no creo que le agrade mucho saber que le peligra la licencia.

—Teníamos una testigo en este hotel y creíamos que el individuo trataría de ponerse en contacto con ella.

—Eso ya me gusta más. ¿Quién era esa testigo?

—Prefiero no tocar este asunto.

—¡Claro que lo prefiere! Pero ¿quién era?

—No creo que le responda, Tragg.

El teniente, se volvió hacia uno de sus hombres y le ordenó:

—¡Tráigame a Paul Drake!

—Pensándolo bien, Tragg —apuntó Mason—, usted, aunque,

como en este caso, trate de esclarecer un asesinato, no tiene derecho a meter las narices en los asuntos de un abogado que constituyen un secreto profesional.

El teniente ni se tomó la molestia de responder y cuando Paul Drake apareció escoltado por el agente, se volvió hacia el recién llegado, diciéndole:

—Bueno, Drake, hablemos claro. Sus muchachos localizaron a ese hombre en el hotel… ¡No, no mire a Mason! Responda, simplemente: ¿es así o no?

—Así es —corroboró Paul.

—Muy bien. ¿Y cómo consiguieron localizarlo?

—Interrogaron al personal dando las señas y…

—Oiga, Drake, seré paciente con usted, pero no lleve el juego demasiado lejos. ¿Por qué se decidieron a preguntar al personal por él?

—Mason pensó que podría alojarse aquí.

—¿Y cuándo se le ocurrió a Mason esta brillante idea?

—Esta mañana, alrededor de las nueve o nueve y media.

—¿Quién era esa testigo que tenían ustedes en este hotel?

—No sé de qué me habla.

El semblante de Tragg enrojeció ligeramente, al tiempo que voceaba:

—¿Cuántas veces ha estado usted aquí en las ultimas veinticuatro horas, Drake?

Mason intervino:

—Díselo, Paul. De todas formas, se enterará por el conserje.

—Mason y yo —explicó Drake— trajimos una mujer al hotel la otra noche. Cuando me habló de la testigo ignoraba que se refiriese usted a ella.

—¿Cómo se llama esa dama?

—Señora Warfield.

—¿De dónde venía?

—De Nueva Orleans.

—¿Qué cuarto le dieron?

—El seis, veintiocho.

—Bueno; parece que nos ha costado algún trabajito obtener esta pequeña información, ¿verdad?… ¿Dónde se encuentra ahora esa mujer?

—Lo ignoramos —intervino Mason.

—¿No entraron en su cuarto?

—Sí. Con una llave maestra. Entramos y se registró todo.

—¿Y qué encontraron?

—Nada. La dama había volado.

—¿Está ahora la habitación en las mismas condiciones que cuando entraron en ella?

—No lo sé. Por lo visto, la señora Warfield no llegó a utilizarla. Todo estaba en orden. Tuve que pagar la cuenta por ella.

La voz de Tragg se hizo tensa y adoptó un tono que pretendía ser objetivo:

—Está bien. Mason. Ahora, óigame, y usted también, Drake: Comprendo que no nos encontramos en el mismo lado de la valla. Esto es algo irremediable. Ustedes tienen que ganarse su vida y yo la mía. Pero, por todos los diablos, cuando les haga una pregunta quiero una respuesta. Jugar al escondite no lleva a ninguna parte. Si no quieren responder a algo, cierren el pico simplemente, pero no traten de jugármela. ¿Me han entendido?

—Perfectamente —repuso Mason—. Por eso, cuide sus preguntas y así no podrá acusarme de darle una pista falsa, si voluntariamente me resisto a contestarle.

—Está bien. Procuraré hacerlo así —dijo Tragg—. Y, ahora, echémosle un vistazo al cuarto de la señora Warfield.

—A lo mejor, ya está ocupado por otro huésped. Nosotros cancelamos la cuenta.

—Traiga al conserje —le dijo Tragg a uno de sus hombres.

Mientras el aludido marchaba a cumplir la orden, otro agente acompañaba a Stephane Claire en el ascensor que subía. Se abrieron las puertas y salió la muchacha, que, pálida, miraba con ojos temerosos. Vio a Mason y se dirigió a él inmediatamente.

—El teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios, señorita Claire —presentó el abogado—. Lo encontrará muy competente, aunque excesivamente aferrado a sus ideas. Ahora me temo que la aguarde una desagradable experiencia. Por lo visto, tiene que echarle un vistazo a un cadáver.

—¿Un cadáver…? —y como Mason asintiese, añadió—: ¿Aquí?

—Sí.

—Pero ¿cómo…? ¿Por qué?…

—Asesinaron al…

—¡Basta! —atajó Tragg—. Soy yo el que, desde ahora, va a hacer el gasto de la conversación. Escúcheme, señorita Claire: hemos pensado que tal vez ustedes conozcan al interfecto. Si no le molesta, acompáñeme. Haga el favor.

La cogió del brazo y la encaminó hasta el cuarto del crimen, en donde se respiraba la inconfundible atmósfera de la muerte. Esta había bañado de inmutable dignidad al cuerpo que yacía sobre el lecho. Pero los hombres que seguían trabajando en la búsqueda de huellas y pistas delatoras parecían sentirse completamente al margen de aquella atmósfera de solemnidad. Actuaban como si el cadáver fuese para ellos un vulgar saco de patatas, algo inanimado y muy a propósito para ser fotografiado, medido y estudiado en relación con los restantes objetos del cuarto. Trabajaban hábil y rápidamente, con aire de completa indiferencia. La constante familiaridad con la muerte les había hecho, en cierta manera, insensibles a ella.

El teniente Tragg guió a Stephane a través de aquellos hombres y después se adelantó, interponiendo su cuerpo entre la muchacha y el lecho. Cuando calculó que la mirada de Stephane chocaría directamente con el rostro del asesinado, se apartó bruscamente a un lado, al tiempo que preguntaba:

—¿Conoce a este individuo?

Stephane Claire se inclinó sobre aquellas grisáceas facciones. Por breves instantes se mantuvo inmóvil, como si una misteriosa atracción magnética, superior a su voluntad, le impidiese desviar los ojos de aquel rostro. Finalmente, logró reaccionar y se volvió hacia Tragg.

—Sí, le conozco, pero ignoro su nombre.

—¿Quién es?

—El que guiaba el auto la noche del accidente; el que me recogió en la carretera.

Tragg se dirigió a Mason, dedicándole una pequeña reverencia.

—Le felicito. Mason —le dijo con sarcasmo—. Una escena magníficamente preparada. Supongo que en ella basará su defensa.

—Naturalmente —replicó el abogado.

—¡Pero si es la pura verdad! —exclamó Stephane Claire—. El señor Mason no me ha dicho una palabra. No le he visto ni he

sabido de él desde que abandoné el hospital.

Tragg desvió la mirada de la muchacha y fijó sus ojos en Mason, diciéndole:

—Lo creo, pero ¡maldita sea!, también puedo proporcionarle los nombres de tres mil ochocientas setenta y siete personas, directa e indirectamente relacionadas con la Policía, que no lo creerán.

El conserje se extendió en prolijas explicaciones, haciendo hincapié en la alta reputación de que siempre había gozado el hotel, y en los vehementes deseos que sentía de colaborar con las autoridades.

—Quisiéramos echarle una mirada al cuarto en donde se alojó la señora Warfield. Venga con nosotros, Mason; y usted, Drake, también. La señorita Claire se quedará con el agente.

Resultaba extraño que Tragg no hubiese aludido para nada al equipaje hallado en la habitación del crimen.

El pequeño grupo se encaminó al ascensor, en donde subieron hasta el sexto piso.

—Según tengo entendido —informó el conserje—, el cuarto se encuentra en las mismas condiciones que cuando…

—… marchó la mujer, ¿no? —completó Tragg.

—Iba a decir que cuando cancelaron la cuenta —aclaró el empleado.

—¿Quién le pagó?

—Este caballero; su cuñado.

—¿Su cuñado? —indagó Tragg, abriendo loe ojos.

—Eso dijo el señor.

Tragg consideró fijamente al abogado.

—Bien, bien. Usted no me dijo que estuviese emparentado con esa señora. Además, yo lo tenía por un hombre soltero, sin hermanas —se volvió con brusquedad hacia el conserje—: Usted no sabrá cuándo se marchó la mujer, ¿verdad?

—Pues, sí. El señor Mason y este otro caballero estuvieron aquí y pagaron la cuenta. Les acompañaba una joven muy atractiva. El señor Mason dijo que su cuñada sufría del corazón y que temía que le hubiese sucedido algo. Envié a un mozo y, cuando éste entró en el cuarto, la mujer no estaba allí, ni tampoco su equipaje.

—¿Traía equipaje cuando entró en el hotel?

—Claro. Una maleta y una sombrerera.

Tragg guardó silencio, como si saborease la información. Pero tampoco entonces aludió para nada el equipaje que Mason había visto en la habitación donde se cometiera el asesinato. Se limitó a decirle al conserje:

—Continúe. ¿Qué más sucedió?

—Después de pagar la cuenta, el señor Mason me advirtió que, si regresaba la señora Warfield, le dijera que su cuñado había preguntado por ella y que se sentía muy preocupado por su salud.

—Lo malo es que usted no conseguiría verla ya, ¿verdad?

—¡Pues claro que la vi!

—¿La vio? —indagó Tragg, contemplando al conserje con atención.

—Sí, teniente. No habrían pasado quince minutos de la salida del señor Mason del hotel, cuando se presentó en el vestíbulo. El empleado de servicio no era el mismo que la había recibido, pero tenía su descripción y conocía a la mayoría de los huéspedes. La llamó y le dijo que tenía un recado para ella. La señora se acercó al mostrador en espera del mensaje. Entonces me llamó el empleado y yo le transmití el recado, diciéndole que había estado allí su cuñado, quien deseaba comunicarse con ella. Me replicó que su nombre no era señora Warfield, que no tenía ningún cuñado y que nos comportábamos de un modo muy impertinente. Después se alejó en dirección a la puerta de salida. Traté de detenerla, pero se manifestaba tan indignada que desistí de ello. Por otra parte, su cuenta estaba cancelada y legalmente no podía oponerme a que se marchara, aunque siguiese sin entender su extraña conducta y circunstancias.

—¿Marchó con su equipaje?

—No. Esto…

—Bueno, entremos ya en el cuarto —atajó Tragg.

Abrió la puerta el conserje y Tragg se adentró en la habitación, dejando a los demás en el pasillo. Paseó su mirada por la estancia y se volvió con presteza hacia el empleado del hotel.

—Oiga, este cuarto ha sido rehecho. Usted me dijo que lo encontraríamos en las mismas condiciones que cuando marchó ella.

—Y así es —aseguró el conserje—. Cuando el mozo entró en él estaba lo mismo.

—¿A qué hora fue eso?

—Sobre las ocho y media.

Tragg alzó el embozo del lecho y paseó sus ojos por él.

—¿No haría la cama al levantarse?

—No, señor. Esas sábanas están completamente limpias y nadie se ha acostado en ellas.

—¿No las habrá cambiado la camarera?

—La camarera no ha estado aquí.

—¿Está seguro?

—Completamente.

Mason, que aparecía en pie en el umbral, intervino.

—Tampoco las toallas han sido usadas, teniente. Tragg volvió la cabeza y le contempló especulativamente. Luego se dedicó a observar atentamente todo lo que se veía en el cuarto y, finalmente, volvió a dirigirse a Mason.

—¿Qué hacia esa mujer aquí?

—Buscaba trabajo.

—¿Lo encontró?

—Sí. Consiguió un empleo condicional.

—¿Qué clase de empleo?

—Creo que le dijeron que el puesto aún no estaba vacante, pero que lo estaría en fecha próxima. Hasta que ese momento llegase se le abonaría el sueldo.

—¿Y usted se cree todo eso?

—Pues claro.

—Está bien —dijo el teniente—. ¿Quién le hizo el ofrecimiento?

—Paul Drake —respondió Mason, señalando con una sonrisa al detective.

—¿Y por cuenta de quién?

—Mía.

—¡Vaya! Por lo visto, para obtener respuestas claras tengo que hacer preguntas bien determinadas.

—Ya ve que no me niego a contestar, teniente.

—Sí; me doy cuenta. Bueno, muchachos, vamos a ver si zanjamos rápidamente el asunto. Le hicieron la proposición porque, indudablemente, esperaban utilizarla para algún fin. ¿Cuál era este fin?

—Queríamos ayudarla a que localizase a su marido.

—¡Pamplinas! —exclamó Tragg.

Avanzó nerviosamente hasta detenerse junto a la puerta del cuarto de baño. Luego volvió al punto de partida y se encaró con el abogado:

—¿Qué tendré que hacer, Mason, para que usted se decida a decirme lisa y llanamente toda la verdad?

—Pregunte —apuntó Mason—. Pregunte lo que quiera que yo le responderé.

—¿Y qué podría hacer para saberla, sin necesidad de más forcejeos?

—Seguir la pista en la que yo estoy trabajando.

—Señala a Hollywood.

—¡Ajá! —asintió Mason.

Tragg vaciló por breves instantes y, al final, dijo:

—Pide usted demasiado… por ahora, Mason.

—Entonces, siga haciendo preguntas.

—¡Lo haré! —prometió sombríamente—. Empezaré por preguntarle el nombre que mencionó esta mañana cuando fue a buscarme.

—¿Homan? —indagó Mason con expresión perpleja.

—¡No, no! ¡Déjese de comedias! Me refiero al de ese individuo de San Francisco de que me habló.

—¡Oh, de San Francisco! Que recuerde, no estoy seguro…

—Ese que sonaba como Spelley, o algo así.

Mason enarcó las cejas.

—No me acuerdo de ningún Spelley.

—¿Fue Greeley, Adler Greeley? —preguntó el teniente, y como Mason denegase con la cabeza, continuo—: ¿Cuál, pues?

—Oiga, teniente, creo que ya ha averiguado cómo se llama la victima. Adler Greeley, ¿verdad?

—¡No es usted quien interroga, sino yo! ¡Quiero saber el nombre del individuo que, según me dijo usted, buscaba la policía de San Francisco!

—¡Oh, ya caigo! Debe referirse a Spinney.

—¡Ese mismo! ¿Quién es ese tipo?

—Lo ignoro. Sólo conozco su nombre.

—¿Y cómo lo llegó a descubrir?

—Uno de los muchachos de Drake descubrió algo que me hizo ver que el tal Spinney está en relaciones con Homan.

—¿Otra vez Homan? —rugió Tragg—. ¿Por qué anda siempre a vueltas con ese hombre?

—Porque esa es la pista que sigo y en la que trabajo.

—Bien. ¿Qué le hizo pensar que el maldito Spinney estuviese alojado en el hotel bajo el nombre de Lossten?

—Pensé que el hombre que estaba aquí era el que guiaba el auto la noche del accidente. Como, según mi teoría, el conductor debía estar en relación con Homan y en Spinney se daba esa circunstancia, por eso me acordé de él.

—¿No vino usted aquí a indicación de la señorita Claire?

—En absoluto.

—¿Y no sería la señora Warfield quien le dio la pista?

—No, no.

—¿Y por qué fue a mi despacho antes de venir por aquí?

—Ya le dije que quería trabajar en colaboración con ustedes.

Tragg le hizo una burlona reverencia.

—¡Honradísimo, Mason!, pero no quiero retenerle más. Aprecio en todo lo que vale la gran ayuda que nos ha dispensado y la que podría dispensarnos, pero no me siento con fuerzas para pedirle que nos siga sacrificando su preciosísimo tiempo.

—¿Significa toda esa retórica que podemos largarnos?

—Sí. Todos ustedes, excepto la señorita Claire.

—¿Y por qué razón no puede marchar la muchacha?

—Muy sencillo: está detenida.

—¿Por qué? ¿En, qué basa usted esa medida?

—Hasta ahora, ella es la única que conoce a la víctima, y hay motivos para suponer que no le profesaba muchas simpatías. Ante estos hechos, procedemos temporalmente a su detención.

—Acaban de darle de alta en el hospital.

Tragg replicó con una sonrisa:

—No me importa de dónde venga, sino adónde va a ser llevada: a las oficinas del fiscal.

—¿Puedo hablar con ella antes de que marche?

—Preferiría que no lo intentase.

—Es mi cliente y tengo derecho a ello.

—No me agradaría privarle de ese derecho, pero, desgraciadamente, ya no se encuentra aquí. En estos momentos la acompaña un detective camino de las oficinas del fiscal del distrito.

Mason consideró irritadamente al teniente Tragg.

—Según parece, a pesar de que colaboremos, no nos ayudamos mucho, ¿eh?

—¿Y tiene el descaro de decírmelo a mí? De todas formas, no se preocupe. Mason. Iniciaré una investigación cerca del señor Spinney, que ha estado residiendo en San Francisco, y… ¿podríamos decir que también en Bakersfield?

—No veo por qué no.

—Muy bien; le sacaré esta castaña del fuego. ¿Qué aspecto tenía la señora Warfield?

—De treinta y uno o treinta y dos años; aire fatigado; cabellos castaños claros, ojos azules, estatura media, delgada, de hombros algo caídos. La última vez que la vi vestía falda y chaqueta de sarga azul.

—Gracias.

El teniente se dirigió al teléfono y comunicó con la Jefatura.

—Traten de localizar a una señora que ayer se inscribió en el registro del Hotel Gateview con el nombre de Lois Warfield, de Nueva Orleans. Marchó del hotel a última hora. Indaguen por todos los restaurantes cercanos. Tendrá unos treinta años, delgada, de estatura corriente, aire abatido, ojos azules, de pelo castaño claro. Viste traje de sarga azul. Hay que encontrarla. ¡Dense prisa!

—¿Nos necesita para algo más? —indagó Mason, cuando el teniente colgaba el auricular.

—¡Al diablo! Ya pueden irse.

Salieron del hotel sin cambiar palabra. Una vez en la calle, Mason dijo:

—Creo que después de haberle hablado de Spinney gozaremos de una mayor libertad de acción. El teniente pensará que yo he tratado de ocultar lo que sé del personaje y…

—Es posible —admitió Drake, que daba señales de sentirse preocupado—. Pero ¿por qué diablos no aludiría para nada al equipaje, que bien visible estaba en la pieza del asesinado?

—Trata de prepararnos una bonita trampa. Cuida tus pasos, Paul. Entretanto, veamos si en la guía de teléfonos figura algún Adler Greeley. De ser así, habrá que girarle una visita al caballero. De esta forma, mientras el teniente se afana con la pista que le hemos dado, nosotros no perderemos el tiempo.

Capítulo 13

Las verdes palmeras se destacaban sobre el fondo de piedra blanca de aquel hotelito de dos pisos, emplazado en uno de los distritos más lujosos de la ciudad.

Una doncella de color acudió a la llamada, franqueando la puerta. Mason le entregó su tarjeta, diciéndole:

—Me gustaría ver a la señora Greeley, si es que se encuentra en la casa. Dígale, por favor, que se trata de algo muy importante.

La doncella cogió la tarjeta, la leyó y miró inquisitivamente al rostro del visitante.

—¡Un momento, por favor!

Instantes después estaba de regreso y le decía al abogado:

—La señora Greeley le espera.

Le pasó a un salón en el que los oscuros y macizos muebles, las espesas alfombras y las bien seleccionadas y originales pinturas pregonaban un lujo de buen tono, sin afectación. La fotografía enmarcada que se veía sobre la repisa de la chimenea pertenecía, sin duda, al hombre cuyo cuerpo acababa de ver Mason sobre una cama del Hotel Gateview.

La señora Greeley estaba en los primeros años de la treintena y daba la impresión de una mujer que dominaba el arte de dispensar toda clase de atenciones y familiaridades como anfitriona, sin que por ello sus invitados lograsen pisar el umbral de su vida íntima; una dama que, aunque hubiese llevado una existencia muelle, sólo en muy contadas circunstancias se habría sentido desamparada.

Al entrar, examinó a Mason con desenvuelta curiosidad y le dijo:

—De nombre ya me era usted conocido, señor Mason. Recuerdo haber leído en los periódicos reseñas sobre sus brillantes intervenciones en causas criminales. ¿No quiere sentarse?

—Me trae aquí una misión no muy agradable, relacionada con

su esposo, señora.

Hubo una pausa y, al fin, la dueña de la casa repuso:

—Pues lo siento, señor Mason. Pero no podrá verle. Mi esposo se encuentra en San Francisco.

—¿Sabe cuando marchó allí?

—Naturalmente. Recibió una llamada imprevista ayer por la tarde.

—¿Va su esposo a San Francisco con frecuencia?

—Sí. Sus negocios le llevan allí con regularidad. Pero ¿me puede decir el motivo de todas estas preguntas, señor Mason?

—Hablándole con franqueza, señora Greeley, le diré que estoy haciendo investigaciones sobre un accidente automovilístico que, en cierto modo, afecta a su esposo.

—¿Adler en un accidente de auto? —y como Mason asintiese con la cabeza, continuó—: ¿La noche pasada? Dígame, señor Mason, ¿está herido?

—No se trata de la noche pasada. El hecho ocurrió hace ya varios días.

—¡Cómo! —se extrañó la dama—. Que yo recuerde, mi marido no me ha dicho una palabra de lo que me cuenta. ¿Puede decirme sin rodeos lo que pretende, señor Mason?

—¿Se encontraba su marido en San Francisco el último miércoles?

—Va allá con frecuencia.

—¿Y conduce él mismo el coche en sus viajes?

—¡Jamás! Por lo menos, cuando marcha a San Francisco. Toma el avión o el tren nocturno; generalmente, el avión. Algunas veces parte en el primer avión y regresa en el tren.

—Una última pregunta: ¿sabe si el señor Greeley conoce a un productor de Hollywood llamado Homan?

—Pues, sí. Aunque, espere un momento, ignoro si lo conocerá personalmente o sólo a través del teléfono. Pero me consta que está en relaciones de negocios con ese señor. Recuerdo que, cuando hace unas noches, estábamos en el cine, como saliera en la pantalla el nombre del señor Homan y Adler me dijo que aquel señor era cliente suyo. Yo me sentí muy emocionada.

—¿Y no le habló su marido de haber participado recientemente en un accidente de automóvil?

—Ya le he dicho que no.

—¿Y no ha estado herido o magullado…?

—No, a no ser una pequeña… Pero ¿por qué me hace a mí todas estas preguntas, señor Mason? Adler sería la persona indicada para responderlas.

—Desgraciadamente, no está en mi mano hablar con él.

—En su oficina le dirán dónde puede encontrarle. Llame por teléfono.

—Ya lo hice, y me contestaron que no me lo podían decir.

—Tal vez fuese ésa la orden, pero a mi no me dirán lo mismo.

—¿Estuvo aquí su esposo la noche pasada?

—No. Ya le dije que recibió una llamada desde San Francisco y tuvo que salir para allá.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que tal vez su esposo haya podido modificar sus planes? Quizá le dijera que marchaba a un sitio y luego se encaminaba a otro.

La señora Greeley miró a Mason y, de pronto, rompió a reír.

—¿Insinúa si no se me ha ocurrido que mi marido pudiera engañarme?

—Eso mismo.

—Supongo que podría hacerlo —reconoció la señora, sonriendo todavía—. Juzgo a todos los hombres capaces de engañar a sus mujeres si se les sabe encandilar debidamente. Pero mi esposo siempre jugaría limpio conmigo, señor Mason, lo que, como comprenderá, marca ya una diferencia. Y creo haber hablado ya lo suficiente como para que Adler deba enterarse de que está usted aquí y qué es lo que deseaba de él.

La señora Greeley abrió el compartimiento de un mueble y extrajo de él un teléfono extensible. Marcó un número y habló:

—¿Irma? Habla la señora Greeley. ¿Me hace el favor de ponerme en comunicación con el señor…? ¡Oh…! ¿No está…? Bien; ¿dónde podría encontrarlo…? ¿En San Francisco…? Bueno, Irma, telefonéeme en cuanto sepa algo.

Abandonó el auricular y se volvió hacia el visitante.

—Dijo que estaría en la oficina antes del almuerzo o que, en todo caso, llamaría desde San Francisco. Irma cree que ya debe venir de regreso, por el avión.

—Perdón. Pensaba en lo que me dijo antes. ¿Considera, pues,

que si alguien encandilase suficientemente a su esposo, éste podría…?

—Mire, señor Mason —le interrumpió la mujer—, todos los maridos que, en cierto modo, se valoren en algo, jamás apartarán de sí la idea de ser unos irresistibles tenorios. Si una mujer es lo suficientemente hábil como para capitalizar esta idea, siempre podrá hacer perder la cabeza a más de un hombre, si bien jamás conseguirá cambiar su corazón. Y con esto creo haber respondido sobradamente a su pregunta. Ahora es usted quien debe explicarme, de una vez, qué busca aquí y qué se trae en la cabeza.

La señora Greeley dijo sus últimas palabras clavando sus ojos en los de Mason, de un modo desafiante.

—Le diré concretamente, señora Greeley, que albergo la viva sospecha de que el miércoles, alrededor de las diez de la noche, su marido viajaba por la carretera de la costa, acompañado de una joven, en un auto que conducía él mismo. Aquel coche participó en un accidente, del que resultaron algunas personas gravemente heridas.

—¿Iba a San Francisco?

—No, regresaba, en todo caso.

—¿A qué hora ocurrió el accidente?

—Un poco después de las once.

La mujer guardó un corto silencio meditativo y, de pronto indagó:

—¿Y, dice que eso ocurrió el miércoles de la semana pasada?

—En efecto.

—Pues desde entonces ha tenido tiempo de sobra para entrevistarse con mi marido. ¿Por qué no lo ha hecho?

—Desgraciadamente, no he podido localizarle.

—Mire, señor Mason: me parece que ha dado un rodeo viniendo a hablar conmigo. Si tiene más preguntas que formular sobre mi esposo tendrá que hacérselas a él mismo.

—No será posible, señora Greeley.

—¿Por qué? Adler estará en su despacho…

—Mucho me temo, señora, que su marido no aparezca por la oficina hoy, ni mañana, ni… en toda la semana.

La dueña de la casa contemplaba al visitante con manifiesta perplejidad. De súbito sonó el timbre del teléfono, y un brillo de

triunfo se encendió en sus ojos.

—Debe de ser Irma. Seguramente acaba de llegar al despacho. Le diré que está usted aquí y que desea hablar con él —cogió el auricular, que se aplicó a la oreja—: ¡Diga…! ¡Oh!, lo siento… ¿Quién habla, por favor…? ¿Cómo…? No comprendo… ¿Que vaya al hotel Gateview…? ¡No, no! ¡Deben de equivocarse…! Está en San Francisco. Hará sólo unos minutos que acabo de hablar con su despacho… Sí…, sí… ¡Iré inmediatamente…!

Colgó bruscamente el receptor y por un segundo quedó inmóvil. Después se volvió lentamente hasta enfrentarse con Mason, a quien miró como si no le reconociese, como si el abogado fuese la espantable figura de una pesadilla. La sorpresa y el terror se retrataban en su rostro.

—Usted…, usted debía saber ya… eso.

Mason se puso en pie.

—¡Lo siento, señora Greeley!

No dio impresión de haberle oído. Se alzó mecánicamente —puro acto reflejo ante la partida de un visitante—, y le siguió, sin despegar los labios, hasta el remate de la escalera.

Sólo cuando Mason descendía por la mitad de la escalinata rompió a llorar. El abogado percibió a sus espaldas un ahogado sollozo y el presuroso ruido de unos pies que corrían rumbo al dormitorio.

Fuera ya de la casa. Mason se adentró en la brillante claridad de aquel frío día de primavera.

Capítulo 14

La sala del Tribunal de Justicia zumbaba como una colmena en plena actividad. El juez Cortright, sentado en su estrado, escuchaba con forzada atención los enrevesados argumentos de un procurador que parecía incapaz de ir directamente al grano. Finalmente, le interrumpió para dar paso a la causa siguiente.

Los abogados iban y venían velozmente y la atmósfera de la sala parecía quedar impregnada de aquel apresuramiento. Se ventilaban asuntos de menor cuantía, cuestiones que, debatidas una y otra vez, habían llegado a perder todo carácter individual; denuncias y demandas por infracciones legales que se amontonaban con más rapidez de la requerida para su justa solución, a menos que la máquina judicial se disparase a una marcha endiablada. Los únicos que allí estimaban importantes los casos planteados, debatidos y fallados eran los directamente afectados, los protagonistas.

La esposa, de rostro pálido, que, con las manos cruzadas sobre el regazo, aguardaba, mientras el procurador de su marido rechazaba por infundada la queja por falta de manutención, era la única que tenía conciencia del coraje que hacia falta para enfrentarse con aquel hombre, que se gastaba el dinero con otras mujeres, abandonando a sus hijos. Recordaba sus amenazas de muerte si alguna vez se le ocurría demandarlo ante la ley. Ya lo había hecho. ¿Cómo reaccionaria él? El corazón de la mujer impulsaba la sangre por las fatigadas arterias, repercutiendo rítmica y dolorosamente en sus sienes. Su marido había jurado matarla. Tal vez lo hiciera. Y ¿qué sería, entonces, de los niños?

El procurador proseguía en su alegato. El recurso de queja no demostraba suficientemente que su defendido no hubiera proporcionado manutención a la demandante.

El juez Cortright escuchaba distraídamente las pesadas

argumentaciones. Sólo parecía tener conciencia del transcurso de los minutos y del tedio que le producía aquella verborrea inacabable.

Terminado el aburrido alegato se pasó al asunto siguiente.

—El pueblo contra Stephane Claire —anunció el juez.

Harold Hanley, de la oficina del fiscal del distrito, actuaba como acusador. Se levantó.

—La defensa de la acusada ante ese Tribunal corre a cargo del letrado señor Perry Mason. Su Gracia. Por mutuo acuerdo se ha convenido que los preliminares tengan lugar en la fecha de hoy, a esta hora. La acusada se encuentra en libertad bajo fianza. Por estipulación del Consejo la audiencia no atenderá otras comunicaciones o formalidades.

—Muy bien —dijo el juez Cortright—. ¿Están presentes sus testigos?

—Sí, Su Gracia.

Se enzarzaron en las rutinas de la técnica procesal. Entretanto, los procuradores que ya habían solventado sus asuntos abandonaban la sala; algunos de ellos argumentando todavía acaloradamente; otros, bromeando y los restantes con apresuramientos para llegar a tiempo a otros lugares donde tenían asuntos pendientes.

Finalmente, Hanley inició la convocatoria de testigos que subieron al estrado en rápida sucesión.

Frank Corvis, el oficial de tráfico quien, notificado del accidente, había sacado del auto a la acusada, dio testimonio de la posición que ésta ocupaba en el interior del vehículo. Manifestó que la encontró, frente al volante, en el asiento del conductor. Cuando él llegó las dos puertas del coche se veían cerradas. En el compartimiento de los guantes encontró un frasco de licor, que, después, selló, entregándoselo al jefe del departamento de tráfico… Sí, reconocería el frasco de verlo nuevamente… En efecto, aquél era, exactamente en el mismo estado que él lo había encontrado la noche de autos; un tercio de él lleno de «whisky»… Sí; había notado que el aliento de la acusada olía a «whisky».

—Puede interrogarlo —brindó Hanley a Perry Mason.

El agente de tráfico se volvió hacia Mason con aire beligerante, como si se dispusiese a rechazar un presumible ataque de éste.

—¿Vio usted si las manos de mi defendida descansaban sobre el volante?

—No me fijé en las dos manos. Sólo en la derecha porque la cogí por esa muñeca para levantarla.

—¿Dónde se apoyaba su muñeca derecha?

—En el volante.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Entonces los dedos no se cerrarían sobre el marco circular del volante.

—¿Qué quiere decir?

—Muy sencillo —le explicó Mason—. Si apoyaba la muñeca en la madera circular, es imposible que los dedos estuviesen, al mismo tiempo, asidos a ella.

Corvis frunció el ceño. Miró al acusador y, luego, de nuevo a Mason.

—Creo que no entendí bien.

—Usted dijo que la muñeca derecha se apoyaba en el volante.

—Bueno; me refería a la mano.

—¿Y estaban aferrados los dedos al volante?

—Sí; creo que estaban así.

—Para sacarla por la ventanilla la cogió por la muñeca derecha, ¿no es así?

—Sí.

—¿Rodeó con sus dedos la muñeca?

—Sí.

—¿Notó algo peculiar en la mano?

—Entonces, no.

—¿Y después?

—Después, sí.

—¿Cuándo?

—A continuación de haberla sacado del auto, cuando permanecía tendida en el suelo en espera de que llegase la ambulancia. Un automovilista trajo una manta, la tendimos en el suelo y, entre los dos, dispusimos a la joven sobre ella.

—¿Al hablar de la joven se refiere a mi defendida?

—Sí.

—¿Qué fue lo que observó?

—En el dedo meñique vi algo rojo. Al principio creía que sería sangre, pero después, al tratar de borrar la huella que el roce había dejado en el dorso de mi mano, vi que no lo conseguía tan fácilmente como si hubiese sido sangre.

—¿Era pintura de los labios?

—Creo que sí.

—¿Se fijó en su mano izquierda?

—Sí.

—¿Estaba enguantada?

—Sí.

—¿Y la derecha?

—No. La derecha no tenía puesto ningún guante.

—¿Registró el automóvil?

—Sí.

—¿Encontró en el interior algún lápiz de labios?

—No. Sólo su bolso de mano, que envié con todo lo que contenía por la ambulancia.

—¿Y equipaje? ¿Descubrió alguno?

—No.

—¿En ninguna parte del auto?

—En ninguna.

—Muy bien. Ahora contésteme a esto: Si la mano derecha de mi defendida estaba en el volante, con los dedos aferrados a él, fuertemente, tal como lo haría una persona que trata de evitar un accidente, ¿no habrá dejado huellas de pintura en la madera?

—Pues…

—¡Protesto! —intervino el fiscal—. La pregunta es improcedente por capciosa.

—¡No lo es! —gritó Mason.

—Continúe —dijo el juez.

—¡Conteste, testigo!

—No lo sé.

—¿Examinó el volante?

—Entonces, no.

—¿Y más tarde?

—Sí.

—¿Encontró algunas huellas?

—Sólo una muy débil en… Bueno, si ella hubiese ido

retocándose los labios en el momento del accidente y conduciendo con una sola mano…

—¡Basta! —ordenó severamente el juez—. Limítese el testigo a informar de los hechos que se le pregunten. El tribunal sacará sus propias conclusiones.

—¿Miró en la maletera del auto?

—Por supuesto.

—¿No había allí equipaje?

—Ninguno.

—¿Estaba cerrado el contacto?

El agente de tráfico bajó los ojos, como si pensase y, al final, respondió:

—No lo sé. El auto fue remolcado hasta el garaje por un coche-grúa y no hubo necesidad de dar el contacto para poner en marcha el motor. Allí inspeccioné nuevamente el auto en busca de equipaje o de algún rastro de licor. El contacto no atrajo mi atención hasta ayer.

—¿Y aparecía cerrado?

—Sí.

—¿Se ocupó de revelar las huellas dactilares que, a no dudar, habría en el volante?

—No, señor; no lo hice. Cuando ocurre algún accidente automovilístico, y hallamos dentro del coche a una persona tras el volante con las manos agarradas a él, no consideramos necesario recurrir a las huellas dactilares para averiguar quién lo conducía.

Un murmullo de regocijo corrió por toda la sala, y el juez miró interrogadoramente a Perry Mason.

—La respuesta del testigo es argumentativa —dijo—. ¿Se opone a ella?

—¡Oh, déjelo! —respondió Mason, que se volvió nuevamente de cara al testigo—. ¿Estaban cerradas las portezuelas del auto?

—Sí.

—¿Las dos?

—Sí.

—Se trataba de una noche más bien fría, ¿verdad?

—No comprendo qué tiene que ver esto con…

—Responda, simplemente.

—Bueno, pues sí; hacía frió.

—¿Soplaba viento?

—Sí.

—¿Sabe usted si el coche, en donde descubrió a mi defendida, tenía calefacción?

—Pues, creo… Ahora lo recuerdo; sí, la tenía.

—¿Y estaba encendida?

—Sí.

—Usted afirma que alzó a mi defendida por el hueco de la ventanilla, ¿no es así?

—Eso es. La ventanilla que se abre en la parte superior de la portezuela.

—¿De qué lado?

—Del derecho. El auto aparecía volcado sobre el costado izquierdo.

—Comprendo. Usted sacó a mi defendida a través de la ventanilla derecha.

—Ya se lo he dicho.

—¿Se había roto el cristal?

—No. Estaba bajado.

—De estar subido, ¿hubiese podido usted bajarlo desde afuera?

—Imposible. Sólo se pueden bajar desde el interior. Es donde está la manivela.

—¿Y no abrió la puerta?

—Entonces, no. Ya le he dicho que la alzamos a través de la ventanilla. La puerta estaba atrancada. ¿Cuántas veces voy a repetirlo?

El juez Cortright intervino con severidad:

—El testigo deberá limitarse a responder a las preguntas que le sean formuladas. Sin embargo, habida cuenta de los casos pendientes, me permito recordarle al abogado defensor que esa pregunta ya le ha sido formulada al testigo, de una u otra forma, varias veces.

—Exactamente —reconoció Mason— y espero que, en estos momentos. Su Gracia aprecie toda la importancia que ella tiene —se dirigió de nuevo al testigo—. Quedamos en que usted no hubiese podido bajar el cristal desde el exterior, ¿verdad, señor Corvis?

—No. Ni lo intenté siquiera. La ventanilla estaba abierta.

—¿Totalmente?

—Pues… sí.

—El auto era un «coupé» de cuatro asientos, ¿no es así?

—En efecto.

—¿Con dos puertas solamente?

—Sí.

—¿Y era la ventanilla lo suficientemente grande como para poder pasar por ella mi defendida?

—Si no lo hubiese sido, no habríamos podido sacarla.

El delegado del fiscal del distrito, que actuaba de acusador, dejó que los asistentes se recrearan con el espectáculo de su ancha sonrisa.

—Entonces —inquirió Mason—, «¿considera posible que otra persona pudiese escapar por aquella ventanilla antes de su llegada?».

Corvis meditó por breves instantes y luego dijo:

—No lo sé.

—Pero, si mi defendida salió por ella, ¿no le parece lógico que otra persona que viajase en el auto también pudiese hacerlo?

—No lo sé.

—La pregunta es argumentativa —protestó Hanley.

Mason sonrió.

—La retiraré, entonces. Los hechos hablan por sí mismos, señor Corvis, ¿cuánto tiempo lleva usted ejerciendo las funciones de agente de trafico?

—Cinco años.

—¿Supongo que durante esos cinco años habrá condado con bastantes oportunidades para ver autos, y fijarse en lo que es usual y anómalo en ese tipo de vehículos?

—Naturalmente.

—¿Y se ha tropezado muchas veces —dijo Mason, sonriendo—, en una carretera de montaña, en noche ventosa y fría, con un auto que ofreciese la ventanilla de su costado derecho completamente abierta, cuando la temperatura era tan baja que requirió de sus ocupantes encender la calefacción?

Hanley se puso en pie de un salto.

—¡Protesto! Esto no es un interrogatorio apropiado, Su Gracia. Al testigo no se le ha convocado como técnico; carece de tal personalidad. La pregunta del defensor exige una conclusión que el

testigo no puede aportar, es argumentativa y…

—Aceptada la objeción —dijo el juez Cortright—. El testigo no está calificado para responder a su pregunta.

Mason se limitó a sonreír. Había conseguido el resultado que se proponía.

—Es todo cuanto tenía que preguntar, Su Gracia —dijo.

Corvis abandonó el estrado y otros testigos ocuparon el puesto para informar del accidente, testimoniando puntos de vista personales sobre el «coupé» de cuatro asientos que vieran aparecer a gran velocidad, sobre el brusco viraje para evitar la colisión con él sin poder eludir el encuentro con otro auto que venía por la tercera pista, sobre la marcha en zig-zag del «coupé» en los últimos momentos, etc., etc… Salvo una excepción, ninguno de los testigos logró ver a la persona que guiaba el coche.

Estuvieron unánimes en reconocer que los acontecimientos se precipitaron en rapidísima sucesión, y que todo ocurrió en un período de tiempo cortísimo.

Edith Lions, que viajaba en el coche que el «coupé» había tratado de pasar, relató las cosas de modo distinto. Era una joven de veintidós años, pelirroja, de rostro pecoso y nariz respingona. Se explicaba de un modo nervioso y rápido. Dijo:

—Yo iba con mis padres. Los tres sentados en el asiento delantero. El «coupé» venía en la misma dirección nuestra a una velocidad terrible. De pronto, se desvió a un lado para pasarnos. En aquel momento, un coche que avanzaba en dirección contraria trataba de pasar a otro que también venía contra nosotros.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Hanley.

—Lo que han contado los otros testigos.

—Olvídese de eso y relátenos lo que vio usted, señorita Lions.

—Bueno, pues cuando el «coupé» trató de pasarnos se desvió hacia el otro lado de la carretera y entonces se enfrentó con el coche que avanzaba en dirección contraria.

—¡Siga!

—Entonces, el que venía trató de virar, pero no pudo evitar tropezar con el «coupé».

—¿Y qué le pasó a éste?

—Salió disparado y chocó contra el bordillo de la carretera. Entonces volcó; al menos esa fue mi impresión.

—¿Y qué hizo usted?

—Salté fuera de nuestro coche en cuanto mi padre frenó.

—¿Corrió hacia los vehículos que habían chocado?

—No. Pasé algún tiempo sorteando los coches que se habían congregado. Luego corrí hacia la pendiente por donde había caído el «coupé».

—Tardé un rato en poder localizarlo, hasta que, al fin, lo divisé volcado de un lado al final de la pendiente.

—¿Vio a alguna persona?

—En aquel momento, no.

—¿Y más tarde?

—Sí, señor.

—¿A quién?

—A esa mujer que está ahí sentada —dijo señalando a Stephane Claire.

—¿Dónde estaba y cómo pudo usted verla?

—Enfocaron el auto con una luz. La mujer estaba en el asiento delantero.

—¿Y no vio a ninguna otra persona en el «coupé»?

—No, señor.

—¿Logró distinguir quién guiaba el «coupé» cuando éste trató de pasarlos?

—Sí, señor.

—¿Quién era?

—Una mujer. Sólo pude darme cuenta que llevaba el mismo sombrero que después vi en la acusada.

—¡Interrogue usted! —invitó Hanley al defensor, con aire de triunfo.

—¿Iba su padre guiando el auto, señorita? —preguntó Mason a la testigo.

—Sí, señor.

—¿Y dónde se sentaba?

—Al lado de mi madre.

—¿Iba su madre en medio?

—Sí.

—Entonces usted se sentaba en el extremo derecho, ¿no?

—Así era.

—¿Pasó el «coupé» por el lado izquierdo?

—Sí.
—¿Estaba oscuro?
—Naturalmente. Era de noche.
—¿El «coupé» de cuatro asientos se colocó por algún momento entre ustedes y las luces de algún auto que avanzara en dirección contraria?
—¿Qué quiere decir?
Mason repuso:
—El relator del Tribunal le leerá la pregunta. Haga el favor de escuchar atentamente.
El relator repitió con voz clara la pregunta del abogado.
—¿La entendió? —indagó Mason.
—Sí.
—¿Qué responde?
—Pues… creo que no. Aunque se veían innumerables luces. Parecían venir de todas direcciones.
—¿A qué velocidad marchaban ustedes?
—A cuarenta millas por hora.
—Y el «coupé», ¿qué velocidad llevaría?
—Por lo menos marcharía a ochenta o noventa millas.
—¿Y cuándo tuvo usted la impresión de que se iba a producir un accidente?
—Cuando el «coupé» trataba de pasarnos, en el momento que ya estaba a nuestro lado.
—¿No fue entonces cuando se desvió súbitamente hacia la izquierda, saliendo disparado diagonalmente por la carretera?
—Sí.
—¿Y con los focos que la deslumbraban desde diversas direcciones, mientras su padre luchaba por hacerse con el coche, pudo usted, yendo sentada en el extremo derecho, ver el interior de aquel «coupé» que marchaba a toda velocidad?
—Sí, señor.
—El auto de ustedes derrapó, instantes después de producirse la colisión, ¿verdad?
—Sí; casi dio media vuelta sobre su eje.
—¿Y no fue proyectado hacia el lado derecho de la carretera?
—Sí, señor.
—Pero el «coupé» se había desviado hacía el otro lado, hacia el

izquierdo, ¿verdad?

—Sí.

—¿No marchaba éste a cuarenta o cincuenta millas por hora más que el de ustedes?

—Poco mas o menos, eso sería.

—¿Para ver el «coupé» usted tendría que mirar por el cristal delantero de su auto, por el parabrisas?

—Creo que sí.

—Pero el «coupé» marchaba a bastante más velocidad que el coche de ustedes. ¿Tuvo de él una visión fugaz o no?

—Bueno, lo vi muy rápidamente.

—Su padre y su madre, sentados en el mismo asiento que usted, se interpondrían en su línea de visión. ¿O no?

—Es que yo alargué el cuello para mirar.

—¿En qué dirección? ¿Miraba hacia adelante, hacia donde estaban sus padres o hacia atrás?

—Papá trataba de mantener el dominio del coche, y mamá levantó los brazos gritando. Creo que debí mirar por entre ellos.

—¿Y en aquellos instantes otro auto chocaba con el «coupé»?

—Sí, señor.

—¿Y no cree usted que, en estas condiciones, sus impresiones fueran confusas?

—No, señor. Ella iba guiando el auto. Yo la vi.

—¿Iba sola?

—Pues… yo vi como ella conducía…

—¿No pueda precisar algo más, señorita Lions? Si tuvo tiempo de ver a la mujer que conducía el coche y el tipo de sombrero con que se tocaba…

—Me parece que la acompañaba un hombre.

—¿Dónde se sentaba ese hombre?

—Al lado de ella.

—¿A su izquierda o a su derecha?

—A su derecha, por supuesto. Si ella iba frente al volante, él no podía ir sentado a la izquierda —explicó la testigo triunfalmente.

—¿Y no recuerda cómo iba vestido el hombre?

—No llevaba sombrero.

—¿Y qué me dice de la ventanilla del lado derecho? ¿Estaba abierta o cerrada?

—Abierta. Habían bajado el cristal.

—¿Pudo fijarse bien?

—Claro.

—¿Está segura de que el hombre no llevaba sombrero?

—Bueno; creo recordar que iba con la cabeza descubierta.

—Pero, ¿segura no está?

—No; segura, no.

—¿Y cómo entonces, se acuerda con tanta precisión del estilo del sombrero de mi defendida?

—No sé. Pero de eso sí me acuerdo muy bien.

—Pero del hombre, no, ¿verdad? Incluso es posible que ni siquiera esté segura de que a mi defendida le acompañaba un individuo en el coche.

—No; de eso, sí. Iba un hombre con ella.

—Óigame, señorita Lions, cuando la interrogó el fiscal, ¿no afirmó usted que en el «coupé» no iba nadie más que mi defendida?

—¿Cómo? ¡No!

Mason continuó, volviendo la cabeza:

—¿Quiere el relator del Tribunal leer, por favor, las preguntas y respuestas de entonces alusivas a este punto?

El relator volvió unas cuantas páginas.

—Aquí está. Pregunta: ¿Y no vio ninguna otra persona en el «coupé»? Respuesta: «No, señor».

—¿No fue eso lo que le respondió al fiscal? —indagó Mason, sonriendo.

—Bueno… supongo que sí. La verdad es que no me acordé de ese hombre hasta que usted me lo preguntó. Lo veo ahora perfectamente, sentado, sin sombrero. Era un individuo ya maduro, de unos treinta años o cosa así.

—¿Y qué me dice de los autos que venían en dirección contraria a ustedes? ¿Recuerda quiénes los conducían?

—Uno lo guiaba un hombre y el otro una mujer.

—¿Sabe eso por haberlo visto o porque alguien se lo dijo?

—Porque lo vi.

—Todo ello tuvo lugar en un cortísimo periodo de tiempo, en un segundo o poco más, ¿no es así?

—Sí, señor. Fue el enredo más grande que se haya visto nunca. Un momento antes mi madre y yo hablábamos tranquilamente y, de

pronto, nos encontramos metidos en un barullo infernal.

—Y sin embargo, ¿usted tuvo tiempo para darse cuenta de todo lo que nos ha referido?

—Así es.

—Es todo cuanto tenía que preguntarle, señorita. Lions —dijo Mason, sonriendo—. Sólo me resta rogarla que no vuelva a decir que un hombre de treinta años es ya maduro.

—Es nuestro caso. Su Gracia —dijo Hanley.

Y una carcajada unánime recorrió toda la sala.

El juez Cortright sonrió, y después le hizo una seña a un procurador que aguardaba hacía ya un rato, diciéndole:

—¿Desea algo de mí, señor Smith?

En aquel momento. Mason se inclinaba sobre Stephane Claire, su defendida, para murmurarle al oído:

—Detesto hacerlo, pero no va a tener más remedio que subir al estrado y contar su historia.

—Bien. ¿Y por qué no?

—No me gusta echar mano de ese recurso —expuso Mason—. Creo que no es buena técnica. Pero esa niña, la tal señorita Lions, aunque falsee los hechos, posee una imaginación demasiado viva, y su testimonio dará que hablar. Probablemente se excitó tanto en el momento del accidente, que perdió toda noción de lo que veía y hacía. Después reconstruyó lo acaecido en su mente, disparó su inventiva y llegó a sugestionarse a sí misma. Pero ciertas afirmaciones suyas son positivas y tajantes. Temo que hayan hecho cierta mella en el ánimo del juez.

—¿Y para qué quiere que suba al estrado, señor Mason?

—Hay casos en que conviene tratar de ver lo que el fiscal esconde en su mano. Quiero forzarle a que llame a Homan al banco de los testigos. Si usted cuenta su historia, no la dejarán marchar sin pretender dejar aclarados ciertos extremos, y pondrán a Homan en el estrado.

—Muy bien; usted es el que manda —respondió Stephane Claire.

—No se recree en los detalles —le advirtió Mason—. Relate lo acaecido de un modo sencillo y directo, contando como fue cogida por el sujeto, la invitación que éste le hizo de echar un trago y que usted aceptó finalmente; informe del accidente y del hecho de haber identificado al tipo con el cadáver que le mostraron en el cuarto del

Gateview.

—¿Y cree usted que obligarán a Homan a subir al estrado?

—Sí.

—¿Nos ayudará su presencia aquí?

—Así lo espero. Necesito aclarar el asesinato de Greeley para encontrar la verdadera relación entre éste y Homan y descubrir los negocios que llevaban a Greeley a San Francisco, dónde había ido aquella noche y lo que estaba haciendo. Es imposible que Greeley robase el auto. Y si lo usaba era porque lo hacía con autorización de Homan, quien, como es lógico, miente al hablar del robo de su coche. Debió encomendarle alguna misión a Greeley y por eso éste cogió el auto con pleno conocimiento y voluntad de su dueño. Si Homan miente es porque no se atreve a declarar la naturaleza de la misión que llevaba Greeley.

—¡Ya! Usted opina que ese Homan hará toda clase de sacrificios para que esa misteriosa misión no salga a la luz, ¿verdad?

—Eso mismo. Y de paso, salvarse, si es posible, de pagar unos cuantos miles de dólares.

—¿Tengo que encontrar las llaves en mí bolso como me dijo en el hospital?

—No. Cuente las cosas tal como ocurrieron y al aludir al episodio de las llaves diga que las encontró al preguntarle yo por ellas en el hospital, tal, como en efecto, sucedió.

—¿Y que usted me las devolvió?

—¡Claro!

—¡Ah!, una cosa, señor Mason: Ayer me hizo una visita el hermano: Horace Homan. Me dijo que estaba seguro que yo no podía haber robado el auto. Bueno; parecía interesarse mucho por mí. Incluso me invitó a dar un paseo con él, en el yate del hermano, a la luz de la luna. Pero, más tarde, me llamó para decirme que su hermano ya no le permitía disponer del yate.

—¿Simpatizó con él?

—Pues, es un joven interesante, ¿no cree? Me contó un sin fin de anécdotas referentes a lo que ocurre entre bastidores de Hollywood y me dijo que su hermano era el primero en no desear que me declarasen culpable, pero que si eso ocurría, ellos tratarían de ayudarme, consiguiendo pruebas a mi favor.

—¡Muy significativo! ¿Le habló Horace al hermano de esto?

—No. Él me dijo que fue precisamente su hermano quien aludió al tema. Se trata de un joven muy dinámico y decidido, ¿verdad, señor Mason? Cuando lo comparo con Jacks Sterne, no puedo por menos de pensar…

El juez Cortright, que terminaba de garabatear su firma en unos papeles, miró en aquel instante, significativamente al abogado defensor, y éste se enderezó asintiendo con un movimiento de cabeza.

—¡Cuando guste, señor Mason! —dijo el juez.

—Deseo interrogar a mi defendida.

Accedió el juez y Stephane Claire se puso en pie y caminó hasta el estrado. Ayudada por Mason, la muchacha informó cuanto sabía.

A continuación, Hanley se encaró con ella. Pero el fiscal sólo la sometió a un interrogatorio superficial, limitado en su mayor parte a inquirir noticias sobre el cadáver que ella viera en el hotel Gateview y a quien identificara con el hombre que aquella noche guiara el auto.

Cuando terminó el fiscal, el juez Cortright se dirigió a él, diciéndole:

—¿Algún otro interrogatorio?

—Sí, Su Gracia. Tengo un testigo aquí en la sala, y otro a quien he convocado por teléfono; se trata de un hombre que desempeña un importante cargo en uno de los estudios de Hollywood. Sólo tardará unos minutos en llegar, y entretanto, el primer testigo consumirá el tiempo.

—Muy bien. Puede llamar a su primer testigo.

—¡Señora A. P. Greeley! —anunció Hanley.

La señora Greeley, vestida de negro, avanzó lentamente por el centro de la sala. Al prestar juramento alzó su negro guante. Finalmente, tomó asiento en el banco de los testigos.

—Seré lo más breve posible —anunció Hanley—. Ha dicho llamarse Daphne Greeley. ¿Es usted la viuda de Adler Pace Greeley, corredor de bolsa?

—Lo soy.

—¿Fue usted llamada el viernes de la pasada semana por el teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios, para que identificase el cuerpo de un hombre en un cuarto del hotel Gateview?

Se produjo un corto silencio expectante. Después, la señora

Greeley dijo, en un tono de voz apenas audible:

—Sí.

—¿Era aquél el cuerpo de su marido?

—Sí.

—¿El mismo que la acusada identificó como el del conductor del auto en cuestión?

—Sí.

—Ahora trate de dominar en lo posible sus sentimientos, señora, pero es necesario que dirija su atención hacia los acontecimientos del miércoles, diecinueve de este mes. ¿Recuerda lo que sucedió ese día?

La testigo asintió y Hanley le dijo:

—Haga el favor de hablar más alto, a fin de que el relator pueda anotar sus respuestas. ¿Recuerda bien la fecha?

—Sí.

—¿Existe algún hecho particular que haya podido grabarlo en su mente?

—Sí; era… era el aniversario de nuestra boda.

—¿Puede decirnos lo que su difunto esposo acostumbraba a hacer por tales fechas?

—Sí. Solíamos pasarlo tranquilamente en nuestro hogar, a pesar de que Adler siempre andaba abrumado de trabajo.

—¿Por Adler, se refiere usted a su esposo, señora Greeley?

—Claro.

—¿Y qué sucedió el diecinueve?

—Me anunció que no iría a la oficina. Días atrás le había dicho a Irma Katjkins, su secretaria, que aquel día no asomaría por el despacho y que no le molestase para nada porque era su aniversario de boda y no quería ocuparse de ningún otro asunto.

—¿Y qué pasó?

—Lo mismo que ocurría siempre que tratábamos de planear algo. Los negocios intervinieron y Adler tuyo que salir el dieciocho para San Francisco. Me prometió estar de regreso el diecinueve por la mañana, pero me telefoneó para disculparse y hacia el mediodía llamó nuevamente, diciéndome que trataría de coger el avión de las cuatro.

—Cuando el señor Greeley iba a San Francisco, ¿qué ropas llevaba?

—Esta vez metió unas cuantas prendas en una pequeña maleta y subió al coche.

—¿Qué coche?

—El suyo. Lo dejaba en el aeropuerto. Yo tengo otro para mí.

—¿Cómo iba vestido su esposo?

—Llevaba un traje azul y gris cruzado.

—¿Y abrigo?

—Bueno, también. Pero no puesto, sino al brazo.

—¿Había guardado en la maleta prendas de etiqueta?

—No puedo asegurarlo, porque era él mismo quien arreglaba su equipaje, pero no creo…

—La testigo deberá abstenerse de hacer suposiciones por su cuenta —advirtió el juez Cortright, interrumpiéndola.

—¿Comunicó con él después de su partida? —preguntó el fiscal.

—Sí; varias veces. Me llamó por teléfono para que le buscara unos papeles que tenía en su escritorio.

—¿Cuándo volvió a verle nuevamente?

—Llegó el jueves, veinte, de madrugada. No sé exactamente la hora, aunque sí que era muy temprano.

—¿Ha dicho que su marido le telefoneó el miércoles, diecinueve, pidiéndole que le buscara unos papeles?

—Sí.

—¿Hacia qué hora?

—Alrededor de las cuatro.

—¿Desde dónde la llamaba?

—Desde San Francisco.

—¿Cómo lo sabe?

—Oí a la telefonista decir que llamaban de San Francisco y seguidamente Adler me habló, diciéndome que estaba allí. Me ordenó que le buscara éstos papeles y que, después, cuando los encontrase, le llamara a un número que me dio.

—¿Lo hizo así?

—Desde luego.

—¿Y cómo pudo comunicar con él?

—Ya le he dicho que me había dado un número para que lo llamase.

—¿Recuerda el número?

—Lo anoté en un papelito que más tarde extravié, cuando ya

había hablado con él. Mi marido no me informó del sitio, sino solamente del número. Únicamente lo supe después, cuando usted me lo dijo…

—No importa, ahora, lo que nadie le haya dicho —interrumpió el juez Cortright—. Quedamos en que su esposo le dictó a usted un número telefónico, ¿no es eso?

—Así es.

—¡Continúe! —Indicó el juez al fiscal.

—Pero —insistió Hanley—, usted solicitó de Teléfonos una conferencia con San Francisco, dándole el número, ¿verdad?

—Exactamente.

—¿Y consiguió hablar con su esposo?

—Casi inmediatamente. La telefonista me dijo que no colgara y a los pocos momentos me daba la conferencia. A las cinco y diecisiete hablaba con mi marido. Charlamos durante dos minutos y medio. En estos casos siempre consulto el reloj.

—¿Dijo usted que quería hablar con el señor Greeley?

—No hubo necesidad porque fue él quien cogió el teléfono. Ya me había dicho que estaría esperándome.

—Desde que habló conmigo, ¿ha tenido ocasión de ver la nota que la compañía de Teléfonos envía a sus abonados con el importe de las conferencias que éstos solicitan?

—Sí, señor.

—¿Figura en ella esa conferencia?

—Naturalmente.

—¿Y no se ha valido de esta conferencia para descubrir por fin el número de San Francisco desde donde le hablaba su esposo?

—Sí.

—Se trata —informó Hanley, dirigiéndose a Mason—, de una cabina pública del «Southern Pacific Depot», entre las calles Tercera y Townsend. —Se encaró de nuevo con la testigo y continuó—: ¿Y no hay posibilidad de que no fuese su marido la persona con quien usted habló?

—Absolutamente ninguna —sonrió con tristeza la señora Greeley.

—¿Afirma que le llamó aproximadamente a las cinco y diecisiete de la tarde?

—Así es.

—¿Y cuando regresó su esposo a la casa?

—El veinte de madrugada, poco después de medianoche. Cuando hablé con él me dijo que trataría de coger el avión nocturno. Creo haberle oído decir que salía un avión a las diez que le permitiría llegar alrededor de las doce. Al aterrizar, subiría al coche que había dejado en el aeropuerto y… Pero esto, ya creo haberlo explicado.

—¿Sabe, entonces, perfectamente en qué sitio dejó su auto? —intervino el juez Cortright.

—Sólo sé bien lo que él me dijo.

—Pero a usted no le constaba que el auto estuviera efectivamente en el aeropuerto.

—No, claro que no; no fui a verlo. Lo que sí puedo afirmar rotundamente es que a las cuatro mi esposo estaba en San Francisco y que a las cinco y cuarto continuaba allí, porque hablé con él por teléfono.

Calló el juez y Hanley continuó:

—¿Sintió entrar a su marido al regresar de madrugada?

—Oh, sí; me despertó. Pero no sé qué hora sería por que no miré el reloj… Me había ido a la cama sobre las once y no debería llevar mucho tiempo durmiendo cuando él llegó. Calculo que sería entre la una y las dos de la mañana.

—¿Notó, al verle, algo desusado en su comportamiento o en sus ropas?

—No.

—¿Olía su aliento a alcohol?

—No.

—¿Se cubría los hombros con una capa?

—En absoluto.

—¿Presentaba alguna pequeña herida o contusión?

—No; nada de eso.

—¡Puede interrogarla! —invitó Hanley al defensor.

Perry Mason se puso en pie, dirigiéndose a la testigo.

—¿Sabe si el viaje que llevó a su marido a San Francisco se relacionaba de algún modo con los negocios del señor Jules Homan?

—No. Mi marido sólo me dijo que se trataba de algo importante e inesperado.

—¿Y los papeles que usted buscó por encargo de su esposo, no tenían tampoco nada que ver con los negocios del señor Homan?

—Bueno… hacían referencia a ciertos valores de ese señor. Mi marido me encargó que le buscase la lista de valores del señor Homan.

—¿Y no le explicó para qué la necesitaba?

—No. Sólo me dijo que buscase esa lista que, después, le leí por teléfono.

—Es todo cuanto tenía que preguntar —dijo Mason, sentándose.

Hanley se dirigió al juez, mientras consultaba su reloj.

—Su Gracia, mi siguiente testigo…

Se interrumpió al ver entrar presurosamente en la sala a un individuo que traía en su mano derecha un maletín de piel de lagarto.

—Señor Homan —invitó el fiscal—: ¿quiere avanzar y subir al estrado?

El recién llegado accedió a la demanda con todo el aire de un hombre que tiene mucha prisa y cuyo tiempo es preciosísimo.

Declaró llamarse Jules Carne Homan, productor de películas, con residencia en Beverly Hills. Dicho lo cual, se ajustó los lentes y contempló al fiscal, como diciéndole: «Bueno, procure terminar lo más rápidamente posible».

Hanley inició su interrogatorio:

—Señor Homan, ¿es usted el dueño de un «coupé Buick» de cuatro plazas, patente 8V-7243?

—Sí, señor. Así es.

—¿Sabe dónde se encontraba su coche la noche del diecinueve de este mes?

—En la carretera de la costa, después de haber intervenido en un accidente.

—¿Guiaba usted el vehículo?

—No, señor.

—¿Quién lo conducía?

—Lo ignoro.

—¿Era alguien que lo hacía con su permiso, sea tácito o expreso?

—No, señor.

—¿Cuándo vio su coche por última vez antes de la hora del

accidente, señor Homan?

—Ignoro la hora del accidente, al menos por propia información.

—Bien; dejemos la hora. ¿Cuándo lo vio por última vez ese día diecinueve?

—Hacia mediodía.

—¿Dónde?

—Enfrente de mi casa, en la «Maple Grove Street», en Beverly Hills.

—¿No puede fijar la hora exacta?

—No. Sólo sé que fue poco antes del mediodía.

—Y la siguiente vez que lo vio, ¿cuándo fue?

—En la mañana del veinte, cuando fui requerido para identificarlo.

—¿Conoce o conocía a un corredor de bolsa, llamado Adler Greeley?

—Sí, señor, Adler Pace Greeley.

—¿Se relacionaba comercialmente con él?

—El señor Greeley hacia algunas operaciones por mi cuenta.

—¿Vio al señor Greeley por esa fecha del diecinueve?

—No, señor.

—¿Tenía dicho señor permiso para usar su coche?

—En absoluto.

—¿Cuál es el número de su residencia en «Maple Grove», señor Homan?

—Veinticinco-diecinueve.

—¿Puede decirnos cómo es, describírnosla?

—Se trata de una casa de estilo español, con jardín, piscina y demás dependencias. Soy soltero y la mayor parte de mi trabajo lo hago en ella. Me aíslo en mi residencia, evitando toda clase de interrupciones. Puedo trabajar a gusto en ella y, cuando estoy de humor, recrear el ánimo.

—A ello voy. ¿Es grande su casa?

—Pues… no sé que decirle. Desde luego los cuartos son espaciosos y la distribución de ellos bien estudiada. No se trata, desde luego, de un hogar humilde.

—¿Requiere mucha servidumbre?

—Eso, no. Una mujer se cuida del aseo, durante el día, dos veces por semana. Después tengo un chófer que me sirve también para los

recados y un criado filipino, entendido en mezclar bebidas y otros menesteres, a cuyo cargo corre mantener la casa en buen orden. Cuando tengo bastantes invitados, recurro a una agencia y ella se encarga de proporcionarme la servidumbre suplementaria que me haga falta.

—Según tengo entendido, señor Homan, el diecinueve se encontraba usted solo en su casa. ¿Es cierto?

—Así es.

—¿Puede explicarnos a qué se debía el hecho?

—Tenía que terminar una tarea urgente y no deseaba ser molestado. Me encerré en mi despacho. Cuando trabajo, me dedico de lleno a la faena, concentrándome por entero a ella. En estas ocasiones, no me gusta que nadie me moleste. Ni siquiera me acuerdo de comer a las horas acostumbradas. Trabajo hasta que siento necesidad física de ingerir alimentos. Entonces, como y descanso unos momentos y duermo para, después, reanudar la tarea. Durante ella suelo tomar café a intervalos regulares, que yo mismo me preparo sirviéndome de una cafetera eléctrica que tengo en el despacho.

—Muy bien, señor Homan. Pero yo quisiera saber algo singular sobre la fecha del diecinueve. Usted ya sabe que la defensa alega que el señor Greeley iba guiando su auto a la hora del accidente.

—Eso es absurdo.

—No se preocupe, señor Homan. He investigado los movimientos del señor Greeley y lo he localizado en San Francisco a las cinco y cuarto de la tarde de ese día. Ahora deseo que usted pruebe que su auto no pudo haber…

Perry Mason interrumpió en aquel punto, diciendo:

—Observe, Su Gracia, lo desusado del conciliábulo entre el señor Fiscal y el testigo.

—Estoy tratando, simplemente, de ahorrar tiempo —replicó Hanley.

—No vea objeción tajante en mis palabras —dijo Mason—. Sólo le sugiero que proceda de un modo más regular.

Hanley prosiguió:

—Señor Homan, ¿puede decirnos con exactitud lo que estaba haciendo el día diecinueve y dónde se encontraba su auto?

—Estaba trabajando en el guión de una importante película y no

quería ser interrumpido. La tarea me llevó cuarenta y ocho horas de labor casi ininterrumpida.

—¿La llevó a cabo en los Estudios o en su residencia particular?

—En ambos lugares. Salí de los Estudios el dieciocho por la tarde y me encaminé a mi casa. Deseaba estar solo y libre de cualquier molestia, y les dije al criado filipino y al chófer que aquella tarde quedaban libres. Me encerré con llave en mi despacho y me puse a la tarea.

—¿Permaneció, pues, en su residencia todo el tiempo?

—No, señor. Salí a comer algo hacia la medianoche del dieciocho y, después, me reintegré a mi hogar, continuando el trabajo hasta las cuatro de la madrugada. Luego eché un sueño de tres horas y, alrededor de las siete me levanté, me di una ducha, me afeité, me vestí, tomé café y seguí trabajando hasta las once, hora en que me encaminé a un restaurante para almorzar. Volví a mi casa para reanudar la faena poco después del mediodía.

—¿Tuvo ocasión de buscar su auto?

—Objetada la pregunta —intervino Mason— por no afectar al fondo del asunto que se debate, y sí por poder constituir un intento de perjudicar a mi defendida, imputándole otro delito.

—Aclararé que el propósito del testimonio se limitará estrictamente a poner de manifiesto cuanto se refiera al auto —dijo Hanley.

—Bajo esa aclaración, autorizo la pregunta —manifestó el juez.

—¡Responda a la pregunta!

—Sí, señor. Alrededor de las cuatro de la tarde quise salir a dar un corto paseo, a fin de tomar el aire. Había estado trabajando sin cesar y, de pronto, me sentí fatigado. Salí con el propósito de darme con el coche una vuelta por «Mulholland Drive». Pero el coche había desaparecido.

—¿Y qué medidas tomó para intentar recuperar su auto?

—Objetada la pregunta por improcedente, dado que tampoco afecta la materialidad del caso que se ventila —interrumpió de nuevo Mason.

—Aceptada la objeción —contestó el juez.

—¡Ya puede interrogarle! —invitó Hanley al defensor con una sonrisa, al tiempo que le dedicaba una leve inclinación de cabeza.

En aquel instante, Homan se ponía de pie e intentaba abandonar

el estrado.

—¡Un momento! —le advirtió el juez Cortright.

—¿No han terminado conmigo ya?

—El letrado, señor Mason, también tiene derecho a interrogarle.

—¡Oh! —se sorprendió el testigo volviendo sus impacientes ojos hacia Perry Mason.

—Sólo deseo hacerle unas cuantas preguntas relativas a la naturaleza de su trabajo, señor Homan. Según he podido entender, cuando usted se sume en sus trabajos, detesta ser interrumpido, ¿no es así?

—Exactamente.

—En tales ocasiones, ¿contesta a las llamadas telefónicas?

—No. Desconecto el aparato.

—¿Cómo?

—El teléfono posee un pequeño interruptor. Fue especialmente instalado de acuerdo con mis necesidades.

—Pero, ocasionalmente, ¿no responde a alguna llamada?

—Sólo muy rara vez. La naturaleza de mi trabajo es algo que no puede apreciar el profano en su justa medida. Exige el máximo esfuerzo de concentración —afirmó Homan, mirando al juez.

—¿No puede recordar ningún hecho que le induzca a pensar que el señor Greeley haya podido coger su auto?

—Absolutamente ninguno.

—Durante el largo período de concentrado trabajo en su domicilio, ¿no recuerda haber recibido alguna llamada telefónica?

—No, señor. Ni recibí llamadas ni las hice yo.

—¿Y qué clase de negocio era ése que tenía con L. C. Spinney, de San Francisco? —indagó Mason, dando por supuesto el hecho.

Homan se inmovilizó con los ojos fijos en el abogado, sin despegar los labios. Este le dijo:

—¿Por qué no responde a mi pregunta?

—No la entiendo. No mantengo la menor relación con el señor… ¿Cómo ha dicho?

—Spinney; L. C. Spinney.

—No tengo ningún negocio con ese hombre, ni jamás oí hablar de él, aunque, ¡espere!, creo recordar que ya usted me lo mencionó otra vez…

—¿Afirma que no sostuvo con él una conferencia interurbana el

martes y otra, nuevamente el miércoles?

—Lo afirmo.

—¿Y él tampoco le llamó a usted?

—Tampoco.

—Señor Homan, piense que se trata de algo muy importante, y no olvide que los archivos de la compañía de teléfonos pueden ser consultados y…

Homan movió su mano derecha, haciendo castañetear los dedos, como el que se ve asaltado por una súbita idea.

—¿Qué le sucede? —indagó el defensor.

—Ignoro lo que se propone, señor Mason —dijo el testigo—, pero le aseguro que me hará un gran favor si demuestra que el martes o el miércoles se hizo por mi teléfono alguna llamada a la larga distancia.

—¿Puedo preguntarle por qué?

Homan se aclaró la garganta, agitó la cabeza y declaró:

—Preferiría explicárselo privadamente, señor Mason.

—Y yo preferiría que lo hiciese de un modo público —replicó el defensor con una sonrisa.

—Es algo que nada tiene que ver con el caso presente y… —se interrumpió.

—¿Está seguro?

—Bueno… así lo creo.

—Será mejor que informe ahora del asumo y, así Su Gracia podrá juzgar por sí mismo.

Homan apretó los labios, frunció el ceño y, por breves segundos, se inmovilizó mirando a la alfombra. Luego, dijo:

—Tengo la sospecha de que mi chófer ha sostenido varías conferencias interurbanas a través de mi teléfono y apreciaría cualquier información que viniera en apoyo de ella. El ya está advertido, pero, de todas formas, me gustaría saber lo que hay de cierto en este asunto.

—¿Cuál es el nombre de su chófer?

—Tanner; Ernest A. Tanner.

—¿Se encuentra en la sala?

Un ligero revuelo se produjo entre los asistentes, y un hombre se alzó de uno de los bancos destinados a los espectadores.

—Sí; estoy aquí —anunció—, y yo no…

—¡Siéntese! —vociferó el juez Cortright—. Ningún espectador puede interrumpir el curso de la vista.

Homan dirigía sus ojos hacia el individuo que se había puesto de pie, un joven fornido y de aire, al parecer, resuelto, que, finalmente, ante la severa mirada del juez, volvió a tomar asiento con lentitud.

—¿No conoce, pues, a ningún L. C. Spinney?

—¡No, señor! Y si, durante el dieciocho o el diecinueve, se sostuvo alguna conferencia interurbana por mi teléfono fue sin mi autorización y por persona que no tenía el menor derecho a ello.

—¿No ha examinado la lista de conferencias que, como abonado, le remitirá mensualmente la Compañía?

Homan denegó nerviosamente con la cabeza, al tiempo que declaraba:

—No tengo tiempo de ocuparme de asuntos tan triviales. Es mi secretaria la que se ocupa de todas estas cuestiones menudas. Sólo el mes pasado, por pura casualidad, pude darme cuenta de que la nota de conferencias solicitadas incluían números telefónicos que yo desconocía. Pensé que, seguramente, se debería a que mi hermano habría llamado a algunos conocidos suyos, pero el otro día hablamos casualmente del asunto, y resultó que no era así. No creo que haya necesidad de informar detalladamente de la charla y, como tengo pendiente un asunto… muy importante, si han terminado conmigo…

El juez Cortright dijo:

—Se aproxima la hora de levantar la sesión, señores. Si el informe puede ser completado en pocos minutos, el Tribunal continuará reunido. En caso contrario, la vista quedará aplazada, en este punto, hasta mañana.

—A mí me resultará imposible acudir mañana. Su Gracia —se excusó Homan—. Vine hoy porque me forzaron a ello. Tengo un asunto pendiente y…

Mason le interrumpió:

—Me gustaría mucho hacerle ahora una o dos preguntas más, señor Homan, usted nos ha dicho que ordenó al criado filipino y al chófer que se marchasen de la casa…

—Perdón. Yo sólo he dicho que aquel día los libré de sus deberes. Pero ellos viven en la casa y pueden entrar y salir cuantas veces les plazca.

—¿Dónde duerme el chófer?

—En un cuarto sobre el garaje.

—¿Y el criado?

—En el sótano.

—¿Entran y salen habitualmente por la puerta principal?

—No, señor. El chófer utiliza la escalera que da a la otra calle y el criado, una puerta del piso bajo que también da a ella. Mi residencia hace esquina.

—Para tener acceso a su teléfono, tendrían que haberse introducido en la parte principal de la casa, ¿no es así?

—No, señor. En sus cuartos hay instalados aparatos telefónicos, lo mismo que en otros lugares de la casa. Una instalación especial permite que, desde mi despacho, yo pueda comunicarme con ellos. Todos los teléfonos de mi residencia pueden comunicar entre sí y, al mismo tiempo, con el exterior.

—Cuando usted habla por teléfono, ¿puede alguien escuchar la charla que sostiene, valiéndose de cualquiera de los otros aparatos instalados en su domicilio?

—No lo creo señor Mason, si bien me pregunta algo que cae fuera del campo de mis conocimientos. Sé muy poco de las actividades de mis servidores y del teléfono mismo. Mi casa es para mi lugar de retiro, donde busco dedicarme, sin más preocupaciones, al descanso o al trabajo. Fuera de esto, no me interesa nada más. Como comprenderá, señor Mason —añadió con una sonrisa—, la vida de Hollywood requiere contar con una especie de telón de acero, tras del cual pueda uno aislarse en ocasiones. Creo que me comprenderá.

Mason sonrió.

—Entiendo, señor Homan.

El juez Cortright intervino, en aquél punto, con impaciencia:

—Bien; en vista de que el interrogatorio se prolonga, se suspende la sesión hasta, mañana a las diez, hora en que volverá a reunirse este Tribunal. El testigo comparecerá de nuevo.

Homan se alzó del banco, como impelido por un resorte.

—¡Imposible, Su Gracia, completamente imposible! Volver mañana supondría una pérdida de miles de dólares y…

—¡A las diez de la mañana! —subrayó enfáticamente el juez Cortright, abandonando la presidencia y encaminándose a la salida.

Los asistentes se pusieron de pie y, de entre ellos, se destacó el fornido chófer que, abriéndose paso, avanzó hasta la portezuela que daba acceso al estrado de los testigos, para allí encararse con Homan destempladamente.

—¿Qué pretende usted? —le dijo—. ¿Cargarme a mí la culpa de algún enredo suyo?

El rostro del productor enrojeció ligeramente, al tiempo que replicaba:

—¡Su actitud no me gusta nada, Tanner!

—Pues le va a gustar menos —prosiguió el chófer—, si me obliga a decir donde…

Homan se volvió bruscamente de espaldas e inició su avance en dirección a la barandilla de caoba que separaba las mesas de los abogados y procuradores del espacio reservado al público. Pero Tanner estiró el brazo y sus dedos se aferraron al cuello de la chaqueta de Homan.

—¡No tan aprisa, amigo! Aguarde un momentito.

Homan viró en redondo, con agilidad felina, y gritó con voz áspera por la ira:

—¡Quite sus inmundas manos de mí!

Atraído por el barullo, Hanley avanzó rápidamente, diciendo:

—¡Hagan el favor de estarse quietos! ¿Qué significa esto?

—El señor Homan lo sabe muy bien —insinuó el chófer.

—¿Es usted Tanner? —indagó Hanley con las cejas fruncidas.

—Sí.

—Represento a la oficina del fiscal del distrito y exijo que cese en su actitud.

—Escuche —respondió Tanner, que no daba señales de sentirse muy calmado—; este sujeto puede ser un personaje bien conocido, un pez gordo, y yo un don nadie. Pero eso no le da derecho a que pueda decir cosas que vayan contra mi reputación. O retira lo que ha dicho de mí o yo sabré enseñarle a que hable de otra manera. Él sabe muy bien, que si yo quisiera darle gusto a la lengua…

Hanley le interrumpió secamente:

—¡Óigame! Ese hombre está aquí en calidad de testigo y usted, por lo visto, olvida que lo que hace puede considerarse como un intento de tratar de intimidar a un testigo, cosa que podría acarrearle serias molestias.

—¡Pamplinas! —dijo Tanner—. Yo no intimido a ningún testigo.

—¡Trata de influir en su libre testimonio!

—Yo sólo trato de que esa rata diga la verdad.

—¡No tolero más esto! —estalló Homan encendido de cólera—. Este hombre es…

—¡Por favor, señor Homan! —le atajó Hanley—. Comprenda que no es éste el lugar ni el momento indicados para esta discusión. ¡Venga conmigo! Quisiera hacerle algunas preguntas. En cuanto a usted, señor Tanner, tenga la bondad de marcharse de aquí. «Inmediatamente».

Tanner consideró por breves momentos al delegado del fiscal del distrito con la expresión del hombre que está a punto de decidirse a emplear el contundente argumento de sus puños. Pero la actitud de completo dominio de sí mismo que asumió Hanley, le desarmó y frenó sus impulsos. Giró bruscamente sobre sus talones y se alejó del grupo a grandes pasos.

Hortense Zitkousky avanzó desde el fondo de la sala para detenerse, finalmente, junto a Stephane Claire, poniéndole una mano en el hombro.

—Bueno, vámonos ya. Y alza la barbilla, chica.

Stephane le sonrió con agradecimiento. Pero ahora Hortense se dirigía a Perry Mason, diciéndole en voz baja:

—¿Qué le parece ese chófer, señor Mason? ¿No cree que sería un buen plan tratar de acercarse a él y…?

—De acuerdo —dijo Mason mirándola significativamente a los ojos—. Pero no conviene que la vean con nosotros.

Hortense se alejó de ellos haciéndose la distraída, en tanto que Mason guardaba unos papeles en su cartera.

Max Olger se abrió paso por entre el compacto grupo de espectadores que todavía permanecían cerca de la salida, cambiando impresiones. Avanzó con rapidez hasta donde se encontraba el abogado. El brillo de sus grises ojuelos parecía haberse intensificado. Contempló admirativamente a Perry Mason por encima de los cristales semicirculares de sus lentes, al tiempo que estrechaba calurosamente su mano.

—¡Soberbio! ¡Maravilloso! —le dijo—. ¡Con qué arte consiguió usted que esa niña zangolotina de Lions dijese las cosas más absurdas! Un espléndido interrogatorio, sí, señor. Estoy muy

satisfecho y muy agradecido.

—Yo también creo que lo hizo usted maravillosamente, señor Mason —terció Stephane Claire.

—Olvídenlo ya —les dijo el abogado—. Ahora lo que nos interesa es saber aprovechar el paréntesis. El testimonio de la señora Greeley parece demostrar que su marido pudo ir muy bien a San Francisco por algún asunto de Homan. Que Adler Greeley estuviese en San Francisco a las cinco y cuarto de la tarde no significa que no pudiese encontrarse en Bakersfield a las diez de la noche. Se trata de una distancia de doscientas noventa y tres millas y el uso de un avión lo explicaría todo. Convendría investigar en este sentido. Tal vez descubramos algo.

—¿Y no podrían emprenderse esos trabajos hoy mismo y, así, mañana presentar una gran sorpresa? —insinuó Max Olger.

Mason sonrió.

—No se preocupe. Ya había decidido trasnochar.

—¿Y Jacks? ¿Dónde está? —indagó Stephane.

—Se encontraba en la sala —explicó el tío—, pero ahora está afuera, esperando. Creyó que te convendría salir cuanto antes de aquí, librándote de todo este gentío.

Stephane sonrió y, después, dijo pensativamente:

—Sin duda, es un buen chico. Siempre pensando en mí. Pero me gustaría que, de vez en cuando, para variar, pensase también en él.

—Es un excelente muchacho —opinó Olger, quien seguidamente se dirigió al abogado, diciéndole—: Bueno, señor Mason, si nos necesita, ya sabe donde estamos; en el Adirondack.

—Muy bien. Mañana a las diez en punto, aquí. Recuerde que le peligra el dinero de la fianza si no se presenta a tiempo su sobrina.

—¿Se lo advierte siempre así a sus clientes o es que tiene miedo de que me escape? —le preguntó Stephane Claire con una sonrisa.

—Es la rutina. Los abogados siempre decimos las mismas cosas.

—¿Qué tal me porté en el estrado?

—Muy bien.

—Lo que me extrañó fue que el fiscal no me marease a preguntas. Yo creí que intentaría ponerme en un aprieto.

—Espere hasta que la tenga frente al jurado. Esto sólo es un interrogatorio preliminar. Mi impresión, aunque luego me equivoque, es que el juez Cortright terminará por soltarla. Le ha

producido usted buen efecto.

Capítulo 15

Hortense Zitkousky permaneció junto a la puerta del tocador de señoras, hasta escuchar el sonido de pasos apresurados por el corredor. Entonces avanzó por el pasillo, regulando su marcha, para enfrentarse con Ernest Tanner cuando éste ya se dirigía al ascensor. El hombre se contentó con dirigirle una rápida y escrutadora mirada. Nada más. Después de su reciente hazaña, parecía sentirse ligeramente envanecido y adoptaba el aire del que tiene algo determinado y urgente que hacer.

Hortense entró con él en el ascensor y bajaron juntos. Se mantenía frente a ella sin despegar los labios. Una vez pisaron la planta baja, Tanner se quedó frente a la verja del ascensor, emprendiéndola a cortos y nerviosos paseos, en tanto que Hortense se encaminaba a la puerta de salida. Pero, de súbito, la joven se detuvo titubeante y, acto seguido, volvió muy decidida sobre sus pasos, parándose junto a Tanner, a quien llamó la atención poniéndole una mano en el brazo.

El hombre volvió la cabeza y miró con las cejas fruncidas a aquella exuberante muchacha que parecía respirar alegría y vitalidad por todos sus poros. Antes de que pudiese abrir la boca, Hortense le dijo, sonriéndole:

—¡Oiga, no haga más locuras! Él no se lo merece.

Tanner captó inmediatamente la intención de aquellas palabras y su mirada se tornó más suave.

—¡Recibirá su merecido! —aseguró.

—¡Oh, por favor, desista del propósito! Comprendo muy bien lo que le pasa, pero no le conviene jugar con un tipo así.

—No pienso jugar con él, sino con su cara.

La franca risa de Hortense se disparó de un modo espectacular.

—¡Olvídese ya del asunto! Trabajo con un abogado y sé muy

bien de lo que son capaces.

—¿Qué tiene que ver eso, conmigo?

—¿Por qué es que ese Homan se ha quedado atrás? Busca un cuerpo de guardia que le proteja.

—¡Pues no le va a servir de nada!

—¡Vamos, no sea así…!

—¿Cuál es su papel en este asunto? —indagó de súbito el chófer, clavando en Hortense sus ojos con recelo.

—¿El mío? —rió la muchacha—. Ninguno, como no sea protegerle a usted. Conocí en San Francisco a una Stephane Claire y leí en el periódico que hoy se celebraba un juicio contra una muchacha de su nombre. Por eso vine aquí; para ver si se trataba de la misma.

—¿Y era ella?

Hortense eludió responder a la pregunta, diciéndole:

—Bueno; ahora sea un buen muchacho y deje que le ponga camino de su casa. Así podré volver a mi trabajo y olvidarme ya de usted.

—¿Y por qué le interesa tanto lo que me pueda suceder?

Hortense pareció reflexionar durante unos segundos. Finalmente se echó a reír y declaró:

—¡Maldito si lo sé! Lo siento, solamente… Tal vez se trate del instinto maternal.

—¡Maternal! —exclamó el hombre, considerando a la muchacha con creciente interés—: ¡Oiga!, le voy a decir una cosa: venga a comer conmigo y le quitaré ese instinto maternal.

—¡Huy…! Pero usted va demasiado aprisa.

—No me haga ese desaire. ¿Acepta?

—Salgamos afuera y allí hablaremos.

—¿No tratará de sacarme de aquí para…?

En aquel instante se detenía el ascensor, saliendo de él Homan, en compañía de dos fornidos guardaespaldas.

Hortense Zitkousky se colocó entre Tanner y el ascensor y se dirigió al chófer diciéndole en voz alta:

—… y no le conteste: «Ese será tu modo de proceder, pero no el mío». Bueno, tú ya conoces a Gertie y puedes imaginarte cómo le sentarán mis palabras. Ella…

Uno de los guardaespaldas escoltó a Homan hasta la puerta, en

tanto que el otro se inmovilizó por breves momentos frente a Tanner, en actitud beligerante. El chofer intentó apartar a un lado a Hortense, pero ésta se aferró a la solapa de su abrigo, prosiguiendo el supuesto relato:

—… y así siguió la cosa. Después, Gertie se sentó sin decir ni pío y me miró…

En aquel instante, el segundo guardián, dio la vuelta y, tras corta vacilación siguió a Homan y al otro sujeto, desapareciendo los tres por la puerta.

Tanner expelió el aire con los labios apretados, mientras que Hortense, percatada de haber pasado el peligro, le decía:

—¡Bueno, creo que me he portado bien! ¿Se da cuenta ahora? Le habrían echado el guante inmediatamente. Con los bichos estos no se puede luchar noblemente. Olvídese del asunto. Y si, en realidad, quiere hacer algo efectivo, ¿por qué no se dirige al abogado de la muchacha?

—No seré yo quien lo haga —dijo Tanner—. No me gusta hacer el chivato.

—Oh, yo no lo decía por eso. ¿Es que puede contarle algo?

—Homan es un embustero —aseguró Tanner—. Pero a mí eso me tiene sin cuidado. No me importa que mienta, pero no estoy dispuesto a que nadie se sirva de mí como cebo.

—¡Déjelo ya! Ese Homan es un fantoche.

—Lo mismo pienso yo. Uno de esos tipos que han subido de la nada, gracias a la suerte, hinchándose después como globos. Pero alguien le va a clavar cualquier día de estos un alfiler y se va a desinflar quedándose otra vez en nada.

Hortense Zitkousky hablaba ahora con alegría y desenvoltura:

—¡Claro que sí! Una vez estuve trabajando para uno de esos escritores de Hollywood. ¡Vaya importancia que se daba el niño! La cabeza le echaba humo, o poco menos. Cuando se ponía a trabajar nadie podía molestarle lo más mínimo. Tenía que prepararle el café a una temperatura determinada y cuidarme de que siempre tuviese los cigarrillos, los fósforos y el cenicero al alcance de su mano. Yo pensé que estaría trabajando en algo colosal; lo mejor del mundo. Bueno, pues, después, cuando al fin pude ver la película, casi me muero de risa. Lo único que llamó la atención de la gente fueron los platos de comida que servían en un banquete y las tiendas.

Tanner rió.

—No culpe al escritor. A lo mejor se trataba de una de las películas que produce Homan. Tiraría, en pleno rodaje, el guión por la ventana y se pondría a imitar a uno de los últimos éxitos de la Metro.

—Pero, ¿es capaz de hacer eso? —preguntó entonces Hortense.

—¡Es capaz de todo! Pero… ¡al diablo con él! Ahora, usted y yo nos vamos a comer, ¿verdad, preciosa? ¿Cómo la puedo llamar además de «Oiga»?

—Mi nombre es Hortense, pero mis amigos me llaman Horty. Iremos a algún lugar barato. Usted no debe tener mucho dinero ahorrado y, si lo tiene, no quiero que se lo gaste conmigo.

—No, no. La llevaré al mejor sitio. ¿Cree que me importa mucho la pasta?

—No lo sé, pero a mí sí. Soy una chica que trabaja y detesto ver como un camarero se lleva, por un cochino café, el dinero que a un hombre le ha costado una hora de trabajo. ¡Vamos, conozco un lugar estupendo!

—No, no —se opuso Tanner sonriendo—. Si Homan me ha despedido, a mí no me hace falta su empleo. Llevo pasta en el bolsillo y sé dónde puedo sacar más.

—Bueno; pero luego no diga que no se lo advertí.

—No se preocupe, que no diré nada. Tomaremos un taxi.

—¿Por qué? Podemos coger el autobús.

—No me replique; un taxi.

—Oiga, ¿no será usted uno de los niños de Rockefeller que anda disfrazado? ¿O quizá un espía internacional pagado para sabotear la industria de las películas?

—¡Por favor, Horty! Déjate ya de más preocupaciones.

—Por aquí cerca hay un restaurante chino. Podríamos ir andando.

—Ahí no se puede bailar. Y a mí me encanta bailar.

—A mí también.

—Por eso… ¡Taxi! ¡Taxi!

El coche se desvió hacia la acera hasta pararse junto al bordillo. Tanner le dijo al chófer:

—Siga derecho. Ya le avisaré.

Ayudó a Hortense a subir y después se sentó a su lado cerrando

la portezuela.

—Hoy se me presentaba un día malo, pero tú has conseguido arreglármelo. Me siento estupendamente. ¿Qué te parece si nos tomamos ahora una cerveza y un «sandwich» y después nos vamos a ver algún espectáculo, para terminar cenando alegre y opíparamente?

—Tengo que trabajar mañana.

—No te preocupes. Te dejaré en tu casa lo suficientemente temprano para que puedas echar un sueñecito.

—Trato hecho.

—Conozco un sitio especializado en «sandwiches» de hígado, y en donde podremos beber la mejor cerveza de la ciudad.

—Por lo que veo —observó Hortense retrepándose en el muelle respaldo—, tú no te perderías en la ciudad, ¿verdad?

Tanner rió con vanidad masculina.

—No soy un novato. ¿Te gustaría conocer bien la vida nocturna de Los Angeles? Una noche que no tengas que volver temprano a tu casa; por ejemplo, un sábado. ¿Qué me dices? ¿Fijamos la fecha?

—Ya discutiremos eso. Pero me tienes que prometer que dejarás tranquilo a Homan. No me gustaría salir con un hombre que llevase un ojo a la funerala.

—¿Quién? ¿Yo? Homan ya se cuidará muy bien de dejarme tranquilo. En cuanto logre hablar a solas con él, verás como entona otra canción muy distinta.

—No lo creo —opinó Hortense con el aire de quien sabe perfectamente a qué atenerse—. Los tipos hinchados y vanidosos como él, siempre persisten, hasta el final, en su juego. Nada de lo que digas conseguirá cambiarlo.

—Hablas así, porque ignoras lo que yo puedo decirle.

—Pero sé muy bien a la clase de personas que pertenece Homan. No hace mucho tiempo que trabajé con un tipo de los de su cuerda. Y te diré una cosa: yo, en tu puesto, no me fiaría ni pizca de su palabra. Todavía me acuerdo del pinta aquel con quien trabajé y…

—Bueno, pero es que a Homan lo tengo bien cogido. Me consta que ha mentido descaradamente en lo del auto.

Hortense se inmovilizó con los ojos desmesuradamente abiertos expresando una curiosidad y sorpresa muy femeninas.

—¿Por qué lo supones?

—No lo supongo. ¡Lo sé! Mira esto.

Tanner sacó de su bolsillo una pequeña libreta de tapas de hule y la abrió, pasando varias hojas con el dedo.

—Aquí está —anunció por fin—. En la mañana del dieciocho, Homan me llamó para decirme que tenía que hacer un trabajo muy importante, que no quería que le molestase nadie y que, en consecuencia, quedaba relevado de todo servicio, teniendo aquella tarde libre. Acababa de llenar el depósito de gasolina y de engrasar el coche. Lee ahora lo que dice aquí.

Hortense pronunció en voz alta el número de Tanner le mostraba escrito en la libreta:

—Trece mil cuatrocientos veintiséis.

—Es el número de millas que hasta entonces había recorrido el auto. Siempre me gusta llevar la cuenta. Bueno, pues después del accidente, Homan decidió vender el coche por piezas y me envió al garaje para que sacase las herramientas de la caja. Y, entonces, yo miré el cuenta-millas y anoté el número que aparecía en él. Aquí lo tienes: catorce mil ciento cincuenta y ocho. ¿Comprendes ahora? Entre la mañana del dieciocho y la noche del diecinueve, el auto recorrió setecientas treinta y dos millas, lo que demuestra que Homan ha mentido.

—¿Por qué? —indagó Hortense, sin comprender—. No creo que sean demasiadas millas para que un auto no pueda recorrerlas en más de un día.

—No se trata de eso. Claro que un auto, y más como ése, puede recorrer setecientas y ochocientas millas en un día, pero recuerda que Homan ha declarado que vio el coche parado frente a su residencia el diecinueve hacia mediodía, sin que hasta entonces lo hubiese usado nadie. ¿Lo entiendes, por fin? Nadie, aunque en ello le vaya la vida, pudo recorrer en un coche setecientas treinta y dos millas desde las doce hasta las diez de la noche.

—¡Santo cielo, es verdad! —exclamó Horty—. ¿Y cómo te lo explicas, Ernest?

—No es este ni el momento ni el lugar de hablar todavía. Cuando me encare con Homan, le haré unas preguntitas… en privado. Y creo que ya me sé su respuesta.

—¡Oh, Ernest! —exclamó Horty con entusiasmo—. ¿Qué has podido descubrir? Ese Homan se parece tanto al pájaro con quien

trabajé, que me gustaría que alguien le sentase bien la mano.

—Todo llegará —afirmó Tanner, deslizando su brazo en torno al talle de la muchacha, que atrajo hacia él—. Pero ahora, olvidémonos de Homan, nena. ¿Te has dado cuenta de que un auto ha venido siguiéndonos…? Oh, déjalo; no te preocupes… ¡Eh, conductor! Siga por esa calle y pare en el café que verá en aquella fachada.

Después de pagar el importe del recorrido y obsequiar al chófer con medio dólar de propina, Tanner condujo a Hortense hasta un pequeño restaurante de ambiente muy acogedor.

Pidieron «sandwiches» y cerveza y Tanner se dedicó a alimentar con níqueles a la gramola y a bailar repetidamente con Horty, al compás de la música incesante.

Pasada una hora, salieron del restaurante y se encaminaron a uno de los mejores cinematógrafos. Ocuparon dos buenas localidades, y Tanner se entretuvo en acariciar la suave mano que Horty le brindó generosamente.

—¡No sabes lo agradecido que te estoy! —murmuraba el hombre —. De no haber sido por ti, a estas horas probablemente estaría entre rejas. Ahora me siento como un millonario lleno de alegría y…

El aparato sonoro inició los compases de una impresionante melodía, al tiempo que se hacía la oscuridad en la sala. En la pantalla apareció una serie de nombres; eran los intérpretes. Tras aquella lista vinieron más nombres: guionistas, director, ayudante, modisto… Tanner dijo al oído de su sugestiva acompañante:

—Ahora parece que las manicuras de las estrellas están armando un gran jaleo en Hollywood para tratar de conseguir que sus nombres, aparezcan también en la pantalla.

El lienzo de plata se iluminó de pronto con un nuevo rótulo:

ES UNA PRODUCCIÓN DE JULES HOMAN

—¡Al diablo! —protestó Tanner, cogiendo a Hortense del brazo —. ¡Salgamos ahora mismo de este cochino local!

Capítulo 16

Mason se paseaba por su despacho con los pulgares en las sisas del chaleco y la cabeza inclinada en señal de meditación, en tanto que Paul Drake, sentado de perfil en un sillón, con ambas piernas sobre uno de los brazos, fumaba en silencio.

—¡Maldita sea! —explotó al fin el abogado—. Nos creíamos a punto de resolver el problema y, de súbito, nos encontramos de nuevo en pleno laberinto. El «puzzle» que tan fácil nos parecía, se nos ha complicado ahora de un modo…

—A veces, pasa eso —gruñó Paul Drake—. Uno llega hasta a creer en un error de fabricación y, después, resulta que hay que doblar una pieza para que la otra pueda encajar.

—Exacto —dijo Mason—. Sólo que en el caso del «puzzle» se trata de una tarea del fabricante, mientras que aquí… Bueno, lo único que sé es que alguien ha debido prepararme una bonita trampa para que yo caiga en ella.

En aquel instante se abrió la puerta y Della Street entró en el despacho.

—¡Caramba, Della! —exclamó Drake—. ¿Todavía no se ha marchado?

—Espero ver si alguien se decide a pagarme la cena.

—¡Buena idea! —aprobó Drake—. De paso también podría pagármela a mí.

Pero Della ya se dirigía a Perry Mason, diciéndole:

—Traigo novedades del frente de batalla. Me acaban de informar del último parte por teléfono.

—¿Quién la ha llamado?

—El cuartel general polaco: Hortense Zitkousky.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Qué le ha dicho?

—Declara que es la primera oportunidad que tiene de acercarse

al teléfono. Se ha hecho amiga del chófer y está con él.

—¿Ha descubierto algo interesante?

—En primer lugar, que el hombre no parece preocuparse lo más mínimo por la cuestión monetaria. Homan lo mandó a paseo, pero él se gasta el dinero como un marinero borracho. En segundo lugar, asegura que el automóvil recorrió setecientas treinta y dos millas entre el mediodía del dieciocho y la hora del accidente, del diecinueve.

—¿Y cómo lo ha averiguado?

—Porque el chófer anotó las cifras que aparecían en el cuenta-millas.

Drake emitió un prolongado y tenue silbido.

—¿Le dijo algo más? —preguntó Mason.

—No. Por ahora, es todo cuanto sabe. Eso sí, me encargó que le dijera a usted que espera estrechar aún más sus relaciones con el chófer para intentar averiguar la razón de que éste no parezca muy afectado por el despido y se gaste el dinero alegremente. Según cree, el chófer se reserva algo más sobre Homan.

—Perfectamente —dijo Mason—. Esa chica es bastante hábil y tal vez descubra algo sobre Spinney. Entra dentro de lo posible, que Homan haya declarado la verdad y que sea el chófer la persona que llamara a Spinney a la que éste telefoneó. ¿Conoce usted, Della, a alguien que este bien relacionado en Hollywood?

—¿Quiere decir con gente de cine?

—Sí.

—Un par de escritores y una agente de publicidad.

—Trate de ponerse en comunicación con ese agente —le dijo Mason—. Hay que averiguar lo que pudo impulsar a ese ascenso meteorice de Homan en el mundillo cinematográfico. Olfateo algo anormal. También me gustaría poseer información sobre su vida amorosa. Esto siempre ayuda.

—Si quieres —le dijo Drake— puedo poner a alguno de mis hombres sobre esa pista.

—No, no —denegó Mason—; lo que yo busco es el chisme interno y éste sólo está al alcance de los personajes que participan en el mismo juego. Un detective privado no conseguiría nada en este sentido.

—Esa agente será la más indicada —opinó Della—. Fue

secretarlo de un picatoste del cine y, luego, se dedicó una temporada a trabajar en el arreglo de guiones y cosas por el estilo. Conoce a mucha gente.

—Pues póngase en contacto con ella y vea lo que puede sacarle. Si pudiese fingir un encuentro casual y…

—Eso no podrá ser.

—Entonces, quítese la careta y pídale que le proporcione todos los datos lisa y llanamente. ¿Qué le parece citarnos en algún sitio dentro de un par de horas? ¿Podrá conseguir sus informes en ese tiempo?

—Hablaré con ella por teléfono y ya veremos lo que se puede hacer.

—Bueno —se lamentó Drake—. Parece que se esfuma la posibilidad de que le inviten a uno a cenar con Della.

—No creo que fuese muy divertido, Paul —sonrió la secretaria —. De un tiempo a esta parte, se esta usted convirtiendo en un rancio. ¿Por qué no hace lo que el chófer de Homan?

—¡Maldita sea! Tengo mis ocupaciones y ahora trato de que Perry no consiga que me retiren la licencia. Si no tuviese más quebraderos de cabeza que los de ese chófer, también me dedicaría de buen grado a cenar con chicas bonitas y a gastar alegremente el dinero.

Mason miró a Della, guiñándole el ojo.

—Tenemos que lograr que esa Hortense lo saque a pasear una de estas noches. Creo que lo podría curar de sus preocupaciones.

—¿Quieres decir de las preocupaciones que me acarrea tu compañía?

—De todas. Y, ahora, Della, vea si logra localizar a su amiga por teléfono. ¿Se puede confiar en ella?

—Creo que sí. Es buena amiga mía.

—Pues dígale sin rodeos que le proporcione cuantos datos privados sepa sobre Homan. Al fin y al cabo, los periódicos se han encargado de airear el asunto, que ya es del dominio público, y, en estas condiciones, ir con disimulo sería, incluso, contraproducente.

Marchó Della Street a su despacho y los dos hombres quedaron a solas, guardando un corto silencio, que Drake interrumpió para decir:

—¿No crees que el juez Cortright podría muy bien dejar mañana

en libertad a Stephane Claire? Es seguro que esa chica de Lions no le produjo buena impresión, tan seguro como que Tragg ya está metido de lleno en la aventura. No me extrañaría nada verle aparecer de repente. ¿Colaborarías con él, Perry?

—Depende. Por ahora, lo que me interesa es sacar en libertad a mi cliente. Que el teniente resuelva sus propios asuntos por su cuenta. Ahora, que en la próxima ocasión que le indique una pista, la seguirá. No te quepa duda.

—¿Qué pista le diste esta vez?

—Le hablé de Homan.

—Y se ha resistido, ¿verdad? No me extraña. Homan se habría dirigido al pez más gordo de su compañía, diciéndole; «Don Fulano, no puedo trabajar en el manuscrito porque ese maldito abogado ha lanzado sobre mí a la policía, que continuamente anda mareándome con preguntas sobre lo que hice o dejé de hacer el miércoles pasado, y sobre lo que comí». Entonces el pez gordo cogería el teléfono y llamaría al mayor; el mayor al «coroner»; el «coroner» al capitán y… ¿Te haces cargo del panorama?

—Sí —sonrió Mason—. Pero la realidad, es que Homan tiene que estar mintiendo en lo relacionado con el auto.

En aquel momento, Della Street reaparecía en el despacho, diciendo:

—La localicé, jefe. Está en su oficina.

—Muy bien. Llévese mí coche. Yo esperaré.

—¿Aquí?

—Sí; cuando regrese, nos iremos a cenar. ¿Vendrás con nosotros, Paul?

—No. Della dice que soy un rancio.

—Y un rencoroso, también —sonrió la muchacha—. Pero puede acompañarnos. Ahora pienso que unos cuantos «cócteles» pueden cambiarle por completo, dejándole nuevo. ¿Qué contesta?

—Acepto. Así tendré ocasión de sacarla de su error. Además, sabe muy bien que odio tener que perder cualquier ocasión de bailar con usted.

—Lo que odia —rió Della Street— es perder la oportunidad de comer espléndidamente sin que le cueste un céntimo. Y, ahora, me voy. Cuando regrese, les informaré de todos los chismes que corren por Hollywood. Bastará que le den a la niña un par de copas para

que, incluso, les diga la buenaventura.

—¡Cuidado, Perry! —advirtió Drake—. La veo dispuesta a lanzarse a un costoso consumo de vales en el bar. Conozco los síntomas.

—¡Claro que los conoce! —admitió Della mientras se colocaba el sombrero frente al espejo del ropero—. Como que esa habilidad la aprendí de usted —se dio la vuelta y, en tanto se ponía los guantes, prosiguió—: Y me voy ya. Si dentro de dos horas vuelvo sin novedad, no se desilusionen mucho.

—Muy bien.

Salió la muchacha y Mason y Drake escucharon como se perdían los pasos de Della Street a lo lejos del desierto pasillo.

—¡Una entre un millón! —exclamó Drake.

—Te quedas corto. Una entre diez millones —aseguró Mason.

Durante unos minutos ambos personajes se dedicaron a fumar en silencio. De pronto, percibieron el ruido de unos pasos por el corredor, seguidos de un enérgico repiqueteo de nudillos en la puerta. Mason frunció el ceño.

—Apuesto algo a que es un «poli» —dijo Drake.

—No hace falta ser detective para saberlo —respondió Mason mientras se incorporaba para abrir.

En efecto, se trataba del teniente Tragg.

—¡Hola, muchachos! —saludó el recién llegado—. ¿Qué? ¿Tratando de ejercitar el pensamiento?

—Tal vez —admitió Mason, consultando su reloj—. ¿Viene a traernos malas noticias?

El teniente avanzó por el cuarto y tomó asiento en un sillón.

—Parece que las cosas no le fueron muy bien en el Tribunal, ¿eh, Mason?

—¿Por qué? Yo ya me doy por satisfecho.

Tragg prosiguió:

—¡Oh, por nada! Después de todo, usted se ocupa de su caso y yo del mío. El suyo está en manos del fiscal del distrito y me importa un pepino. El asesinato del Gateview es lo único que me interesa. Si lo resuelvo me gano un palmoteo en la espalda y si no, un puntapié donde yo me sé.

—¿Y no ha venido aquí para decirnos algo?

—Puede ser.

—¡Suéltelo ya de una vez!

—¿Qué tal le parecería, Mason, cambiar de tláctica y trabajar con nosotros, en vez de tratar de obstaculizar nuestra tarea?

—Pues, no sé. Por lo que les conozco, les creo capaces de intentar colgarle el asesinato a mi cliente, antes de reconocer que han fracasado.

—No está mal. ¿Y qué le parecería si abordásemos ese tema ahora mismo?

—¿Qué diablos, quiere decir?

—Hay un par de indicios que apuntan en dirección a su cliente.

—¡Por amor de Dios, Tragg! —exclamó Mason inmovilizándose rápidamente en su asiento—. Por lo visto, basta simplemente, que alguien sea cliente mío para que en seguida la policía…

—Sujétese bien el «sombrero». Le voy a dar una noticia.

—¡Venga!

—Pero antes hablemos un poco de su cliente.

—¿Qué pasa con esa señorita?

—Su acaudalado tío se descolgó en seguida con un hermoso cheque para sacarla del hospital bajo fianza y llevársela al hotel Adirondack. ¿Qué distancia habrá entre el Adirondack y el Gateview?

—Creo que unas cuatro manzanas.

—Exacto. Calculo que cualquier persona no emplearía más de cinco minutos en hacer el recorrido.

—Prosiga, teniente. Me imagino que ya habrá encontrado el cuerpo del delito, el revólver en poder de la muchacha.

—No, pero sí otra cosa.

—¿Qué?

—Ahora se lo diré. Se trata de un caso en manos del fiscal del distrito, pero me encargaron que investigara ciertos aspectos del problema, y fui al hospital a hablar con la chica. Me dijo que ella había cerrado el contacto del coche, sacando la llave. Marché al garaje hasta donde habían remolcado el coche y comprobé que, en efecto, el contacto estaba cerrado. Entonces procedí a un registro del bolso de su cliente.

—¿Sin consentimiento de ella?

—No había necesidad.

—Continúe.

—Bueno; en el bolso encontré un llavero con tres llaves. Naturalmente, quise saber todo lo posible sobre ellas. Una de las llaves parecía ser la del contacto del auto. Entonces discurrí que lo mejor sería hacer primero los descubrimientos pertinentes y, después, las preguntas. A tal fin, mientras su cliente seguía en el hospital, conseguí que un experto cerrajero me hiciese sendos duplicados de las tres llaves. Cuando los tuve en mi poder, comprobé que una de ellas ajustaba perfectamente a la cerradura del contacto del auto. Quedaba el problema de las otras dos llaves. Ignoraba de dónde serían, pero guardaba la impresión de que, si lo descubría, conseguiría un buen avance en mi camino.

—Siga.

—Cuando usted me brindó la carnaza de Homan, yo me fui a la casa del personaje y probé a ver si las otras dos llaves pasaban en alguna de las puertas que dan a la calle. Trataba de averiguar qué clase de sorpresa le tenía usted reservada al fiscal del distrito.

—¿Por qué dice eso?

—¡Oh!, pensaba que usted ya se traía un plan en la cabeza. ¿O tal vez sea excesivamente malicioso?

—Tal vez. ¿Y encajó alguna de las dos llaves?

—En las puertas de la casa, no; pero una de ellas pertenece al yate de Homan.

—¡Atiza!

—¿Se sorprende?

—Sí. Continúe.

—Yo me tragué el descubrimiento y preferí sentarme, en espera de que usted considerase oportuno hacer estallar la bomba. ¿Qué le parece?

—No me parece nada. Le escucho simplemente, teniente.

—Bueno; creí que ese momento se presentaría esta mañana en el curso de la vista. Esperaba que usted reconstruiría los hechos en torno de las tres llaves que, de paso, ya su cliente había puesto en evidencia ante el Tribunal. Pensé que usted se dirigiría al señor Homan, diciéndole: «¿Es ésta la llave del contacto de su auto, señor Homan?». El hombre tendría que admitir que, por lo menos, se le parecía bastante. Y, entonces usted, como por casualidad, sin aparentar darle mucha importancia, se dirigiría a él para preguntarle si podría decir algo sobre las otras dos llaves; si de

algún modo las conocía. El señor Homan, reconocería, sorprendido, que una de ellas pertenecía a su yate, o, bien, respondería que no recordaba haberlas visto nunca, en cuyo caso usted solicitaría del testigo que mostrara su llavero a fin de establecer ciertas comparaciones…

—¡Maldición! —exclamó Mason, al tiempo que se alzaba súbitamente—. ¡Y pensar que he perdido esa magnifica oportunidad! ¡Tengo que buscar a mi cliente, devolverle sus honorarios y pedirle perdón!

Tragg observaba atentamente al abogado con rostro serio.

—¿Por qué no se fue tras Homan, siguiendo la pista de las llaves, Mason?

—Maldito si lo sé, teniente. Me obsesionaban otros aspectos del problema. Sabía, desde luego, que existía la llave de contacto de su auto, pero…

Tragg lo estudió con detenimiento mientras Mason hablaba. Cuando calló, le dijo:

—¿No se reservaba alguna idea, un oculto plan que no deseaba que yo supiese?

—¡En absoluto!

—Cuando, en el curso de la vista, usted no aludió a las llaves, empecé a sospechar que tal vez me hubiese equivocado, que quizá usted no preparase ninguna jugarreta.

—¡Naturalmente!

—¿No fue usted el que dispuso las llaves en el bolso de su cliente?

—¡No diga más tonterías, teniente! Ahora, hábleme de la tercera llave. ¿Descubrió adónde correspondía?

—No.

—¿No pertenece a Homan?

—Que yo sepa, no.

—Bueno —resumió Mason—. Lo único que aparece claro es que la teoría de que el auto le fuera robado a Homan se revela cada vez más problemática. Todo este negocio de las llaves así lo indica.

—¿Por qué? Homan pudo dejarlas en el coche —apuntó Tragg.

—Difícilmente serán ésas las suyas —replicó Mason—. En el llavero sólo hay tres llaves: una, la del contacto; otra, la de su yate… De ser el llavero de Homan, el número de llaves hubiese sido

mayor; también estaría la de su casa, la de su despacho…

Dejó de hablar Mason y sobrevino un largo silencio. Los tres personajes parecían meditar. De súbito, el abogado se dirigió con viveza al visitante, diciéndole:

—¡Usted gana, Tragg…! ¡Oye, Paul! Ilústrale al teniente sobre las andanzas de la señora Warfield.

—¿Qué quieres que le cuente?

—¡Todo!

—Y sobre ese Spinney, también —indicó Tragg—. Me interesa bastante el personaje.

Drake sacó del bolsillo su cuaderno de notas y con ayuda de él, informó al teniente de cuanto había averiguado hasta entonces. Cuando concluyó su relato. Tragg le consideró severamente.

—Y se guardaba todo esto en el buche, ¿eh?

—Ya le advertí —intervino Mason— que si se negaba a seguir la pista de Homan, tendría que contentarse con hacernos preguntas. Pero, ahora, ya puede estar satisfecho.

—Algún día —le dijo Tragg a Drake— le voy a coger hilando demasiado fino y…

Mason intervino, conciliador:

—Usted se olvida, teniente, que cuando trabaja para mí, Drake se limita a seguir mis instrucciones, y que, por lo tanto, yo soy el único responsable de sus actos.

—¡Está bien! —se conformó Tragg—. Ahora, examinemos la situación. A mí me interesa esclarecer el asesinato del Gateview y a ustedes ver a Stephane Claire libre de toda culpa. En justa correspondencia, les proporcionara un dato que les interesará; Homan me dijo que, siempre que cerraba el auto, se cuidaba de guardarse las llaves en el bolsillo, con lo que, implícitamente, quedaba probado que alguien puso en marcha el coche sin su permiso. En efecto, Homan tenía sus llaves, como el chófer debe de tener las suyas, pero, ¿cómo podrá explicar Homan que el sujeto que guiaba su auto poseyera también una llave de su yate?

Mason paseó en silencio, con ambos pulgares en las sisas del chaleco y la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante. Finalmente, habló:

—No explicará nada porque no podrá hacerlo.

—Bien —dijo Tragg—. Por lo que a mí respecta, me alegraré de

que su cliente no haya robado el coche ni fuese ella quien lo conducía aquella noche. Partamos de la suposición de que fuese Greeley el conductor del auto. Su cliente no conocía de antes ni a Greeley ni a Homan, y aquella mañana acababa de partir de San Francisco. Si…

Mason le interrumpió de súbito, en aquel punto diciéndole:

—Mire, Tragg, pongamos de una vez todas las cartas boca arriba. Atienda a esto: desde que el chófer de Homan vio por última vez el coche, en la mañana del martes, hasta el miércoles por la noche que se produjo el accidente, el auto recorrió exactamente setecientas treinta y dos millas.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—El chófer anotó cuidadosamente en una libreta las cifras que aparecían en el cuenta-millas antes y después del accidente. El testimonio procede de él mismo. Ahora, escúcheme bien: Si Homan declara la verdad, esa distancia la recorrió el auto en unas once horas, que es lo que media entre el mediodía del miércoles —última vez que Homan vio su coche— y el momento del accidente, alrededor de la once de la noche. Suponiendo que el coche marchase sin interrupción a una media horaria de sesenta millas, el total arrojaría una distancia de seiscientas sesenta millas. Admitir cualquier cifra superior a ésta ya es locura.

—Usted olvida que el coche de Homan puede muy bien rodar a cien millas por hora —le advirtió Tragg.

—El auto sí, ¿pero y los caminos?

—¿Qué quiere decir?

—Me importa poco la velocidad que pueda alcanzar un coche. Coja uno todo lo rápido que quiera, y láncese con él por esas carreteras durante once horas. Me apuesto la cabeza a que no logra recorrer más de seiscientas millas. Claro que si elige una pista recta y excelente y se dedica a recorrerla en uno y otro sentido continuamente, podrá lograr una media bastante mejor, pero éste no es el presente caso, como comprenderá. En un viaje normal de tal longitud se encontrará con innumerables curvas, paradas, trozos mal cuidados, tendrá que atravesar poblaciones, pasos a nivel…; en fin, una serie de obstáculos que le harán perder el tiempo, obligándole a aminorar la velocidad continuamente. No creo que el cálculo más optimista pueda señalar una media superior a la que ya

le he indicado, teniente.

—Es interesante —reconoció Tragg, pensativo.

—Esa cifra de setecientas treinta y dos millas —prosiguió Mason —, significa que el automóvil se desplazó a un lugar situado a unas cuatrocientas millas de aquí, ya que cuando regresaba le sorprendió el accidente a unas sesenta millas de su punto de partida: Los Angeles, Paul y yo hemos estado haciendo cábalas sobre el individuo que guiaba el coche.

—Dando por supuesto que su cliente dice la verdad —interrumpió Tragg.

—Naturalmente —repuso Mason—. Es algo que admito de plano cada vez que me hago cargo de un asunto.

—Yo no puedo estar tan seguro. Pero continúe.

—Bueno, tomando la afirmación de mi cliente como punto de partida, sabemos que el hombre llegó a Bakersfield o partió de este lugar sobre las diez de la noche. Vestía traje de etiqueta. Cuando un individuo se atavía de este modo, generalmente, es porque piensa dirigirse a alguna fiesta o reunión que, según los hábitos sociales, jamás suelen comenzar antes de las siete y media u ocho de la noche. No es corriente abandonar tales reuniones a las diez menos cuarto, y menos si admitimos que el hombre no venía de Bakersfield, sino de más lejos, a las ocho y media o a las nueve, por ejemplo.

—Pero el día del accidente, Greeley se encontraba en San Francisco —le hizo notar el teniente.

—A eso voy —repuso Mason—. Greeley estaba a las cinco y cuarto en San Francisco. Según parece, no se había llevado ropa de etiqueta y vestía un vulgar traje de calle azul y gris, cruzado. Y, sin embargo, a las diez de la noche nos lo encontramos en Bakersfield vestido de etiqueta. Ahora, detengámonos un minuto para, admitiendo estos dos hechos, tratar de compaginarlos. Veamos…

Mason guardó un corto silencio meditativo, y prosiguió ante sus atentos oyentes:

—Es imposible que en las cuatro horas y cuarenta y cinco minutos que median entre las cinco y cuarto y las diez menos cuarto, este hombre pudiese trasladarse en el coche desde San Francisco a Bakersfield. Habría tenido que desarrollar una media superior a setenta millas por hora y esto no es factible. Sólo el uso

de un avión puede resolvemos el problema. Pero se me hace muy cuesta arriba imaginarme que Greeley, que en San Francisco llevaba un traje de calle, pueda coger un avión, apearse en un lugar determinado, vestirse de etiqueta, asistir a una reunión, hacerse cargo del auto que dejara con anterioridad por allí, y presentarse en Bakersfield a las diez de la noche. Es demasiado ajetreo, y esa reunión demasiado extraña, por la hora insólita en que se celebra o por la cortísima permanencia en ella del invitado. ¿No le parece, teniente?

—Continúe —le animó Tragg.

—Yo pienso que la ocasión para vestirse de etiqueta se le brindó veinticuatro horas antes. En otras palabras: que Greeley vistió aquellas galas para hacer acto de presencia en alguna reunión o fiesta celebrada la noche anterior y de la que se retiró sin que después tuviese tiempo de cambiarse de ropa. Si juzgamos que Greeley no pudo tener ocasión de asistir a ninguna fiesta entre cinco y cuarto y diez menos cuarto del miércoles, podemos admitir que la tuvo con anterioridad y, en este caso, lo presumible es que fuese en la noche del martes.

Tragg arrugó el rostro en señal de meditación.

—Cállese por unos minutos y déjeme pensar, Mason.

Avanzó en el asiento hasta quedar al borde de él y se inmovilizó con ambos codos sobre las rodillas, las manos en el mentón y los ojos fijos en la alfombra. De improviso, se enderezó, diciendo:

—Mason, usted debía haberse dedicado a detective. Creo que tiene razón.

—Si mi teoría es cierta, no creo que sea difícil seguir los pasos de un hombre que viste ropas de etiqueta a horas desacostumbradas —insinuó el abogado.

—¡Ya…! ¿Me hace el favor de un papel, Mason?

El abogado alargó al teniente un «bloc» y éste, valiéndose de un lápiz, escribió sobre la blanca cuartilla una serie de anotaciones, al tiempo que decía:

—Indagaremos en las estaciones de servicio de San Francisco y en todas las de la ruta hasta Bakersfield si han visto a un hombre vestido de etiqueta adquiriendo gasolina para su auto. La misma investigación llevaremos a cabo en los servicios aéreos, tratando de localizar a cualquier individuo, vestido de esa forma, que haya

podido subir a un avión en San Francisco, en la tarde del miércoles.

—Amplíe esas investigaciones a la noche del martes y a la mañana del miércoles —le indicó Perry Mason.

—¿Lo cree necesario?

—Claro. Piense que pudo ir así vestido toda la noche del martes y todo el día del miércoles. Ahora se me ocurre pensar que tal vez su traje de calle lo abandonase en casa de… Homan.

—¡Demonio! ¿Y por qué piensa eso?

—Entre otros motivos, por el que ahora le diré. Cuando Greeley salió de su domicilio llevaba un terno gris cruzado, mientras que en la carretera de la costa vestía de etiqueta. ¿Cómo se explica que al reintegrarse a su domicilio, después del accidente, este hombre ya no vistiese de etiqueta, según nos ha asegurado la señora Greeley, si admite que en el coche siniestrado no iba el menor equipaje?

—¡Qué diablos sé yo! ¿Y por eso cree que lo guardaba en casa de Homan?

—Por eso y por mis sospechas de que ambos caballeros se traían algún negocio en común.

—Bueno. Déjeme ahora telefonear a la Jefatura.

—Hágalo desde el despacho de mi secretaria.

Mason y Drake fumaron en silencio, mientras el teniente Tragg telefoneaba desde el despacho de Della Street, dictando las órdenes pertinentes. Al cabo de unos minutos, se reintegró junto a los dos hombres, diciendo:

—Bueno, ¿qué les parece si nos vamos a algún sitio para cenar? Creo que ya es hora.

—Esperamos a mi secretaria —le dijo Mason—. Marchó a Hollywood para tratar de averiguar algo más sobre Homan.

—¿Y no podrían dejarle una nota?

—Es que me temo que, a lo mejor, me telefonee.

—Dentro de media hora —insistió Tragg— empezaré a recibir informes y ya no tendré tiempo.

—Marchen ustedes dos. Yo esperaré —dijo Mason.

—Bueno; me tomaré unos «sandwiches» en un automático y…

El timbre del teléfono dejó oír su repiqueteo en aquél momento, y Mason descolgó el auricular.

—¡Diga!

Una voz femenina habló, en tono de alivio, desde el otro

extremo de la línea:

—¡Oh, cuánto me alegra de encontrarle en su despacho, señor Mason! Tengo que verle en seguida.

—¿Quién habla?

—La señora Greeley.

—¿Qué…? Oiga, ¿tiene la bondad de esperar un momento? —cubrió el aparato con la mano y se dirigió al teniente—: Es la señora Greeley. Parece estar excitada y, por lo visto, desea decirme algo importante. Póngase en el otro teléfono, Tragg.

—¿Adónde? —preguntó el teniente.

—Vaya aprisa al despacho de mi secretaria, y apriete un botón que verá a mano izquierda.

—Yo le acompañaré —intervino Drake.

Mason aguardó hasta calcular que ya habrían tenido tiempo de establecer la conexión. Entonces retiró la mano y habló:

—¿Dígame, señora Greeley?

—¿Qué fue ese «tic» que oí? ¿Hay alguien más…?

—He sido yo. Hay varias personas en mi despacho y he creído más conveniente valerme de otro teléfono. ¿Qué tiene que decirme?

—Pues, verá… Temo, señor Mason, que… Bueno, yo… quería preguntarle algo.

—¡Diga!

—Me siento muy culpable. Creo que he cometido una injusticia con esa joven.

—¿En qué sentido?

—Bueno… usted se hará cargo de cómo yo debía sentirme… Mi esposo y yo siempre hemos estado muy unidos… y, ahora, me siento completamente sola, como perdida… Esta noche empecé a empaquetar algunas ropas de mi marido a fin de darlas. No puedo soportar entrar en su cuarto y ver sus prendas en el ropero y…

—Ya comprendo. Continúe.

—Resulta que… encontré algo…

—¿Qué fue?

—Pues… una de sus camisas de etiqueta tenía en la pechera una larga raya roja y la huella dejada por unos labios de mujer.

—¿Dónde se encuentra usted ahora?

—En mi domicilio.

—¿Cuánto hace que hizo el descubrimiento?

—Unos minutos; tal vez cinco. La prenda estaba en la bolsa de la ropa, lista para ir a la lavandera. No creo que mi marido fuese guiando ese coche, pero… como usted comprenderá, señor Mason, deseo ser justa y evitar contribuir deliberadamente a agravar la situación de esa muchacha. Entonces, pensé que debería contárselo.

—Me gustaría mucho ver inmediatamente esa camisa, señora Greeley. ¿Podría ir hasta allá?

—¿No sería mejor esperar a mañana?

—No. Deseo ver en seguida esa prenda tal como usted la encontró.

—Bueno; le diré entonces lo que podemos hacer, señor Mason. Cuando salga a cenar, me pasaré por su oficina y se la dejaré.

—Perfectamente. Pero busque también en el ropero de su esposo y tráigame su «smoking», si lo encuentra.

—Precisamente iba a preguntarle si deseaba que hiciese eso.

—Sí; ya se lo he dicho.

—Tardaré una media hora en estar lista. ¿Me esperará ahí?

—Sí, sí.

—Muy bien, señor Mason. Hasta luego.

Se oyó cortar la comunicación y Mason colgó el auricular. Seguidamente, se encaminó al despacho de Della Street. Tragg, sentado frente a la mesa, miraba fijamente al teléfono.

—¿Y bien? ¿Qué le ha parecido? —le preguntó Mason.

—Pues que si mañana hace subir a esa mujer al banquillo de los testigos, su cliente quedará tan libre como el aire.

—¡Menudo peso me acaban de quitar de los hombros! —suspiró Mason—. ¿Y usted, cómo se siente, Tragg?

—Como si estuviese en el mismísimo infierno.

—¡Caramba! ¿Por qué motivo?

—No creo que Greeley le robara el auto a Homan. Si guiaba su auto, era con pleno consentimiento de éste, lo que quiere decir que ahora tengo que ir tras de Homan. Y usted sabe lo que esto significa para mí.

—Creo que existen evidencias suficientes como para justificar su…

—No se trata de que mi conducta tenga o no justificación, Mason. ¿Por qué no me hace un favor? Usted podía muy bien dar la cara por nosotros.

—¡Me gusta su desparpajo, Tragg! Cuando el Departamento de Policía necesita que le saquen las castañas del fuego, entonces me brinda generosamente la colaboración, pero…

—¡Tonterías! Recuerde que yo también le hablé espontáneamente de lo de las llaves.

—Pero con una intención no muy sana. ¡Vamos!, reviente de una vez: ¿qué pretende usted de mí?

—Algo muy sencillo: cuando mañana interrogue de nuevo a Homan, ocúltele lo de la camisa y maréele a preguntas sobre las tres llaves. Vea si puede cogerle en alguna contradicción y, cuando lo consiga, apriétele bien los tornillos.

—No me parece mal, Tragg, pero antes quisiera reflexionar un poco sobre este asunto.

—Bien. Entretanto me iré en busca de esos «sandwiches». ¿Se anima a acompañarme, Drake?

—Lo siento —denegó el aludido—. Usted, a veces, es un gran tipo, Tragg, pero no creo que pueda bailar con usted.

—¿De qué demonios me habla?

—Della Street va a volver. Mason nos ha convidado a cenar y yo ya me había hecho a la idea de bailar con Della.

—No es usted tonto —le dijo Tragg sonriendo.

—Pues tal como se presentan las cosas —opinó Mason—, no creo que la cena sea muy larga ni divertida. Probablemente nos tendremos que conformar con un «hot dog» o algo así.

—De todas formas, me quedaré —decidió Drake.

—Bueno, entonces me largo —anunció Tragg, haciéndose cargo de su sombrero y dirigiéndose a la puerta—. Y no quisiera presionarle. Mason, pero creo que sería una buena idea si se decidiese a echarnos una mano. Alguna vez puede necesitar de nosotros y…

—Está bien. Pero antes tengo que cerciorarme de que no perjudico a los intereses de mi cliente.

—¡Pero si ella ya está completamente al margen del asunto! En cuanto a la señora Greeley abra el pico…

—Ya le digo que lo pensaré, Tragg. Antes quiero aclarar ciertos puntos de vista.

—Bueno, dentro de veinte minutos estaré de vuelta.

Salió el teniente del despacho y Paul Drake se dirigió a Mason,

diciéndole:

—¿Por qué no has accedido, Perry? Su idea es muy razonable.

—Ya lo sé. Pero no quería hacérselo ver a las claras. Deseo evitar que se haga a la idea de que puede echar mano de mí en cualquier momento, e imponerme su voluntad.

—Bueno, ya lograste sacar a la chica del enredo.

—Sí; y, ahora en serio, pensaba hacer lo que me ha pedido Tragg, me lo hubiese sugerido o no; detesto ver a un hombre adinerado apretándole las tuercas a una pobre muchacha, para verse libre de su enredo.

—¿Por qué procederá así Homan? ¿Sólo para evitarse pagar unos cuantos miles de dólares? Yo pienso que un hombre de su posición, que gana tanto dinero, debería…

—No reparar en gastos, ¿verdad? —completó Mason—. Eso es lo que hace en el curso de una fiesta, en Tiaprana o en Palm Springs, pero cuando se trata de algo como ahora, se siente tan tacaño como un usurero. Creo…

Sonó de nuevo el teléfono y Mason se interrumpió, asiendo el auricular.

—¡Diga!

La voz de Hortense Zitkousky sonó tensa, con una vibración nerviosa.

—¿Es el señor Mason?

—El mismo.

—Le habla Horty. Oiga, señor Mason, tiene que venir en seguida.

—¡Diablo! ¿Qué pasa?

—No se lo puedo decir por teléfono.

—Temo que no podré ir. Aguardo a una mujer que me trae algo que demostrará la completa inocencia de su amiga…

—Se trata de una cosa muy… muy importante.

—¿Dónde está usted?

—En el hotel Adirondack, cuatro, cinco, veintiocho. Cuanto antes venga será mejor.

—¿No puede adelantarme nada más?

—No… Sólo le ruego que venga inmediatamente.

—Está bien. Espéreme en el vestíbulo.

—Será mejor que le aguarde en el cuarto, señor Mason.

—De acuerdo.

—¿Quién es? —indagó Drake, cuando el abogado colgó el auricular.

—Hortense Zitkousky. Le ha debido suceder algo grave. Nadie me hubiese movido de aquí, pero esa muchacha no es de las que hablan a humo de pajas; posee un sentido de orientación tan fino como el de una paloma mensajera.

Mientras hablaba se ponía el abrigo que había cogido del ropero, se encasquetaba el sombrero y se dirigía a la puerta, desde donde se volvió para decirle a Drake:

—Hazte cargo de la oficina en mi ausencia. Creo que estaré de vuelta antes de que llegue la señora Greeley. Si se presenta Tragg, dile que fui a ver a Stephane Claire para solicitar su consentimiento antes de aceptar su propuesta; una mera formalidad que impone la ética de mi profesión. Explícaselo así.

—¿No sonaría mejor si le dijese que antes le telefoneaste para comunicarle eso mismo y que, en vista de que no te pudo entender, decidiste entrevistarte personalmente con ella?

—Tal vez, sí. En tu mano lo dejo. Hasta luego.

Se encaminó a la parada de taxis frente al edificio, y ascendió a uno de ellos.

—Al hotel Adirondack. Y maneje el coche como si lo llevara el mismo diablo.

—Puedo estar allí en cinco minutos —respondió el chófer.

—En cuatro sería mejor todavía.

El taxi salió disparado. Mason se mantenía en el borde del asiento, con la mano asida al picaporte de la portezuela, contemplando por el cristal el tráfico callejero. Empezaron a caer unas gotas y, cuando el taxi se detuvo al fin frente al hotel, ya llovía copiosamente.

—Si se decide a bajar por este lado, ahorrará un minuto lo menos —le dijo el chófer—. Yo tengo que dar la vuelta.

—Muy bien —aprobó Mason, abriendo la portezuela.

—¿Tengo que esperarle?

—Sí.

—Estaré frente a la puerta.

Mason atravesó corriendo la calle, bajo la lluvia. Se adentró en el edificio y cruzó rápidamente el vestíbulo, entrando en el

ascensor.

—Planta cinco, por favor.

El ascensorista le miraba con curiosidad, como si tratara de adivinar si Mason sería huésped del hotel o un simple visitante. Cuando puso el pie en la plañía quinta, dobló, sin la menor vacilación, por el pasillo de la izquierda y avanzó por él y, una vez que el ascensor inició el descenso, consultó los números de las puertas. Tuvo que retroceder, pasando de nuevo frente al hueco del ascensor. Finalmente, encontró el número que buscaba y golpeó en la puerta con los nudillos.

—¿Quién? —indagó desde dentro, en voz baja, una mujer.

—Mason.

Se abrió la hoja y Hortense Zitkousky asomó la cabeza.

—Creí que no llegaba, señor Mason. Entre. La muchacha estaba asustada. El carmín de las mejillas y el «rouge» de los labios destacaban aún más, por contraste, la palidez del resto de la cara.

—¿Qué ha ocurrido? —indagó el abogado, una vez dentro.

Horty cruzó el dormitorio y se detuvo junto a otra puerta con la mano en el picaporte.

—Entre usted mismo y lo verá —invitó.

Mason avanzó, impaciente, y franqueó la puerta, frenando de golpe su marcha, ante el espectáculo que se ofreció a sus ojos.

Se trataba del cuarto de aseo. Sobre el borde de la bañera se doblaba el cuerpo de un hombre, con la mitad superior dentro de ella. Mantenía los brazos abiertos. De la parte posterior de la cabeza, cerca de la base del cráneo, surgían siniestros regueros rojizos que corrían por su cuello y su mandíbula hasta desembocar goteando en la bañera. En el suelo de baldosas aparecía una almohada, de la que se habían desprendido una gran cantidad de cianeas y esponjosas plumillas, que se esparcían por y sobre el cadáver. Un acre olor a pólvora quemada se percibía débilmente en la estancia; en uno de los rincones vio Mason el casquillo ya vacío de una automática de pequeño calibre. Relucía como si fuese de oro recién fundido.

—Lo siento —dijo Horty—. Ya ve que no podía decírselo por teléfono. ¡Qué espanto, señor Mason! Me siento como una solterona histérica.

—Váyase al dormitorio —ordenó el abogado secamente.

Se inclinó para examinar el orificio dejado por la bala. En sus bordes se apreciaban pequeñas marcas de pólvora. También en la funda de la almohada Observó un orificio de bordes amarillentos. Después asió la muñeca de la victima.

—Está tan muerto como un arenque ahumado —dijo Hortense, que seguía en el umbral.

Mason no se dignó responder y le dio la vuelta a la cabeza, para ver el rostro. Era Ernest Tanner, el chófer de Homan.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —preguntó por fin Mason, dirigiéndose a la muchacha, que ya se internaba en el dormitorio.

—Pues no sé, señor Mason. Yo, como usted sabe, trataba de cazar una buena pieza. Estaba resentido con Homan y no tardé en darme cuenta de que debía saber algún secreto de su patrón. Entonces me propuse animarle bien. Usted ya debe saber lo que pasa con estas cosas. El pobre no tardó mucho en entusiasmarse y comenzó a hacer el pillín.

—¿Y usted qué hizo?

—¿Qué podía hacer? ¿Cree que se puede engatusar a un hombre y luego, cuando el infeliz está la mar de contento, decirle: «Si te vi no me acuerdo», dejándole con la cara así de larga? ¡Ca, no, señor! Eso no es para mí. Me lié la manta a la cabeza y me lo traje muy bien atado de una cuerdecita.

—Bueno, ¡venga! —apremió Mason, consultando su reloj de pulsera—. Vayamos a los detalles concretos. ¿Cómo ocurrió el hecho?

—¡Y yo que sé! Ojalá lo supiera.

—Tenemos que avisar a la policía; de modo, que no pierda el tiempo.

—¡Pues, déjeme que le explique lo que sé…! Verá; creo que el pobre se encontraba demasiado bien. Traté de que se sintiese jovial y a sus anchas, y me parece que se me debió pasar la mano. Le insinué que podría vengarse de Homan, proporcionándole una escapatoria a Stephane. Al principio se mantuvo con el pico bien cerrado, pero poco a poco, conseguí que se le fuese soltando la lengua. Comprendí que ya lo tenía de humor para que desembuchase lo que sabía y, entonces, decidí traérmelo aquí.

—¿Pretendía ponerlo en contacto con Stephane?

—No; con su tío. Discurrí que un hombre podría mejor…

—¡Ya entiendo! ¿Y qué pasó?

—Conseguí mi propósito, y lo traje al Adirondack. Cuando entramos, me di cuenta de que el hombre llevaba en la bodega demasiado cargamento líquido; eso sí, se manifestaba propicio a las confidencias. En estas circunstancias, una chica debe pensar de un modo rápido. Le dije que me disculpara por unos momentos y marché para telefonear al cuarto de Stephane, pero ella no estaba allí. Entonces telefoneé a su tío, pero tampoco obtuve respuesta. En vista de ello, como no quería que se me soltase, me decidí a llevarlo al cuarto del tío de Stephane y una vez en él, esperar a que éste llegase. Y eso fue lo que hice; traérmelo aquí.

—¿Y cómo pudo entrar? ¿Estaba la puerta abierta?

—No. El conserje conversaba muy animadamente con un individuo y yo me aproximé al mostrador pidiéndole la llave del cinco, veintiocho. El conserje la cogió y, sin mirarme, la puso sobre el mostrador, mientras proseguía la charla con el fulano. Regresé adonde estaba Tanner y me hice cargo de él. En cuanto entramos, Tanner que ya estaba mareado, no se sintió bien y se fue de cabeza al cuarto de baño. Yo ignoraba cuándo podría ponerme en contacto con Stephane o con su tío y, entonces, se me ocurrió llamarle a usted, para que viera de localizar en seguida al señor Olger, o, si lo consideraba mejor, que usted se llegase aquí a entendérselas personalmente con él. No me gustaba molestarle, pero…

—Siga.

—Bueno, ya sabe lo que ocurre con las habitaciones de los hoteles. Es imposible telefonear desde ninguna de ellas sin que la persona que está en el cuarto de baño adjunto se entere perfectamente de todo lo que se habla. Calculé que Tanner seguiría ocupado un buen rato todavía en el cuarto de aseo y me decidí a bajar a una de las cabinas del vestíbulo. Descendí en el ascensor. Su teléfono comunicaba continuamente y, al final, desistí, pensando que si Tanner notaba mi ausencia podía muy bien salir a buscarme, armando un buen barullo. Entonces cogí de nuevo el ascensor y me encaminé hacia aquí. Noté en seguida que la puerta que da al pasillo estaba entornada.

—¿La había cerrado con llave al bajar?

—No. Sólo con el picaporte.

—Continúe.

—Es todo lo que sé, señor Mason. Al no sentir el menor ruido en el cuarto de baño, llamé en la puerta por dos veces, después la abrí y… ¡vaya susto!

—¿Desde dónde me llamó últimamente? ¿Por qué teléfono?

—Por el de este cuarto. Estaba demasiado asustada para reflexionar lo que me convendría hacer. ¡Qué lío! ¿Verdad, señor Mason?

—¿Usted sabe si Stephane habrá salido sola?

—No lo creo.

—Entonces, probablemente estará con su tío y con el simple del pretendiente.

—Con su tío nada más. Ese chico tan bueno se encontraba sentado en una banqueta del bar del Adirondack rumiando su pena a solas. Lo vi cuando Tanner y yo cruzábamos por el vestíbulo.

—¿La vio él a usted?

—No creo; al menos no dio señales de notar mi presencia. Ya le digo que estaba muy triste…

—¿Dónde queda el cuarto de ese joven?

—En este mismo piso, cerca de aquí.

—¿Qué ha tocado usted de esta habitación? Quiero decir, sin guantes.

—Nada. Los he tenido puestos desde que entré.

—Bueno, pues ahora tiene que largarse en seguida.

—¿Quiere decir…?

—¡Lo que ha oído! Tanto Stephane como su tío contarán con una buena coartada. Si usted le cuenta todo esto a la policía se verá envuelta en un lío de mil diablos. Se sabrá que usted es amiga de Stephane y que sacó a este hombre de paseo, emborrachándolo para, después, traerlo al cuarto de Max Olger, en donde ha sido asesinado. Cuando usted declare que lo dejó solo durante unos minutos y que cuando volvió ya estaba muerto, se van a morir de risa… El asesino ya contaba con que usted le cubría las espaldas. Creo que cuento con una buena probabilidad de desenmascarar al autor de este sangriento enredo, pero necesito tener las manos libre y, si ahora llamamos a la policía, eso no será posible. Se echarán sobre Stephane, sobre usted y sobre mí y, cuando el lío se haya aclarado, el asesino puede estar lejos. Solo necesito poseer una certeza.

—¿Cuál?

—¡Míreme!

La muchacha se inmovilizó de cara al abogado, abriendo los ojos.

—¿No lo mató usted?

—¡Por los clavos de Cristo, no!

—La creo. Y, ahora, manos a la obra. Es la única salida que queda para poder desenredar la madeja, aunque me la pueda cargar si alguien se entera de que yo le he dado este consejo.

—Puede confiar en mí, señor Mason.

—Así me parece. ¡En marcha!

—¿Qué hacemos con la llave del cuarto?

—Abandonarla disimuladamente en el mostrador del conserje. Usted, que lleva guantes, se encargará de ello. Cuando cierre la puerta se la guarda. Y, ahora, atienda a esto: En estos lugares siempre llama más la atención una mujer sola que cuando va acompañada. Quizá el muchacho del ascensor se acuerde de su cara y de la mía, pero no recordará a qué piso subimos ni si vivimos aisladamente o en compañía. Bajaremos por la escalera hasta el tercer piso, y allí cogeremos el ascensor. ¡Vamos!

Mason esperó en el corredor a que Horty cerrase la puerta con llave; luego la cogió del brazo y caminaron por el pasillo. Llegados a la escalera, descendieron por ésta hasta la tercera planta y allí se pararon frente al ascensor. Mason se dio cuenta de que la mano que Horty mantenía apoyada en su brazo temblaba.

Pulsó el botón de llamada y, cuando el ascensor se detuvo, penetraron en él. Lo manejaba el mismo muchacho que los subiera. Dirigió a ambos personajes una mirada distraída, cerró la puerta plegable y dio a la palanca, parando en el vestíbulo.

—Agárrese a mi brazo y no mire al conserje —le dijo Mason en voz baja cuando empezaron a caminar—. Pasaremos rozando el mostrador. Deslice sobre él la llave, con toda suavidad, sin el menor ruido.

El juego resultó perfecto. Cerca de la puerta de salida volvieron a detenerse.

—¿Y, ahora, qué? —preguntó Horty.

—Afuera me espera un taxi y no quiero que el conductor la vea conmigo. A los pocos momentos de salir yo, lo hace usted. Camine

hacia la esquina y coja un autobús. A la segunda y tercera parada bájese, y tome un taxi hasta su casa.

—¿Por qué? ¿Puedo coger otro autobús?

—Es necesario que sea un taxi. Actúe como si, por haberse mostrado demasiado atrevido el hombre, usted hubiera dado por terminada la fiesta, marchándose a casa.

—¿Y por qué no en autobús?

—Él la habría seguido, subiendo también en él. Por eso, usted corrió y cogió un taxi, ¿me entiende? Cuando deje el autobús, corra hacia el primer taxi que vea, como si tuviese mucha prisa, salte a él y dé su dirección. ¿De acuerdo?

—Sí.

—¿Lleva dinero?

—Un poco.

—Tome esto —le dijo Mason deslizando un billete en su mano— y no pierda la cabeza. En cuanto llegue a su casa, bébase una taza de café bien cargado.

—¡Es usted un tipo estupendo! —murmuró Horty sentidamente.

—Es la única manera de poder echarle el guante al criminal y de sacar a Stephane del embrollo. Lo de Greeley ya no fue grano de anís, pero esto de ahora le da ciento y raya… ¡En su mismo cuarto…! En fin, mantenga la cabeza bien firme, y no haga que me enoje.

—No lo haré, señor Mason.

El abogado presionó afectuosamente en su brazo y salió a la calle. El taxi avanzó, parándose al borde de la acera.

El portero, que sostenía un paraguas abierto, acompañó a Mason hasta la misma portezuela del vehículo.

—¿Adónde? —preguntó el chófer.

—Al mismo sitio dónde subí antes.

Mason se retrepó sobre el respaldo, encendió un cigarrillo y suspiró profundamente.

Capítulo 17

Paul Drake, cómodamente arrellanado en el sillón, con ambos pies sobre la mesa, leía la sección deportiva del periódico de la tarde, cuando Perry Mason abrió con su llave la puerta del despacho.

—¡Caramba! Pronto has vuelto —dijo Drake retirando la vista del diario.

—¿Dónde está Tragg?

—Todavía no ha regresado.

—Pues ya ha pasado media hora —observó el abogado, consultando el reloj.

—No creo que tarde. ¿Para qué te quería la chica?

Mason avanzó hacia el ropero, en donde colgó el abrigo y sombrero, mientras decía:

—Nunca pensé que esa chica fuese tan excitable.

—¿Qué ocurrió?

—¡Oh, nada! El chófer se emborrachó, le hizo ciertas insinuaciones y la muchacha cogió un taxi, dejándolo plantado. Ahora tiene miedo de haberle convertido en un enemigo y no poder obtener ya el menor informe para nosotros.

—¿Y qué hiciste tú?

—Le obligué a tomar un café para que se serenara y le dije que se olvidase del asunto; que ya nos ocuparíamos nosotros de hacerle hablar al hombre. También le advertí que no se le ocurriese volver a telefonearme a estas horas. Lamento haberme equivocado con ella; siempre creí que tendría más juicio. ¿No ha telefoneado la señora Greeley?

—No.

—Pues ya debería estar aquí. Me dijo…

—Oye, Perry —le interrumpió el detective—; eso que me has

contado me huele a rayos.

—¿A qué te refieres?

—A esa historia sobre la llamada de la Zitkousky.

—Bueno, entonces, la cambiaré —sonrió Mason—. ¿Qué es lo que te huele mal en ella?

—Que haya sufrido un ataque de histerismo porque el fulano se haya permitido ciertas libertades. Esa muchacha es condenadamente atractiva y de un carácter tan abierto y campechano, que no concibo…

—Está bien. Ya te digo que la cambiaré. Gracias.

Drake le miró con las cejas fruncidas.

—¿Y se puede saber a cuento de qué?

—Tenía que dorarle la píldora a Tragg.

—¿Por qué…? ¡Cuidado, Perry! Creo que se acerca alguien. Parece una mujer.

Mason avanzó hacia la puerta que comunicaba con el pasillo, mientras replicaba:

—Hasta donde puedas, sostén que yo no he abandonado la oficina, Paul. Esto suena mejor que tratar de convencer a Tragg de que la chica se hizo la puritana con su amigo.

Abrió la puerta. La señora Greeley, vestida de negro, estaba de pie cerca del umbral, con un pequeño maletín de mano.

—¡Pase, señora! —la invitó Mason, haciéndose cargo del maletín.

Entró la visitante y Mason, después de cerrar la puerta, se dirigió a ella, señalándole un sillón.

—Haga el favor de sentarse. Lamento haberle causado esta molestia.

—No se preocupe, señor Mason. Si he de serle franca, le diré que prefiero haber venido a quedarme en casa sola, sin hacer nada. Me siento tan desolada, tan…

—Comprendo.

—Creo que nunca nos hacemos cargo del valor de lo que nos rodea por considerarlo inconmovible, tan seguro… —sonrió con tristeza—. Hace sólo una semana me veo alborotando estúpidamente porque mi marido se veía obligado a trabajar sin cesar, incluso por las noches, y ahora… ahora… Bueno, será mejor no seguir por este camino. Me gustaría tener alguna ocupación,

trabajar, poder asirme a algo que… ¡La muerte es un final tan terrible, señor Mason! Jamás me había herido tan de cerca. Me siento como si lo ocurrido hubiese socavado mi fe en… todo. Y lo espantoso es que nadie parece capaz de decirnos algo que verdaderamente nos sirva de consuelo. La muerte es… cruel, terrible.

—No más terrible que el nacimiento, señora —dijo Mason—. Tan incomprensible como la vida misma… como el espectáculo del cielo, en noche estrellada. Si nuestros ojos pudieran abarcar el global engranaje de la vida en el Universo, la muerte cobraría su justa significación y no nos asustaría, como no nos asusta el nacimiento de un nuevo ser.

—Por favor, continúe —le rogó la visitante—. Creo que es lo único sensato que he oído en todo este tiempo. Estoy cansada, asqueada de escuchar continuamente la misma frase hipócrita y rutinaria: «Todo sea para mayor bien». «Todo sea para mayor bien…». ¿Cómo puede la muerte de Adler servirme para mayor bien? ¡Bah…! ¡Palabras!

—Para los humanos, la vida es un enigma insondable —prosiguió Mason—. Supongamos que pudiésemos olvidarnos por completo de todo lo sucedido en días anteriores, que una buena mañana abriésemos los ojos sin la menor conciencia del ayer. Nos sentiríamos pictóricos de energías; el rocío brillaría sobre la hierba; un sol cálido y centelleante inundaría de luz la tierra; los pájaros cantarían en sus ramas y uno pensaría que la naturaleza era algo maravilloso. Luego, a medida que el sol fuese ascendiendo en el cielo, iría cediendo en nosotros la primera exaltación y, al mediodía, ya nos sentiríamos más sosegados, tranquilos. Pero el cielo amistoso se iría cubriendo de nubes hasta mostrarse de un gris ceniciento, amenazador. Y, de pronto, estallaría la tormenta, con su corte de rayos y truenos, entre cataratas de agua. El tema haría presa en nosotros y correríamos enloquecidos.

»Más tarde, las nubes se retirarían y el sol volvería a lucir en una atmósfera pura y diáfana. La confianza tornaría a posesionarse de nuestros ánimos y miraríamos el mundo con ojos nuevos, experimentados.

»Pero el tiempo pasaría. Veríamos que las sombras se alargaban, que el sol desaparecía poco a poco y que pronto nos envolverían las

tinieblas. El terror apuntaría de nuevo en nuestros corazones, pero el cansancio lo iría acallando. Nos lamentaríamos de que acabase tan tristemente lo que de modo tan hermoso había comenzado. Lucharíamos por retener la fe en la vida tan gloriosamente entrevista horas antes, pero la batalla sería inútil porque el cansancio nos invadiría más y más.

»Nuestros seres queridos, sentados junto al fuego, mostrarían los mismos signos de invencible fatiga. Sus cabezas se inclinarían hacia adelante, se les cerrarías los ojos… Y uno experimentaría idénticos deseos de yacer junto a ellos, de abandonarse, aun sabiendo que la fatal inconsciencia descendería sobre todo nuestro ser, borrándonos del mundo para siempre…

Mason hizo una pausa, sonrió y dijo:

—¿Comprende lo que quiero insinuar con esta especie de alegoría? Bien sabemos nosotros que todos los fenómenos descritos son partes integrantes de la vida; que esa inconsciencia, sólo es sueño, cansancio pasajero, y que en el curso de unas horas, los ojos se abrirán de nuevo, brillará otra vez el sol y los pájaros tornarán a sus cantos; que todo ese terrible aparato de rayos y truenos, se reduce a una simple y pasajera tormenta, de que la Naturaleza se vale para transportar el agua de los mares a las montañas, a fin de alimentar los arroyos y ríos que después fertilizarán los campos; que el sueño significa reparar fuerzas para un nuevo día, en un acorde con la sabia Naturaleza. Todo esto lo sabemos. Pero, ¿y si lo ignorásemos por completo? ¿Juzgaríamos las mismas cosas de idéntico modo? Esta es la consideración que quería ofrecerle, señora.

La señora Greeley asintió suavemente con la cabeza. Después suspiró. Mason terminó, diciendo:

—La vida es así. Sólo podemos contemplarla desde el nacimiento a la muerte, desde la salida hasta la puesta del sol. El resto, la noche, permanece oculta a nuestras miradas.

—¡Que me ahorquen! —exclamó en aquel punto Drake, que escuchaba al abogado con la boca abierta.

—¿Qué te ocurre, Paul?

—¡Demonio! Jamás me figuré que fueses un místico. Me has dejado turulato.

—No soy un místico —sonrió Mason—. Me he limitado a aplicar

lo que podríamos llamar la lógica legal al esquema de la existencia. Nunca suelo hablar de estas cosas, pero pensé que la señora Greeley lo necesitaba.

—¡No sabe cuánto se lo agradezco, señor Mason! —exclamó la mujer con un timbre de emoción en su voz—. Sus palabras me han hecho mucho bien. Me siento como si estuviese a punto de recobrar mi fe…

—No creo que la haya perdido nunca, señora Greeley. Las palabras sólo avivan lo que hay en nosotros.

—¡Muchas gracias, señor Mason! Creo que ya me siento mejor. Después de todo la muerte sólo es un sueño, tiene que serlo… Estoy avergonzada de mí misma. Dudé, cuando… ¿Viene alguien?

En efecto, se percibía claramente el ruido de alguien que avanzaba rápidamente por el pasillo.

—Debe ser el teniente Tragg. Supongo que ya lo conoce.

—¡Oh, sí!

Golpearon con los nudillos en la puerta y, a una indicación de Mason, Drake se alzó para franquear la hoja y dar entrada al teniente.

—Siento haberme retrasado —dijo el recién llegado—. ¿Cómo está, señora Greeley?

—Perfectamente, teniente. He venido a enseñarles algo.

Mason le entregó el maletín, que la mujer dispuso a sus pies, en el suelo, abriéndole, para sacar de él una arrugada camisa que, después, extendió, mostrándola. Sobre la almidonada pechera se apreciaba una raya roja de unas cinco pulgadas de longitud y, más arriba, la huella de unos entreabiertos labios femeninos.

Los tres personajes se inclinaron sobre la prenda.

—Observen —decía Tragg—. Se puede apreciar el lugar donde fue aplicado el dedo primeramente. Aquí. Luego la línea continúa para, al final, debilitarse y desaparecer. La muchacha trataba sin duda de apartar de sí al hombre.

—Así parece ser —asintió Mason.

—¿Ha traído algo más, señora Greeley? —preguntó el teniente, echándole una mirada al maletín.

—Pues, sí. El señor Mason me dijo que buscara el «smoking» de mi marido y aquí traigo la chaqueta. No tiene mancha alguna.

Sacó la prenda y Tragg la cogió para inspeccionarla

detenidamente a la luz de la lámpara que había sobre la mesa.

—No veo nada —le dijo finalmente a Mason.

—Si esa joven está diciendo la verdad —intervino la señora Greeley—, ¿no cree que debería haber alguna mancha?

—Tal vez —repuso Tragg.

—Ella se hizo algunos cortes al sobrevenir el accidente, ¿verdad?

—Sí, algunos.

—Pues de ir mi marido guiando el auto, la muchacha hubiese quedado encima de él, porque el coche volcó de ese lado. Y si salió del auto por la ventanilla, tuvo que apartar a la joven que, si estaba herida, dejaría alguna mancha de sangre en sus ropas.

—¿Qué pretende decir? —inquirió el teniente.

—Creo que es bien clara mi posición —explicó la señora Greeley —. Les he traído la camisa porque pensé que ese era mi deber, aunque pueda esgrimirse como una prueba contra Adler. Pero, comprendan mi situación. Mi esposo y yo siempre vivimos unidos. No quisiera ponerme sentimental, ni imponer mi pena a nadie, pero si quisiera que se llegase a la justa solución, después de examinar escrupulosamente todas las posibilidades. Me resisto a creer que Adler fuese guiando el auto.

—No comprendo, señora Greeley —le dijo Tragg—. ¿Frente a la evidencia de estas manchas en la camisa, duda todavía de que su esposo fuese conduciendo el coche?

—Sí. Adler no se habría comportado jamás como el hombre que viajaba con esa chica.

—¿Quiere decir que no habría tratado de besarla ni…?

—¡Oh, nada de eso! —le interrumpió la señora—. Esa muchacha que ahora se finge tan formalita, pudo muy bien mostrarse en el auto insinuante y entusiasmar a mi marido, sobre todo sí éste se sentía algo alegre. Adler no era ningún santo en este sentido, como no lo son la mayoría de los hombres. Me refería a otra cosa, a que Adler no habría escapado del coche dejando a esa joven abandonada tras el volante. Él era incapaz de hacerlo; no encaja en absoluto con su modo de proceder.

—Pues tiene que haberlo hecho —intervino Mason.

La señora Greeley denegó tercamente con la cabeza, al tiempo que respondía:

—Tiene que haber algo más en el asunto, que desconocemos, señor Mason. Si mi marido iba al volante y se marchó, abandonando a su cliente, es porque alguien le forzó a proceder así; alguien que iba oculto en la parte de atrás, en la maletera… o que le iba siguiendo. Sólo así me lo explico.

—¡Espere un momento! —rogó Tragg—. Eso puede ser una teoría. Los hechos señalan que en el accidente intervinieron varios coches y que se produjo una gran mezcolanza de vehículos.

—Alguien —subrayó la señora Greeley con gran convicción—, obligó a Adler a salir del auto, le llevó lejos del lugar del accidente y le forzó a guardar silencio. Cuando hayan encontrado a esa persona, habrán encontrado al asesino de mi esposo y… —rompió en sollozos y, cuando logró recobrarse, añadió—: Perdonen que me haya dejado llevar de los nervios.

—No se preocupe, señora —le dijo Mason—. Y, ahora, si lo desea, ya puede marcharse. ¿No es así, teniente?

Tragg asintió con la cabeza y la mujer se puso de pie, tendiendo la mano al abogado y diciéndole:

—La primera vez que le vi, aunque reconozco que su conducta me irritó bastante, ya me hizo usted buena impresión, señor Mason. Hoy… Bueno, espero que comprenderá lo que quiero decirle: ¡Muchas gracias!

Soltó la mano del abogado, sonrió a Tragg y, con una inclinación de cabeza dedicada a Drake, salió del despacho.

—¡Bueno! —exclamó Drake cuando cerró la puerta—, que me ahorque si, en el pellejo de Greeley, hubiese tenido yo devaneos con otra mujer. Y, ahora, Perry, permíteme que te felicite. Estuviste colosal.

—¿Me perdí algo? —indagó Tragg.

—¿Que si se perdió algo? No lo sabe usted bien. Que me piquen y me siembren como semilla de melón, si Perry no pronunció hoy el más hermoso sermón que se haya oído nunca sobre la vida, la muerte y todas esas cosas tan tremendas.

Tragg miró interrogativamente a Mason, que reía.

—No le haga caso, teniente. La señora Greeley se sentía bastante abatida y yo traté de animarla con consideraciones de filosofía barata. Pero, vayamos al asunto. ¿Algo nuevo?

—Sí. Traigo algunas noticias —anunció Tragg—. No pude venir

antes porque estuve colgado del teléfono, en la cabina del restaurante. Volví locos a los muchachos, pero algo se ha logrado, un hombre, vestido de etiqueta, cogió en San Francisco el avión para Fresno, el miércoles, diecinueve, a las dos de la madrugada.

—¿A qué hora pudo llegar a Fresno?

—A las tres o poco más. Ahora se está tratando de localizarla en esta última población.

—¿Se sabe con qué nombre solicitó el pasaje?

Tragg esbozó una mueca antes de responder:

—L. C. Spinney.

—¿Cuánto tardará en saber algo de Fresno?

—El informe debe estar ya al caer —apreció Tragg.

—¿Saben en la Jefatura que está usted aquí? ¿Le Telefonearán a mí despacho en cuanto sepan algo?

—Seguro.

—Bueno, creo que empezamos a desenredar la madeja. Las piezas van encajando.

—Lo que no me gusta ni pizca, es lo de esa señora Warfield. Se ha esfumado como un fantasma. Es absurdo que, sin más ni más, se haya marchado de un hotel, sobre todo en una ciudad donde no conocía a nadie.

—¿Se ha olvidado de la amiga de la cafetería, teniente? —sugirió Drake.

—Claro que no. La hemos interrogado y no sabe nada. De todas formas, la seguimos vigilando. Sólo logramos averiguar que, después que la señora Warfield consiguió el empleo, alguien se pasó por la cafetería para soplarles que aquella mujer tenía en la cárcel al marido, a quien le enviaba dinero. Naturalmente, al enterarse, los de la cafetería se echaron atrás en seguida.

—Pero, ¿cómo pudo enterarse el soplón de que le habían ofrecido ese empleo a la señora Warfield? —preguntó Mason—. Sólo Spinney podía saberlo.

Tragg sonrió y dijo:

—La descripción del tipo que dio el chivatazo, corresponde a la de Greeley.

Drake lanzó un silbido, mientras el teniente proseguía dirigiéndose a Mason:

—Usted señala a Homan, y los síntomas parecen darle la razón.

Se interrumpió al escuchar el ruido de unos pasos que se apresuraban por el pasillo, en dirección a la oficina.

—Esta noche hay procesión de visitantes —observó Drake.

—Probablemente será Della —opinó Mason.

En efecto, se abrió la puerta y Della Street irrumpió en el despacho, diciendo:

—Confío en que no hayan esperado mucho… ¡Oh! ¡Buenas noches, teniente…!

Y como mirase significativamente a su jefe, éste sonrió, diciéndole:

—Por el momento, Della, el teniente. Tragg forma parte de la pandilla. Acontecimientos imprevistos han aconsejado la adopción de tal medida. La policía está de acuerdo en reconocer que Stephane Claire es inocente del homicidio por imprudencia que se le imputa, y yo, aunque se resista a creerlo, colaboro ahora con ella.

Della Street fijó sus ojos en la camisa que reposaba sobre la mesa del despacho.

—¿Cómo vino esto aquí?

—Lo trajo la señora Greeley. Pertenecía a su marido. La encontró después de su muerte, entre la ropa sucia.

—¡Ya comprendo! Presumo que al lado de esto, mis descubrimientos ya no les llamarán la atención.

—Pues yo creo que más que nunca —estimó Mason, que se dirigió a Tragg diciéndole—: Della fue a ver si averiguaba algo más sobre Homan.

—Me gustaría saber lo que ha descubierto —dijo Tragg, mirando a la muchacha con franca complacencia.

—¡Adelante, Della! —animó Mason.

—¡Oh, ese Hollywood es terrible! Creo que les podré contar algo.

—Descargue de una vez las murmuraciones.

—Pero, ¿es que no vamos a cenar?

—Tragg ya lo hizo —explicó Mason, que señaló hacia el teléfono, añadiendo—: Ahora espera un informe y…

—Maldito si fue aquello cena —interrumpió el teniente—. De buena gana me comería en este momento un buen «bistec». Puedo telefonear a la Jefatura, indicándoles el lugar adonde vayamos y así…

—Es usted el hombre de las grandes ideas, teniente —le dijo Della—. Lo digo porque estoy materialmente hambrienta y eso del «bistec» debe ser muy emocionante.

Mason, que había cogido de la mesa un grueso volumen legislativo, lo alzó amenazadoramente sobre la cabeza de Della, diciéndole:

—¡Hable antes de que descargue sobre usted todo el peso de la ley!

—¡No sea aguafiestas! —le replicó la secretaria con un brillo malicioso de los ojos—. ¿Es ese el modo de recompensar mis desvelos?

—Della tiene razón. ¡Vamos! —se decidió Drake poniéndose en pie—. Llegó el día en que cene a costa tuya y baile con tu secretaria.

—¡Alto, amigo! —le atajó Tragg con severidad—. Mi condición de representante oficial de la ley me concede la facultad de reclamar la prioridad de esos derechos.

—La edad viene después de la belleza, teniente —replicó Drake.

—¿Y yo? —preguntó Mason—. ¿Es que no cuento para nada?

—¡Claro que sí! —exclamó Drake—. Tú eres el anfitrión y debes afanarte para que tus invitados se diviertan de lo lindo, ¿verdad, Della?

—¡Claro!

—Bueno, vamos. Ya me convencerás por el camino —repuso Mason, alzándose.

—Póngase la gabardina, que está lloviendo —le advirtió Della.

Mason se enfundó en la prenda y después se colocó el sombrero.

Tragg parecía mirar al abogado con ojos especulativos. De pronto, sacó un cigarrillo y dijo:

—Oiga, Mason; pienso ahora que es usted un hombre condenadamente hábil.

—No lo sabe todavía bien —le replicó Drake.

Apagaron las luces y salieron al corredor, cerrando la puerta con llave.

—El Adirondack sería un buen sitio —propuso Della, mientras caminaban hacia el ascensor.

—No —rechazó Mason—. Busquemos otro lugar más alegre. El Adirondack huele a rancho.

—A mí me da igual —repuso Tragg—. Lo que me interesa es que la señorita Street me conceda el primer baile.

—Ya lo tiene comprometido, joven —le dijo Drake.

—Por mi parte —intervino Mason—, me mantengo dolorosamente consciente de mis deberes de anfitrión, pero me reservo el último baile, ustedes disputen por el primero, ¿eh, Della?

La muchacha, que marchaba delante, volvió el rostro y dirigió a su jefe una sonrisa de inteligencia. Drake suspiró:

—¡Maldición, teniente! Me temo que nuestro barco se vaya a pique apenas botado al agua. Reconozco que tiene usted razón: Mason es demasiado hábil.

—¿Y adónde vamos a cenar? —indagó Della.

—Oh, pues, ¿qué le parece el Tangerine? —propuso Mason—. Es bastante bueno y suele estar muy animado. Además, tiene la ventaja de quedar cerca de aquí.

—Podemos ir andando —indicó Tragg.

—No, no —protestó Della—. Llueve bastante.

Mason intentó cogerla del brazo y la muchacha, inopinadamente, se zafó de él riendo y emprendió una carrera por el pasillo. Perry la persiguió, separándose de los otros personajes, y la alcanzó ya cerca del ascensor sujetándola por el talle. Fingiendo intentar desasirse de él, Della aproximó los labios a su oído y cuchicheó:

—¿Qué le pasa a su sombrero, jefe?

—¿Por qué? —murmuró sorprendido.

—Tragg no le quitó los ojos mientras usted lo sacaba del ropero y se lo ponía.

—¡Caramba! Creo que esta noche tendremos grandes acontecimientos. Manténgase alerta.

Se les unieron los rezagados y Della se libró del brazo de Mason, quien oprimió el botón del ascensor. Cuando éste se detuvo, el cuarteto penetró en el interior entre risas y bromas.

Llovía bastante y tuvieron que permanecer unos cinco minutos en el portal, hasta conseguir un taxi.

En el Tangerine todavía quedaban varias mesas vacías y un ceremonioso camarero les condujo hasta una de ellas, frontera a la pista de baile.

—Como anfitrión perfecto —empezó a decir Mason—: me

sentaré de espaldas a la pista y Della se sentará entre usted y Tragg, y… Pero, ¿dónde demonios se han quedado?

—Hace unos instantes… ¡Diablo! ¡Mire! —le señaló el teniente.

Paul Drake y Della Street les sonreían desde la pista, mezclados con las demás parejas.

—¡Bueno! —exclamó Tragg, sentándose—. Está visto que los detectives privados siempre terminan por ponernos la zancadilla a los miembros de la policía. Creo que voy a verme en la necesidad de que le retiren la licencia a uno de esos tipos.

—¿Pedimos la cena?

—Sí. Mientras iré a telefonear, a ver si ha llegado ya alguna novedad a la Jefatura.

—¿Algo de beber? —preguntó Mason, y como Tragg titubease, añadió—: Ahora no está de servicio.

—Tiene usted razón. Pida un «Martini».

Marchó el teniente a la cabina y Mason llamó al camarero, a quien encargó dos «martinis» y otros tantos «bistecs», rogándole que sirviera lo solicitado cuanto antes.

—Descuide, señor.

Mason se retrepó en el asiento y se dedicó a observar a los bailarines. Cuando vio a Tragg que regresaba del teléfono, estudió rápidamente su rostro, hasta convencerse de que el hombre todavía no había recibido noticias del cuerpo que colgaba del borde de una bañera en el Adirondack.

—¿Alguna novedad? —indagó Mason.

—Ahora le diré… —tomó asiento y prosiguió—: Fue sencillo localizar en Fresno al tipo vestido de etiqueta. En cuanto bajó del avión, se dedicó a indagar dónde podría alquilar un auto sin chófer. No pudo conseguirlo hasta las ocho y media de la mañana, hora en que abrió sus puertas uno de los garajes que tienen coches de alquiler. Allí dio el nombre de L. C. Spinney, alquiló un auto y marchó con él, regresando a las dos de la tarde, después de un recorrido de ciento sesenta y cinco millas. Al salir del garaje se evaporó y, desde entonces, se pierde su pista. Eso sí, la descripción del personaje coincide también con la de Greeley.

La música cesó en aquellos momentos, y Della y Paul se encaminaron a la mesa. Mason le dijo súbitamente al teniente:

—Dé orden para que investiguen en los garajes de Fresno que

alquilen autos con chófer.

—¿Por qué? —se extrañó Tragg—. ¿Qué idea se le ha ocurrido?

—¿No lo adivina?

—Que me ahorquen si lo entiendo.

—Le apuesto el gasto de la cena a que se descubrirá que ese hombre apareció antes de las tres de la tarde, en un garaje en donde contrató a un coche con conductor para que lo llevara a unas ochenta millas de Fresno, donde abandonó el auto.

Paul Drake arrimaba la silla para que se sentase Della al tiempo que Tragg replicaba:

—No acepto la apuesta porque yo soy un pobre que vive de su trabajo y no puedo permitirme el lujo de pagar cenas a los clientes ricos, como suele hacer usted. Pero mucho me temo que me quiera hacer víctima de un «bluff».

—Haga lo que le digo y se convencerá.

—Está bien. Me pondré en contacto con la policía de Fresno para que lleven a cabo esa investigación. Si acertara en su propósito, ¿me dirá cómo llegó a esa conclusión?

—Desde luego.

Tragg se abrió paso, a través de las mesas, por entre las parejas que volvían a la pista, y desapareció rumbo a la cabina.

—¿Qué ocurre, jefe? —preguntó Della.

—Creo que ya vamos embalados rumbo a la meta.

—Pues haz el favor de no apresurarte mucho —bromeó Drake—. Lo digo, porque estas magnificas oportunidades de cenar gratis y bailar con Della, sólo se presentan cuando tienes algún caso entre manos, y no quisiera…

—¿Qué hay de Hollywood? —dijo Mason mirando a su secretaria—. Vamos, díganos ya lo que sepa.

—Creo que vuelve Tragg —advirtió la muchacha.

—¡Oh, el teniente es de la familia! —le dijo Mason, alzando la voz para que el aludido, que ya estaba cerca de la mesa, pudiera oírle.

—¿Qué pasa? —indagó Tragg.

—Della nos va a ilustrar sobre los mil chismes de Hollywood.

El camarero se aproximó con los «martinis», que depositó sobre la mesa, y Perry Mason alzó su copa, mirando a Tragg por encima del borde.

—¡Brindemos por el asesinato, que nos permite ganar el pan, teniente!

—¡Y por la captura del asesino! —sonrió Tragg.

—Con medios legales o ilegales —completó espontáneamente Della.

Ingirieron todos un buen trago y, cuando depositaron las copas sobre el mantel, Tragg comentó, dirigiéndose al abogado:

—Ya veo que a la señorita Street la ha educado en sus procedimientos.

—¿Y por qué no? —repuso Mason—. El asesino no se dedica precisamente a jugar al «cricket». Logra sus fines sin reparar en medios. ¿Qué razón hay para no tratar de capturarlo, siguiéndole el juego?

—Porque es ilegal.

—¡Pamplinas! —exclamó Mason—. Cuando ustedes empleen ese argumento no sé si calificarles de hipócritas o de tontos.

—No somos ni una cosa ni la otra —afirmó con vehemencia Tragg—. La global estructura de la ley, si ha de servir para algo justo y permanente, tiene que ser como un edificio sólido y severo construido sobre firmes cimientos. Cada vez que usted viola la ley desgarra una parte de esa estructura, cualquiera que sea el procedimiento que persiga.

—Bien —replicó Mason con una mueca—. Supongamos que usted o yo nos encontramos en el tejado de ese simbólico edificio y que un asesino se desliza subrepticiamente por su base. No podemos detenerlo con un grito, pero si podemos frustrar sus propósitos, cogiendo, por ejemplo, un ladrillo suelto de la chimenea y tirándoselo a la cabeza. ¿No estará perfectamente justificada esta última medida? Después de todo, sólo se trata de despojar al severo edificio de un miserable ladrillo y…

—No me convence usted. Si ha habido infracción…

—¡Al diablo! —le interrumpió el abogado—. Escuche esto: Un hombre tiene una taberna. Se sabe que expende ilegalmente bebidas alcohólicas, pero, al mismo tiempo, que se desvive por proporcionar a los representantes de la autoridad cuantos informes solicitan éstos de sus sospechosos clientes. ¿No entran dentro de los intereses de la policía que la taberna de este hombre siga funcionando? A la policía le consta que el tabernero vende bebidas alcohólicas ilegalmente,

después de las horas de cierre. ¿Y qué pasa? ¿Me va a decir que no hacen ustedes la vista gorda?

—Bueno, pero en este caso tendría que reconocer que uno obtiene valiosos datos a cambio de algo que no supone…

—Ya tiene el ladrillo de la chimenea en la mano, dispuesto para arrojarlo a la cabeza del asesino, teniente —le interrumpió Mason, clavando sus ojos en Tragg.

—¡Que me ahorquen! —exclamó el aludido, alzando los brazos—. En mi vida volveré a discutir con un abogado… ¿Qué, señorita Street? No habrá olvidado que el próximo baile me pertenece, ¿verdad?

—Claro que no. Encantada.

—Entretanto, ¿qué nos cuenta usted de Homan? —interrogó Mason.

—¡Oh, muchachos, no tienen ustedes la menor idea de lo que nos ha resultado ser ese hombre! —se arrancó Della, muy aprisa, con el tonillo y los ademanes característicos de la chismosa impenitente—. Algo terrible, terrible… Figúrense que empezó miserablemente como un escritorzuelo cualquiera y, de repente, ¡zas! sube como la espuma, convirtiéndose en un potentado. ¡Hay que ver qué cosas ocurren en Hollywood, muchachos! Yo…

—Apee ese tono si no quiere que le vuele la cabeza, Della —le advirtió Mason.

—¡A la orden, jefe! ¿Qué quiere saber? —sonrió, con su timbre de voz normal.

—¿Qué se esconde tras de Homan?

—Una mujer.

—¿Quién es ella?

—Nadie lo sabe.

—¿Y cómo afirma que es una mujer?

—Porque al hombre jamás se le ha sorprendido en la menor aventurilla amorosa y esto, dadas sus circunstancias, es muy raro. Según mi informadora, lleva una vida monástica. No sé lo que mi amiga quiso decirme exactamente.

—¡Cuidado! —previno Drake—. Esa observación se presta a diversas interpretaciones.

—Si —convino Tragg, que se dirigió a Della, para añadir—: Por fortuna usted ha logrado reunir en torno de esta mesa a los más

sagaces intérpretes de los contornos.

Rió la muchacha, y continuó:

—Bueno, sea como sea, la verdad es que Homan viene a ser un bicho raro, un personaje único en el ambiente de Hollywood, porque a veces desaparece de allí y cuando lo hace… ¡tra-la-la…!

—¿Adónde va? —indagó Mason.

—A cualquier sitio donde, por lo visto, pueda sentirse a solas con sus trabajos y preocupaciones…

Della Street dijo esto con estudiada malicia, contemplando el techo, con falsa ingenuidad, por encima de las cabezas de sus oyentes. Hizo un mohín y agregó:

—Siempre trata de buscar algún lugar donde sumirse en sus tareas; es un hombre que odia sinceramente, que puedan molestarle. En cuanto sale de los estudios, se dirige a su residencia, y allí se encierra en su despacho para concentrarse en el trabajo hasta que, de pronto, harto ya del medio civilizado que le rodea, estallan sus nervios y sale disparado, subiendo a su auto, en busca de una nueva y más libre soledad.

—¿Solo?

—¡Claro! Solo, de una manera íntegra y definitiva.

La orquesta inició un nuevo bailable y Tragg intervino:

—Bueno: dejemos para mejor ocasión el tema del contumaz celibato del señor Homan. Señorita Street, se la requiere para otro negocio de mucha más importancia.

Así diciendo, se incorporó y ayudó a que Della se pusiese de pie, retirando la silla de la joven.

—¡Cuidado, Della! —le advirtió Mason—. No deje que Tragg le sonsaque nada.

—¡Qué tontería! El teniente no es de esos, ¿verdad?

—No —confirmó Tragg—. A menos que crea poder tener éxito en la empresa.

—Vigílalo bien, Perry —le aconsejó Drake—. Yo no me fiaría un pelo de él, y en tu pellejo le prohibiría que bailase con Della, autorizándola a que lo hiciese sólo conmigo. Por lo menos, te consta que yo no soy peligroso.

—Nada de eso —replicó Della, dirigiéndose al abogado—. El teniente no será más peligroso que el hipócrita de Paul, quien ya, cuando estuvimos bailando, trató de sonsacarme.

Se interrumpió bruscamente y Tragg indagó:

—¿Sobre qué?

—Sobre si mi jefe hará extensiva su invitación a los «martinis» —repuso ella burlonamente, avanzando hasta el borde de la pista, para abandonarse en brazos de su pareja.

—¿Qué tratabas de sonsacarle, Paul? —le decía Mason, clavando sus ojos en el detective.

—Quería saber si Della era la culpable de la llamada telefónica que hizo esa Horty a la oficina, en ausencia de Tragg, y que te obligó a salir de estampía.

—¿A cuento de qué esa curiosidad?

—No sé. Discurrí que debería tratarse de algo muy importante. No concibo que, esperando a la señora Greeley abandonases en aquellos momentos el despacho por el simple placer de entrevistarte con esa sugestiva muchacha. Pensé que, tal vez, fuese Della quien movía los hilos y…

—¡Aguarda! —le interrumpió Mason con las cejas fruncidas—. ¿Le informaste a Della de mi salida?

—Pues… claro.

—¿Preguntándole si se suponía adónde me habría dirigido?

—Ya te dije que trataba de…

—¿Y no le advertiste que no le hablase a Tragg para nada de mi partida?

—¡Caramba! No se me ocurrió. Lo siento. Pero, ¿crees que Tragg…?

—El teniente no tiene un pelo de tonto, Paul. Cuando entró por primera vez en la oficina, no llovía. La lluvia empezó después que él salió a comer. Yo anduve casi todo el tiempo en taxi, pero tuve que cruzar a pie una calle y en mi sombrero cayeron algunas gotas de agua. Al sacarlo del ropero ya casi se habían secado y sus huellas eran muy poco perceptibles, pero Tragg es un sabueso muy fino y debió fijarse en ellas, comprendiendo lo que significaban… a pesar de lo cual, todavía no ha dicho esta boca es mía. ¿Qué diablos hacía en el corredor, cuando veníamos hacia acá? Me pareció verle inclinarse…

—No sé. Creo que se le había desatado un zapato.

Mason se inmovilizó con la mirada fija en el mantel.

—Me gustaría colaborar incondicionalmente con él, pero es

demasiado ligero de pies y, como se encuentra al otro lado de la valla, ciertos métodos de mi exclusiva no contarían con su aprobación.

—¿Qué pasó, Perry? ¿No puedes decírmelo? —indagó Drake.

—Nada. Hortense Zitkousky se sentía bastante mareada, le receté un café y regresé al despacho.

—¡Pamplinas! Te conozco demasiado. Cuando apareciste de nuevo en la oficina, vi en tu rostro signos inconfundibles de honda preocupación. Creo que te has arriesgado en un juego que…

—Siempre me sentí atraído por los riesgos.

—Pero algún día patinarás sobre una capa de hielo demasiado delgada y…

—Lo lamentaré, ¿verdad?

—¡Diablo! No es eso sólo. Pienso que también me arrastrarás a mí.

—No te preocupes. Todavía no ha ocurrido. Y cierra el pico, que aquí vuelve la pareja.

En efecto, Della y el teniente se acercaban ya a la mesa a pesar de que el baile todavía no había concluido.

—¿Qué les sucedió? —preguntó Mason.

—Hay demasiada gente en la pista —explicó Della— y demasiada hambre en mi estómago para dar un solo paso más, sin antes trabar conocimiento con un buen «bistec» con mostaza. ¿Pidió el mío medio crudo, jefe?

—Claro.

—¿Y el mío? —inquirió Drake.

—Bien pasado.

—¿Cómo supiste adivinarme el gusto?

—Te he pagado ya demasiados para ignorarlo.

—Querrás decir tus clientes. Yo…

Pero el camarero que se había aproximada a la mesa, le interrumpió diciéndole a Tragg:

—Le llaman al teléfono, teniente.

—Muy bien. ¡Discúlpenme!

Se alejó Tragg y Mason miró interrogativamente a Della Street, quien captó al vuelo la intención.

—Trató de tirarme de la lengua —explicó la muchacha—. También Paul cuando bailamos hizo lo mismo, pero entonces no di

importancia al asunto. Paul es inofensivo, mientras que el teniente…

—¿Qué quería saber?

—Lo que pudo usted hacer durante su ausencia del despacho.

—¿Y usted qué le dijo?

—Que mal podía saber lo que me preguntaba, toda vez que yo también estaba ausente.

—¿No le informó de que Paul también le había hecho la misma pregunta?

—¡Qué tontería! Claro que no. Entonces Tragg hubiese sabido con seguridad que usted había salido, mientras que ahora sólo lo sospecha por las huellas de la lluvia que creyó ver en su sombrero.

—¡Bravo, Della! —alabó Drake con un suspiro—. No sabe el peso que me ha quitado de encima.

—¿Algún acontecimiento importante, jefe?

—Pues… no sé. Sólo que ya estamos cerrando la red. Creo que hay pesca.

—¿Homan? ¿Es éste el pez gordo que se tragó al chico? ¿No supone que fue Homan quien mató a Greeley?

—Por ahora sólo me interesa probar que Adler Greeley guiaba el auto como agente de Homan, de acuerdo con las específicas instrucciones de éste. Una vez demostrado esto, Tragg se encargará, de no dejar escapar la presa.

—Pues de que Greeley guiaba el coche, ya no hay dudas —opinó Della.

—A menos de que alguien haya deslizado una camisa manchada de pintura de labios, entre la ropa sucia de la víctima —apuntó Drake, mirando significativamente a Mason.

—¡Caramba! —exclamó el abogado—. ¿Qué sospecha es ésa, Paul?

—Conozco tus jugarretas —acusó Drake—. Y las huellas de los labios, bien pudieron correr a cargo de Della.

En aquel instante el camarero se acercaba a la mesa sobre la que dispuso cuatro tazas con el consomé de mariscos. Tragg se unió al grupo, procedente de la cabina, y se sentó, guardando silencio, hasta que el camarero terminó su cometido, retirándose. Entonces, el teniente apartó hacia un lado el plato con la taza y se apoyó de codos sobre el mantel, mirando fijamente a Mason.

—¿Se sabe algo nuevo, teniente? —interrogó el abogado, con la cuchara en el aire.

—Pues, en primer lugar, que no tengo más remedio que felicitarle por su prodigiosa vista a distancia.

—¿Y bien…?

—Spinney se personó en un garaje, tal como usted, había previsto. Alquiló un auto con chófer y éste lo condujo, justamente a ochenta y dos millas de Fresno, parando en plena montaña. El viajero anunció que se apearía allí, y el conductor lo vio alejarse a pie por la carretera. Con gran extrañeza por su parte, claro está. Figúrese a un hombre vestido de etiqueta, con livianos zapatos de charol y un abrigo sobre los hombros, marchándose a pie, por la polvorienta carretera, entre pinos. Y éste es el primer informe que me han comunicado.

—¿Y el segundo? —preguntó Mason.

—Nada de importancia —comentó Tragg, clavando sus severos ojos en los de su interlocutor—: que se ha encontrado el cuerpo de Ernest Tanner doblado sobre el borde de la bañera en el cuarto de aseo que comunica la habitación de Stephane Claire con la de su tío Max Olger, en el hotel Adirondack. ¡Ah!, por si no lo recuerda, le diré que Tanner era el chófer de Jules Homan, el hombre a quien éste acusó veladamente de usar su teléfono para comunicar con una tal L. C. Spinney, de San Francisco.

Mason se enderezó rígidamente en su asiento, al tiempo que dejaba caer la cuchara sobre el plato.

—¿Bromea usted, teniente?

—No bromeo —replicó Tragg haciendo gala de una calma sospechosa—. Aún más, le diré que el asesinato se cometió, al parecer, durante el tiempo que usted estuvo fuera del despacho, mientras yo me comía un «sandwich».

Mason sonrió y repuso con suavidad:

—¿Es que no puede renunciar a la espectacularidad, teniente? Bastaba que me hubiese preguntado simplemente lo que podían significar las húmedas huellas de mi sombrero para…

—¿Y qué demonios cree que he estado haciendo sino tratando de averiguar eso? Telefoneé a la Jefatura para que mis muchachos se encargasen de localizar al chófer del taxi que cogió usted. Según me han comunicado, usted salió precipitadamente de su oficina,

subió a un taxi y se dirigió al hotel Adirondack, en donde permaneció unos doce minutos, para, finalmente, reintegrarse al despacho. ¿Qué le parece?

Capítulo 18

El rostro de Paul Drake manifestó sorpresa y consternación, pero el teniente Tragg no le prestaba la menor atención. Clavaba sus ojos en Mason, sin desviarlos un punto de él.

Della Street fue la primera en exclamar, con estudiada frivolidad:

—¡No me diga que ha cometido otro asesinato, jefe!

—Su jefe no ha cometido ningún asesinato —respondió Tragg, sin apartar la mirada de Mason—, pero Stephane Claire si, o, en el mejor de los casos, esa señorita encontró el cadáver en su cuarto y, entonces, telefoneó a su jefe para que éste acudiera a verla. Su jefe le aconsejaría que marchase del hotel para tratar de prepararle una coartada.

—¡Vamos, teniente! Usted llega a las conclusiones más absurdas —le dijo Mason—. ¿Por qué no admite que fuera al Adirondack a solicitar de la señorita Claire su autorización para aceptar la colaboración que usted me había brindado?

—Muy bien. ¿Y qué le dijo ella? —preguntó Tragg.

—Es obvio, teniente, que ella no estaba en el Adirondack.

—Y, entonces, ¿para qué fue a verla?

—¡Y yo qué sabía entonces! ¿Es que no pude ir a verla y encontrarme con que ya había salido del hotel?

—Oiga, Mason: usted es un encantador anfitrión. Personalmente es usted de mi agrado, pero oficialmente somos enemigos, y ahora, le estoy interrogando de un modo oficial.

—Muy bien. Yo también le respondo de una manera oficial. No olvide que soy abogado y que, como tal, tengo que proteger a mis clientes en la medida de mis fuerzas. Un cliente podría confesarme, a sangre fría, haber cometido un asesinato y, sin embargo, yo no estaría obligado a dar pública cuenta de él. Estos informes forman

parte del secreto profesional.

—Pero otras cosas pueden escapar al secreto profesional, ¿no? —indagó Tragg con una sonrisa.

—No sé de qué me habla.

Por toda respuesta, el teniente introdujo dos dedos de su mano derecha en el bolsillo superior del chaleco y extrajo de él un trozo de papel de seda cuidadosamente plegado. Lo desdobló y puso al descubierto su contenido. Se trataba de una plumilla blanca, algo húmeda. La parte inferior aparecía teñida de un siniestro color carmesí.

—De esto le hablo, Mason —dijo Tragg, mostrándosela—. Tanner fue muerto de un disparo de revólver de pequeño calibre, hecho a corta distancia. Se usó una almohada para amortiguar el ruido de la detonación y la pólvora abrió un agujero en la funda por donde escaparon numerosas plumillas que se esparcieron por todo el cuarto de baño. Llovía en la calle y cuando usted estuvo en el lugar del hecho, una de las plumillas se adhirió a la suela húmeda de uno de sus zapatos sin que usted se diera cuenta. Después, una vez de regreso, la suela se secó, y la plumilla se desprendió de ella, cayendo al suelo.

—¿Trata de decirme que recogió esa pluma en mi oficina? —preguntó Mason.

—En la oficina precisamente, no; pero sí en el corredor, cuando usted corría tras la señorita Street. El aire provocado por el vuelo de la falda de su secretaria al correr la hizo volar y después se posó sobre el suelo. «Casualmente» se me había desatado un zapato y por eso pude cogerla. ¿Qué le parece?

Pero antes de que Mason pudiera abrir la boca Della Street intervino para decir:

—¡Oh, teniente! Es usted todo un caballero. Otro hombre, en sus circunstancias, hubiese sospechado en seguida de mí.

Los ojos de Tragg se desviaron, rapidísimamente, de Mason para fijarse en el rostro de la muchacha, al tiempo que exclamaba:

—¡Por San Jorge! ¿Cómo diablos no haberlo pensado antes? Usted había salido. Según me dijeron se encontraba en Hollywood. Pero alguien tuvo que telefonearle a Mason. Un mensajero lo suficientemente importante como para que su jefe se decidiese a abandonar el despacho, en el momento que esperaba que la señora

Greeley le llevase una prueba demostrativa de la inocencia de su cliente. Usted, señorita Street, fue la persona que le telefoneó.

Tragg dejó de hablar y estudió con detenimiento el rostro de la muchacha, que le contemplaba candorosamente, con los ojos muy abiertos.

—¡Siga, teniente! Resulta fascinador ver cómo trabaja un cerebro tan hábil como el suyo.

—Usted encontró el cadáver —continuó Tragg—, y su jefe no quiso verla mezclada para nada en el asunto. No se habría arriesgado tanto para proteger a la señorita Claire: era a usted a quien trataba de sacar del lío. La plumilla que cayó de su zapato demuestra que su jefe estuvo en el cuarto del cadáver. ¿Qué me dice de todo esto, señorita Street?

—Pues que es terrible. ¿No le parece?

—¡Está bien! —exclamó Tragg, alzándose malhumorado y echando hacia atrás su silla—. Y, ahora, les dejo. Marcho al Adirondack.

—Pero tómeselo con más calma y cene antes —le sugirió Mason —. Sus muchachos pueden ir ocupándose de las tareas rutinarias.

El teniente pasó por alto la indicación, y se inclinó hacia el abogado, apoyando ambos puños sobre la mesa.

—Mason —le dijo—, a veces me gusta usted y me parece que, en ocasiones, tampoco yo le desagrado. Pero cuando llega el momento, sé defender mis intereses como el más pintado. ¿Hablo claro?

—Clarísimo.

—Usted representa a personajes muy dudosos, cuyas manos se manchan de sangre, y no quiero abandonar el restaurante sin advertirle que puede hacerlo así, pero que, si lo hace, después no sé lamente de las consecuencias. Si dentro de media hora no sabe nada de mí, llámeme al Adirondack o a la Jefatura. Avíseme cuando marche de aquí y adonde se dirige.

—No haré nada de eso, teniente —replicó Mason—. Yo no informo a nadie de mis actos. La única manera de poder vigilar todas mis actividades sería arrestándome.

—¡Podría hacerlo!

—Y yo no le guardaría rencor si adoptase tal medida, teniente. Comprenda mi posición como yo comprendo la suya. En fin, espero que en otra ocasión me haga el honor de reanudar nuestra

interrumpida cena de esta noche.

Los labios de Tragg se distendieron en una débil sonrisa al decir.

—Mason, le hablo sinceramente. Temo que uno de estos días tenga que meterlo en la cárcel.

—¡Magnífico! Será una experiencia apasionante tomar la defensa de mí mismo. ¿No cree?

Sonrió el teniente y los dos hombres se estrecharon la mano.

—Recuerde, si le parece, lo que ya le he dicho respecto a mantenerse en contacto conmigo, y a no salir de aquí sin que yo lo sepa —le advirtió por última vez Tragg—. ¡Buenas noches!

Mason le siguió con los ojos hasta verle desaparecer por el otro extremo de la pista. Después fijó la mirada en Drake.

—¿Crees que podrás eludirlo ya? —preguntó éste.

—No —reconoció el abogado—. Ya habrá dispuesto lo necesario para que alguien le sustituya en la tarea de vigilarnos y para que controlen el teléfono, en espera de que me decida a llamar a algún personaje. ¡Que me ahorquen si no lo hago! —terminó con gesto decidido.

—Sea prudente, jefe —aconsejó Della Street.

—No se preocupe. Le concederé diez minutos para que pueda disponer cómodamente todos los preparativos y…

—¿Y qué?

Mason dejó oír una risa apagada por toda respuesta.

—¿Cómo pudo ir a parar a tus zapatos esa pluma, si no estuviste en el cuarto del crimen, Perry? —indagó Drake.

—Es que Tragg tiene razón. Estuve allí.

—¡Por los clavos de Cristo, Perry! No me digas…

—Como verás, el teniente es un adversario peligroso —dijo Mason, volviendo a coger la cuchara que hundió en la taza para llevársela a los labios.

Drake suspiró.

—Me gustaría tener sus nervios —le dijo a Della.

La orquesta empezó a tocar nuevamente, atacando un «blue». El pie de Della Street buscó por debajo de la mesa, el tobillo de Perry Mason, propinándole un ligero golpe, Mason abandonó el consomé y se alzó del asiento para invitar a su secretaria a salir a la pista. Segundos más tarde se deslizaban por el encerado parquet entre las restantes parejas.

—¿Qué pasó? —indagó la muchacha.

—Telefoneó Hortense Zitkousky. Parecía sentirse nerviosísima y decidí ir a ver lo que sucedía. Encontré a Tanner en el cuarto de baño tal como lo ha explicado Tragg. Alguien había disparado un arma, apoyándola contra la parte posterior de su cuello y valiéndose de una almohada para ahogar la detonación.

—Pero, ¿cómo pudieron obrar así? ¿Estaba dormido?

—No, pero si lo suficiente embriagado para no poder evitarlo.

—¿Quién pudo matarlo?

—Horty no tiene la menor idea. Ella lo llevó al cuarto de Stephane en espera de que Max Olger se presentase de un momento a otro. Al parecer, el hombre se sentía comunicativo, y Horty pensó que declararía algo importante. Bajó al vestíbulo para telefonearme, pero el despacho comunicaba y entonces volvió al cuarto, encontrándose con el espectáculo de Tanner asesinado. La segunda vez me llamó desde el mismo cuarto. Llevaba puestos los guantes que no se quitó en ningún momento.

Della Street seguía mecánicamente los pasos de Mason, pendiente de sus palabras.

—Lo que cuenta es muy extraño —continuó Mason—. Pero conociendo a Horty no queda más remedio que admitir que esa es la verdad de lo ocurrido.

—Ahora la policía descubrirá que ella salió con el chófer.

—¿Cómo?

—Bueno… Alguien puede haberlos visto juntos y el aspecto de ella es bastante… exuberante para que no llame la atención.

—No creo. No es un maniquí como Stephane Claire, pero tampoco se puede decir que sea gruesa. Depende de la manera de llevar los kilos y hay que reconocer que esa muchacha los lleva de un modo muy airoso. Es, a mi juicio, una de las contadas mujeres que justifican el adjetivo voluptuoso.

—Bueno, y si usted no es responsable en absoluto de lo ocurrido, ¿por qué no notificó simplemente a la policía que…?

—Muy sencillo: porque soy un cazador, Della. Hay hombres que buscan emociones enfrentándose con un león o con un tigre. Otros hallan este placer cobrando piezas más pequeñas e inofensivas y, finalmente, hay un tercer grupo que se dedica a la caza por el simple gusto del deporte, siendo una mera excusa la pieza a cobrar.

Pues bien, yo cazo asesinos. Creo que he dado con la única solución de acuerdo con los hechos y me parece que sé quién mató a Greeley. Ahora deseo cobrar la pieza que he levantado y meterla en mi zurrón, sin que Tragg me eche la zancadilla. Estoy dispuesto a que él se alce con los laureles, pero no quiero renunciar a ser yo quien ponga final a la aventura cinegética.

—Pero, ¿por qué intervenir voluntariamente en este otro delito de un modo tan comprometedor, cuando…?

—Piense que, de haber hablado, Tragg no me habría dejado la menor libertad de acción, atándome a él de pies y manos.

—¿Sólo porque le informaba de otro asesinato?

—Claro —rió Mason—. Colóquese en el punto de vista de Tragg. Marcha a tomarse un «sandwich» y, en cuanto me deja sólo, ¡zas!, descubro un nuevo cadáver. ¿Cree que se hubiese contentado con mi simple declaración de hechos?

—Bueno, pero él ya sabe que usted estuvo allí.

—Gracias a la maldita pluma. Un accidente fortuito, con el que yo no contaba. De todas formas, mi silencio me concede virtualmente un margen de libertad. El teniente alberga vivas sospechas, pero antes de poder atarme, tiene que confirmarlas y probarlas sin lugar a dudas, ¿entiende?

—Sí; como también comprendo otra cosa que está usted metido en una caldera de agua hirviendo.

—Ya se enfriará. Y ahora volvamos a la mesa antes de que Paul se lance a discurrir por cuenta propia. Además, quiero hacer un par de llamadas telefónicas.

—¿A quién?

—¡Oh! A ciertas personas que, según discurro, Tragg tendrá interés en vigilar.

Bordearon la pista y alcanzaron la mesa. Della tomó asiento y Mason permaneció de pie.

—Queda a tu cargo la defensa de la fortaleza, Paul —le dijo—. Yo voy a telefonear.

—El camarero me acaba de decir que servirá los «bistecs» inmediatamente.

—Muy bien. Les haremos los debidos honores, pensando, sobre todo, que puede pasar mucho tiempo antes de que tengamos otra oportunidad de ver en nuestro plato un tierno «filet mignon».

—¡Déjate de bromas, Perry! —Drake hablaba esta vez muy seriamente.

—Por eso lo digo —rió Mason.

Cruzó la pista de baile y, a través de las mesas, alcanzó la cabina telefónica. Una vez dentro de ella, marcó el número de Homan. Pasados, unos instantes, se oyó la voz del criado filipino al otro extremo de la línea:

—¡Diga!

—¿Está el señor Homan?

—¿De parte de quién, me hace el favor?

—Mason, el abogado.

—¡Oh!, lo siento, señor. Se encuentra muy ocupado y dejó dicho que no se le moleste por nadie.

—Bueno; dígale entonces al señor Homan que recuerde que usted no ha salido esta noche. ¿Entiende, Felipe? Que usted no ha salido.

La voz del criado manifestó profunda sorpresa:

—¡Pero si yo no he salido, señor Mason! He estado aquí toda la tarde.

—Eso es —aprobó Mason, colgando seguidamente el auricular.

Consultó su libreta de notas hasta encontrar el número de teléfono de Mona Carlyle, la empleada de la cafetería de Rigley, amiga de la señora Warfield. Marcó las cifras y esperó con el auricular en el oído.

—¿Señorita Carlyle…? Le habla Mason, de parte del señor Drake. El señor Drake le ofreció un empleo a la señora Warfield, pero, por alguna razón que desconocemos, su amiga decidió posteriormente no aceptar la oferta y marchó del hotel en donde se alojaba antes de que el señor Drake pudiera ponerse de nuevo en contacto con ella.

—Lo siento, señor Mason; no creo que pueda ayudarle, si lo que pretende es saber su nueva dirección —le dijo su oyente—. No sé una palabra de Lois…

—Así lo supongo —replicó Mason—. Pero como creo que, en las próximas horas, su amiga tratará de ponerse en contacto con usted…

—¿Por qué? ¿Qué le hace pensar así?

—Pues… tal vez sea una corazonada. Hágame este favor: cuando

ella llame, dígale que ya he llevado a cabo las investigaciones sobre su esposo y que si desea una completa investigación sobre él, tendré sumo placer en proporcionársela, pero que debe verme personalmente. ¿Se lo dirá así sí habla con ella?

—Por supuesto, señor Mason, aunque no se me alcanza ni remotamente que Lois vaya a ponerse en comunicación conmigo.

—Creo que lo hará —dijo Mason—. Buenas noches, y gracias.

Abandonó la cabina y se dirigió a la mesa, en donde Della Street y Paul Drake conversaban en voz baja.

—Me alegro de que haya vuelto —sonrió Della, alzando la cabeza—. Lo digo porque siempre que me deja a solas con alguien, se repite la misma historia.

—¿Qué pasa? ¿Ha tratado Paul también de tirarle de la lengua, en mi ausencia?

—Eso mismo. Creo que voy perdiendo mi «sex-appeal», jefe. Antes, Paul aprovechaba estas ocasiones para galantearme; ahora debe creer que sólo soy un archivo de informes.

—¡Maldita sea! —protestó Drake—. ¿Y quién tiene la culpa? Tú —acusó clavando sus ojos en el abogado—. Me metes de lleno en tus laberintos y luego me abandonas para que camine a ciegas.

—Trato de que tus hermosos cabellos no encanezcan.

—¡Déjate de bromas! ¿No podrías satisfacer mi natural curiosidad de un modo… extraoficial?

—Temo que, como Tragg, seas demasiado rutinario, Paul. ¿No te asustaría coger un ladrillo de la chimenea para lanzarlo sobre la cabeza del asesino?

—No me la pegas con este ejemplo ilustrativo que brindaste al teniente. Te conozco demasiado, Perry. Tú eres capaz de echar abajo todo el edificio, dejando sólo en pie el maldito ladrillo.

—Pero también de volver a juntar las piezas de nuevo —sonrió Mason.

—Hasta ahora has podido cantar victoria, pero, en esta ocasión, te pasará lo que al fin les ocurrió a los súbditos de aquel rey, que ya no pudieron volver a juntar otra vez los pedazos de Humpty-Dumpty.

—Con la diferencia de que, en este caso, Humpty-Dumpty todavía no se ha caído de la muralla.

—¿A quién ha llamado por teléfono, jefe? —intervino Della,

cortando el diálogo de los dos personajes.

—Pues… indirectamente, a nuestro amigo Tragg. El teniente no parece muy animado a lanzarse sobre Homan, tal vez porque piensa que se trata de un personaje muy influyente y teme las represalias. Pero ahora, después de mi primera charla telefónica, tendrá que decidirse a pescar con caña; cuando menos, a cebar el anzuelo. Hice otra segunda llamada sin más finalidad que velar por mi propia seguridad. El teniente será el primer interesado en que yo respire los sanos aires de la libertad… por ahora. Bueno, ¿qué les parece si nos dedicamos a cenar pacíficamente?

—¿No va a intentar salir del restaurante?

—Tengo que esperar a que Tragg me pregunte por la muchacha con la que me vieron en el ascensor. Es una medida pru…

—¡Perdón! ¿Es usted el señor Mason?

Volvió la cabeza, sin terminar la frase y miró al botones que acababa de hacerle la pregunta.

—Sí. ¿Qué ocurre?

—El teniente Tragg le espera al teléfono.

—¡Caramba! Ese hombre no pierde el tiempo. Disculpadme una vez más, muchachos. Y dile al camarero, Paul, que no se demore en servirnos. Tenemos que darnos prisa.

Cuando Mason cogió el auricular y dio su nombre, la voz de Tragg anunció al otro extremo de la línea:

—Uno de los ascensoristas le ha identificado cuando le enseñé su fotografía, Mason.

—¿Qué fotografía?

—La del moro Muza. ¿Es que no me oye? Le estoy hablando de «su» fotografía.

—¿Y de dónde diablos la sacó? ¿O es que mi efigie se estampa ya en los cromos que coleccionan los chicos?

—Cuando me interesa revolver en la trastienda de alguien, siempre tengo a mano un buen retrato del sujeto para poder esgrimirlo, a la primera oportunidad que se presente.

—Entiendo. Una previsión digna de alabanza, sí, señor. ¿Qué me decía de un ascensorista?

—Que le ha identificado con un individuo que penetró en el ascensor, en la tercera planta, acompañado de una muchacha. ¿Qué hacía usted en el tercer piso del Adirondack y quién era esa joven

que le acompañaba?

—¿Reconoció el chico en mi retrato al hombre de que me habla?

—Ya se lo he dicho.

—¿Sin la menor vacilación?

—Sin la menor vacilación.

—Entonces, no cabe duda de que la joven que me acompañaba debería ser mi cliente. ¿No le parece razonable la deducción, Tragg?

La voz de Tragg cobró un tono estridente:

—¡Óigame, Mason, se trata de un asesinato y no voy a andarme por las ramas! Usted trata de ocultar su jugada, pero esta vez exijo que tienda las cartas inmediatamente sobre el tapete.

—No puedo responder a cualquier pregunta que se me haga sobre cualquier muchacha, con quien se me haya podido ver a cualquier hora, en un ascensor cualquiera, con ocasión de cualquier crimen cometido. Una política de elemental cautela, como comprenderá. ¿Conformes en zanjar así la cuestión, Tragg?

Hubo una pausa tensa, cargada de amenazas. Por el hilo telefónico no se deslizaba el menor rumor. Finalmente se oyó un agrio carraspeo, y la voz de Tragg:

—Estará fuera de la cárcel hasta mañana a las once, Mason.

—¡Caramba! ¿Por qué esa generosidad?

—Porque así me conviene a mí. Me interesa que sea usted quien se entienda con Homan. Ha estado tratando de usar de mí como de un reclamo, pero ahora se han vuelto las tornas, y seré yo quien me valga de usted para que me saque las castañas del fuego.

—No creo que tenga ninguna necesidad de hacerle mañana la menor pregunta a Homan. El testimonio de la señora Greeley bastará y sobrará a mis propósitos.

—Eso se figura usted. ¿Cree que me podría engañar con una treta tan burda?

—¿Qué hay de burdo en el testimonio de esa señora?

—Todo. La coartada que usted se ingenió para su cliente, es más falsa que Judas. El truco de la camisa esta bien, pero no reparó en ciertos detalles.

—No sé de qué me está hablando, Tragg.

—Lo sabe perfectamente. No se haga el ingenuo, que de nada le vale ya. Supongo que habrá sido su encantadora secretaria la que proporcionó la pintura, la misma que estampó sus lindos labios en

la pechera de la camisa, ¿verdad? Pero se olvidó de un indicio revelador.

—¿Cuál?

—La marca de la lavandería que figuraba en la camisa, Mason.

—¿Y qué pasa, con ella?

—Pues que, para su desgracia, no se corresponde con la que es habitual de la casa que corre con el lavado de la ropa blanca de los Greeley. La famosa camisa fue colocada en la bolsa de la ropa sucia después de la muerte de Adler Greeley para que su esposa pudiera encontrarla allí. Algún astuto oportunista, que sabía que los muertos jamás se van de la lengua, la dispuso allí contando con que la señora Greeley se pondría al habla con usted en cuanto sus dedos tropezaran con ella. Todo muy bien urdido. Mason.

—Aguarde un momento, Tragg —rogó el abogado—. ¿A quién corresponde, entonces, la marca de esa lavandería; más claro, qué personaje es el que acostumbra a enviar sus ropas a ella?

—No lo sabemos aún. Sólo sabemos que no es la marca de la lavandería de los Greeley.

—¿Y no ha pensado que quizá la prenda fuese lavada en San Francisco?

—No ha habido necesidad de plantearse ese problema, porque indagaciones posteriores han demostrado que la camisa no puede ser de Greeley. Sus mangas son una pulgada más corta que las que solía llevar el asesinado, y la medida del cuello dieciséis y cuarto, cuando el difunto gastaba un quince y tres cuartos. Por lo tanto, creo que lo más conveniente para usted, Mason, es que mañana se dedique a interrogar a Homan sobre las tres llaves. Y, ahora, queda, en libertad de abandonar el Tangerina a la hora que más le plazca. Si en cualquier instante se sintiese dispuesto a revelarme el nombre de la dama que le acompañaba en el ascensor, usted ya sabe dónde puede encontrarme. Y, hablando de otra cosa; no me es posible volver ahí, a concluir mi cena; de modo que lo más práctico será que se coma usted los dos «bistecs». Piense que mañana a estas horas su alimentación puede ser bastante más precaria. A lo mejor se pasa algún tiempo antes de volver a trabar conocimiento con tan suculento manjar.

—Escuche, Tragg, esa camisa…

—Le he dicho cuanto necesitaba decirle. Mason. La inocencia de

la señorita Claire está en el aire y mañana tendrá que hacerme ese bonito trabajo con Homan, si aspira a sacar algo positivo. En cuanto el Tribunal dicte su fallo, usted me dirá el nombre de la mujer que le acompañaba en el ascensor porque, de otro modo, quedará bajo mi custodia en una residencia muy sana que le tengo preparada. ¡Ah!, y dígale a Paul Drake de mi parte que si la camisa es suya que se coma también dos «bistecs», porque estoy a punto de localizar la lavandería. Nada más.

Cortaron de golpe la comunicación y Mason colgó el auricular, dirigiéndose después lentamente hacia la mesa, desde donde Della Street y Paul Drake contemplaban uno de los números del espectáculo de variedades, que ya había dado comienzo en la pista. Todos los clientes mostraban en sus rostros la alegría y satisfacción naturales de quien saborea finos manjares regados con excelentes bebidas espirituosas, mientras sus ojos se recrean en las graciosas evoluciones de una magnífica pareja de baile. Sólo los rostros de Della y de Drake ofrecían el aspecto de asistir a un extraño y triste funeral.

Mason se sentó sin despegar los labios, cogió el cuchillo y tenedor, y se dispuso a atacar briosamente el «bistec» que tenía delante.

—¡Vaya! Según parece, tienes apetito —le hizo observar Drake, en tono de reproche.

—No mucho —dijo Mason, que después de una pausa, añadió—: Oye, Paul, ¿recuerdas que siempre me dijiste que suelo patinar sobre una capa de hielo demasiado delgada y que algún día iba a romperse?

—Sí. ¿Por qué?

—Ya puedes alegrarte, Paul. ¡Se ha roto!

—¿Qué pasa? —indagó Della.

—La camisa que nos mostró la señora Greeley no pertenecía a su marido. Alguien la metió de contrabando en la bolsa de la ropa sucia para que ella la encontrase.

—¡Por las once mil vírgenes, Perry! —exclamó Drake—. Entonces eso significa que…

—Recréate con el número de la pista y no te preocupes por ahora, Paul. Tragg se ha sentido generoso, y no nos arrestará hasta que yo interrogue mañana a Homan.

Capítulo 19

Cuando el juez Cortright anunció la reanudación de la vista, y Homan subió de nuevo al estrado de los testigos, una atmósfera de excitada expectación se extendió por toda la sala.

—Sólo se trata de unas cuantas preguntas más —le dijo Perry Mason.

—Muy bien. ¿Podría esforzarse en ser lo más breve posible?

—Si responde a lo que pienso preguntarle de un modo inequívoco, creo que terminaremos en seguida. ¿Supongo que el teniente Tragg estará presente en la sala? —formuló el interrogante paseando una mirada por la concurrencia hasta tropezar con el preocupado rostro de Tragg, a quien se dirigió para decirle—: Usted, teniente, tiene en su poder una camisa de etiqueta con ciertas marcas en su pechera. ¿Tendría inconveniente en mostrársela al testigo?

—¿Con qué finalidad? —intervino Harold Hanley.

—Recordará que, según testimonio de cierto testigo, en el dedo meñique de la mano derecha de mi defendida se encontraron rastros de pintura de labios y yo…

—La petición del defensor es correcta —interrumpió el juez—. ¿Tiene el teniente Tragg la camisa en su poder?

Como el aludido asintiese, Mason indagó:

—¿Aquí, en la sala?

Tras unos instantes de vacilación, el teniente se inclinó y de debajo de su asiento extrajo una pequeña maleta negra que abrió para sacar de ella la prenda, entre la curiosidad de los espectadores. Se la tendió a Mason, que avanzó con ella hacia el estrado de los testigos, diciendo:

—Ahora, señor Homan, ¿tiene la bondad de examinar cuidadosamente esta camisa y decirnos si es suya?

—¿Mía? —dijo el testigo con asombro.

—Exactamente.

—¡Santo Dios! Yo no guiaba el auto, yo…

—Pero, sírvase examinarla, y responda a mi pregunta.

Así diciendo, desplegó la prenda sobre las rodillas de Homan, que se inmovilizó contemplando las rojas manchas de la pechera.

—No lo sé —respondió al fin—. ¿Cómo puedo saber de quién es esta camisa?

—Veamos, señor Homan. ¿No conoce la marca de su lavandería?

—No, señor. Yo no me ocupo…

—Bien; tal vez yo pueda ayudarle. Disculpe la molestia. ¿Podría aflojarse la corbata a fin de ver el interior del cuello de su camisa?

Homan hizo lo que se le pedía y se inclinó hacia el abogado, quien leyó en voz alta la marca de la lavandería:

—W. 362. Ahora —prosiguió Mason, señalando con el dedo en el interior del cuello de la prenda manchada— podrá comprobar que esta camisa posee idéntica marca.

Homan se había inmovilizado contemplando la prenda con ojos entornados. Finalmente, la cogió nerviosamente entre sus manos y prorrumpió en amarga explicación:

—Esto es una treta premeditada. Jamás vi a su defendida. Yo no conducía el auto ni…

—¡Basta! —le atajó el juez—. Limítese el testigo a responder a las preguntas.

—La pregunta era, señor Homan —repitió Mason—: ¿Es suya o no esta camisa?

—No lo sé.

—Pero la marca que en ella aparece es la de la casa que corre con el lavado de su ropa, ¿no?

—Por lo visto, sí.

—¿Ve en la prenda algo que le indique que no es suya?

—No; me parece que no.

—Bien, pasemos a otro asunto. Quiero llamar su atención sobre estas llaves que mi defendida encontró en su bolso de mano, preguntándole si ésta —se la mostró— es la del contacto de su coche.

—Parece serlo. Presumo que lo es.

—¿Y no sabe adónde pertenece esta otra?

—No, señor.

—¿No le es familiar?

—Pues… —la miró—. Espere un momento… Pensé que parecía ser una de mis llaves, pero no lo es.

—¿Y no son suyas estas tres llaves?

—No, señor. En absoluto.

—¿Guarda sus llaves en el bolsillo?

—Sí.

—¿Puedo verlas, por favor?

—No comprendo qué tiene que ver esto con…

—El testigo debe mostrar sus llaves —ordenó el juez.

El aludido, a regañadientes, metió la mano en un bolsillo, y sacó un llavero de cuero que mostró a Mason.

—Comparémoslas y veamos de encontrar alguna semejanza… ¡Vaya! Aquí hay dos que son idénticas. ¿Me puede decir de qué es esta llave, que figura en su llavero?

—De mi yate.

—¿De la cerradura de la cabina?

—Sí.

—Ahora veamos esta otra. ¿Posee alguna igual?

—No sabría decirlo. No puedo recordar el aspecto de todas mis llaves.

Mason pasó revista las distintas piezas del llavero y al final, dijo:

—No. Parece que no hay ninguna idéntica. ¿Y afirma que estas tres llaves no son de su pertenencia?

—Sí.

—¿No las dejaría, por equivocación, en el auto el día que éste fue robado?

—No.

—¿Está seguro?

—Sí.

Mason hizo tintinear las tres piezas, suspendiéndolas del llavero, al tiempo que preguntaba:

—¿Y no tiene idea de la cerradura en donde podría encajar la tercera llave que no se ha podido identificar?

—No.

El abogado miró fijamente al testigo por espacio de varios segundos.

—Creo, señor Homan, que la policía concluirá por encontrar la cerradura correspondiente a esta llave. Y sería una lástima que su descubrimiento probara que…

—¡Un momento, por favor! —atajó el testigo—. Yo suelo ser bastante distraído cuando ando preocupado en alguna de mis habituales tareas. Tal vez dejase las llaves en el coche cuando lo estacioné.

—Entonces, éstas podrían ser sus llaves, ¿no?

El juez Cortright intervino en aquel punto, dirigiéndose al testigo en tono severo:

—¿Pretende dar a entender al Tribunal que no conoce usted sus propias llaves?

—Pues, en cierto modo, sí. Su Gracia… Me temo que… Ando continuamente entregando llaves a los sirvientes, que luego me devuelven éstos. Por otra parte, esas tres llaves pueden ser algunas viejas que haya dejado en el compartimiento de los guantes. Sí; quizá las dejara inadvertidamente en el compartimiento de los guantes del auto.

El juez Cortright consideró al testigo con ojos severos por breves segundos y, finalmente, se dirigió a Mason:

—Prosiga sus preguntas.

—Ya he terminado. Su Gracia. —Sonrió el abogado defensor.

—¡Cómo! —no pudo por menos de exclamar Hanley.

—No tengo más preguntas que hacer —subrayó Perry Mason.

Tragg y Hanley sostuvieron un breve cuchicheo y, seguidamente, éste cruzó la sala para aproximarse a Mason.

—¿Qué se propone? —le preguntó en voz baja—. Lo tenía acorralado.

—Interróguele usted, si así lo desea —le indicó Mason.

—¡Al diablo! No seré yo quien haga tal cosa —replicó Hanley—. No puedo hacerle correr, clavándole espuelas. Bien lo sabe usted. Antes de mediodía, empezarían a dispararse desde Hollywood, y peligraría mi puesto.

El juez Cortright se dirigía en aquel instante a Mason, diciendo:

—El defensor debe comprender que el Tribunal se muestra interesado en esta fase del testimonio. Se han puesto de relieve ciertos hechos capaces de infiltrar fundadas dudas en el ánimo del Tribunal sobre la culpabilidad de su defendida, si bien no lo

suficientemente especificados como para refutar las numerosas pruebas presentadas por la acusación.

—Lo siento. Su Gracia —respondió Mason—, pero no tengo más preguntas que formular.

Tras cortos segundos de vacilación, el juez Cortright se volvió hacia Homan.

—Señor Homan, ¿iba usted guiando su auto en la noche del miércoles, diecinueve?

—No, señor.

—¿Dónde estaba usted el miércoles, diecinueve?

—En mi residencia de «Beverly Hills». Tan pronto como eché de menos el auto y averigüé que mi hermano se encontraba pescando en mi yate y que, por lo tanto, no podía, habérselo llevado él. Informé del robo a la policía urbana de «Beverly Hills». Un representante de la autoridad estuvo en mi casa a fin de recoger datos. Puedo probarlo.

—Esto que cuenta, ¿ocurrió el miércoles diecinueve?

—Sí, Su Gracia.

—¿A qué hora?

—Pues entre cinco y seis de la tarde.

—¿Puede proporcionarnos alguna explicación sobre las manchas de pintura que aparecen en esa camisa?

—No, Su Gracia.

El juez Cortright fijó su mirada en el teniente Tragg y preguntó:

—¿Hay alguna razón para dudar de esta prueba? En otras palabras, ¿algún indicio que haga sospechar que ha sido amañada?

—No había pensado en ello, Su Gracia —respondió Tragg con un tono de perplejidad en su voz—, aunque intuyo que algo debe de andar mal en esto. Quizá el señor Homan pueda atestiguar dónde estuvo sobre la hora del accidente.

—Puedo —afirmó el aludido, calmosamente—. Me encontraba en mi residencia de «Beverly Hills», como ya he dicho. Informé del robo del coche y, luego, me entrevisté con un representante de la policía de «Beverly Hills». A continuación, me marché a los Estudios, llevándome el manuscrito en el que había estado trabajando, y, allí, sostuve una larga entrevista con uno de los jefes.

—¿A qué hora comenzó esa entrevista?

—Hacía las nueve de la noche y se prolongó hasta cerca de las

doce.

Hubo un cambio de miradas entre el juez y el teniente; luego, éste se acercó a Hanley para cuchichearle algo, en tanto que el juez Cortright se dirigía a Mason, diciéndole:

—Es evidente que supo suspender el interrogatorio cuando lo juzgó más propicio a sus intereses.

—Así parece, Su Gracia —replicó Mason, sonriendo serenamente al irritado juez.

Hanley se puso en pie con deliberada lentitud.

—Su Gracia —dijo—, algunas de las pruebas aportadas vienen a constituir una clara sorpresa para nosotros. Creímos adivinar que el interrogatorio del testigo sería más completo y que no se ahorrarían esfuerzos en la completa identificación de las tres llaves. Tal vez fuese conveniente conceder al señor Mason una nueva oportunidad y que tratara de redondear las pruebas puestas de relieve; cuando menos para que el testigo… En fin, nosotros nos congratulamos de que el señor Mason considerase la propuesta desde el punto de vista del interés general de la sala.

Hanley guardó silencio y miró al abogado. Al comprobar que en su rostro se reflejaba el más completo desinterés, se volvió nuevamente hacia el juez, diciendo:

—La situación planteada es bastante peculiar, Su Gracia. La oficina del Fiscal del distrito es la primera interesada en que se haga estricta justicia. Como el Tribunal ha podido ver, el desarrollo ulterior del caso debatido, aportando derivaciones imprevistas, ha creado una situación asaz complicada y confusa. En estas circunstancia, creemos que debe suspenderse la vista para reanudarla cuando las declaraciones del señor Homan hayan podido ser comprobadas debidamente.

—¿Significa esto que tendré que volver nuevamente mañana? —preguntó Homan con indignación.

—Así es —confirmó el juez Cortright, clavando en él sus ojos—. El Tribunal volverá a reunirse el lunes a las diez, hora en la que el testigo acudirá a la sala.

—¡Pero, Su Gracia, yo no puedo andar trotando de aquí para allá…!

—¡Es usted un testigo! —le interrumpió el juez con acritud—. Además, ciertos puntos de su testimonio no han sido aclarados a

satisfacción del Tribunal. La vista se proseguirá el lunes, a las diez. La acusada se encuentra en libertad bajo fianza, ¿no es así, señor delegado del Fiscal?

—En efecto. Su Gracia.

—¿Hay alguna razón que aconseje incrementar la cuantía de la fianza?

—No, Su Gracia, creo que no —respondió Hanley; luego añadió —: La acusada parece contar con una perfecta coartada en la tarde de ayer, por el tiempo en que se cometió el segundo asesinato.

—Perfectamente. El Tribunal se concede un descanso de diez minutos para, seguidamente, reanudar sus tareas en la vista del pueblo contra Sampson.

El juez abandonó el estrado y todo el mundo se puso de pie. Tragg se desplazó, rápidamente, al encuentro de Perry Mason.

—¿Qué juego se trae usted entre manos? —preguntó de buenas a primeras.

—Hola, teniente. Ya le estaba esperando. No me había olvidado de lo que me dijo anoche; que me dejaría en libertad hasta esta mañana en que me arrestaría, a menos que obtuviese de mi cierta explicación satisfactoria. Bueno, pues aquí me tiene.

—¡Al diablo! No me niegue que usted estaba enterado de ese asesinato. —Como Mason se limitase a sonreír, sin despegar los labios, continuó—: Usted sabe que tengo en mis manos las suficientes pruebas circunstanciales, como para detenerlo, cuando menos en calidad de testigo material.

—Hágalo y lo lamentará mientras viva.

Tragg suspiró.

—También sabe que no me disgustaría que pudiésemos entendernos y trabajar juntos.

—Podríamos habernos entendido, si usted no hubiese tratado de culparme.

—¡De culparle! Pero, ¡por los clavos de Cristo, Mason!, ¿es que no se da cuenta de que me anda desenterrando a todas horas cadáveres y más cadáveres, de que constantemente va violando cuantas leyes se incluyen en el código penal? ¿Qué quiere? ¿Que presencie todos sus desaguisados con una sonrisa de felicidad? Dígame, por lo menos, cómo diablos supo que esa camisa era de Homan.

—¡Perdonen si les interrumpo, caballeros! —intervino en aquel momento Homan, que había descendido del estrado de los testigos—. Pero no quería marcharme sin decirle al señor Mason que sus preguntas me han parecido bastante impertinentes.

El abogado se limitó a sonreír, y fue Tragg quien respondió:

—Oiga, señor Homan, disculpe la molestia, pero creo que se impone comprobar sus declaraciones sobre sus actividades del miércoles, diecinueve. ¿Tendría la amabilidad de sentarse y anotar los nombres de todas las personas con quienes habló usted el miércoles por la tarde?

—¡Sí, señor! ¡Encantado! —estalló el aludido—. Haré todo lo que esté en mi mano para contribuir a solucionar de una vez este maldito asunto. Ni yo iba guiando el auto ni creo que Adler Greeley fuese tampoco el hombre que lo conducía. Lo que me subleva, es la manera desconsiderada como han sido ventilados mis asuntos privados.

Mason le dijo:

—Comprendo su posición y puedo legitimar su protesta, aunque ésta no tenga la menor validez… oficial.

Así diciendo, el abogado dio la vuelta y se alejó del grupo. Homan se tragó la indignación y se encaminó a la mesa que le indicara el teniente. Una vez sentado, sacó unos cuantos papeles de su cartera de mano, se puso los lentes de armadura de carey y empezó a escribir.

En aquellos momentos, la señora Greeley, que se había abierto paso, procedente del fondo de la sala, saludaba a Perry Mason y le decía:

—¡Ha sido realmente sorprendente, señor Mason! Cuando llevé la camisa a su despacho, no tenía la más remota idea de que no fuese de mi marido. Eso sí, yo bien sabía que Adler no podía ser culpable de lo que se le imputaba, aunque, ciertamente, no pudiera imaginarme que la prenda perteneciese al señor Homan. Ahora veo claro que usted ya estaba al tanto de algo que yo ignoraba: que entre mi esposo y el señor Homan existía una misteriosa conexión. ¿Podría decirme algo sobre este punto?

—Ahora no, señora Greeley —denegó Mason, acompañándose de la cabeza—. Pero si aguarda unas cuantas horas, es posible que le proporcione amplios informes sobre lo que le interesa.

—¡Me fue usted de tanta ayuda la otra tarde! ¡No sabría decirle el consuelo que me produjeron sus palabras!

—Me alegra saber que le fui útil, señora. Usted también puede ayudarme ahora. Al revisar la correspondencia de su marido, ¿no encontró alguna carta en donde aludiese a una tal señora Warfield?

La mujer guardó silencio, meditando. Al final dijo:

—No. En la casa no encontré nada de eso. Pero, tal vez, en su despacho… Su secretaria podría informarle…

—Preferiría que fuese usted misma quien se encargara de descubrirlo, señora Greeley —y, volviéndose hacia Tragg, que se había unido a ellos, añadió—: Ahora pienso que fue Della quien llamó mi atención sobre lo que me parece clave principal de todo ese negocio.

—¿A qué se refiere? —indagó Tragg, en tanto que Jackson Sterne se agregaba al grupo.

—A la señora Warfield. Ni abandonó el hotel Gateview aquella noche ni durmió en su cuarto.

—No entiendo, Mason.

El abogado sonrió, inmovilizándose por breves segundos, con la cabeza baja. De pronto, pareció adoptar una súbita decisión. Alzó los ojos y miró al teniente, diciéndole:

—Me voy al hotel Gateview. Alquilaré un cuarto y me dedicaré a interrogar a la servidumbre sobre ciertos detalles relacionados con una teoría que se me ha ocurrido. ¿Tiene algo que objetar, teniente?

Tragg le consideró un instante con los ojos entornados y contestó:

—Por el momento, no; pero no olvide, Mason, que hasta que me haya aclarado lo de la plumilla aquella…

—¡Oh, teniente!, ¿por qué se emperra en dar tanta importancia a simples indicios materiales? Es mucho mejor y más práctico barajar móviles, oportunidades, situaciones… y, basándose en todo esto, disparar la máquina deductiva. Se lo aseguro. Y, ahora, me marcho. ¡Buenos días, señores!

Recogió su cartera de mano, y se alejó calmosamente del grupo. Jackson Sterne le siguió con la mirada, guiñando con perplejidad, lo mismo que la señora Greeley, en cuyos ojos brillaban algunas lágrimas. Cuando Mason desapareció definitivamente de la sala, la mujer declaró, en tono convincente:

—No pararé hasta demostrar que Adler no cogió el auto, aunque la señorita Claire cargue con la culpa.

Segundos más tarde, Hanley comentada a solas con el teniente Tragg:

—No creo que haya habido nunca un burlador de la ley tan hábil como Mason. ¡Curioso personaje! ¡Se proclama defensor de la justicia, pero, cuando le conviene, no siente el menor escrúpulo en saltarse la ley a la torera…!

—¿Y me lo dice a mí? —interrumpió Tragg—. ¡Maldito sea! Pero lo indignante es que ha contribuido y contribuye como nadie al esclarecimiento de los casos que… Bueno, ¡al diablo con él!

Capítulo 20

Mason aparecía sentado en un sillón de un confortable cuarto del hotel Gateview. De vez en cuando lanzaba una mirada a su reloj de pulsera. En el cenicero, las colillas de los cigarrillos consumidos se amontonaban paulatinamente.

Cerca ya del mediodía, telefoneó a su oficina.

—¿Alguna novedad, Della?

—Todo tranquilo y sereno, jefe.

Mason suspiró.

—Temo que la intervención de Tragg me haya estropeado el pasodoble. Si dentro de media hora no sabe nada de mí, llame al teniente y dígales que aquí le espero.

—Bien. ¿Algo más?

—Eso es todo. Hasta pronto, Della.

Colgó el auricular y sacó su pitillera, cogiendo otro cigarrillo. Lo estaba encendiendo, cuando sonó un golpe en la puerta.

—¡Adelante!

Se abrió la hoja, y en el umbral apareció la señora Greeley. Mason se puso de pie de un salto.

—Pero, ¡cómo!, ¿usted por aquí, señora Greeley? No tenía la menor idea de que pensase venir.

—Discúlpeme si le interrumpo, señor Mason, pero es que he encontrado algo.

Mason consultó su reloj de pulsera y respondió:

—¿Y no podría esperar para más tarde, señora Greeley? En estos momentos aguardo una visita y…

—Sólo le entretendré unos minutos.

Tras un ligero titubeo, Mason se decidió. Cerró la puerta y le ofreció una silla a la recién llegada.

—No me juzgue inhospitalario —le dijo—. Espero a alguien que

puede llegar de un momento a otro y…

—¿La Señora Warfield?

—¿Qué le hace pensar en ella?

—Pues… tal vez porque encontré lo que usted buscaba. La correspondencia.

—¿Dónde está?

—Aquí la traigo —dijo mostrándole una carpeta—. ¿Quiere verla, ahora mismo?

Mason consultó nuevamente su reloj, vaciló y, al final, dijo:

—¿Podría dejármela?

—Desde luego.

—Lo siento —se disculpó—, pero los segundos me son preciosos. Estoy tratando de…

—Lo comprendo —le interrumpió ella—. Dejaré la correspondencia sobre el lecho. Me siento terriblemente nerviosa, señor Mason, y no ceso de preguntarme si mi vida no estará en peligro.

—Es posible que lo esté, señora —respondió Perry Mason.

—¿Sabía usted lo que contenían esas cartas?

—Alguna idea tenía de ello.

—¿Sabía a quién protegía el hombre que fue mi marido?

—Creo que sí.

—¿Me lo puede decir?

—No quisiera hacerlo ahora.

—Señor Mason —dijo la mujer—, en la primera de esas cartas, la que está encima de todas, hay algo que me gustaría que usted leyera inmediatamente.

—Muy bien.

El abogado se acercó al lecho y cogió la carpeta, que abrió, volviéndose hacía la señora Greeley.

—¿Esta? —le preguntó.

—Sí. Esa…

Se dio la vuelta para depositar nuevamente la carpeta con las restantes misivas sobre la colcha y, de pronto, rapidísimamente, giró sobre sus talones dando cara a la señora Greeley, al tiempo que asía su muñeca derecha.

Un involuntario grito surgió de los labios de la mujer. Algo pesado se deslizó de su mano sobre el borde de la cama, cayendo

luego al suelo. La mano izquierda soltó la almohada que había cogido, y se aferró al brazo del abogado, que sintió como los dedos se incrustaban en su carne.

Mason fue el primero en hablar:

—Aquí está usted completamente a salvo, señora Greeley, aunque dudo que lo siga estando si persiste en llevar este revólver para dejarlo caer al menor sobresalto.

—¡Hay alguien tras esa puerta! ¡Movieron el picaporte!

Mason se desplazó rápidamente y abrió la hoja de par en par. El corredor se ofrecía completamente solitario.

—¡Pues oí el ruido! —insistió la señora Greeley—. Alguien andaba en el picaporte y la puerta se abría lentamente.

Mason frunció el ceño, con disgusto.

—Temo, señora, que todo lo haya echado a rodar con sus nervios.

—Lo siento, señor Mason.

—En fin, tanta culpa tengo yo como usted. Y, ahora, olvídese de ese revólver. Nada logrará llevándolo encima. Es verdad que su vida corre peligro, pero con el revólver no conseguirá eludirlo. Escúcheme, señora: Usted está extenuada, nerviosa, casi histérica. Vaya a su médico y pídale que le recete un narcótico que le haga dormir, por lo menos durante veinticuatro horas. ¿Qué ha dormido últimamente?

Le temblaban las comisuras de la boca.

—Menos de dos horas —declaró y, de pronto, su rostro se contrajo en un espasmo y gritó—: ¡No puedo apartarlo de mi mente! ¡No puedo! Sé que yo seré la próxima victima y… ¡Me han seguido! ¡Me han seguido…!

—¡Señora Greeley! —le interrumpió Mason, cogiéndola del brazo—. Exijo que vaya en busca de un médico ahora mismo. No puede permanecer más aquí. Prométame que irá a verlo. ¿Me oye?

Había puesto una mano sobre su hombro. La mujer alzó los ojos para mirarle a través de las lágrimas.

—Señor Mason, es usted sencillamente… maravilloso. Lo haré. Iré ahora mismo —tomó aliento y trató de sonreír—. Siento haberme dejado llevar de los nervios. ¡Adiós, señor Mason!

—Adiós, señora.

Cuando salió la mujer, cerró la puerta con llave.

Media hora después se percibió un nuevo repiqueteo. Mason se alzó del asiento y caminó de puntillas hacia la salida, para inmovilizarse pegado a un lado del marco de la puerta, seguro de que ninguna bala que alguien pudiese enviar a través de la hoja de madera podría alcanzarle.

—¿Quién es? —preguntó.

—Tragg.

—No reconozco la voz. Hable más alto.

—¿Pero qué diablos le pasa? —gritó el teniente—. Es que no…

En aquel instante se abría la puerta y Mason decía:

—Pase, teniente. Quería asegurarme.

—¿Por qué todas estas precauciones?

—Espero la visita del asesino.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Qué idea tiene en la cabeza?

Mason se dejó caer en un sillón y encendió un cigarrillo.

—La señora Warfield vino a este hotel, pero no pasó la noche en su cuarto.

—¡Noticia fresca! Estuvo en la habitación de Greeley. Allí se encontraba su equipaje.

—¿Pero dónde se fue luego?

—Se quedó allí.

—¿Después de matar a Greeley?

—Claro. ¿Por qué no?

—Podía temer que alguien hubiese oído el disparo.

—No sonó como un disparo. Dos o tres personas que lo oyeron lo identificaron con el estallido de un neumático.

—Pero ella no lo podía saber.

—¿Adónde piensa ir a parar?

—La señora Warfield no abandonó el hotel sino a la mañana siguiente.

—Lo que prueba que debió pasar la noche en el cuarto de Greeley.

—¿Con el cadáver?

—¿Por qué no?

—La cama no ofrecía señales de haber dormido nadie en ella.

—Porque la ocupaba el muerto. ¿O es que la considera capaz de…?

—En absoluto. Ni tampoco de pasarse la noche en tan lúgubre

compañía. Escuche, teniente: la señora Warfield se trasladó a otra habitación.

—¿A cuál?

Mason se encogió de hombros antes de responder:

—Quedan todavía bastantes cabos sin atar. Pero creo que ya se pueden dar respuestas sobre las principales interrogantes. Si algo le parece mal en mis razonamientos, dígamelo, teniente.

—Muy bien. ¡Adelante!

—Cuando intuí lo que podía haber sucedido en el hotel, encargué a Drake que investigara en el registro de los viajeros. Dos cuartos fueron alquilados dentro de los quince minutos siguientes a la inscripción de la señora Warfield. Uno, por un individuo que respondía a la descripción del conductor del coche. Entonces no me molesté en averiguar más. Ahora comprendo que procedí mal.

—¿Quién era el otro?

—Una mujer.

—¿Y bien…?

—Pero, ¿es que no lo comprende? La señora Warfield debió pasar la noche en el cuarto de esa mujer.

—Pero su equipaje se encontraba en el de Greeley.

—Ciertamente. Escuche: La señora Warfield, después de escribir su nombre en el libro-registro, subió al cuarto que le destinaron, depositando en él su equipaje. A los pocos momentos, descendía al vestíbulo en busca de unos números atrasados del «Photoplay». Yo le había mostrado un retrato de Homan, preguntándole si aquel hombre era su esposo o bien Spinney. Ella, al comprobar que la fotografía no correspondía a su marido, creyó que podría ser la de Spinney, el sujeto que la podía conducir hasta su esposo, y trató de localizarlo por la revista, en donde advino que yo había recortado el retrato. Pero el número aquel no se hallaba en el puesto de revistas y entonces se reintegró a su habitación, para encontrarse, probablemente, con Greeley, que ya le aguardaba.

—¿Cree que Greeley era Spinney?

—Sí. Estoy convencido de ello.

—¿Y el marido?

—Greeley también.

—¡Diablo!

—Greeley creó a Spinney de la nada, para proporcionarse un

intermediarlo entre él y su mujer.

—Continúe —le dijo Tragg.

—Greeley se llevó a la señora Warfield a su habitación. Naturalmente, ella se trasladó con su equipaje. No olvide que se trataba de su marido, a quien amaba ciegamente.

—¿Cree que él la esperaba ya cuando ella regresó del vestíbulo?

—Seguro. De otro modo, ella se habría lavado, usando la toalla y el jabón. Bien. Ya tenemos a la señora Warfield en la habitación de Greeley. El hombre cometió la equivocación de confesarlo todo, tratando después de obtener su perdón. Pero, en lugar del perdón, recibió un balazo en los sesos. La señora Warfield había pisado por demasiadas penurias para sentirse dispuesta a darlo todo al olvido. Había estado trabajando hasta el límite de sus fuerzas para enviar todo lo que ganase, hasta el último centavo, a aquel hombre a quien amaba. Por eso, al descubrir que él le había estado sacando fríamente el dinero ganado con tantos sudores, con la única finalidad de impedir que ella pudiera desplazarse hasta la costa e informarse…

—Bien, le disparó —atajó Tragg—. ¿Y qué más?

—Muy fácil. La señora Warfield volvió a su cuarto para preparar la fuga y allí la encontró la otra mujer.

—¿Y quién era esa otra mujer?

—La que se inscribió un cuarto de hora después…

—¡Diablo! Eso ya lo sé. Quiero decir… su nombre.

—La señora Greeley.

—¿Qué…?

—Sí. Tiene que haber sido ella.

—¿Y qué quería la señora Greeley?

—Estaba cargada de recelos, si bien carecía de pruebas… por entonces. Pretendía hacerle hablar a la señora Warfield.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues que la señora Warfield vio el cielo abierto y se agarró a la magnifica oportunidad que para huir le brindaba la presencia de la visitante. Pasó la noche en el cuarto de ella y, a la mañana siguiente, salió tranquilamente del hotel.

—Una teoría bastante fantástica —opinó Tragg.

—Pero de acuerdo con los hechos. La señora Greeley está enamorada de Jules Homan y éste de ella. En Hollywood estas cosas

tienen un fácil arreglo. El marido se hace a un lado y, después de un pacifico proceso de divorcio, la pareja queda en libertad para casarse. Pero Greeley no pertenecía al grupo de Hollywood. Empezó a entrar en sospechas y planeó demandar a Homan como usurpador de sus derechos, sabiendo que éste no podría soportar un escándalo que sería la ruina de su carrera. Pero antes necesitaba confirmarse en sus sospechas, sorprender a los amantes. Y, entonces, se trazó el plan.

—¿Cuál?

—Ahora lo verá. Comprendió que los amantes se entrevistaban aprovechándose de sus ausencias y, después de tenerlo todo preparado, el martes anunció a la esposa que marchaba a San Francisco. Esta debió avisar a Homan, con quien seguramente pasó la noche del martes y la mañana del miércoles. Abandonaron «Beverly Hills» y marcharon en el coche de Homan a un refugio de montaña que éste debe poseer cerca de Fresno. Probablemente, más adelante, podrá usted descubrir que la tercera llave encaja perfectamente en la cerradura de la puerta del refugio. Las tres llaves pertenecían a Homan y se las reservaba para sus escapatorias con la señora Greeley, unas veces a su yate, otras al refugio de montaña.

—Creo que lo que me cuenta es pura fantasía, pero, de todas formas, escucharé hasta el final —dijo Tragg.

—Greeley había sobornado a Tanner, el chófer de Homan, para que le sirviese de espía. De acuerdo con él, Tanner telefoneó a San Francisco, en donde sabía que aguardaba Greeley, en espera de los acontecimientos, bajo el nombre de L. C. Spinney. La primera vez para informarle de que Homan acababa de subir al auto, partiendo en él. La segunda vez debió decirle que su amo no había salido en el yate y que, probablemente debería haberse dirigido al refugio de Fresno. La tercera conferencia que sostuvieron fue a instancias de Greeley, que le telefoneó a la residencia de Homan, tal vez para buscar cerciorarse de que los amantes se encontraban en el refugio de Fresno.

—¿Ha comprobado si esas tres llamadas fueron cargadas a la cuenta de Homan?

Mason asintió con una sonrisa.

—Nada más justo. Continúe.

—Fue ya entrada la noche del martes, cuando Tanner debió asegurarle que los encontraría en el refugio de montaña. Entonces, Greeley cogió el avión de Fresno y, una vez allí, alquiló un auto sin chófer y partió para el refugio, en donde, ocultamente, sin hacerse visible, sorprendió a los amantes. Su plan era robar el auto de Homan y dejar a la pareja anclada en su nido de amor. Pero entonces no podía hacerlo sin abandonar el coche que había alquilado, el cual quedaría a disposición de ellos. Por eso regresó a Fresno y allí alquiló otro con chófer, que más tarde abandonó en las inmediaciones del refugio.

—¿Por qué no se presentó ante los amantes y les exigió una explicación?

—Por dos razones; porque no estaba en condiciones de hacerlo, y porque, la segunda vez que se presentó allí, Homan y su mujer ya se habían marchado del refugio.

—No lo entiendo.

—El miércoles por la tarde, tanto la señora Greeley como el señor Homan, ya se encontraban de regreso en la ciudad. Esto sólo tiene una explicación: los amantes debieron sorprender a Greeley sin que éste se percatara de ello, en el curso de su primera visita al refugio. Entonces telefonearon, reservando pasajes en un avión y regresaron. Por vía aérea la distancia no pasa de doscientas millas. No estoy seguro, pero me apostaría algo que a no mucha distancia del refugio, se encuentra un campo de aterrizaje. Tiene que haberlo.

—Pero, ¿por qué cogieron el avión? ¿No pudieron huir en el auto?

—Usted se olvida del factor tiempo. Tenían que estar de regreso lo antes posible. Además, sabían que Greeley ya había visto el coche. La mejor manera de establecer una coartada era regresar y, una vez aquí, que Homan denunciase que el auto le había sido robado.

—¿Y por qué no estaba Greeley en condiciones de pedir una explicación?

—Por la señora Warfield. Hubiese sido muy embarazoso para él representar una demanda contra Homan, exigiéndole un buen puñado de miles de dólares y que, en el momento del juicio, algún hábil abogado compareciese ante el Tribunal llevando de la mano a su legítima esposa. Por eso se contenta con robar el coche, creyendo

que los ha dejado aislados en la montaña. Cuando llegue a Los Angeles abandonará el coche de Homan y se presentará en su casa. Su mujer no se encontrará en ella. Llegará más tarde, toda agitada y esgrimiendo una disculpa que él se encargará de desenmascarar en el momento oportuno. Pero las cosas se presentaron de tal modo que fue él quien tuvo que hacer de peatón.

—¿Pretendía divorciarse de la señora Warfield?

—Al principio, supongo que sí. Pero, más tarde, decidiría matarla para así poder cursar su demanda contra Homan sin el menor recelo.

Tragg expelió el aire con fuerza y comentó:

—Un paso más, y me dirá que la señora Warfield actuó en defensa propia.

—Bueno… digamos que ella le ganó por la mano, si es a eso a lo que quiere aludir. Escuche, Tragg: Yo le apunto una solución que creo que encaja con los hechos, aunque tal vez no sea completa. Si encuentra que algo no casa bien, dígamelo.

Tragg sacudió la cabeza y durante un largo rato pareció reflexionar. De pronto, dijo:

—Pero la señora Greeley habló por teléfono con su marido en San Francisco.

—Eso fue lo que nos dijo ella cuando su esposo ya estaba muerto.

—¿No cree que habló con alguien?

—Seguro. Formaba parte de su coartada. Telefonearía a algún amigo desde algún sitio, concentrando las llamadas entre su domicilio y una cabina pública de San Francisco para, de esta forma, no comprometerlo a él.

—¿Y cómo diablos está enterado de todos estos detalles? —indagó Tragg.

—No estoy enterado de nada, pero es la única forma de que encajen las distintas piezas.

Tragg introdujo ambas manos en los bolsillos del pantalón y se inmovilizó de pie, contemplándose las puntas de sus zapatos.

—¿Algo más?

—Quedan, desde luego, multitud de detalles que corroboran lo que le he expuesto. Es indudable que Greeley había contratado los servicios de una agencia de detectives para que le siguiesen los

pasos a la señora Warfield. Cuando le avisaron que venía a Los Angeles para aceptar el empleo que le había ofrecido un tal señor Drake, Greeley aguardaba su llegada en el autobús sin ser visto, por supuesto.

—¿Y cree que la siguió hasta el hotel?

—Seguro.

—¿Y la señora Greeley?

—Debió seguirle a su vez a él. Probablemente consiguió hacerse con el informe que anunciaba la llegada de la señora Warfield. Últimamente, debía vigilar a su marido como un halcón, porque recelaba que él ya se sospechaba algo.

—¿Y qué me dice de la famosa camisa manchada de pintura?

Mason sonrió.

—He aquí el verdadero nudo de la cuestión. Recordará que Homan y la señora Greeley marcharon a su nido de amor en cuanto supieron que el marido estaba camino de San Francisco. Homan no se entretuvo en cambiarse de traje y debió meter unas cuantas prendas en una maleta. Después, al marchar del refugio, entre el pánico y la confusión, recogerían precipitadamente sus cosas y la camisa de Homan quedó en la maleta de la señora Greeley. Cuando la señora Greeley la descubrió ya en su casa, discurrió que el mejor lugar para ocultarla sería la bolsa de la ropa sucia de su esposo, y allí la abandonó, pensando disponer de ella más adelante. Después de la muerte de su esposo, se da cuenta del peligro que suponen mis investigaciones. Tanto Homan como ella se sentirían aterrorizados ante la posibilidad de que yo pudiera sacar a relucir las pruebas de sus relaciones secretas. El mejor modo de evitar que yo prosiguiese mis trabajos, era probar la inocencia de Stephane Claire y esto se lograría poniendo de manifiesto que había sido Greeley el que guiaba el auto. Cogió, pues, la primera camisa que encontró en la bolsa, la ensució con pintura de labios y me la llevó a la oficina. ¡Desdichada señora Greeley! Este fue su último y desafortunado intento. Por entonces ya debía sentirse bastante alterada; de otra forma habría pensado en la probabilidad de que aquella camisa fuese la de Homan.

—¿Y por qué vino usted aquí al hotel, Mason? —preguntó el teniente.

—Para identificar a la mujer que se inscribió inmediatamente

después de Greeley.

—Pero usted, evidentemente, ya sabía quién era.

—Lo suponía, nada más.

—¿Y no se imagina dónde puede encontrarse la señora Warfield?

—Debe de estar en el yate de Homan. Recuerde que su hermano Horace quiso usarlo y que Jules se opuso.

Tragg miró pensativamente el rostro del abogado que sonreía. Después retiró sus ojos de él.

—¿Qué es eso que hay en la cama?

—Unos papeles que trajo la señora Greeley. Correspondencia entre su marido y la señora Warfield. Los encontró después de su muerte.

—Bien. Me parece… ¡Hola! Y esto, ¿qué diablos significa?

Los ojos de Tragg contemplaron el revólver que yacía en el suelo.

—La señora Greeley lo dejó caer.

—¿Lo dejó caer?

—Sí. Estaba histérica perdida. Se le ha metido en la cabeza la idea de que alguien trata de matarla. La obligué a prometerme que iría a casa de su médico para pedirle algo que la hiciese dormir.

Tragg recogió el arma del suelo.

—Es una automática de pequeño calibre.

—Quédese con ella si quiere, teniente.

Tragg, después de examinarla durante unos segundos, se guardó el arma en el bolsillo lateral de su pantalón.

—Mason, le felicito.

—¡Oh! Me he limitado a encajar las piezas, dándole una idea del conjunto.

—Es suficiente, ¿no le parece? Un nuevo trofeo que añadir a su colección.

—No lo quiero. Para usted, Tragg. Lo único que pretendía era probar la inocencia de Stephane Claire.

El rostro del teniente enrojeció ligeramente al tiempo que decía:

—Pero el asunto es claro como el agua. Usted…

—Yo soy un simple aficionado y usted, un profesional. Lo lógico es que la solución del asesinato corra de su cuenta, y que yo me contente con librar a mi cliente de los cargos que se le hacían.

—Está bien —dijo Tragg, que avanzó hacia el aparato telefónico —. Llamaré a la Jefatura y…

—Pero, espere un minuto.

—¿Por qué?

—No hay prisa.

—¡Al demonio si no la hay! Ahora que hemos descubierto por fin algo positivo sobre la señora Warfield… si es que se encuentra en el yate de Homan…

—Hay un par de detalles que me gustaría comprobar, y creo que podremos hacerlo aquí, en el hotel. Bebamos un trago, Tragg, y repasemos cuidadosamente todas las pruebas.

El teniente se sentó mecánicamente en el sillón, sin dejar de mirar a su interlocutor, con las cejas fruncidas.

—¿Con qué finalidad?

—Ninguna. Sólo que antes de que usted hable…

—¡Al diablo! —gritó súbitamente Tragg, saltando del asiento.

Se abalanzó al teléfono y cogió el auricular, pulsando nerviosamente en el contacto.

—¡Oiga…! ¡Oiga…! ¡Con la Jefatura de Policía! Sí, ¿no lo oye…? Habla el teniente Tragg. ¡Dese prisa!

—No haga eso, Tragg —le rogó el abogado.

—¡Maldito sea, Mason! —exclamó el teniente, clavando sus ojos en él, por encima del teléfono—. Me engaño como quiso. Pero cuando quiso oponerse a que telefonease en seguida, lo vi todo claro como el agua. Creo… —se interrumpió de súbito, inclinándose sobre el aparato—: ¡Oiga! ¿Jefatura…? Habla Tragg. Hay que localizar rápidamente a la señora de Adler Greeley. Tenemos su retrato y señas personales… Sí, asesina en primer grado… Su marido y Ernest Tanner… Muy bien, e investiguen en todas las droguerías y farmacias cercanas al hotel Gateview para comprobar si alguna mujer que responda a su descripción ha adquirido algún veneno. Inicien las gestiones ahora mismo. Llamaré más tarde para saber detalles. ¡Dense prisa!

Tragg colgó el receptor y avanzó hasta situarse a corta distancia del abogado, frente a él.

—Pudo engañarme de haber sido usted menos sentimental, Mason. Le constaba que si yo llamaba al cuartel y les daba la pista de la señora Warfield, todo el mundo hubiese encontrado lógica la

solución. Los muchachos de la prensa me habrían calificado de Sherlock Holmes. Pero mañana, cuando se hubiese hallado el cuerpo de la señora Greeley y su confesión escrita, me vería convertido en el hazmerreír de toda la ciudad. Precioso, ¿verdad? Supongo que fue usted quien le dijo que se suicidara.

Mason suspiró.

—Yo sólo le aconsejé que fuese a ver a un médico, Tragg.

Capítulo 21

Della Street entró en el despacho. Mason aparecía inmóvil, tumbado sobre el respaldo del sillón giratorio, mirando con expresión absorta las puntas de los zapatos, que mantenía sobre la mesa.

—¿Qué hay, Della?

La secretaria no respondió inmediatamente. Dio un nuevo paso y colocó afectuosamente su mano en el hombro del abogado.

—El teniente Tragg acaba de telefonear, jefe.

Mason alzó la vista, pero la expresión que vio en el rostro de Della, le obligó a desviar la mirada.

—¿La encontraron?

—Sí.

—¿Dónde?

—En un lugar donde nadie había pensado.

—¿En el Gateview?

—¿Cómo lo sabía? —preguntó Della abriendo los ojos.

—Creo que en ningún momento abandonó el cuarto que alquiló en el hotel. No deseaba llamar la atención y, al inscribirse la primera vez, pagaría una semana por adelantado.

—Entonces debe haber tenido la intención de matarle a usted.

Mason asintió con la cabeza.

—¿Por qué?

—Para proteger la reputación del hombre que amaba.

—¿Homan?

—Sí.

—¿Y usted intentó dejar a Tragg fuera de la escena para darle a ella tiempo suficiente de…? Es usted un sentimental, jefe.

—Era una desdichada y amaba a Homan apasionadamente, con locura. Todo lo hizo para salvar la reputación del hombre que

quería. Tanner era un chantajista. Cuando se percato de que Tanner sabía demasiado, tuvo que cerrarle la boca del mismo modo de que se valió para sellar los labios de su esposo. Y lo triste fue que, si hubiera esperado, no habría tenido necesidad de hacerlo; simplemente con que hubiese hablado con la señora Warfield antes de encaminarse al cuarto de Greeley… En fin —suspiró Mason—; no se puede cambiar la marcha de las manecillas del reloj.

—¿Qué pasó realmente, jefe?

—Gran parte de los acontecimientos ocurrieron tal como ya le expliqué a Tragg —dijo con un timbre de cansancio y pesadumbre en su voz—, salvo una o dos variaciones de cierta importancia. Cuando la señora Greeley se enteró de que su marido mantenía correspondencia con una agencia de detectives sobre una tal señora Warfield, se imaginó que aquella mujer sería una testigo de que Greeley se valdría en su demanda contra Homan… Siguió a su marido hasta el hotel. Está claro que no penetró en el cuarto de la señora Warfield, sino después de haberlo hecho en el de Greeley, matándole. No podemos tener completa seguridad sobre el exacto desarrollo de los acontecimientos, pero sí muy aproximadamente. Es muy probable que cuando fue asesinado Greeley, éste tuviese en su poder algunas de las carias de la señora Warfield a Spinney. A la señora Greeley no se le escapó la magnífica oportunidad que le brindaban aquellas cartas para inculpar a la señora Warfield del asesinato. Entonces se dirige a la habitación de la mujer, la lleva a la suya y consigue arrancarle toda la historia. La señora Warfield que cree que su marido es un delincuente, está cargada de recelos y ya sospechaba de Drake y de mí. En estas circunstancias, resulta fácil convencerla de que desaparezca, a fin de que ni Drake ni yo podamos encontrarla. La señora Greeley tiene que llevarla a algún lugar en donde la fugitiva no pueda leer los periódicos. La solución no puede ser más que una: el yate de Homan.

—¿Y su equipaje?

—La señora Greeley lo dejó intencionadamente en el cuarto del asesinado. Le diría probablemente a la señora Warfield que ella podía hacerlo desaparecer.

Se produjo un largo silencio que, al fin, rompió Della.

—Greeley no vestía de etiqueta cuando regresó a su casa.

—¡Claro que sí! Se cambiaría de traje antes de despertar a su

mujer.

—¿Hasta qué punto estaba enterado Homan de lo que había hecho la señora Greeley?

Mason movió la cabeza.

—Lo ignoro. Esto corresponde a Tragg averiguarlo. Yo supongo que no sabía nada.

—¿Ni aun que estaba ocultando a la señora Warfield en su yate?

—No creo que supiera quién era la mujer que se encontraba en él. Sabría únicamente lo que la señora Greeley le había dicho: que necesitaba el yate para ocultar un testigo. Sea como sea, este rompecabezas le corresponde a Tragg. ¡Maldita sea, Della! Envío a una mujer a la muerte y quiero olvidarme de todo esto.

Della cogió un cenicero, lo vació sobre la papelera y volvió a depositarlo sobre la mesa.

—¿Y qué hay de su hermosa rubia, jefe?

—Ya está en libertad.

—¡Oh! El tío vendrá luego.

—¡Al cuerno el tío! —exclamó Della con desdén—. Me refería a su vida sentimental.

—Oh, pues, en primer lugar, tenemos al Romeo pueblerino… Pero yo apostaría por el joven Homan. No es mal muchacho y conozco los síntomas.

Sonó el timbre del teléfono y Della descolgó el auricular diciendo:

—¿Diga…? Espere un momento —se volvió a Mason y le anunció—: Es Tragg.

Mason cogió el receptor.

—Hola, Perry —se oyó al teniente—. Los chicos de la prensa creen que soy algo así como un detective.

—Me alegro.

—¿Cuándo adivinó por primera vez lo ocurrido, Mason? —preguntó Tragg.

—Debí haberlo sabido antes, Tragg, pero no lo adiviné hasta que usted encontró esa plumilla blanca. Cuando la señora Greeley me telefoneó, hablándome de la camisa, no se encontraba en su casa, sino en el hotel Adirondack o en algún lugar cercano a él. Me dijo que estaba en su domicilio, a fin de poder tener coartada.

—¿Y ya había cometido su segundo delito?

—Sí. Había seguido a Tanner desde que éste marchó de la sala del Tribunal. Por entonces, se sentía desesperada. Comprendió que Tanner tenía la sartén por el mango. Es raro, Tragg, que, cuando recogió la plumilla en el pasillo, no se le ocurriese pensar también en la señora Greeley, que usted había visto en mi despacho.

—¿Quiere decir que fue ella quien la dejó caer?

—¡Pues claro!

—Pero usted también estuvo en el cuarto del hotel, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y cómo sabe que la pluma no se desprendió de sus zapatos?

—Porque cuando regresaba en un taxi a la oficina, me entretuve en examinarlos detenidamente. El hombre menos ducho en estos trotes sabe muy bien que las plumas se adhieren con extremada facilidad a las suelas húmedas… y habría tomado precauciones. Esto debió pensarlo, teniente.

Y con estas palabras, Mason colgó suavemente el auricular, antes de que su interlocutor pudiera replicarle… o hacerle nuevas preguntas.